



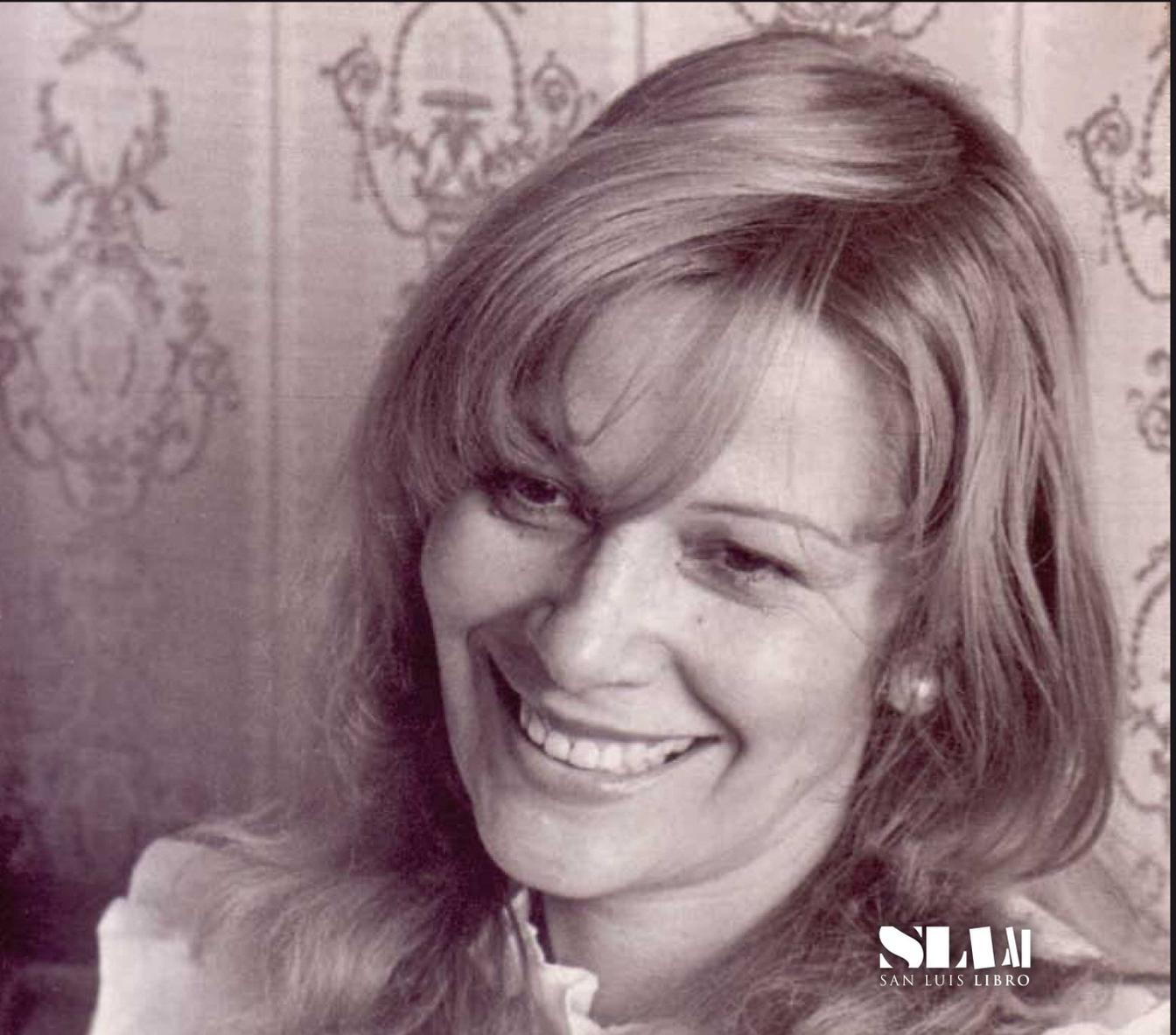
BICENTENARIO
colección

Paulina Movsichoff

Novelas

Sombra de mi bien esquivo

Fuegos encontrados



SLM
SAN LUIS LIBRO

Paulina Movichoff

SOMBRA DE MI BIEN ESQUIVO

Movsichoff, Paulina
Sombra de mi bien esquivo : fuegos encontrados . - 1a ed. - San Luis : SLL -
San Luis Libro, 2012.
220 p. ; 26x19 cm.

ISBN 978-987-1787-33-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.

CDD A863

Fecha de catalogación: 28/03/2012

Para la presente edición
Programa San Luis Libro
25 de Mayo 971 / Ciudad de San Luis
sanluislibro@sanluis.gov.ar
www.sanluislibro.sanluis.gov.ar

Diseño y Diagramación
Área Diseño y Comunicación
Payné. S.A.

Impreso por La Gráfica. Payné S.A.
Av. Lafinur 924 - San Luis

Tirada 1000 ejemplares

Impreso en la Argentina
Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723
Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo
fotocopias sin la autorización expresa del autor



El Gobierno de la Provincia de San Luis cumple y seguirá cumpliendo con los preceptos constitucionales y las normativas vigentes respecto a asegurar el desarrollo humano y social de sus habitantes.

El derecho a la cultura, a la información, a la publicación y a la difusión de las ideas es un derecho humano fundamental, con el que este proyecto político ha desarrollado fuertes lazos y claras acciones en su defensa. Invertir en cultura es fortalecer los cimientos republicanos y consolidar la convivencia democrática armónica, en un marco de pluralismo, tolerancia y respeto por el otro. Invertir en cultura es también propender a difundir la obra y engrandecer el patrimonio cultural provincial, potenciando así la libertad de pensamiento y el universo de las ideas, la literatura y la palabra escrita en general.

Por la defensa y ratificación de este derecho el Programa San Luis Libro suscribe y se sustenta en la Ley Provincial N° I-0002-2004 (5548) que dice en su art. 1°: El Estado Provincial garantiza el derecho fundamental a la libertad de pensamiento, religiosa y de culto reconocido en la Constitución de la Provincia de San Luis.



BIOGRAFÍA

Paulina Movsichoff nació en Córdoba y creció en la provincia de San Luis. Ha vivido en Ecuador y México. Actualmente reside en la Ciudad de Buenos Aires.

Es Profesora de Letras, egresada de la Facultad de Filosofía y Letras en la UBA. Cuenta con una amplia producción literaria que alterna entre la poesía, el cuento, la novela y la literatura infantil.

Entre sus publicaciones en poesía, se encuentran *Donde habite la luz*, *Adentro hacia los nombres*, *Onírisis*, *Todo aire es danzable*.

En cuentos se destacan los títulos *Extraño de ojos grises* y *Una mujer silenciosa*.

Es autora de obras de literatura infantil en publicaciones de antologías de canciones y juegos tradicionales infantiles; así como adaptaciones de cuentos maravillosos argentinos para niños. En este sentido, se destacan sus obras *A la sombra de un verde limón* y *A la una sale la luna*.

En novela ha publicado *Fuegos encontrados*, por la que ha sido ganadora del “Premio Juan Rulfo” en México para Primera Novela en 1981 y el Premio Círculo de Lectores en Buenos Aires en 1985. También ha sido premiada por su novela de *Las fábulas del Viento* con el segundo Premio Municipal de Novela.

En el género novela también ha publicado *Todas íbamos a ser reinas*, *La orilla del mundo*, *Juan Crisóstomo Lafinur: la sensualidad de la filosofía*, *La desconocida del Plata*.

También cuenta con una amplia gama de obras inéditas entre novelas, cuentos, poesías y cuentos infantiles. Por lo que, la literatura nacional, seguirá contando con nuevos títulos de la mano de su notable pluma.

PRÓLOGO

Presento “Sombra de mi bien esquivo” desde el particular punto de partida de las resonancias, que pueden servir o no, para su interpretación, pero que fueron escritas a medida que avanzaba en la lectura, a modo de diario íntimo espontáneo, fruto de la gozosa recepción.

Atrapa la agilidad del relato y la desnudez que, expuesta en las primeras líneas, prosigue hasta el final. El buen humor acude de tanto en tanto, para hacernos reír o sonreír. Humanamente - considerando algunos datos que tenemos de la autora - nos ponemos a escudriñar episodios en busca del hallazgo autobiográfico... y allí está.

La identificación, por razones de edad y preferencias, aparece a cada rato, garantizando agrado y comodidad y haciéndonos creer que son nuestras sus opiniones y parecidas sus confidencias.

El sexo, el deseo, el aprendizaje, estallan desde un primer momento y se mantienen vivos, erguidos, desafiantes.

Nos marcan sus coordenadas: palpítamos, elegimos, juzgamos, gozamos y sufrimos, dándole validez a la escritura; nos envejece y nos rejuvenece como todo contacto literario con buena pluma y mejores intenciones.

Una constante referencia a sus pasiones, predilecciones o simples gustos y recuerdos, en torno al arte y los creadores, predominantemente literarios, sin excluir la pintura y la música, nos perfilan una rica personalidad, por esa vecindad precisamente, que la ha nutrido desde niña, que apoya sus razonamientos y la lleva a elegir epígrafes con certeza ilustrada.

El dar con la palabra, el reconocerse en ella y aceptarla como salvadora, la define: “todo mi pasado estuvo marcado por la palabra. Ella fue lo que me dio la sensación de ser y existir. Y siempre también fue una actividad incierta. Lo único cierto era esa incertidumbre...”. La palabra es su máxima aventura y al referirlo nos hace partícipes de su destino y como testimonio nos deja el libro entre las manos.

Hay una poesía innata, ineludible que emerge de continuo y una riqueza idiomática fácil de constatar; el amor a su tierra, a sus mayores la ilumina; la historia del país en tiempos del horror de estado, la muerte y persecución de familiares y amigos, las vicisitudes en épocas de exilio la ubican como testigo cierto; el mundo exterior le hace mella y entramos en sus angustias y temores y en los recovecos de su accionar de hija y madre, amiga, esposa, amante; un ser que por instantes anda a la deriva y que otros se afirma y se revela.

No puedo dar con giros inconclusos para que el comentario no sea sólo laudatorio. Hay un trasfondo de gratitud en mi gesto, que se parece a un espejo que ha ido reflejando el paso a paso en la aprehensión de la novela.

Queda para la “tercera creación”, que le toca al lector, ubicar el acertado título “Sombra de mi bien esquivo” en el lugar que le destine la imaginación y para otra vez el intento de un análisis literario.

Gracias Paulina, el gusto ha sido mío.

Beba Di Genaro

Detente, sombra de mi bien esquivo
imagen del hechizo que más quiero.
Sor Juana Inés de la Cruz

Sin embargo, no hay que desdeñar la geografía. Quizá no sea menos
importante que la psicología.
Jorge Luis Borges

1. VOLAR HACIA TI

Una parte de ella quiere expandirse. Una parte de su ser quiere permanecer con Molnar. Este conflicto la desgarró.

Anais Nin

Por fin mi deseo se cumplía. Pero hasta que no estuviera en el asiento del avión, el cinturón abrochado y con los ojos fijos en la azafata acomodándose la mascarilla de oxígeno para luego señalar con los índices las puertas de emergencia — ese ritual por si acaso que en vez de tranquilizarme aumentaba mi desasosiego — todo no me parecería sino un sueño. “Ligera de equipaje”, decía mi madre cuando viajábamos con ella. En aquellas épocas de la infancia no teníamos mucha ropa. Ahora pienso que, si bien nunca me di mucha cuenta, tal vez fuéramos pobres, aunque esto no impedía que mamá se diera el lujo de encargarnos de vez en cuando vestidos a Harrods o Gath y Chaves. Esto de los vestidos merecería un capítulo entero. Por ahora me limitaré a recordar al paso aquellos viajes en tren a Buenos Aires, uno por año, en que se descolgaba con todos nosotros a la casa de mi tía Domitila. El motivo era que “debía hacerse ver de la vista”, como ella decía, ya que años antes la operaron de desprendimiento de retina y era necesario un control periódico. Los días precedentes la oíamos cantar: “Las valijas están listas, nuestros rostros optimistas van diciendo uhhh...”, mientras imitaba con su voz ronca, en donde siempre parecía percibirse un oculto manantial de alegría, el silbato del tren. A mí me hubiera gustado ahora cantar como ella, aunque el viaje fuera en avión y, para acompañar mi canto, sólo hubiera un ensordecedor sonido de turbinas, ni tampoco pudiera escuchar el traqueteo que podía acompasarse con aquella conocida fórmula de cinco pesos poca plata, cinco pesos poca plata.

Nada de esto escucharía Camila de mis labios, aunque seguramente no dejaría de notar el brillo de mi mirada y cómo mi habitual melancolía se había esfumado tal la nieve al calor del sol.

Marcelo entra como tromba para avisar que ya no estamos en lista de espera y que salimos a las once de la noche. Me hago la tonta y le digo “qué bueno”, como si la cosa fuera de lo más natural. Pero no es así. El corazón me late como si quisiera salirse del pecho y debo aplicarme a coser el ruedo del tapado para que mi agitación pase desapercibida. “Mañana voy a verlo, me repito a mí misma en una enfebrecida cantilena.” Me digo que estoy loca, que es absurdo perder la razón como una quincañera, sobre todo porque Antonio no sabe que voy y tal vez ni le importe. Pero me dejo fluir en la locura, soy de nuevo adolescente, he vuelto a los diecisiete, como anhelaba Violeta y aquí estoy, diciéndome Antonio, ojalá estés, ojalá tu casa quede en la calle Goya todavía y no sea como en mi sueño. Cuántas veces en estos años he soñado que llegaba a Madrid y me abalanzaba al teléfono para escuchar, en lugar de la cálida y añorada de Antonio, esa voz hostil y desconocida que informa: “Antonio ya no vive aquí” y que no sabe, que él no ha dejado su dirección.

En la valija he puesto el quesquemetl. Este embrollado término designa una preciosa prenda estilo poncho, aunque más pequeña, de color azul bordado con lana colorada. Me la regaló Julio Garduño, un jefe Mazahua amigo de Marcelo. Levanto la mirada de mi ruedo y lo miro, afanado en arreglar unos papeles. Los papeles son su adicción. Pasa el día entero entre ellos y su máquina. Puede entrar un volcán en erupción, pueden doblarse los edificios como si fueran de goma por esos temblores que a menudo sacuden este país en donde la marea del exilio nos ha arrojado, pero él continuará obstinado en su trabajo. Es comprensible y hasta natural que cada artista se aferre a su obra: Beethoven a sus partituras, Balzac protegiendo su Comedia inmortal de la rapiña de los acreedores, José Asunción Silva pegándose un tiro tras el naufragio en que perdió el manuscrito de su novela. Lo miro con ternura. Me siento en falta con él, la fidelidad no tiene nada que ver con la realización o no del acto sexual con otra persona. Se puede ser infiel igualmente en la imaginación. Y yo he caído en ese estado por el cual, sin embargo, no siento ningún remordimiento. No vale que me diga que él también me ha sido infiel. Basta con remitirse a esa hija a la que verá en París luego de que pasen los tres días (por qué los paraísos serán tan breves) que hemos destinado a Madrid. Madrid. El reino de las Mil y una Noches. El paraíso soñado durante tantos años, seis para ser más exactos, desde que recalamos en México, luego de la oscura noche que se abatió sobre nuestra patria. Antonio también se fue, pero a España. No sé cuántas cartas se cruzaron entre él y yo durante ese lapso.

Liliana, la profesora de expresión corporal, me dio su dirección. Acudí a ella por recomendación de Antonio y no tardé en necesitar sus clases como el agua. Sin duda mi deseo de ser bailarina empujaba para realizarse de alguna manera, por tardía que fuese. Recuerdo la despedida con mis compañeros. Nos abrazamos llorando, sin saber qué sería de nosotros. Liliana partía a España en pocas semanas. Antonio estaba allá desde unos meses atrás. Pero ya por ese tiempo no nos veíamos. En Quito, primer país en donde recalamos, me decidí a escribirle cuando la nostalgia de caminar esas calles extrañas me abrumó de tal manera que necesité seguir contándole a él, a Antonio lo que me pasaba, como lo había hecho durante tantos años. Aún no teníamos casa, por lo que puse la dirección donde nos alojábamos. Nuestros anfitriones eran una pareja joven. Él, Nelson, un ecuatoriano que tenía una galería de arte y Eugenia, su mujer, una argentina que se dedicaba a reproducir joyas indígenas. Las perspectivas eran halagüeñas. Yo estaría a cargo de la galería y Marcelo dirigiría una Editorial con Nelson. Pero nunca más se habló de mi participación en el proyecto. Sólo a Néstor se lo llamaba a las reuniones de trabajo, mientras yo cuidaba a Camila, que acababa de cumplir los dos años. No podía creer cuando, ya instalados en nuestro departamento, Eugenia me llamó avisándome que tenía carta de España. “Estás un poquitito triste y un poquitito alegre”, comentó Camila cuando por la calle abrí el sobre y me enfrasqué con avidez en la lectura. Se daba cuenta, con la percepción exacta de los niños, de los sentimientos encontrados que en ese momento me invadían. Tristeza por estar tan lejos. Alegría por reanudar esa relación cuyos hilos del tiempo y el espacio parecían haber cortado definitivamente.

Era la primera vez que iba a Europa. Marcelo había hecho ya como siete excursiones al viejísimo continente, uno por cada año de nuestro matrimonio, sin que yo osara reclamar el derecho de acompañarlo. En realidad el nuestro era muy diferente de los matrimonios considerados “normales”. Cuando nos conocimos, él tenía ya el pasaje al África en el bolsillo, por así decirlo, y si bien nuestro enamoramiento fue casi instantáneo, decidimos que nos casaríamos a su regreso. Siempre me ha costado expresar mi deseo y lo mismo me pasó aquella vez, no obstante el susto al comprobar un atraso en mi regla. Corrí a comunicárselo, temerosa de que ya no quisiera casarse. “¿Querías tenerlo?” preguntó con la mayor naturalidad. “Por supuesto”. Marcelo no se asustó de la rotundidad de mi respuesta. “Me parece bien”, susurró con voz complacida. Esa noche, tirados los dos en la cama luego de hacer el amor acompañados por la voz sinuosa y afelpada de Buffy Saint Marie, me dijo sin más preámbulos: “Lo he estado pensando. Nos casamos y yo me voy a Europa. No hay dinero para los dos.” Lo miré con asombro. Por una parte me pareció de una inusual nobleza su actitud de no evadir el compromiso. No cabía duda de que su amor era auténtico. Pero, un hijo de los dos, ¿no valía acaso la postergación del viaje? Sin embargo, no expresé mi discrepancia y le respondí que no, que a su regreso nos casábamos. Por suerte, lo del período no fue más que una falsa alarma, pero tal vez debí tomarlo como un toque de atención sobre la compulsiva necesidad de viajar de mi futuro marido.

Nos sentamos en el avión, Camila en el medio. Néstor le comenta el recorrido, mientras yo me abstraigo en mis pensamientos que giran casi sobre una sola frase que se ha convertido en mi mantra: “mañana veré a Antonio, mañana veré a Antonio”, mientras me dejo ir en una dulce duermevela.

2. A LA SOMBRA DE LOS MUCHACHOS EN FLOR

No vayas a olvidarte del tiempo.

Dilo. Dilo.

Muriel Rukeyser

Es hora de que digamos que Antonio fue mi psicoanalista. En la época en que acudí a su consultorio, esa palabra era casi totalmente extraña en el ambiente en que yo me movía. Mis estudios de Letras me habían familiarizado algo más con ella, ya que Filosofía y Letras, mi Facultad, albergaba a los que luego se convertirían en esas rara avis que se denominarían psicoanalistas y que se convertirían, en épocas no tan futuras, en los Sumos Sacerdotes de esta sociedad. Pero en el Buenos Aires de aquellos tiempos no eran consultados para cualquier cosa, y su participación en alguna actividad que no fueran instituciones para seres anormales, vulgarmente denominados manicomios, era impensable. Sin embargo, algunas empresas comenzaban a llamarlos para tomar los famosos Test de Roschachs como un intento de cerciorarse de que los aspirantes estábamos lo suficientemente aceitados como para querer empeñarles nuestro tiempo de por vida. Y bien. Yo lo estaba. Cansada de mi ínfimo sueldo como ayudante de programación en una radio estatal, decidí probar suerte. Nunca supe el resultado del test, el cual seguramente no fue muy bueno puesto que no fui seleccionada. No puedo dejar de recordar la ansiedad que me invadió mientras el hombre desplegaba aquellas manchas de tinta y me instaba a reconocer allí alguna figura. No era que no vi en ellas dragones, dromedarios, murciélagos y no sé cuántos otros monstruos, sino que mi crónica inseguridad me susurraba en el oído que cualquier cosa que yo dijera sería usada en mi contra. Y todo para ser secretaria del gerente de una importante editorial, con el cual tendría una entrevista luego del test. Era un hombre de tez aceitunada y ojos de un negro intenso que vestía un traje azul oscuro, como correspondía a un gerente que se preciara de serlo. Me atendió con amabilidad mientras miraba con, mal disimulo mis piernas, enfundadas en unas ajustadísimas botas de charol con cierre relámpago. En síntesis, no conseguí el empleo y tal vez la oportunidad de un marido pues luego me enteré de que aquel hombre, renombrado periodista y escritor cuyo nombre se colocaría pronto entre los más prestigiosos de nuestra literatura, se casaría con la mujer que lo ganó.

Pero tal vez mi primer contacto con la función de curar la mente o de averiguar las causas de ciertos comportamientos fuese aquella vez en que mis padres llevaron a Edgardo, uno de mis hermanos, para que un pediatra de mucho prestigio les dijera a qué se debía su empecinamiento en no hablar. Tenía ya cinco años y no pronunciaba una sola palabra, por lo que era objeto de burla en los cumpleaños y por parte de los primos más grandes. "Hagan de cuenta que es un chico extranjero", decía mi madre, intentando que fuera aceptado por sus pares. Pero no había caso. A pesar de que llamaba la atención por su piel de durazno color mate que contrastaba con el pelo color maíz y los ojos verdes, siempre se lo veía aislado y solitario. El médico en cuestión

los hizo pasar y Edgardo se abalanzó sobre el martillo de los reflejos, tirándose por la cabeza. Cuando se acercó a revisarlo, no encontró cosa mejor que morderle la mano, por lo que el prestigiado doctor le dijo a mis padres que no podía atenderlo y lo derivó a otro de menor fama pero más paciencia quien fingió que era su tío Juan y pasó el tiempo que duró la consulta tirado con él en el suelo jugando a los autitos. Al finalizar le dijo a mamá que era absolutamente normal y que no tardaría en hablar. Sus palabras fueron proféticas pues poco después pronunció su primera palabra que fue “caca”, cuando nuestro tío Vicente se demoraba en salir del baño y siguió hablando de todo sin problemas salvo la erre al estilo francés que conservaría durante toda su vida, resabio tal vez de su rebeldía a la palabra. Que yo sepa, Edgardo no se preocupó por dilucidar aquella transgresión, aquel corte de manga a la cultura que a mí me hubiera desvelado hasta el presente.

Al consultorio de Antonio llegué alrededor de los veintisiete, luego de pasar por intensos amoríos que me dejaron tan erosionada por dentro tal como supongo quedará la gente que ha vivido una guerra. Se puede decir que era una chica de éxito. Tal vez no fuera exactamente bella, pero había en mí algo que atraía a los hombres, un aura sexual, ese sex-appeal, como estaba en boga llamarlo por entonces, sólo que aplicado a seres tan estratoféricos como Ingrid Bergman, Marilyn Monroe o Elizabeth Taylor, por no hablar de Brigitte Bardot. Yo no tenía los ojos color del tiempo ni mi pelo era de un rubio glamoroso ni mi nariz era respingada como la de Ingrid Bergman, pero era la que más bailaba en las fiestas y todos los muchachos disponibles querían tener algo conmigo.

Cuando llegué al consultorio de Antonio, hacía tiempo que no poseía esa cualidad tan preciada en el medio en el cual me desenvolvía: la virginidad, a pesar de que ya había podido apreciar en la Facultad lo poco que allí se la valoraba. En realidad, parece que fui transgresora desde un principio, pues cuando mis amigas jugaban todavía a las muñecas yo noviaba subida a la copa del olivo cuyas ramas se colaban a nuestros fondos desde la residencia universitaria vecina a nuestra casa. La Residencia recibía a los estudiantes que llegaban desde Mendoza, San Juan y de alguna otra provincia cercana a estudiar en la Universidad. Cuando pasábamos junto a ella en la calle, mi madre nos conminaba a no mirar, por lo que íbamos con la vista fija adelante y sin que se nos ocurriera desviar los ojos hacia las ventanas abiertas al sopor del verano, en donde alguna vez sorprendí de reojo un torso desnudo. “No se debe mirar la intimidad de los hombres”, nos decía, con lo que la palabra hombre adquirió para mí en ese entonces, y tal vez para siempre, un sabor a la vez fascinante y temible, como todo lo diferente. Los domingos a la siesta, éstos que ahora a la luz del recuerdo no eran sino unos niños apenas desprendidos de la teta de sus madres, se sentaban en el umbral de la residencia y nos decían piropos cuando pasábamos para la matinée. Obedientes al mandato materno caminábamos totalmente erguidas y orgullosas sin esbozar el menor gesto que delatara nuestra satisfacción ya que, de no haber escuchado esa andanada de halagos, nos hubiéramos tal vez visto arrojadas de pronto en todo el desamparo de la fealdad. Pero ellos de todos modos eran inalcanzables para nuestros cortos años y yo me enamoré perdidamente del hijo del

dueño de la residencia. Se llamaba Julio y le decían Lito, tal vez como una abreviatura del diminutivo. Desafiando el mandato de dormir la siesta, me escapaba por la ventana de mi pieza que daba al segundo patio y me dirigía a las ramas del olivo en donde, estaba segura, él me esperaría en una tácita cita. Aburrida de la monotonía de la charla, yo probaba de hamacarme en la rama que daba al otro lado de la pared. Situado un poco mas abajo, Lito me miraba la bombacha. Durante mucho tiempo nos contentamos con ese juego erótico. Fue una siesta particularmente calurosa cuando sentí un leve roce en mis muslos y supe que era su mano aventurándose en ese territorio todavía innombrado e innombrable de donde brotaba el elixir que lleva a quienes lo prueban a atravesar el portal por el que no ya no se volverá a pasar. Todas las tardes se repetía el rito de la mano de mi amigo recorriendo mis muslos y yo como una lámina al rojo vivo deseando que la subiera aún más, como lo hizo aquella siesta canicular de diciembre, la ultima que nos vimos, bordeando con sus dedos el elástico que aprisionaba mi entrepierna. Lito no volvió a aparecer. Luego me enteré de que su padre, empleado de Banco, había sido trasladado a otra provincia. Desde entonces anduve en esas tierras tan azarosas del erotismo sin guía ni báculo, hasta la tarde aciaga, o afortunada, en que recalé en aquella habitación de la calle Paraguay y me abrió la puerta un hombre joven de ojos rasgados y pelo color maíz con ese mechón cayéndole sobre la frente. Se llamaba Antonio y, desde ese momento, sería mi psicoanalista durante cinco largos años.

3. VOS NO SABÉS LO QUE ES EL AMOR

Vos no sabés lo que es el amor,
dijo Charles Bukowski
Raymond Carver

De manera que allí estaba, escritorio de por medio con aquel hombre joven, unos treinta le calculé, que me miraba esperando una respuesta a la previsible pregunta de qué la trae por aquí. No era la primera vez que lo veía. El destino teje su impalpable tela para que los mortales se encuentren, se separen y se vuelvan a encontrar sin que nosotros, sus pobres marionetas tengamos la más mínima idea de cuál es el dibujo del tapiz. Tal vez con cada persona tengamos algo que aprender, o una deuda a saldar que adquirimos en alguna otra vida, según las doctrinas hindúes. Pero esas especulaciones metafísicas no se me ocurrieron en ese entonces. Sólo recordaba aquel viaje en tren, cuando volvía a Buenos Aires luego de mi primer veraneo en San Cosme, a un año de mi partida. Mi padre había ido a despedirme, pues aunque todos nosotros vivíamos ya en la capital, él debió quedarse para enviarnos el sustento. Su propósito era jubilarse cuanto antes y luego reunirse con la familia.

El andén pululaba de jóvenes, los misioneros rurales, que viajaban en mi mismo tren, sólo que en segunda clase. Desde tiempo atrás tenía noticia de aquellas chicas y muchachos que llegaban a la provincia, especialmente desde Buenos Aires a catequizar a los campesinos. En realidad no sabía muy bien cuáles eran sus actividades, aunque me las imaginaba la mar de divertidas, sobre todo los fogones que se armaban por las noches al amparo de las estrellas en donde las zambas, cuecas, tonadas y serenatas eran el trasfondo romántico y tal vez el incentivo de los romances y casamientos que allí se forjaban. Yo le suplicaba a mi madre que me dejara ir, sobre todo porque Agustina, mi íntima amiga, acudía todos los veranos y era mi más fiel informante. Pero mamá se negaba rotundamente, nunca supe muy bien por qué, alarmada tal vez por el misticismo que se había apoderado de mí por aquellos años, lo que a veces la llevaba a decirme con un tono entre temeroso y recriminatorio: “Hijita, usted no ha nacido para entrar en un convento”. A mí semejante idea no se me pasaba por la cabeza. De ninguna manera sería monja. Mi meta era encontrar ese príncipe, ese mago que cambiara mi vida y me convirtiera en un ser bicordio: dos corazones para andar por la vida. Ser acunada por unos brazos fuertes, amada como en lo boleros, como esas letras a cuyo compás bailábamos: “Reloj no marques la hora/ porque voy a enloquecer...” No. Yo me preparaba para ser aquella mujer del otro bolero que a cada rato se escuchaba en nuestras fiestas: Una mujer debe ser/ soñadora, coqueta y ardiente./ Debe darse al amor con frenesí. Y ésa era la conducta que yo seguía fielmente sin que ello invalidara mi ferviente amor a Jesús, tal vez el primer amor de la mujer. Pero aparentemente aquello no me bastaba. Estaba segura de que en algún momento, como en el poema de Darío sucedería aquello de, *en caballo con alas, hacia acá se encamina,/ en el cinto el acero y en la mano el azor,/ el feliz*

caballero que te adora sin verte,/ y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,/ a encenderte los labios con su beso de amor.

El tren exhala su último afónico y apremiante llamado y mi padre me estrecha en un largo abrazo de despedida. Ambos tenemos los ojos húmedos. Mientras inicia el lento traqueteo que nos anuncia que ya es tarde para volver atrás, me asomo por la ventanilla y, medio cuerpo afuera, sacudo mi mano tratando de ver, a través de mis lágrimas, la figura amada agitando también la suya, hasta que el tren toma la primera curva y dejo de verlo. Entonces me cubro la cara con las manos y me abandono a los sollozos. Tardo un poco en darme cuenta de que en el asiento vecino, hasta ahora vacío, se ha sentado alguien. Se trata de Ana, una de las misioneras que Agustina me ha presentado momentos antes en la estación: “¿Por qué llorás?” me pregunta, con una conmovedora dulzura. Le cuento. Ella mueve la cabeza en un gesto de pena. “Vení con nosotros”, invita, como si la ocurrencia fuera la solución a todos mis problemas. “Estamos atrás, en el vagón de segunda”. Y al despedirse insiste: “No dejes de venir”. No demoro mucho en seguirla. Me presenta a todo el grupo y, en pocos minutos soy una de ellos. Alguien toca en la guitarra La López Pereyra y todos cantamos, hermanados y alegres, como lo hacía yo con mis primos en aquellos veraneos no tan lejanos en Los Nogales. Me siento al lado de Ana, quien me pide que me vuelva con disimulo y mire a un muchacho de suéter colorado, cuya cabeza descansa en el hombro de un amigo. “¿Viste qué lindo chico?” En la pregunta va implícita la respuesta, así es que no digo nada, pero ya nunca se me borrará aquella imagen de arcángel dormido. “Pues yo lo he dejado.” Mi opinión no le interesa, imantada en su historia. “Éramos novios hasta hace muy poco, pero me di cuenta de que no estoy enamorada de él. A pesar de que rompimos, siempre me manda flores. No sabés la pena que me da.” Vuelvo a contemplar a San Gabriel y me asombro de que se pueda no amar a alguien así. El mechón de pelo de un rubio oscuro le cae sobre la frente y de toda su persona se desprende una aureola de serenidad a la que no puedo dejar de sustraerme.

La segunda vez que lo vi fue en casa de mi tía Domi, en ocasión de un asalto. En el pensionado donde pasaba mis días de estudiante provinciana conocí a Elvira. Ella no era provinciana, como la mayoría de las pensionistas, sino porteña de pura cepa. Estaba allí en ocasión del viaje a Europa de sus padres, que consideraron aquél un buen lugar para dejar a su hija durante la ausencia. Elvira tocaba también la guitarra y el destino, o el azar, si es que ambos términos no son sinónimos, quisieron que perteneciera asimismo a la privilegiada estirpe de los misioneros rurales. No tardamos en intimar. Fue suya la idea de hacer el asalto en lo de mi tía Domi, en donde yo pasaba mis fines de semana. La sorpresa me hizo trastabillar cuando, al abrir la puerta al primer invitado, me encuentro con el mismísimo Antonio Linares, el bello durmiente del tren.

Comenzábamos apenas a conversar cuando Susana, una de mis primas, se acercó abriendo sus enormes ojos verdes y yo supe que todo estaba perdido. Su actitud desenfadada contrastaba con mi timidez irremediable y mi inseguridad provinciana, inseguridad que se acentuó al llegar a Buenos Aires y comprobar que un ser humano

nacido mas allá de la Nueve de Julio era considerado como sapo de otro pozo. No importaban los blasones, la honorabilidad de la familia. La tonada denunciaba a alguien diferente. No era casual que en el siglo pasado porteños y provincianos se trabaran en violentas luchas. Susana vivía en Buenos Aires desde sus más tiernos años, cuando la familia se trasladara allí luego de que a su padre lo nombraran juez. Así que en ella el estigma de provinciana estaba bastante disimulado. Se detuvo a nuestro lado, clavó sus parpadeos aguamarina en Antonio y empezaron a hablar como si yo no existiera. Cansada de mi papel de mujer invisible, decidí alejarme. A pesar de mis complejos bailé, canté, no estuve ni un minuto sola. Pero no dejaba de mirar a Susana y Antonio, que bailaban como si a su alrededor el mundo no existiese. Aquella fue la segunda y última vez que nuestros caminos se cruzaron. Luego me enteraría de que él y Ana se habían reconciliado y que se casaban al poco tiempo.

Y ahora estaba allí, ante mi sueño imposible de la adolescencia, olvidada por completo de toda aquella historia durante los diez años transcurridos en los que mi frágil bergantín fue zarandeado por muchas, muchísimas tempestades.

— ¿Qué la trae por aquí? — repitió pacientemente.

Me costó un buen rato comenzar el relato de mis tristezas. Porque sólo tristezas, y tristezas de amor podían haberme llevado a creer que estaba loca, loca de remate y que sin ayuda no podía salir de aquellos tembladerales.

4. ARDIENTES UTOPIÁS

-Graham, cómo diablos crees que se llamará la historia de esta época?
- Acabo de leer un libro que se refiere al
nuestro como al último mundo burgués. ¿Qué te parece eso?
Nadine Gordimer

— ¿Conoceré algo más que su nombre? — dijo él, al comprobar que yo continuaba en una mudez obstinada. Se lo había dicho cuando llamé para pedir un turno: Ludmila Katz. Me desbarranqué en la respuesta:

— Estoy aquí por que quiero a un hombre y sufro mucho. Pero ningún psicoanalista hará que me desenamore de él.

Esto era rigurosamente cierto. Si bien había pedido la entrevista, me asaltó de golpe el terror de que por obra y gracia de Freud yo me quedase con las manos vacías de ese amor que alguna vez me las colmara. Quería mi sufrimiento. Ay, sí, lo quería. El amor de Aníbal llenaba mis días. Y la vida sin él se extendía como un inmenso Sahara. Si me lo sacaban, y yo tenía el presentimiento de que así sería, es más, tal vez en el fondo de mi alma lo deseara, ya no tendría para qué vivir. Además, en tres años doblaría el codo de los treinta y no creía que se me ofreciese otra oportunidad.

— Usted ha venido a desafiarme — dijo, con una expresión inmutable en su cara que me trasladó rápidamente a aquel tren de diez años atrás.

En realidad no sabía muy bien por qué estaba allí. Eran los postreros coletazos de mi relación con Aníbal. La última pelea tuvo visos casi sangrientos. Muchos días estuve sin poder moverme a causa de la cachetada que me pegó. Vi la mano en el aire y luego me encontré en el suelo. Por la noche un dolor insoportable me tumbó en la cama. El médico que acudió al llamado de mi amiga Elena me mandó unas radiografías que dieron fractura de coxis. Fue entonces que decidí que ya no iba más y le pedí me recomendara un psicólogo. Él anotó un nombre en su recetario y me lo alargó. Lo leí no sin asombro: Antonio Linares.

A medida que el dolor amenguaba, mi propósito de acudir a él también se iba debilitando. No sé qué más necesitamos las mujeres para dejar de amar a un hombre. Sin embargo, la curiosidad por ver nuevamente a aquel ángel imposible de mi primera juventud era lo bastante acuciante como para empujarme a hacerlo y, aunque no pudiera o quisiera reconocerlo, en el fondo de mí misma quería luz, necesitaba que alguien me tomase de la mano y me ayudase a cambiar.

El amor con Aníbal comenzó como todas las cosas que trastornan de algún modo nuestra vida. Sin trompetas anunciadoras de ángeles, sin lluvias de rosas, ni eclipses de sol o de luna. Era ayudante de Griego en la Facultad. A pesar de que ser alto consituía para mí la condición sine quae non en los hombres, sobrepasaba apenas unos pocos centímetros a mi metro sesenta y cuatro. No podía dejar de compararlo con Ernesto, mi último novio allá en San Cosme, que alcanzaba los dos

metros. El pelo de Aníbal era rubio tirando a ceniza y ése era otro de los factores que le jugaban en contra, pues los rubios nunca fueron mis platos favoritos. Mi ideal eran los morochos, con pinta de machos sudamericanos. Ojos negros, piel canela, como en la canción. Pero hasta ese momento no podía decir que me hubiese enamorado seriamente. Después de Ernesto, del que me cansé más pronto de lo que pensaba, ningún otro había alborotado mi corazón. A decir verdad, cuando los veía a mis pies comenzaba a fastidiarme. Quería la pasión al rojo vivo. No lo tenía muy claro pero creo que eso era lo que nos inculcaban las novelas de Delly, Pérez y Pérez, Corín Tellado, de los que era una fanática lectora, a pesar de que las heroínas conquistaban a sus galantes caballeros y sorteaban sin chamuscarse el alma los miles de obstáculos que se les interponían en el camino. Llegaban infaliblemente a un final feliz que era por supuesto el casamiento, y aquel desenlace tan deseado y envidiado por nosotras, sus ávidas lectoras, no dejaba de producirme cierto pánico. Sí. Ese día eran reinas, el centro de la escena. Pero ¿cuál era su destino ulterior? Transitar los años con un montón de críos colgando de sus polleras. Yo comenzaba a verlo en mis amigas. Paseaban su panza, orgullosas y felices y luego ¡paf! de la noche a la mañana se volvían lelas, sin otro tema que sirvientas, colegios, enfermedades de niños. Por allí, de vez en cuando se colaba en la charla alguna noticia resonante de los diarios, que comentaban con fruición. O el último vestido de Pinky en la televisión. Ese aparato que comenzaba ya a perfilarse como el totem alrededor del cual todo otro afán carecería de importancia. La poesía, el delirio, habían terminado para ellas. Se volvían prácticas, horrorosamente prácticas. Y jamás se les ocurría mirar a otros hombres ni dejar que los suyos miraran a otras mujeres. El sentido de propiedad les aparecía por todos los poros. En fin, así nos educaron, para ser las reinas de ese coto cerrado llamado “hogar”.

Si me preguntaran ahora cuándo supe que estaba perdidamente enamorada de Aníbal no podría decirlo. En clase notaba que me miraba de un modo particular. Me hacía preguntas todo el tiempo y se reía de mis respuestas, que eran bastante desenfadadas. Por esa época me ejercitaba en tirar por la borda mi timidez provinciana. Un día radiante, poco después de comenzada la primavera, salimos caminando. Me invitó a un café en uno de los bares que pululaban por Independencia. En la charla surgió que él escribía y, sin decir agua va, sacó del bolsillo unos papeles arrugados. Eran poemas. Sus poemas. No sé si me gustaron o no. Lo que me llenó de un orgullo especial es que quisiera leérmelos a mí. Y estar cara a cara con un poeta, tal vez porque aquello era lo que no reconocía en mí. Yo también garrapateaba cuadernos y cuadernos con poemas que no mostraba a nadie ni aun cuando me hubiesen sometido al potro de la tortura. Desde niña tenía con la poesía una relación apasionada. Como quien guarda en su corazón un amor imposible e incommunicable. Porque estaba segura de que jamás sería capaz de escribir una sola línea, un solo verso que se aproximara a aquellos que mi madre declamaba en el patio de casa cuando con mi padre recibían a los matrimonios amigos. Versos de Rubén Darío, de Amado Nervo, de Juana de Ibarbourou : *Mi amado besóme hoy las manos/ y en ellas, oh gracia, brotaron rosas como estrellas*. Cómo nos prepararon para recibir el amor del hombre. Sus

besos nos brotaban flores en la piel. Pero por aquella época las mujeres, salvo alguna Simone de Beauvoir en un lejanísimo París, reputadas por marimachos y nombradas en voz baja, las mujeres, digo, sentíamos así. Y estaba bien que así fuera. Yo quería eso. Y también poder cantar al amor como aquella envidiable Juana, por no hablar de Gabriela: “*Y amar, bien sabes de eso, es amargo ejercicio/ un mantener los párpados de lágrimas mojados/ un refrescar de besos las trenzas del silicio conservando, bajo ellas, los ojos extasiados*”. No era de extrañar pues que estuviera ahora en el diván, si ése era el ideal que recibía de la musa.

— ¿Te gustan, flaquita? — preguntó Aníbal, al tiempo que extendía su mano para tomar la mía.

Yo estaba tan conmovida que no podía articular palabra. Dejé que su mano continuara acariciándome a medida que hablaba, mientras sus palabras me iban abriendo un panorama totalmente diferente a todo lo vivido hasta ese momento. Me contó su anhelo por la Revolución. Su admiración por Fidel Castro. Su voz se encendía cuando hablaba de cómo había transformado aquel prostíbulo de los yanquis en el primer país latinoamericano que daba un lugar a los desheredados.

Todo aquello me dejó muy confusa. Había visto a muchos de mis compañeros repartiendo volantes, pero jamás se me ocurrió meterme en esas luchas. Yo iba a la facultad a estudiar. Y no quería que nada me desviase de ese objetivo.

Su mano recorre mi cara, baja por mi cuello y se detiene a jugar con mis pezones. Me doy vuelta hacia él y lo abrazo. Nos besamos larga, intensamente. He perdido la noción del tiempo. Su miembro me transporta al paraíso, te adoro Lumí, mientras un espasmo lo, nos recorre y nos sacude como si una ola hubiera venido de pronto a revolcarnos. Una ola que nos golpea y nos deja tendidos en la playa de las sábanas, húmedos, temblorosos y fatigados, pero con la inefable sensación de haber alcanzado ese punto sagrado, ese centro de unión al que sólo se puede acceder en los rarísimos momentos en que el amor nos toca con su gracia. Eso también me lo ha enseñado él. “No hay punto de comparación. Cuando querés a una persona lo sabés inmediatamente después de hacer el amor. Si es puro sexo la sensación es de hastío, de querer rajar.” Me pongo celosa. Quiero saber. “¿Muchas veces tuviste sexo puro?” Me abraza. “No seas posesiva. Ya hemos hablado de eso. Ni vos sos mi propiedad ni yo la tuya. Cada cual debe ser fiel sólo a sí mismo”. No me causa gracia. Estoy a punto de largar el llanto. Desde que me enamoré de él no se me ha ocurrido mirar a otro hombre. Y ahora me dice que eso no tiene ninguna importancia, con lo que deduzco cosas que prefiero apartar de mi mente, no sea que me vuelva loca.

Aníbal percibe mi ansiedad. “Bueno, no seas tontita”, me tranquiliza mientras con el dedo índice sigue dibujando el contorno de mi pezón. “No he mirado a nadie desde que estoy con vos”. Pero no me quedo bien. Sigo pensando en las minas que le saldrán al paso. A las mujeres les atraen los poetas. No puedo dejar de acordarme de aquella vez en el Ulises, el bar de la esquina de la Facultad. Acabábamos de dar parcial de española y nos distendíamos charlando de cualquier cosa, tal vez de lo bien que estaba el profesor. De repente él entró y Norma, enterada por mí de que escribía,

le pidió que le leyera algún poema. Aníbal se sentó y, olvidándose de darme el acostumbrado beso de saludo, sacó parsimoniosamente sus eternos y arrugados papeles del bolsillo y comenzó a leer: *“Quiero tu cuerpo entero como un viaje/ tu amor como las horas que siempre me faltaron”*. Norma lo miraba con ojos de carnero degollado y él, dándose cuenta del efecto producido continuaba la lectura, mientras yo sentía que una mano me iba estrujando el corazón. Salimos juntos y en silencio. Antes de que tomara el colectivo me dijo: “Tenemos que hablar de tus celos. Eso es burgués e individualista”.

Por ese entonces nos habíamos embarcado con todo en la relación. Hasta ese momento yo era virgen. Mis noviazgos anteriores fueron de una absoluta castidad, mantenida por cierto a duras penas. Mis convicciones religiosas me impedían realizar antes del matrimonio aquello que yo no me atrevía ni siquiera a imaginar. Aun cuando hubiera habido escenas como aquella vez en el campo, con Ernesto, mi primer novio. El aire crepitaba por el calor y el sonsonete de las chicharras a la orilla del río, adonde nos habíamos tendido el uno junto al otro luego de zambullirnos en la frescura del agua. Sentí su lengua en mi boca, cada vez estábamos mas cerca el uno del otro y jadeábamos ante algo que se nos venía encima y que no podíamos ni queríamos detener. De entre mis piernas brotaba una humedad que se me antojaba deliciosa, la humedad del amor, pero mi mente católica y el mandato de pureza fueron más fuertes. Ese terrible e inmovible mandato que ponía todo su acento en una simple membrana, la que debíamos conservar intacta para el hombre elegido.

Con Aníbal fue diferente. Cansada de mantenerme al margen de lo que mis amigas disfrutaban desde hacía bastante tiempo bendecidas por ese pase mágico llamado matrimonio, empezaba a sentirme incompleta, no por no haberme casado, sino por no haber podido acceder al rango de mujer. Tomé conciencia entonces de que seguir manteniendo una castidad a ultranza era anacrónico y poco saludable. Así es que luego de varias sesiones en su departamento en donde sólo besos y caricias, supe que había llegado el momento de jugarse. En una carta él me lo sugirió. Porque, como yo, era provinciano. De Entre Ríos. “Nunca te obligaré a nada”, decía. “Te abrirás sola a mi deseo como las plantas al calor del sol”. Había ido a visitar a sus padres y volvería en pocos días. Entonces supe que me estaba negando a mí misma algo importante y que jamás me perdonaría dejarlo pasar.

La única que estaba en el secreto era Alejandra, compañera de facultad y una de mis poquísimas amigas. “Era hora”, me dijo cuando se lo conté, dándome un cálido abrazo. No pude dejar de expresarle una vaga culpa, resabio de mi recalcitrante formación. “Que dirían mis padres si lo supieran”. Mi tono se había vuelto trágico y ella no pudo menos que reírse. “Con no enterarse”, me contestó encogiéndose de hombros con una lógica implacable.

Fue así como después de la oficina o de alguna clase de la Facultad me escapaba al bulín, como llamábamos con Aníbal a aquel departamento de un ambiente que él se pagaba con su cátedra de ayudante de griego y con alguna que otra nota en la sección Deportes de La Razón.

La palabra “fiesta” es la única que se me ocurre para calificar aquellos días. Íbamos al Lorraine y, tomados de la mano, veíamos a Bergman, a Fellini, a Saura y después hablábamos de ellos en la cama, la botella de ginebra en la mesa de luz. Él se servía unos cuantos tragos pero yo apenas probaba porque me quemaba el estómago. Y estaban también los libros. Con él descubrí a Rulfo, Asturias, Fuentes, García Márquez. También a Cortázar. Leíamos y releíamos *El perseguidor*, *La noche boca arriba*, pero por sobre todas las cosas *Rayuela*. “Quien hubiera dicho, me decía Aníbal entre dos besos. “Yo no necesité ir a París para encontrar mi Maga”. Sin embargo, París nos atraía. Él soñaba con hacer su tesis en La Sorbona sobre Baudelaire. Y hablábamos de esos planes durante horas. El primero en ir sería Aníbal y me llamaría no bien estuviera instalado. Por ese tiempo yo también me había entusiasmado con Sartre, pero por sobre todo con Simone de Beauvoir. *El segundo sexo* fue un catalizador, ese velo que de pronto se descorre y uno, una en este caso, se encuentra en ese tomar conciencia, en ese darse cuenta, como más tarde llamarían a eso los psicólogos de la Gestalt.

Mi vida no volvió a ser la misma. Cuánto nos habían engañado. De qué manera podíamos caer en la inmanencia sin saber siquiera lo que esa palabra significaba. Soñaba con recorrer las mismas calles que Simone y Sartre caminaban hablando de filosofía, de ese amor absoluto que los uniría hasta la muerte, no importaba que en su camino se toparan con muchísimos amores contingentes. Y nosotros éramos nuestro mutuo absoluto. O así lo creía yo. Lo cierto es que los días pasaban entre el amor y la nada, con la sensación de la náusea por el absurdo de todo, absurdo que venían a justificar también aquellos versos de Neruda, de quien me enamoré perdidamente por esa época: “Sucede que me canso de ser hombre”.

5. LUDMILA EN EL PAÍS DE LOS SUEÑOS

Amor, cuantos caminos hasta llegar a un beso

Pablo Neruda

Me despierta la mano de Marcelo, que presiona suavemente mi brazo.

— Pronto aterrizaremos — me anuncia como si nada, cuando para mí esa noticia es la más insólita de los últimos tiempos. Abro los ojos y lo miro con expresión absorta. Tardo en darme cuenta donde estoy.

Poco a poco voy entrando en la realidad y mi corazón empieza a galopar, a campanillear, a cantar aleluyas y salves. Dentro de instantes no más estaré en ese país largamente anhelado. Y, tal vez, como Colón, me incline y bese la tierra. Sólo que al revés. En vez de América es España lo que quiero colonizar. Mejor dicho a un latinoamericano que vive ahora en España. No es que sea una colonizada y que no sepa que ese país fue el causante de muchas de nuestras desdichas. Pero mi corazón, o como sea que se llama ese lugar de nuestro interior donde se alojan las pasiones ¿Inconsciente, Antonio? Freud otra vez, mucho menos romántica esa palabra que la tan trajinada de corazón. Tal vez quienes descubrieron aquella fuerza oscura e independiente que nos tiene a su merced mucho antes de que el genial médico vienés fueran los poetas, que no supieron o no quisieron darle otro nombre. Para los antiguos el mundo interior se concebía como el mundo de los infiernos, el campo espiritual, el lugar donde habitan los espíritus. Me dejo de especulaciones pues acabo de salir del sueño y estoy todavía envuelta en esa atmósfera impalpable. Y con quién podría soñar en esas excitantes horas que precedían al encuentro sino con Antonio. Estoy junto a él en su auto y paseamos por calles arboladas. Le pregunto adónde vamos.

— Pues a follar — me dice riéndose.

Se detiene en una casa antigua, que me recuerda las de San Telmo. Una solemne escalera de caoba labrada conduce a la planta alta. La luz llega tamizada por un vitraux con motivos florales. Intento detenerme a mirar, pero Antonio me toma del brazo y me empuja con suavidad a la escalera. Me cuenta que allí es su consultorio. Nos cruzamos con hombres y mujeres que lo saludan y comprendo que son sus colegas, psicoanalistas como él, que atienden en esa hilera de habitaciones abriéndose a un pasillo, igual que el departamento chorizo de mi madre en Buenos Aires.

La habitación no tiene paredes. Está rodeada de cortinas de lona, como una tienda de campaña. Lo miro con extrañeza, pero él hace caso omiso de mi muda pregunta. Ha comenzado a desvestirse y se me acerca. Me despierto justo en el momento en que se dispone a desabrocharse el cinturón.

La tensión de la llegada me impide detenerme en el sueño. Tal vez se lo cuente a Antonio. O tal vez no me anime. Por un segundo pienso que nada sé de ese hombre en el que he puesto todo mi deseo, con el que sueño despierta desde hace años, cuando interrumpí la terapia. También fue un sueño lo que desató todo aquello. Era noviembre y las vacaciones estaban cerca. Con Marcelo planeábamos ir a las sierras.

Yo quería que él conociera Los Nogales. Por suerte, estuvo de acuerdo. Camila cumpliría allí su primer año de vida. Sentada en el diván (ya no me echaba en él como en los primeros tiempos, atrapada en la dura tarea de descubrir mi alma a ese hombre impávido que, ajeno a mis dificultades tomaba notas en un cuaderno) volví a mi tema recurrente.

— Anoche he vuelto a soñar con vos.

Ante mi sorpresa, no acudió esta vez al reiterado argumento de que, después de cinco años de análisis era lógico que esto sucediera. “Tenemos un vínculo”, me tranquilizaba. Pero ese día, contrariamente a lo esperado, me dijo que ya eran muchas las veces que me escuchaba decirle lo mismo. “Esto ya no es transferencia”, dijo. “Se trata de algo diferente”. Yo lo escuchaba estupefacta. “Vos estas enamorada de mí. Si es así, jugate”

Me quedé anonadada.

— Pero ¿cómo puedo saber si es así? — chillé casi. Durante cinco años hemos hablado de que el tratamiento implica un apego muy fuerte al psicólogo y que patatín que patatán. Y ahora me salís con esto. ¿Y por qué me tengo que jugar? ¿Vos qué sentís por mí?

Habían pasado muchos años desde aquellas dramáticas sesiones en que yo me resistía a reconocer esa famosa transferencia.

Él continuaba impávido.

— No puedo decirte cuáles son mis sentimientos porque sos mi paciente — dijo al fin —. De todos modos viajo a España en enero. Ahora suspendemos el tratamiento y a mi vuelta hablamos. Aunque ya no como analista y paciente. Y, luego de pensar un segundo, añadió:

— Pero con Néstor de por medio nada podremos planificar.

Salí de allí como si un rayo me hubiese volteado. Aquel sugerirme que me separara de Néstor ¿era una señal de que él también me quería?

Sin embargo, yo amaba a Néstor. Tal vez lo nuestro no fuera la pasión al rojo vivo — la convivencia nos resultaba difícil — pero teníamos una casa, una hija, un futuro en el que proyectábamos nuestra obra. ¿Y ahora venía él a entrometerse diciéndome que lo verdadero era ese amor y no aquél? ¿Dónde estaba la verdad? ¿Qué debía hacer? Él me instaba a que me jugara pero se quedaba lo más tranquilo, total nada tenía que perder. Meses antes, mi prima Herminia, cuyos hijos eran sus alumnos en un colegio privado, me contó de su separación. Me resistía a creer que su matrimonio que yo creí casi perfecto, y que él así me lo insinuara alguna vez, se hubiera terminado. ¿Y ahora que estaba solo quería que yo volviera a la condición de solitaria de la que con tanto trabajo y análisis había conseguido salir? Un marido no era moco de pavo. Toda una estructura lo acompañaba. Él era las columnas de mi templo, el espacio en donde yo me detenía para poder tomar vuelo. Y de pronto, así como así, por algo que yo no podía detectar si era amor, idealización o simple calentura debía largar todo al demonio y si te he visto no me acuerdo? Sin embargo, debía reconocer que la idea de ser amada por él me encendía la sangre.

Allí, en el análisis, había aprendido a trabajar con la verdad, con mi verdad.

Sólo que ahora no la veía. Era como un agua subterránea, aroma escondido en lo más hondo de mí misma que debía aprender de nuevo a respirar.

Al regresar aquella tarde a casa, Marcelo notó mi turbación. Le dije la causa. “Creo que estoy enamorada de Antonio”. Así, sin más. Me sentí una asesina. Quisiera que nos separáramos por un tiempo.

Se marchó al día siguiente al departamento que le prestó Roque, un amigo. Desgarrada, asistía al derrumbe de todo lo que hasta ese momento constituyera mi vida. Camila mirándome con sus ojitos en donde latía la pregunta por su padre, aun cuando todavía no pudiera expresarse. Sentada en el poof blanco, ese que se acomodaba a la forma del cuerpo, recorría con la vista los cuadros, las artesanías que trajéramos de la luna de miel, allá por Bolivia y Perú, adonde el dios Sol enhebró nuestros cuerpos en la fiebre del encuentro, allá donde Camila fue engendrada. Contemplaba la mujer de ébano que Marcelo trajera de África y sentía que no estaba siendo justa, que destruía algo que ya formaba parte de mi carne y de mi sangre.

Sin embargo, el psicoanalista que Antonio dejó en su reemplazo y al que éste me aconsejó consultar si las papas quemaban, no pensaba igual. Era un hombrecito amable de figura regordeta y sonrisa afable. Despatarrado en el sillón de Antonio me escuchó con atención. Cuando terminé de hablar se quedó en silencio. Sus ojos se detuvieron en la fila de libros de la biblioteca. Tuve la sensación de que pensaba cuidadosamente la respuesta.

— Al fin y al cabo ¿Qué tiene con Néstor? — me dijo, mientras encendía un Jockey -. Solamente unos libros y algunos adornos.

Sentí que mi visita había sido inútil. Continué sola en el departamento, con Camila que apenas aprendía a caminar y debía hacerlo ahora sin padre. La culpa me ahogaba. Pero no podía menos que aceptar la ruina de todo y seguir adelante. Sin embargo, dentro de mí, otra Ludmila, furiosa y centelleante, protestaba: “Vos dejaste todo. Te jugaste como él te lo sugirió y ahora, ¿dónde está? Lo más fresco en España, sin importarle un ardite de tu persona. Ni siquiera te ha escrito. No merecía tanto sacrificio en nombre de su amor. Si no fuera que él te empujó no te hubieras arrojado al abismo.”

Tenía razón mi hermana cuerda. Antonio partió y sobre mí cayó un manto de silencio. ¿Qué sabía yo de él allá? ¿Qué sabía yo de él en cualquier aspecto? Jamás me había hablado de sí mismo. En el análisis eso estaba prohibido. Él era mi espejo, el depositario de mi vida. Pero de la suya, si era aquel hombre valioso que yo fantaseara, no tenía el menor indicio.

Por momentos soñaba despierta con que llegaba y me abría los brazos, como en las películas románticas. Yo me refugiaba en ellos y el drama que ahora me affigía quedaba atrás, definitivamente enterrado. Pero ¿Y Néstor? por esos días recibí una carta de él. Escritores al fin, siempre nos manejábamos con cartas. Cartas para decirnos lo que no podíamos por medio de la palabra oral, en donde los gestos y la emotividad nos venden, por más impávidos que queramos parecer. “La lluvia cae sobre el gomero del balcón, pienso en ustedes y se me retuercen las tripas”, me decía. La compasión me traspasó. Pero en ella yo estaba incluida. ¿De dónde sacó Antonio

ese poder diabólico que destruyó mi vida sin más trámite para luego irse sin dejar rastro? ¿Era eso amor? En definitiva él no era más que un sueño, un espejismo que se evaporaba cada vez más rápido al contacto con la implacable y quemante realidad.

El sol entraba a raudales por el ventanal y me hablaba de la vida, allá afuera. Camila revoloteaba a mi alrededor. Preparaba una salsa cuando tocaron el timbre. Fui a abrir, entre temerosa y extrañada. No era hora de visitas. Sería... No, Antonio no llegaba hasta fin de mes y para ello faltaban todavía algunas semanas. Recostado en el vano de la puerta, un Néstor desmejorado y contrito me dirigía una mirada de súplica.

— No podía más, vieja.

Contra mi voluntad, mi corazón saltó de alegría. Me di cuenta de que a mí me pasaba lo mismo.

Tuve absoluta conciencia de cuánto lo extrañaba, de que lo necesitaba y lo quería allí, conmigo. ¿Se necesita algo más para el amor? ¿Se necesita algo más para que dos personas estén juntas? Es verdad que teníamos problemas. Pero podían hablarse, solucionarse. Todo mejor que aquello tan abrupto. Todo mejor que aquella locura, que aquel vértigo.

Lo invité a entrar. Sin decir palabra puse un cubierto más en la mesa.

Casi a fin de mes llegó una tarjeta de Antonio. Lacónico y cauteloso, sólo me decía que pensaba en mí y que a su regreso esperaba verme. Que allá en Madrid se sentía como en su casa. La rompí luego de leerla. No quería que Néstor la viera. Por otra parte, no hablábamos del tema. Él sabía que yo esperaba su regreso. Que una espada de Damocles pendía aún sobre nuestras cabezas. Porque yo no estaba tan segura de no volver a sucumbir a sus encantos.

Sí. Ahora yo estaba muy amorosa y necesitada. Pero ¿Y si Antonio me decía que yo era su amor? ¿Correría a sus brazos? Preferí no pensar en el asunto. Nuestra vida continuaba por sus cauces normales. Como lo teníamos planeado, partimos a las sierras. Allí, en la hostería de Los Nogales, Néstor me miró aquella primera tarde al borde de la piletta en mi tanga diminuta y se acercó a besarme.

— Sos un minón — me dijo. Y añadió, mimoso —: ¿En serio que me va a dejar?

No contesté. Pensar que tanto soñara con esto, con que conociera los paisajes del mito. Me había imaginado con él adentrándome en el monte, como lo hiciera con mis primos en esas mañanas soleadas de la adolescencia, aquellas mañanas en que el mundo era una embriaguez y todo el campo cantaba.

Estábamos ya a mediados de febrero y ni noticias de Antonio. Largo me lo fiáis. Una tarde, harta ya de vivir en esa incertidumbre, llamé. Nunca me gustaron las situaciones indefinidas, aunque yo a ésta la había, en cierta manera, definido.

Probé con el consultorio. No tenía idea de dónde vivía. Marqué, el pulso acelerado y la boca tan seca como si mi lengua se hubiera convertido en un pedazo de madera. Mi asombro no tuvo límites cuando contestó el mismísimo Antonio. Había llegado. Y ni una señal. Ni siquiera de humo. Me tragué la decepción.

— ¿Cómo estás? — dijo, con una voz calma como si nos hubiéramos hablado

el día anterior. Como si nada hubiera sucedido. Mi sangre hervía.

—Bien — mentí —. ¿Cuándo llegaste?

— Hace una semana.

Ajá, saltó mi hermana criticona. Ya ves cómo le importas.

—Quería hablar con vos — dije con voz de ultratumba, ignorando esos malignos comentarios.

— ¿Sí? Qué bien — su tono zumbón me disgustó. Pero no pude replicar porque de inmediato añadió:

— Podríamos vernos esta tarde, si te parece.

— Me parece — concluí.

Sentada a la mesa de “El Tolon”, esperaba. La hora del encuentro la había fijado él a las ocho y media. Ahora eran las diez y dudaba entre irme y quedarme un poco más. Otra vez mi hermana cuerda me instaba a dejarlo plantado. Pero me quedé allí. Quería, obstinadamente saber.

No hubo revuelo alguno en mi interior cuando lo vi acercarse a mi mesa. Nos besamos con un “hola” neutro.

Largo rato estuvo hablando él, contándome de su viaje. Me informó que tenía el propósito de vivir allá, en Madrid. “Ya no quiero estar aquí”. En efecto, poco tiempo antes la temible y legendaria triple A había comenzado a actuar y nadie sabía cuáles eran las causas por las que una persona podía aparecer en un baldío con las manos cortadas o el cuerpo quemado y quién sabe cuántas atrocidades más. Yo lo escuchaba con el alma en vilo, aguardando que de una vez se decidiera a hablar de nosotros. Pero no lo hizo. Así que fui yo la que dije a boca de jarro:

—He vuelto con Néstor.

Si la noticia le produjo algún desánimo, no me enteré. Su cara continuó imperturbable.

— Me parece bien — argumentó —. Vos no estabas segura.

¿Tanto sufrir para esto? ¿Era yo la que cargaba con todo el peso de la decisión? Nada me había dicho en aquel largo mes. Nada ahora. Yo le había facilitado todo.

Al regresar, Néstor tomaba un vodka tirado en el poof. Nos abrazamos con fuerza.

—Te quiero a vos — le dije.

Esa noche hicimos el amor con nuestra antigua pasión.

Mucha agua había corrido bajo el puente desde aquella época. Nosotros tampoco vivíamos ya en Buenos Aires sino en México. Y lo cierto es que después de seis años yo estaba allí, en tierra española, loca por volar hacia mi amado.

6. LUDMILA EN EL SÓTANO

Si conociéramos bien los hombres nuestras almas, no habría nada imposible
para nosotros en la tierra.
Schopenhauer

La tarde calurosa se colaba por la persiana entornada. Me revolví en el asiento. Llevaba un vestido Pucci de colores vivos que me llegaba a la mitad de los muslos y, como siempre para aquella época, estaba rigurosamente bronceada. El pelo largo y cobrizo me llegaba casi a la cintura. Nunca tuve lo que puede decirse un pelo pesado, de esos que uno ve que en las modelos caen como cortinas, pero a los hombres les gustaba. No pude dejar de pensar en la opinión de Antonio en cuanto a mi físico. Cuan difícil y extraña me resultaba esa relación casi fantasmática, en donde yo debía decirlo todo de mí y él ocultarse. Me parecía demasiado injusta. Sentía que a él le tocaba la parte más fácil. Tal vez al ver mis movimientos pensó que yo estaba incómoda, por lo que me propuso:

— ¿Por qué no se tira en el diván? — a la vez que extendía la mano señalándome una especie de camilla negra ubicaba junto a una pared del costado. Muchas veces, en el transcurso de la sesión, en donde él y yo hablábamos cara a cara, mirándonos a los ojos, expectantes a nuestros mutuos gestos, me había preguntado para qué serviría aquel artefacto, que no era ni un sofá, ni tampoco una cama. Se trataba de lo que en análisis llamaban diván. Éste, por lo menos a mí me lo parecía, era una especie de camilla, aunque sin la manivela para subirla y bajarla que tenía la de mi padre y con la que tanto jugara de niña. Estaba tapizada en cuero negro, lo que acentuaba su aspecto fúnebre. Me decía a mí misma que tal vez fuera médico psiquiatra y que algunos pacientes necesitarían ser auscultados. Mi timidez era tal ante su presencia que no me animaba a formular la menor pregunta. No tenía la menor idea sobre su vida, sus pensamientos, su persona. Eran sólo mis confidencias las que estaban allí, sobre el tapete, como las cartas de un tarot que él debiera interpretar. Y me costaba bastante aceptar, escuchar tan siquiera lo que me decía. Ahora, mirando todo aquello con la perspectiva de los años, me doy cuenta de que muchas veces fui pedante, intolerante y terca. “Usted juega conmigo al ping pong”, me decía en un tono que trataba de parecer severo, pero en donde se delataba una pizca de diversión. “Yo le tiro una frase y ni siquiera se detiene a pensarla. Me devuelve inmediatamente la pelota”. Era muy orgullosa para darle la razón.

De mala gana me encaminé al diván, ese potro de torturas. Me estiré cuan larga era. El malestar me invadió. No me gustaba estar expuesta a sus miradas, mientras él atrás, tal un dios en su olimpo. Me sentía como Moisés en el Monte Sinaí. No me daba cuenta de que ese dios era muy limitado, porque aquél, el de Moisés o el de cualquier otra religión podía mirar en nuestros corazones aunque no le dijéramos nada y él, para poder hacerlo dependía de mi palabra.

—¿Qué siente? — La voz llegó suave y acariciadora, como un terciopelo. Me

contuve para no contestarle qué le importa, son cosas mías. Traté de distender la situación con una broma:

— Dónde estás corazón/ no oigo tu palpitar — tararé.

Escuché una carcajada, seguida del chasquido con que hundía los puchos en el bote del cenicero.

En realidad había sido sincera. Necesitaba verlo. Sabía que tomaba notas en un cuaderno y me imaginaba que escribía en él los síntomas de mi locura para luego comentarlos con sus colegas.

— Me siento desnuda — dije, con un hilo de voz.

— Lo que pasa es que quiere tener a Ludmila bien controladita, sin que se le escape del sótano.

— ¿De qué sótano? — Este hombre estaba loco. Cada vez me costaba más entenderlo.

— Efectivamente, del sótano. La pobre Ludmila está encerrada allí y usted es su más encarnizada carcelera.

Poco a poco, en incontables horas, con gran paciencia de su parte y un gran esfuerzo de la mía, iba entreviendo algo de luz. Mi tema recurrente era Aníbal, su cambio de los últimos tiempos de la relación, de cómo, sin que yo pudiera explicarme la causa, se había vuelto irascible y violento. Aquella cachetada con que me tiró al suelo no fue sino la coronación de una serie de violencias, y no sólo verbales. La omisión puede también llegar a ser una violencia. Ya no me esperaba como antes a la salida de la Facultad. Y cuando nos encontrábamos en algún pasillo, iba siempre acompañado. Apenas se detenía para avisarme que esa noche no podríamos vernos porque los exámenes estaban próximos y tenía que estudiar.

Recostada allí, ignorante de las reacciones del otro, continuaba hablando, protestando por aquella desconsiderada conducta, creyendo tal vez que el análisis ayudaría a que él volviera a mi lado. Un día, luego de una de mis largas peroratas, me espetó:

— Yo lo sé todo de Aníbal, pero de Ludmila nada. ¿Por qué no me cuenta más de ella? No sea mala, déjela tomar un poco de aire. Es muy oscuro ese sótano.

Quizá tuviera razón, pero yo no sabía qué decir de mí. Mi realidad más íntima me estaba totalmente vedada. Y no tenía la menor idea de cómo llegar a ella.

— Pero yo me conozco — le dije, con la seguridad que confiere la ignorancia.

— Entonces dígame quién es usted.

Me quedé pensando. Mi respuesta fue de una pobreza descorazonadora:

— Creo que soy impulsiva, bastante apasionada, sensible.

— Ésas son sus características — me dijo.

El desconcierto me impidió continuar. Sin embargo, a partir de allí, comencé a interesarme un poco más en esa personita que era yo y a la que nunca, lo descubriría ahora, le había prestado la más mínima atención. El acceso a mí misma me estaba vedado, como a Jasón el vellocino de oro. Y yo misma era el dragón que lo impedía.

— ¿Sabe hipnotizar? — le pregunté un día a boca de jarro.

Silencio. Si había algo que me sacara fuera de mis casillas eran esos vacíos de

palabras que de repente se producían sin que yo pudiera adivinar la causa. Repetí la pregunta.

—Sí— resonó a mis espaldas la voz.

—¿Por qué entonces no lo hace? Tal vez así podamos saber algo más de mí. Tengo entendido que Freud acostumbraba a practicar el hipnotismo con sus pacientes.

—Podría, pero no quiero. Sería quitarle libertad. Es usted la que debe decidir cómo y cuándo mirar dentro de sí.

Comencé a abandonar lentamente mi resistencia. Percibía oscuramente que los dos nos aventurábamos por un terreno resbaladizo en donde la incertidumbre era lo único seguro. Como Dante, había perdido el camino y allí estaba mi Virgilio para acompañarme en mi descenso a los infiernos, en aquel viaje por el Hades que no era sino la iniciación al conocimiento, a aquella tan trajinada frase de Sócrates: “Conócete a ti mismo.” Papá Freud tenía razón. El alma humana encerraba tantos misterios como el mundo con sus sistemas galácticos. Y ante ello no podíamos más que aceptar nuestra estremecedora ignorancia.

Su mano, mejor dicho su voz, era el hilo de Ariadna que me impediría perderme en el laberinto. Una noche le escribí una carta. Se la di en la sesión siguiente. Mientras la leía a mis espaldas deseaba que me tragase la tierra. Pero, en fin, ya estaba. La carta decía así:

Me fui acostumbrando ¿sabe? A venir a verlo. Al principio no, no me gustaba. Me costaba, quizá todavía me cueste, hablar de mí misma. Yo, la abandonada. Una vez escribí que me gustaría hablar con un poeta. Hoy casi diría que ese poeta es usted. Necesitaba que alguien me diera la certeza de que existo, de que no es la sombra de sí misma la que camina por la calle, toma un taxi o el subte, la que piensa pavadas todo el tiempo. Necesitaba la certeza de que sigo viviendo a pesar del llanto y la carencia, de que un soplo de vida alienta en mí y me sigue allá o acá. Lo necesitaba aunque más no fuera para saberlo y sentirme emocionada con ello. Y ahora estoy emocionada. Puedo sentirme a mí misma. Soy yo, yo, yo. Y quisiera decir muchas cosas pero nada me sale, porque acostumbrada como usted dice a depender, a pensar en otro, jamás me detuve a analizar cómo era ese yo que tanto se proyectaba, quién era esa Ludmila que tanto sufría por no ser querida. Hoy usted me ha despertado el deseo de saberlo y estoy aquí, sintiéndome, nada más que sintiéndome, sin saber a ciencia cierta qué es, cómo es ese sentimiento de mí.

Y resulta que Ludmila se vuelve interesante. Pero no sé por dónde comenzar a conocerla. Qué importa. Está aquí, la estoy observando: ¡en verdad que la pobre se ha tenido abandonada! Le ha importado muy poco de sí en los últimos tiempos; se ha olvidado de mirarse en el espejo. Es por eso que tiene el alma despeinada, la ternura torcida, los días sin pintura. Y se ha olvidado también, con esa cabeza que va recolectando cosas de todos menos de sí misma, de que ha jugado patios en la infancia, de las leyendas del zar y la princesa, del beso en las mañanas, de la nieve. Y hoy quiere recogerlos. Quiere ir sacando poco a poco de los estantes mudos del recuerdo cada pequeña parte de sí misma que se quedó olvidada, solitaria, esperando. Quiere juntar todo eso para armar, si puede, con su auxilio, el rompecabezas de su vida. Y usted puede ayudarla. Mejor dicho ya ha comenzado.

Es por eso que hoy empecé hablando de usted y terminé hablando de mí. Es por eso

que hoy, que he visto entreabierta la puerta, he entrado a mirar, casi con miedo, a poner luz despacio, muy despacio. Y me vuelvo un momento a pedirle compañía. Hay que ventilar todo, dejar al sol que entre, limpiar de telarañas los rincones. Y luego la tarea de mirar, ordenar, clasificar. No. Ahora no puede irse. Ya la inició una tarde sin que nadie lo advirtiera. Hoy, que ya la ha aceptado, ¿conseguiremos juntos terminarla?

El silencio se prolongaba y mi estómago estaba hecho un nudo. De pronto oí:
— Yo también estoy emocionado.

Poco a poco el recuerdo de Aníbal languidecía. Poco a poco iba entusiasmándome en retomar mis abandonados estudios. Porque hacían varios meses que los libros me miraban desde el escritorio como un mudo reproche.

Esperaba la sesión con verdadera ansiedad. Uno de esos días, él me propuso:

— Una sola sesión no es suficiente. Se diluye todo entre una semana y la otra.

Le propongo que tengamos tres sesiones semanales.

Yo no estaba bien económicamente. Mi sueldo de empleada era muy magro. No obstante, la idea me pareció atractiva. Y estaba aprendiendo a escuchar mi deseo.

— No sé cómo me las arreglaré económicamente, pero acepto.

Convinimos una suma que no me fuera demasiado gravosa.

De esa manera, casi sin darme cuenta, fui girando mi corazón a él, como las plantas buscan la luz para crecer. Me llamaba loca cuando lo pensaba, pero me sentía amada por él. Y fantaseaba con que se preparaba para mi visita con la misma sensación de fiesta que yo tenía. Trataba de imaginármelo con su mujer, con aquella mítica Ana del tren y el corazón se me oprimía. Alguna vez llamaban sus hijos por teléfono. Su ternura con ellos me dejaba desarmada y amante. En una ocasión, hablando no sé de qué cosas, tal vez de mi dependencia afectiva, me dijo:

— Mi mujer es alguien a quien yo quiero muy profundamente. Pero no estamos todo el día acollarados.

Los celos me atragantaron. ¿Cómo la quería a ella? ¿Qué pedazo de su corazón ocupaba yo?

7. LLEGAR ES VIVIR UN POCO

Quizá ya no haya tiempo, no haya tiempo para verme.

Robert Desnos

Camila iba a mi lado y Néstor peligrosamente adelante. Digo peligrosamente porque el gentío era tal que, de repente, me entró el pánico de perderlo. ¿Qué haríamos en aquella ciudad desconocida Camila y yo? Tonta de mí, como si nunca hubiera entrado sola a una ciudad. Pero cuando estaba junto a Néstor me volvía increíblemente dependiente. Y además llevaba en mi corazón, como un tatuaje, la dirección de Antonio. De todos modos, no me hubiera gustado perder a Néstor. Me parecía una innecesaria complicación. “Papá”, gemía Camila, “Esperanos”. Pero él no escuchaba, o hacía cómo. Desde que lo conocí, y ya iban para largos ocho años, tenía esa maldita costumbre de caminar adelante. Aun cuando éramos novios, y todo un futuro de amor y de promesas parecía extenderse ante nosotros, él iba como si se lo llevaran los demonios y yo atrás, preguntándome si aquello no era un indicio de que ése sería mi lugar durante la vida en común que, a pesar de todo, yo deseaba que fuera para siempre. Tal vez esa costumbre se originara en su procedencia del Noroeste, en donde tanto peso tuvo la cultura quechua. Porque yo ya había comprobado en Ecuador, en donde vivimos dos años antes de recalar en México, que no es el indio el escalón más bajo de la sociedad, sino la india. Cada vez que veía una familia indígena, cualquier fuese su grupo de pertenencia, el hombre iba adelante, acentuando todo el peso de su masculinidad en el sombrero y los zapatos y la mujer atrás, cargada como una mula, descalza y los críos agarrados de sus polleras. Pero ni por apellido, Terán era totalmente castizo, ni por aspecto, parecía tener una gota de sangre india. O tal vez su condición de antropólogo le llevaba a adoptar hasta las costumbres que él mismo decía repudiar.

El aeropuerto era una inmensa Babel. Yo estaba poco acostumbrada a escuchar tantas lenguas juntas y me sentía aturdida. Por suerte pudimos sortear todas las dificultades y controles y nos encontramos afuera, bajo un cielo de un azul replandeciente. Era otoño, octubre para ser más exactos, pero a las cuatro de la tarde el calor agobiaba con la misma intensidad que en el verano de Buenos Aires. Probablemente el zumbido en mi cabeza era debido al trastorno del horario. Camila se veía bastante molesta, pero igual mi corazón galopaba con el impulso ya olvidado del amor y del deseo.

—Tomaremos estos autobuses — dispuso Néstor. Ésa era otra de mis insatisfacciones en la relación. Nunca había para taxi. Podían ser la cuatro de la mañana con quince bajo cero y una lluvia torrencial, pero allí estábamos nosotros, a la salida del cine, del teatro o de una fiesta esperando a un colectivo fantasma que no aparecería jamás. Era yo la que entonces extendía la mano y paraba un taxi. También era yo la que lo pagaba. Pero ahora silencio, a portarse bien, a hacer lo que el marido ordene porque que el encantamiento puede desvanecerse y el príncipe convertirse en sapo.

Nos acomodamos en el ómnibus repleto y me concentré en mirar los árboles del camino, en respirar ese aire que se colaba por la ventanilla como si fueran los mismísimos suspiros que Antonio me enviara desde su morada en aquella españolísima calle de Goya.

—Aquí termina el recorrido — anunció el chofer.

Néstor bajó nuestras valijas y nos encontramos desamparados y solos en una plaza madrileña, mirando con los ojos que Hansel y Gretel seguramente tendrían cuando los pájaros les comieron las migas con que habían señalado el camino de regreso. De repente, el rostro de Marcelo se animó.

— Mirá en qué calle estamos.

No llevaba puestos los anteojos, así que por más que quisiera no podía haber distinguido una montaña de una catedral. Los busqué apresuradamente y, sin titubear, me los puse. No, no era mi anhelo lo que me llevaba a leer aquello. El letrado decía claramente: “Calle de Francisco Goya”.

El gentilísimo de Néstor (¿estaría pensando en pasarme la factura?) me dijo:

— La casa de Antonio no debe de estar lejos. Si querés te das una corrida y yo te espero aquí.

Pero en los cuentos de hadas siempre hay obstáculos, eso ya lo sabemos desde la Bella Durmiente, Pulgarcito o Belleza del Mundo. Camila alzó su vocecita reivindicadora:

—Yo voy con vos, mami.

No tuve más remedio que aceptar. Convencerla significaba perder un tiempo precioso para mi anhelante corazón. La tomé de la mano y salimos como dos exhalaciones, pensando yo que la tan anhelada dirección estaría allí, muy cerca, ya que la numeración así lo indicaba.

No tardé en darme cuenta de mi lamentable equivocación. Las cuerdas se sucedían unas a otras sin señales del número y eso que habíamos pasado ya el 20. Pero de allí se iba directamente al 380 o vaya a saber qué otro disparate. Camila protestaba.

— Volvamos con papi, mamá.

— No, querida, ya falta poquito — y le agarraba con fuerza la mano, no fuera a soltarse y volverse, obligándome a abandonar mi cruzada por correr tras de ella.

Al fin llegamos. No había duda, aquella era la casa. Se trataba de un edificio *Fin de Siècle*, como los que en Buenos Aires la piqueta se obstina en demoler y en Europa se empeñan en conservar, lo que le da a cada lugar su peculiar fisonomía, siendo la nuestra, en cambio, la de no tener ninguna. Miré hacia arriba, con la esperanza de que mi amado estuviera en alguno de aquellos balcones, pero no pude divisarlo. Olvidaba que somos las mujeres las que, desde tiempos inmemoriales, esperamos la llegada de nuestros galantes caballeros asomadas a balcones o ventanas, o espiando detrás de las celosías. Por otra parte, como queda dicho, él no tenía idea de mi llegada. Preferí no decirle nada para darle la sorpresa. La sorprendida fui yo cuando, luego de trepar los cuatro escalones de mármol, tomar el ascensor y colgarme de su timbre como si en ello me fuera la vida, apareció un señor barbado que nada tenía

que ver con la imagen que yo guardaba en las entretelas de mi alma.

—¿Vive aquí Antonio Linares? — El hombre poseía sin duda un finísimo oído pues yo misma apenas pude escucharme.

—No — dijo, ignorante del puñal que en ese mismo momento me hundía.

Se aprestaba a cerrar la puerta cuando yo protesté.

— ¿Cómo que no?

No era posible. Igualito a mi sueño. Llegaba a la tan añorada casa y alguien me informaba que ya no vivía allí.

—Se ha mudado — . La cara del barbudo no se mostraba muy amigable, pero no era cosa de darme por vencida tan rápidamente.

—¿Sabría su teléfono, o su dirección?

—Espere un momento —. Y entró al departamento dejándome en la puerta.

No pude dejar de mirarlo por la rendija. Así que allí era donde tantas cartas le enviara en esos seis años de nostalgia. Cuántas veces traté de imaginármelo. Pero no pude ver demasiado.

El hombre apareció con un papelito:

— Éste es el teléfono.

Me contuve para no abrazarlo.

— ¿Podría llamar desde aquí?

Sabía que mi insistencia podría resultar pesada, pero en ese momento mi amor propio se había esfumado. Lo único que contaba para mí era no perder la pista de Antonio. Después ya se vería. Por suerte me dejó pasar. Su cara no denotaba la menor expresión y, por lo que pude colegir, no había nadie más en la casa. El teléfono estaba en una especie de cabina. Antes de abalanzarme sobre él eché una rápida mirada a aquel ámbito alfombrado por donde la luz entraba a raudales por el amplio ventanal. Me acordé de las descripciones que Antonio me hiciera en sus cartas, sus referencias a los talleres que allí funcionaban.

— Aló.

La voz sonó, dulce y cercana, como en los mejores tiempos.

— ¿Antonio Linares? — pregunté, tratando de parecer serena.

— El mismo—. Su impavidez de siempre.

— Quería pedirle una entrevista.

— ¿La recomendó alguien? — Antes de que pudiera yo pensar en algún nombre, pareció entender:

—¿Ludmila? — No sé por qué me pareció notar en su voz un dejo de complacencia. ¿Se alegraría de verme?

— La misma que viste y calza —. No tuve ningún inconveniente en descubrir el campanilleo de mi voz.

— ¿Dónde estás?

— Aquí, en tu casa de Goya.

— Sos loca — rió él—. ¿Y tu marido?

— Cerca, esperando con las valijas. Camila está conmigo.

— Pues me esperas abajo, en la banca, ya voy a buscarlas.

Sentada en la banca de la vereda, aguardaba junto a Camila, olvidada de Néstor y de cualquier otra cosa que no fuera la llegada de mi alado caballero. No era frecuente en mí ser tan descuidada con los demás, pero Madrid bien valía aquella misa.

Los minutos me parecieron eones de tiempo. Por fin, un auto azul plateado paró junto a nosotros y de él bajó el mismísimo Antonio. Los años no parecían haber hecho mella en él pues era exacto al Antonio de mis recuerdos.

Nos confundimos en un prolongado abrazo.

8. CARTAS

Todas las cartas de amor son ridículas.

Fernando Pessoa

Abrió las ventanas del living, de la sala le decían allí, cuán ingleses hemos sido, como si el español no tuviera sus palabras para designar a ese pedazo de la casa en donde se recibe a la gente, para colmo le llamaban living-comedor, mezclando términos de los dos idiomas, en realidad sala era sala y nada más y para estos nuevos sistemas de vivir la palabra sala parecería insuficiente, la mesa de comer allí mismo, sin ninguna clase de separación. Recordó el comedor de su casa provinciana, tan lejana ahora en el tiempo y en el espacio, la chimenea que nunca podía encenderse porque no era bueno el tiraje, aquellos días de invierno en que su madre prendía la estufa volcán, y luego las velas con esas celditas teñidas de rojo que indicaban que el frío ya pasará, aquí estamos nosotras para no dejar que ustedes se resfríen. En México la cosa era diferente, nunca había un verdadero invierno ni un verdadero verano, sólo la estación de las secas y de las lluvias, el invierno ha terminado y se ha ido, las lluvias han cesado, levántate amiga mía y ven. En efecto, como en el salmo, las lluvias habían cesado y era marzo, todo anunciaba la primavera, aunque aquí una primavera más tímida que la de allá, pero el jacarandá, otra palabra, jacaranda le decían acá, cómo entonces Camila podría cantar la canción de María Elena Walsh, llueve llueve y lloverá la flor del jacarandá, esa canción que ella, Ludmila también escuchaba y lloraba pensando en allá. Se asomó un poco y vio la copa entera entrando casi en la ventana del primer piso, las flores celestes y luego se dirigió a la cocina, todos se habían ido ya, Néstor a sus menesteres oficinescos, Camila a la escuela, sólo ella allí, en esa casa sola que ahora tendrá que limpiar empezando por los trastos, los platos, para decirlo en argentino, veía a las mujeres de los otros departamentos también en su lugar junto al fregadero, ya no haremos más aclaraciones de cómo son los términos allá, mejor olvidarse de eso, lo que cuenta es acá, por la ventana de la cocina ve a la vecina de enfrente en los mismos menesteres, buenos días señora, las palabras serán diferentes pero para la mujer es el mismo idioma en todas partes, esperanto inútil, por qué Dios no habrá hecho una Torre de Babel con los roles del hombre y la mujer, la mujer por aquí piloteando aviones mientras su marido lava los trastos y pasa la aspiradora, pero eso no había ocurrido ni en la Biblia ni en ningún otro lado, ahora el hombre entraba a la cocina pero era una circunstancia, una ayudita cuando ve a su compañera cansada, consumida por la diaria rutina, y no es que Ludmila sea una ama de casa común y corriente, no señor, allí están sus libros de poemas para atestiguarlo, allí la novela que escribe pacientemente dosificando las horas, tantas para estar encima de la máquina, tantas para limpiar la casa, tantas para salir a buscar trabajo, el último contrato no se lo habían renovado en esa Prepa así que ahora a estar en la casa de tiempo completo, mejor ponemos música, así los pensamientos nos dejan tranquila por un rato, sobre todo Mozart, pobrecito, quién hubiera dicho

que ahora, luego de que sufrió tanto le sirve a una mujer anónima y exiliada para no morir de inanición. Porque la nostalgia es tan grande que el corazón es ya un trazo de tanto estar pensando en allá, extrañando aquel allá que si bien existe, es un allá prohibido, un allá que no puede ser, al que no podrán regresar en mucho tiempo, tal vez jamás. Las cartas de su madre son lo que la ayuda a seguir conectada con ese mundo, cordón umbilical que no se corta, que ella no quiere cortar, todas las semanas están allí sin falta y ella las recibe como Israel el maná en el desierto, la última está en la mesa de luz, en el buró, mejor ahora digámoslo en mexicano para evitar confusiones, nunca se sabe dónde será leído lo que una escribe. “Adorada hijita, hoy es día de su cumpleaños feliz (así decía Camila al cumplir tres años), aunque ya le he escrito para este día, vuelvo a repetir mi bendición y el deseo de tantas cosas para usted”, esa costumbre provinciana de tratar de usted, de chica la entristecía que su madre usara el vos para decirle algo pues ello significaba que estaba enojada, “que nunca le falte el cariño de todos, que nunca le falte”, sigue diciendo mamá, “la ayuda y comprensión de todos los que tanto la queremos y que siga siendo la gran mujer que es hasta ahora”, Ludmila escribe esto muchos años después y también se siente en un exilio, aun cuando no esté en México, exilio definitivo pues ya no podrá recibir cartas de mamá, del cielo no se reciben cartas, si es que existe un cielo ella estará allí, pero nada sabemos de esas cosas, sigamos con las noticias familiares y mezclada a ellas otra noticia también familiar, de Elenita no se sabe absolutamente nada, el horror allí en esas siete palabras, no es que no se sepa nada porque se ha ido de viaje y aun no ha escrito, o porque hace unos días que no llama por teléfono desde La Plata en donde vive, no, es que se la han llevado unos hombres, seis hombres con armas largas la sacaron de su casa y ya no sabemos nada más de ella, eso es el pan de cada día en Buenos Aires, “yo a cada rato me pregunto”, sigue la carta, así nomás entra el horror en las casas como quien no quiere la cosa, un día estamos y al otro ya no, pero no dispuesto por Dios o el destino sino porque un poder, un contra poder mejor dicho que opera entre las sombras decide por nosotros, “yo a cada rato me pregunto”, sigamos leyendo a mamá, “si estará viva o sufriendo vaya a saber cuánto y cómo la duda siempre es peor.” Ludmila se seca las lágrimas y sigue lavando los trastos, ya nos imaginamos lo que esta palabra significa, si es que esto lo leemos en argentino y camina a atender la puerta porque ha sonado el timbre. Es el portero, por la mirilla ve que tiene un sobre en la mano, otra carta, no esperaba ahora nada, ya ayer llegó de mi madre, y ahora de quién, igual la recibe, no es cosa de desperdiciar nada en estos tiempos de escasez de palabras, un sobre vía aérea blanco con bordes rojos, la procedencia es Madrid, pero antes de leerlo ella ya lo sabe, sólo con mirar la letra se da cuenta, no necesita que nadie le diga mirá es Antonio que también se acuerda de vos y te escribe, ella no sabe si se acuerda siempre, si piensa en ella como Ludmila piensa en él, pero ahora parece que sí, que en algún momento de su lejana vida habrá pensado es hora de que escriba ya a Ludmila, ella ya van varias cartas que me manda y yo ninguna, tan consecuente Ludmila con su afecto conmigo, ella no sabe si eso habrá pensado Antonio pero se lo imagina, otras cosas no quiere ilusionarse con imaginar, las fantasías mejor usarlas en las novelas en donde todo puede suceder, Antonio di-

ciendo Ludmila te amo, bien pudiera pasar en una novela, en ésta por ejemplo, lo que es en la vida real nunca ha sucedido, y ella que en estos días se ha dado cuenta de que con Néstor la une una amistad, amistad que a veces se transforma en odio porque ya no se aguanta su frialdad, su ausencia constante, su indiferencia cuando llega a la tarde y se sienta a escribir en la máquina sin dirigirle la palabra, ella está lo que se dice harta y carenciada de amor y unas cuántas palabras del otro lado del océano no le vendrán mal, aunque no sean de amor sino de amistad, de la más estricta amistad, si no tenemos pan conformémonos con tortas.

Mientras pasa la aspiradora por esa alfombra que parece un perro ovejero, sólo que de un color que nunca se le ocurriría a la naturaleza para un perro ovejero, un color anaranjado chillón al que poco a poco empieza a acostumbrarse, por más que en un tiempo pensó que no resistiría vivir en una casa como ésa, mira el sobre que ha dejado en la mesa. Es mejor esperar un poco para saborear luego la carta como quien saborea un helado después de pasar un calor de infierno, Ludmila en el África de su deseo, en el Sahara de su amor con Néstor que a su vez debe recibir de París sus propias lluvias, porque allá vive esa mujer con quien tuvo una hija, pero eso Ludmila todavía no lo sabe, lo sabrá pronto y ya la vida no será igual, aunque ella no podrá juzgarlo pues sabe que en su pensamiento está siempre la imagen y la fantasía de otro hombre, sólo que con él no pasó nunca nada, si nada son estos latidos acelerados de su pulso cuando se acerca al sobre, sudorosa y fatigada, todavía falta bastante para terminar la limpieza de la casa y luego hay que preparar la comida porque el mediodía llega volando y con él Camila con hambre, por eso mejor tomémos unos minutos ahora, antes de que sea demasiado tarde, alguna compensación nos da el destino para esta soledad en un país que aún no puede sentir como suyo, la imagen de Elenita sacada por esos hombres armados, en ese lugar de las sombras no se reciben cartas ni llamados, privilegiada Ludmila, tanto que se lamenta a veces comparándose con Néstor en su trabajo viendo gente, ejecutando proyectos, en fin, ahora tenemos este momento, esta pausa en tanto extrañamiento, disfrutémoslo. “Mi increíble Ludmila”, las palabras de Antonio le van borrando las arrugas del alma con un guante de seda, “si supieras cuántas ganas y cuántas veces me encuentro pensando y deseando tenerte cerca”, el corazón de Ludmila prende todas sus luces, está encendido como un árbol de Navidad, esa Navidad que ya pasó, Santa Clós, como dicen aquí, se atrasó con el regalo, más vale tarde que nunca. “No sé para qué”, ay Antonio no seas tonto, yo sí sé para qué, pero continuemos leyendo, “quizá sólo para tomar un café uno frente al otro tímidamente preguntándose qué hacer. Si fuera así, me alcanza”, a mí también, piensa Ludmila, si es que puede pensar, tan embarullados sus sentimientos en esta zambullida en las palabras de la carta, “cada presencia tuya me sorprende, me conmueve y me encanta”, Ludmila quisiera que alguna vez esas presencias fueran más que sobres blancos que las palomas mensajeras, mejor dicho el correo lleva y trae, una presencia de carne y hueso, aquí estoy por fin Antonio, aquí estamos en Madrid o México aunque más no sea tomando un café, “Contigo y las cartas me pasa lo mismo que con el teléfono, no lo soporto! Tengo ganas de hartarme de verte y charlar mano a mano, ¿será posible Ludmila?” y por qué entonces nin-

guno de los dos nunca hizo nada, se lo pregunta mientras levanta los ojos del papel y mira a través de la ventana el pino que se mece en la brisa mañanera, en Buenos Aires nunca tuvo un pino para mirar desde la ventana. “Yo tan amante del amor y de la vida como siempre”, y Ludmila se da cuenta de que nada sabe de ese hombre, fantasma detrás de su diván de analizada, recipiente de sus confidencias y aquí ahora ella recibe las tuyas, pero no puede hablarle, mirarle a los ojos y decirle todo lo que se le ocurra, “suelo andar más bien solo, mi amor con Claudine se terminó hace un año, ya estoy mejor”, él está solo pero yo no, así es la vida de injusta o de desorganizada, pero si tú me dices ven lo dejo todo, como en el verso de Amado Nervo, aunque él no me lo dice, cómo entonces puedo yo saber, pero si vamos a ser sinceras, no lo dejaría todo, está Camila y quiere seguir a su lado mientras crezca, aunque tal vez mañana sea ella la que la deje y diga como decimos todas las hijas de las madres, vieja castradora, vieja, vieja, “ahora hecho un lío, más grande, casi con cuarenta pirullos. Ludmila, quereme siempre, me hace bien, me gusta, yo a ti te quiero y mucho”, y Ludmila se pregunta cómo la vería él ahora con sus treinta y ocho, cada vez le cuesta más mirarse al espejo, ver cómo se va alejando la juventud de su rostro, cuán diferente de aquella Ludmila que acudía a analizarse, con sus veintisiete espléndidos años, en ese entonces ella también se creía acabada, la que se acaba ahora es la carta y ella se resiste, trata de leer lo más lentamente posible, pero igual las palabras se terminan, qué corta es la felicidad en este mundo, Cenicienta volviendo a casa a las doce de la noche, mira el reloj y aquí en la vida real también son las doce y de la comida no hay ni señales, por una vez bendice esa costumbre mexicana de comer a las tres de la tarde, terminemos nomás la carta, después podremos volver a leerla, eso tienen las cartas, no son palabras que se lleva el viento, quedan ahí esperando como fieles amigas y cuando estás triste se puede tomarlas de nuevo y recordar, sentir una vez más ese campanilla en los adentros, aunque Ludmila sabe que está en el reino de lo Imaginario y nada más, porque la realidad es otra, pero qué puede hacer una humilde escritora para quien las palabras son el pan de cada día, estas cartas tal vez sean su propia novela que se va escribiendo sola, sin que ella deba sentarse horas y horas frente a la máquina, “para ti y para Camila flores, frutos, pájaros, sol, azules, magia y fantasías hermosas. Te besa, Antonio.”

Ludmila se levanta, se restriega los ojos como si acabara de salir de un sueño, se pregunta si deberá contarle a Néstor pero luego se dice que no, que para qué, él también recibe cartas, sólo que no aquí sino en la oficina, se le ocurre que esas cartas tendrán una consistencia que no tienen las de Antonio, una hija de por medio, pero como no lo sabe, estas últimas reflexiones no le vienen sino mucho más tarde, cuando sentada en su escritorio trate de ovillar la madeja de sus deshilvanados recuerdos.

9. EL SUEÑO Y EL DESEO

Aquí estoy con el sueño y el deseo.

Gastado de palabras y desnudo.

Enrique Molina

El amor con Néstor fue un *coup de foudre*. Era frecuente que esas cosas me ocurrieran, así que empecé a salir con él sin pensar que iba a cambiar mi vida tan radicalmente. Por esos años yo había terminado mis estudios de Letras. En realidad fue todo un triunfo. Nada en la vida se me daría de una manera fácil y tampoco la Universidad. Me costaba pasar sábados y domingos en mi cuarto, con los libros de griego, tratando de traducir a Eurípides para el próximo parcial mientras afuera la vida pasaba con su cargamento de encuentros, de risas, de amistad. Pensaba que estaba marcada para ese destino solitario. Había abandonado mis estudios cuando Aníbal me dejó. No pude seguir encerrada en ese aislamiento. Caí en un vacío tan grande que creí que la soledad me iba a devorar. Me dediqué a salir con cuanto bo-ludito suelto me invitara. Tenía bastante éxito, así que no me costaba decir que sí a cualquier requerimiento de ir a bailar a Mau Mau o alguna de las boîtes entonces de moda. Bailaba y tomaba Whisky hasta caer rendida. Luego mi eventual compañero me acompañaba a casa y, antes de que me bajara, intentaba besarme. Era frecuente que yo accediera, entregada como estaba a la decepción más absoluta. Había en mí un cinismo que me llevaba a encogerme de hombros ante cualquier reproche de mi conciencia, tan marcada por una educación que hasta la reina Victoria hubiera tenido por estricta. Era mi forma de manifestar mi enojo con el mundo, contra Dios, contra mis padres, tal vez contra mí misma por no haber podido acceder a aquello tanpreciado a lo que otras, algunas menos atractivas, menos inteligentes, menos todo, habían conseguido. Sean eternos los laureles que supimos conseguir, parecían decirme desde su bien cimentada felicidad, desde sus panzas hinchadas siempre por el próximo crío. “Vamos a algún lado”, me decía el N.N de turno (un turno ¡Ay! tan fugaz) y yo asentía con la cabeza. Cuando no tenía departamento íbamos a los hoteles alojamiento. Trataba por supuesto de cuidarme, no fuera a quedar embarazada. La cosa se me escapó de las manos luego de acostarme con Santiago. Santiago Olmos era un íntimo amigo de Aníbal a quien él criticaba su tendencia a claudicar con la burguesía. En efecto, le fascinaban los lugares de moda y podía darse ese lujo ya que la fábrica de camisas de su padre estaba en su apogeo y él no necesitaba trabajar. Inició estudios de Filosofía pero para la época en que nos vimos estaba totalmente entregado a su tarea de play boy. Pinta no le faltaba. Era alto y fornido y tenía unos ojos verdes que miraban con una ternura vaya a saber si real o fingida pero que a las mujeres, tan proclives a sentirnos frágiles y desprotegidas, nos dejaba desarmadas. La mañana en que nos cruzamos por la calle hacía como dos años que no lo veía. Me abrazó y, sin esperar demasiado, me invitó a tomar un café. Esa misma tarde me llamó por teléfono.

— ¿Tenés algún compromiso? — y, ante mi negativa —: Te invito a comer.

Me puse mi vestido negro mini y las botas negras de charol. Sabía que era mi atuendo más sexi, pero no quise pensar en nada, salvo que esa noche tendría con quién conversar, sentirme un poco cortejada aún cuando fuera con un íntimo amigo de mi antiguo amor. No me pareció una deslealtad de parte de ninguno de los dos, ya que Aníbal había desaparecido de mi vida y todo daba a entender que para siempre.

El restaurante quedaba en el Bajo y hacia allí me llevó en su Ford último modelo. Conversamos hasta que las velas no ardieron y luego me invitó a su casa. Quedaba por allí cerca y, mientras caminaba a su lado bajo un gélido vientecillo invernal, me pregunté si había hecho bien en aceptar. Al día siguiente tenía análisis y debería decirle a Antonio de nuevo lo hice, y soportar después el horrible silencio que se producía luego de aquellas palabras en que yo aceptaba que me había acostado sin otra condición que mis ganas o mi bronca o qué sé yo, pero para la formación católica de Antonio debía ser un bombazo de agua fría. No podía dejar de sentirme a mí misma como aquellas mujeres de las que mamá y mis tías hablaban en voz baja y con las que se oponían que sus hijos se casaran. También creo que pesaba lo de mi formación. No había entrado por la variante de la libertad sexual de la mano de Marcusse. Y aquella casi cantinela de Antonio “Ludmila no se da su lugar” me dejaba descolocada e indefensa. ¿Cuál era mi lugar? ¿El de una solterona erudita, como decíamos con mi amiga Isabel rebelándonos ante esa condición de preciosas ridículas en que caeríamos si sólo nos dedicábamos a los libros? ¿El de esas amas de casa que veíamos en nuestras amigas y que, si bien había honrosas excepciones, nos estremecía el sólo pensar en un destino similar? Ahí, bien a la vista tenía el ejemplo de Luisa, mi amiga de la infancia. Fuimos compañeras desde primer grado hasta que nos recibimos de maestras en la Escuela Normal de San Cosme y durante todo ese larguísimo tiempo no se bajó de su sitio de abanderada. Era envidiable contemplarla a la hora de izar la bandera todas las mañanas, colocada junto al mástil con su delantal immaculado y los puños apretados de frío, ya que no se podía estar en tan excelso lugar con nuestros vulgares sacones azules marineros. O cuando estaba por terminar la jornada, saliendo antes que nosotras para arriar la bandera en una ceremonia solitaria de la que luego la veíamos venir escoltada por otras dos, pero llevando en sus manos el símbolo patrio con lo que a mí me parecía una expresión de triunfo que no podía disimular. Lo de superdotada le vino porque su calificación era el diez absoluto. Ella, no Bo Derek, era la chica diez. En nuestras arduas clases de álgebra no había fórmula que no resolviera con la velocidad del rayo, lo que nos dejaba estupefactas y ansiosas por no poseer esa preclara inteligencia. Sin embargo, cuando le preguntábamos qué iba a estudiar nos contestaba que su vocación era la de esposa y madre. Y, a la altura en que yo merodeaba por allí buscando mi destino en los libros, el amor o las camas de mis eventuales amantes, ella había cumplido su sueño y ya andaba por el sexto vástago y se la veía tan feliz y sosegada. Ése, estaba segura (¿estaba segura?) no era mi lugar. La cuestión es que allí me encontraba, en brazos de Santiago, que me susurraba “te voy a acostar”, mientras me desvestía y me

tiraba en la cama y yo me dejaba ir en una lánguida aceptación. La vez siguiente lo llamé yo. Me pareció notar cierta reticencia en su voz al contestar que bueno a mi sugerencia de vernos esa noche. Tal vez le pesara en la conciencia salir con la ex de su amigo, tal vez ya no le gustara, vaya a saber. Llegó tarde. Y el rito de la semana anterior se repitió. Volví a casa a la madrugada, exhausta y con un sabor a nada en el alma. A pesar de todo yo soñaba con ser amada y era evidente que por allí el amor era un ausente con aviso.

Santiago no me volvió a llamar. En realidad, debía confesarme a mí misma que me gustaba mucho más de lo que yo hubiera deseado. Por aquella época, vaya a saber por qué, se produjo un inusitado silencio y tampoco aparecieron otros pretendientes. Amanecía los sábados pensando que tal vez a Santiago se le ocurriera llamarme y no me despegaba del teléfono. Pero no. Se mantenía en una mudez empecinada y yo no me sentía bien tomando otra vez la iniciativa. Ya comenzaba a resignarme a que nunca más cuando me di cuenta de que el período se estaba demorando. Al principio pensé que sería algo normal, tantas veces me pasaba, pero nunca tanto como ahora, ya casi estaba llegando al mes. Fue entonces que, aterrada, me decidí. Un embarazo y de alguien casi desconocido era impensable para una chica de ese entonces que, para colmo, vivía con sus padres. El escándalo era ineludible, los reproches, los llantos, el ser señalada con el dedo. La única solución hubiera sido casarse, pero Santiago estaba muy lejos de proponerme matrimonio por una cosa así. De todos modos disqué. No tenía a quién hablar de la cosa. Para colmo era febrero y Antonio se tomaba religiosamente su mes de vacaciones

— Quiero verte, Santiago.

— Ando muy ocupado. Te llamo en unos días.

— Es urgente —. Creo que mi voz sonó angustiada pero del otro lado sólo me vino un helado silencio.

—¿No vas a preguntarme qué me pasa?

— Hablamos en unos días. Ya te dije que mi tiempo es escaso.

Ah, la crueldad de los hombres. Sólo se muestran amables cuando quieren conseguir que los acompañes a la cama. Cuando todo pasó y el amor no vino no se molestan en seguir siendo por lo menos humanos. De todos modos le dí otra oportunidad.

— Estoy con un atraso —.

—

— ¿No vas a decir nada? — Mi desesperación iba en aumento. Pensé en Aníbal, en llamarlo, en contarle la porquería de amigo que tenía.

— ¿Y yo qué tengo que ver?

No podía creer lo que escuchaba. Como si no hubiera estado en su cama noches enteras, como si alguna vez me hubiera escuchado cuando le pedía que se cuidara, que se pusiera el preservativo.

— Bueno, me parece que algo hicimos.

— Pero no debo ser el único.

Colgué.

Vería de arreglármelas sola. A como diera lugar.

Al día siguiente le conté todo a Julia.

—¿Qué vas a hacer, negrita?

Qué hubiera sido de mí sin ella. La relación entre hombre y mujer tiene lugar en privado. A nadie puedes hablar de ello. Y las amigas en este caso son algo invalorable. Además de la crueldad insólita de Santiago, ocurría con él como con muchos. Después de acostarse con una mujer empiezan a juzgarla fácil, por no usar un término más contundente. Esto lo comprobaba constantemente, sobre todo en la burguesía.

Lo que más me gustaba de Julia era sentir que podía hablar o contar cualquier cosa y encontrarla igualmente interesada. Sabía que me aceptaba tal cual era y que jamás oiría de su boca una palabra de condena.

— Lo tendré — dije con una convicción que me asombró.

Ella me abrazó.

— Si querés yo te ayudo a que busquemos un médico.

— No, ya se me fueron el miedo y la vergüenza. Lo tendré.

Una gran paz me inundaba.

— Contá conmigo para cualquier cosa.

Mi valentía y decisión de enfrentar al mundo no pudo ponerse a prueba, pues al día siguiente, sentada en la oficina, algo viscoso y tibio comenzó a colarse entre mis piernas. “El asunto”, como se le decía habitualmente, había llegado. Nunca aquellos nefastos días de menstruación en que una sentía que otro ser la habitaba y el cuerpo era un saco de dolores, sobre todo en esa zona de arriba de la pelvis, fueron tan celebrados.

Antonio celebró también que todo no hubiera sido sino una falsa alarma.

Poco a poco, a través de él fui comprendiendo que para acceder al amor, a ese amor verdadero que yo buscaba, debía aceptar mi soledad. No escapar de ella con conductas que en realidad yo misma reconocía inútiles. Comencé a saborear los días en que me quedaba en casa. Ya no me atormentaba esa dolorosa sensación de inexistencia. Caminaba por las plazas con un libro en el bolso y comencé de nuevo a escribir poemas. También Antonio me ayudó en eso. Alguna vez le mostré mis cuadernos repletos de poesías y me sugirió que tomara en serio lo que él consideraba un don y yo algo que no sabía cómo nombrar, un mandato que me hubiera venido quién sabe de dónde y al que no podía más que obedecer, pero escondiendo los frutos bajo siete llaves, no sea que alguien se fuera a enterar.

Fue por esa época que el profesor de Literatura Argentina me propuso entrar en su cátedra como ayudante. Una nueva vida se abrió para mí. Enfrentarme a los alumnos semana tras semana me dio una seguridad en mí misma de la que hasta entonces carecía. Por esa época les pedí que leyeran a Néstor Terán, un narrador joven del que se hablaba bastante y que yo personalmente admiraba. Durante varias clases estuvimos comentándolo. Nos gustaban sus novelas en donde se veía una influencia soterrada de Rulfo. Alguien sugirió que lo invitáramos. No fue difícil ubicarlo. A través de la editorial conseguí su número y, cuando le dije el motivo de mi llamado,

accedió enseguida.

Quedamos en encontrarnos media hora antes de clase en El Grial, el café que quedaba enfrente de la Facultad. Yo lo reconocería pues convinimos en que llevaría su libro en la mano y, además, había visto su foto en la contratapa. Cuando llegué estaba sentado en una mesa al lado del ventanal, revolviendo interminablemente su café. Una corriente eléctrica me atravesó el cuerpo. Me di cuenta de que, a partir de allí, todo sería diferente.

10. SACRIFICIOS

...Cuando una mujer se pone a escribir una novela, nota que está deseando constantemente alterar los valores establecidos, convertir en serio lo que a un hombre le parece insignificante, y en trivial lo que para un hombre es importante.

Virginia Woolf

Percibo en mí la capacidad de producir.

Vincent Van Gogh

PROHIBIDO ESCRIBIR. Ése era el mandato que no sabía de dónde me llegaba. Sólo que estaba escrito a fuego en mis vísceras. Desde niña los libros fueron mi deleite. Luego de los cuentos de hadas, de las historias familiares contadas por mi madre al lado de la cama en las noches de invierno que me dejaron la cabeza hirviendo de sucedidos, me interné en aquel laberinto que era la biblioteca de mi padre, en aquella mina en donde, para encontrar el tesoro, sólo tenía que quedarme horas parada al lado de las estanterías. Allí estaban Dickens, Mark Twain, Julio Verne. Ellos me trasladaron a ese reino maravilloso e intocado del cual me resultaría muy difícil volver. Mi madre, asustada por aquella devoción, no cesaba de empujarme al patio, allí donde jugaban mis hermanos. “Niño que juega poco se vuelve loco”, me decía en una cantinela incansable. Pero nada lograba convencerme de que aquello no estaba bien. Ahora entiendo que aquel fanatismo mío por los libros era otra manera de conectarme con el reino del juego y de la fantasía.

A pesar de ello jamás se me cruzó por la mente que yo también podía ser creadora de esos mundos. Por lo general eran nombres masculinos los que destacaban en las cubiertas de los libros. Y si alguna vez escuchaba alguna poesía de aquellos seres que me parecían de otro mundo — aquellas mujeres que llamaban “poetisas”, como Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, poemas que mamá recitaba, como dije, para amenizar las fiestas de los invitados — me enteraba de que algo como un aura trágica las rodeaba. Una, la que escribió aquellos versos que comenzaban: *Quisiera esta tarde divina de octubre/ pasear por la orilla lejana del mar*, se había arrojado precisamente a ese mar una noche, vaya a saber si divina de octubre pero una noche en que tal vez el hecho de sacar la palabra de sus vísceras se le volvió una carga tan insostenible que tuvo que ahogarla en el mar. Se necesita tanta agua para apagar tanto fuego. La otra, aquella mítica Gabriela, era un ser sufriente que escribía:

*Y amar, bien sabes de eso, es amargo ejercicio
Un mantener los párpados de lágrimas mojados.
Un refrescar de besos las trenzas del cilicio,
conservando, bajo ellos, los ojos extasiados.*

El escribir no la salvaba de besar el cilicio, o tal vez la llevaba a ello. ¿Cómo no sentir entonces un peligro, cómo no darse cuenta aun oscuramente de que la de la

palabra era una tierra minada, pero sobre todo para las mujeres?

Largo, arduo era el camino que me esperaba para reconocer, para encontrar en mí aquel otro mandato mucho más oculto y enterrado, tal vez más imperecedero que ese primero de no escribir. Y éste era: ESCRIBE. Por ello tal vez aquellos cuadernos repletos de poemas que garrapateaba en los ratos perdidos, aquellos poemas que no sabía de dónde ni de qué extraño modo venían a mí, pero que prefería estar en un potro de torturas antes de mostrarlos a alguien. A veces tenía sueños terribles, como aquél en que el padre Martín me torturaba con unos aparatos extrañísimos en un sótano situado justo debajo de la iglesia. ¿De qué me sentía culpable? ¿Por qué debía ser castigada? Tal vez por ese hecho que no sabía, no podía reconocer en mí: el de haber nacido bajo la constelación mágica de la escritura. La cuestión era que mis cuadernos dormían el sueño de los justos en mi escritorio cerrado con llave y hubiera preferido morir a que alguien descubriera en mí aquella anormalidad, aquel desvío irreparable. Más tarde Soledad, prima de Néstor, me contaría que cuando su primo de diez años se sentaba frente a la máquina de escribir de su padre para esbozar sus primeros cuentos, éste espantaba a la chiquillada que alborotaba en el patio para que no molestaran al genio.

Fue con Antonio que comprendí que tal vez lo mío fuera un don no tan despreciable.

A veces le respondía con poemas a sus argumentos y él me decía: “Siempre está diciendo poemas de otros ¿Cuándo me va a traer aquí algo suyo?” Y llena de angustia y ansiedad pasé en limpio algunos y se los llevé prolijamente enumerados en una carpeta anaranjada. Los dos días que separaban una sesión de la otra me parecieron eternos. ¿Los habrá leído ya? ¿Le habrán parecido buenos?, me impacientaba con el corazón acongojado. Apenas me tiré en el diván le lancé la pregunta a boca de jarro, sin darme vuelta para mirarlo: “¿Leyó los poemas?”. “No”. La respuesta no me dejó tan helada como lo que siguió, “Si usted quiere los leemos aquí”. Si no había entendido mal, mi persona sólo era interesante allí, en el consultorio. Luego de la sesión se olvidaba totalmente de mí, tenía cosas más interesantes o más urgentes que leer alguno poemas de una neurótica paciente y, por cierto, bastante impaciente.

Por eso aquella carta, la última antes de nuestro viaje me dejó en suspenso, como si una mano mágica hubiese venido a desarrugarme el alma, fatigada por el exilio, por los trabajos embrutecedores, por la obligación de ser madre a como diera lugar, luchando con las ausencias de Néstor, que año tras año se largaba a Europa. Aquella carta en donde por primera vez él, Antonio, desnudaba ante mí sus sentimientos, así como yo le desnudara los míos años atrás. Estaba escrita en forma de poema y, mientras la leía, me costaba convencerme de que no soñaba:

*Hoy te quiero contar algunas cosas
y pedirte otras.
Siento que nunca logré acomodarme bien
en la relación contigo,
como si faltara algo
o sobrara algo.*

*La balanza siempre desnivelada
(valga la metáfora, por lo de Libra que soy),
como tú pidiendo y yo contestando
(no sé si dando...),
y tú siempre
dando.*

*Descubrí que soy mezquino en la relación
contigo
¡Y tú, voraz!
Prefiero la voracidad a la mezquindad.*

*Recuerdo nuestro primer encuentro,
cara a cara en un escritorio de por medio,
tú intentando escandalizarme
y yo muy bien puesto
en mi papel de terapeuta impenetrable,
Después siguieron sesiones de diván,
¡Muchas! Muchísimas.
Tú sabes que yo sé de ti
y tus sentimientos,
siempre interpretados, pero tú no supiste de los míos,
de lo que me iba pasando conmigo,
ni de lo que me pasaba contigo,
borrados por el codo de tu desvalorización
rápidamente.
Y sólo pude quererte en esos años
como lo hice,
aunque muchas veces ¡Muchas!
hubiera deseado de otra manera.
Siempre me gustó tu belleza,
y yo pude conocer las dos,
la que todos conocen y
la que sólo tú y yo conocemos.
Tú no te lo creías pero yo sí.
Me hiciste leer mucho,
aprendí a leer y a que me gustara hacerlo
y con tus lecturas,
que hacía mías, aprendí psicología de otra forma,
aprendí de la novela y el novelista.
Tú ya sabías escribir
y yo no
y te envidiaba.
Tus poemas, tus cartas, tus arrebatos con el papel*

*me encantaban.
Me sentía importante,
me escribían poemas
¡Y además de amor!
Me parece trampa que no sepas estas cosas
cuando tú eras la protagonista.
.....*

*Eran tiempos de dolor y llanto
de amores y odios, de impotencias
(¡Pero ojo!
Por partida doble...
Yo también me quedaba con las ganas)*

*Más que tiempo,
han pasado muchas cosas
desde entonces hasta aquí.
(Me gustaría establecer un puente
entre tú y yo
del entonces hasta aquí).
Lo vivido nos permite apreciar mejor
lo que vivimos hoy.
Tú, mujer madura,
madre de una hija,
escritora,
en México...*

Y bien, allí se perfilaba lo que siempre intuí. Él no sólo me había amado, me amaba aún, lo podía leer entre líneas, también me admiraba, me reconocía como escritora. Por aquellos días en que recibí la carta comenzaba mi primera novela. El pánico tan mentado del papel en blanco seguramente es débil comparado con el vértigo que sentí cuando puse las primeras palabras en la hoja y me dije estoy escribiendo, estoy escribiendo una novela. Y, como aquella vez en que mi madre nos llevó a la plaza a aprender a andar en bicicleta, me parecía que iba a caerme en un abismo sin fondo, y me iba a dar el mismo revolcón que me di al decirme Ludmila estás avanzando sobre dos ruedas, eso no es posible. Pero lo era. Y allí estaban las páginas del primer borrador para atestiguarlo. Allí estaban las palabras de Antonio que llegaban a mí para ayudarme a aceptarlo. Y también, de yapa, ese amor inconfesado. Ese amor enterrado también bajo siete llaves como mis primeros poemas y que tendríamos que aceptar so pena de seguir viviendo en la mentira. Porque si bien yo quería a Néstor, nuestra relación se enfriaba a pasos agigantados. Hacer el amor con él no era como antes, nuestros cuerpos como dos antorchas vivientes, aquél no concebir la vida el uno sin el otro. Mucha agua corrió bajo los puentes y esa agua había

arrastrado la pasión, dejando tan sólo ese tibio compañerismo que en una época me pareció suficiente pero que ahora no me resignaba a aceptar como si fuera un premio consuelo. No era justo, pensaba, ni para él ni para mí. Decidí que la próxima en viajar a Europa iba a ser yo. Y que tenía que ver a Antonio pasara lo que pasase.

11. EXILIOS

las palabras de la arena
de la patria perdida.
Salvatore Quasimodo

Apenas llegados a México, Néstor comenzó a trabajar. Si bien no salimos de Argentina con una amenaza cierta de desaparecer, como tantos de nuestros compatriotas, el terror no me daba tregua. Cada vez que me encontraba con amigos o conocidos no tardaba en enterarme de que alguien cercano había entrado a ese reino de sombras del que, lo sabíamos ya, no se regresaba. Pocos meses antes Néstor me refirió lo sucedido a Lucio Melián. Lucio era uno de esos amigos de la infancia que nunca dejan de frecuentarse. A pesar de que sus vidas eran diferentes, ya que Lucio vivía con sus padres en Buenos Aires y Néstor en Tucumán, compartían todos los veranos en Totoral, ese pueblo de Córdoba al que su padre los llevó una vez y al que continuaron yendo hasta bien entrada la adolescencia. Allí Néstor había descubierto el monte y comenzó sus primeras aventuras con la caza, allí tuvo su iniciación sentimental con Nora, aquella adolescente etérea a cuyas fotos dedicó unas cuantas páginas de su álbum. En las horas de soledad o tedio, me gustaba contemplar aquellas imágenes en blanco y negro en donde Nora se veía al lado del río, con su pelo claro y una expresión calma en los ojos que no podía dejar de imaginar dorados. Sentía unos vagos celos por su belleza serena y lánguida, por aquella piel que adivinaba blanca de manos afiladas reposando indolentemente sobre los muslos larguísimo. Aquella belleza tan diferente a la mía, si es que podía considerarme bella con mis facciones nada clásicas, boca grande, demasiado, para mi gusto, ojos oscuros, el pelo castaño. Lo del pelo castaño era ya una leyenda porque hacía un siglo que había decidido ser rubia. Fue así como se produjo en mi vida un cambio espectacular. También me dejé el pelo largo, todo lo cual cambió definitivamente mi relación con el mundo. Comprobé en carne propia la realidad de aquel aserto: “Los caballeros las prefieren rubias”. Porque, a partir de allí, mi éxito con los hombres fue mucho más contundente. Si ahora podía considerarme “mona”, era a fuerza de puro pulmón. Una figura perfecta ayudaba. Tenía ese no sé qué indispensable para que los hombres se fijan en una. Pero esto también iba en mi contra, porque no me veían como a una especie doméstica, sino como a una flor exótica, difícil de encasillar y, por lo tanto, de llevar al altar. En -casi-llar. Poner en una casilla, en una casa. Pero Nora era así naturalmente y yo pensaba que me hubiera gustado tener aquel rostro de Venus de Boticelli. Con Lucio volvieron a encontrarse cuando Néstor se fue a estudiar a Buenos Aires. Poco antes de casarnos me llevó a lo de los Melián. Quería presentarme como su novia. Allí estaban Lucio y su mujer Angélica, recién casados, abrazados como tórtolos, con una felicidad que me pareció un augurio de la que muy pronto a nosotros nos tocaría vivir. Porque, como ya lo dije, conocer a Néstor fue una vuelta de tuerca en mi vida. La soledad desterrada para siempre, como en aquella canción brasilera que

escuchábamos abrazados en su cama de soltero, Adeus solidão: *Quero bem alto ao mundo inteiro gritar/ que sou feliz que tenho alguém para amar./ Agora eu posso dizer adeus solidão/ poi sei que o amor tomou conta de meu coração.*

Comencé a vislumbrar otro mundo. Ya no más los sábados con esa sensación de que la vida estaba lejos, muy lejos de la habitación en donde yo leía, estudiaba o escuchaba música, sintiendo que me había dejado de su mano. Apenas me levantaba iba a su departamento y allí planificábamos el día. Desde que lo conocí comprendí que no era como los otros, con esa pasión por la escritura, y los mundos olvidados, con esa dedicación a las causas perdidas. Había hecho un viaje de iniciación al Africa que lo dejó marcado a fuego. El primer día que salimos me lo narró a borbotones y a mí me resultó difícil seguir esa marea verbal. Pero poco a poco fui comprendiendo que, detrás de todo aquella desmesura, de su descuido de las formas convencionales que a veces me asustaba, había allí un corazón sensible. Y, como yo, odiaba la hipocresía burguesa. Se decía un “desclasado”. Abogado, hubiera podido trabajar en el estudio de su padre, un conocido profesional de Salta, además de llevar un apellido de ilustre prosapia que también le habría facilitado el camino. Pero prefirió probar suerte en Buenos Aires y allí se acercó a los grupos indígenas, lo que lo llevó a abrazar su causa. Por esa época yo era también una fanática de la literatura latinoamericana, pasión que, por otra parte, nunca me abandonó. Quería que esos mundos se hicieran uno con mi sangre y mi carne. Allí estábamos, pues, los sábados, tirados en su pequeña cama de soltero, haciendo el amor o leyendo, con Joan Baez, Vinicius de Moraes o Buffy Saint Marie como música de fondo. “Cómo me gustaría”, me dijo alguna vez, “que entre nosotros hubiera una nena leyendo” y luego agregó. “Te lo juro que eso será muy pronto.” Íbamos al cine o al teatro. No nos perdíamos estreno de Bergman, de Fellini o de Passolini. A la salida caminábamos por Corrientes, mirando libros y discos para luego volver a su departamento y enredar nuestros cuerpos con amor y furia. Era como si la vida me hubiera premiado luego de tanto sufrimiento. La curación de la Tierra Yerma. El encuentro con el Grial. Comencé a darme cuenta de que el mundo era mucho más ancho que lo que me había parecido hasta entonces y a sentirlo mucho menos ajeno. Nos casamos por el civil en una sencilla ceremonia a la que sólo asistieron nuestras respectivas familias y los dos o tres amigos más íntimos. La convivencia no fue fácil. Néstor aprovechó la tranquilidad de tener en su casa y a mano todo lo que antes debió buscar afuera y se enfrascó en sus libros. Me costaba reconocer en él al hombre enamorado y galante de los primeros tiempos. Y mis reclamos iban en aumento. El embarazo calmó un poco aquellas ansias de afecto. Un ser latía en mi interior y con él una nueva completud que compensaba otras carencias. También estaba Antonio. Muchas veces me tiraba en el diván llorando a moco tendido, sin importarme de la figura grotesca que iba adquiriendo a medida que mi panza crecía. Antonio mago, Antonio comprensivo, qué hubiera sido de mí por aquella época de no haberlo tenido. Me impulsaba a ocuparme de mis cosas, a escribir yo también. Pero ante la magnitud de lo conseguido por Néstor me sentía totalmente en desventaja. Terminar un cuento, un poema, para qué hablar de una novela, se me antojaban empresas imposibles que sólo podrían llevar a cabo personas

con una experiencia tan vasta como la suya, con tantos mundos recorridos. El nacimiento de Camila me dio una nueva energía. Poco después, aprovechando las tardes que Néstor dedicaba a escribir, la dejaba a su cuidado y partía a un Taller Literario en la SADE. Así fue cómo fui escribiendo mis primeros cuentos. Los escribía en las tardes de invierno, con Camila gateando en el pequeño espacio de nuestro departamento. ¿Alguna vez se publicarían? No lo sabía. Pero el hecho de escribirlos era ya una conquista.

Lo de Lucio nos dejó el corazón sangrante y a mí un miedo atroz. Pocos días después de nuestra visita, cuatro hombres con armas largas y encapuchados derribaron la puerta de la casa. Por desgracia, Lucio, que ya no vivía allí sino que alquilaba a pocas cuerdas un departamento con su mujer, había ido a pintar el departamento de sus padres. Era un sábado y, luego de cambiarse la ropa de fagina y tomarse una ducha, conversaba con un vaso de whisky en la mano cuando aquel estruendo los arrebató como una ola gigantesca. Se lo llevaron en presencia de sus padres y hermanos sin que ellos pudieran reaccionar. Nunca más habíamos sabido de él. Éste era uno de los casos que nos tocaron más de cerca, pero todos los días nos enterábamos de algo similar. Para no hablar de los cadáveres que seguían apareciendo en baldíos, del miedo que comenzó a taladrar todas las horas. Miedo de hablar, de salir, de que se descubriera que nosotros también estábamos “contaminados”. Muchos amigos se deshacían de sus libros y discos. Una de esas tardes, Marcelo pasó por lo de Nilda, una amiga de ambos, y, al verla tirar por el incinerador los autores amados y estudiados, los discos de Víctor Jara, Viglietti, Zitarrosa, salió dando un portazo. Por eso aquel ofrecimiento de trabajar en Ecuador nos vino como anillo al dedo. Por primera vez nuestro acuerdo era mutuo y firme. Nos iríamos en cuanto recibiéramos los pasajes. Por aquella misma época el dueño del departamento que alquilábamos nos avisó que lo necesitaba pues se casaba una hija y pensaba regalárselo, así que comenzamos la ardua tarea de embalar nuestros pocos chirimbolos en los canastos que nos proporcionó la empresa de mudanzas. Una mañana invernal cerramos detrás de nosotros la puerta de aquel ámbito que conociera nuestros primeros pasos juntos, por donde los piecitos de Camila exploraron los primeros espacios y nos alojamos en casa de mamá hasta la fecha del viaje. Lo que más me costó fue dejar los libros. Armamos la biblioteca en el que fuera mi cuarto de soltera y partimos los tres un día frío y lluvioso pero no de mayo, como en aquella lejanísima Revolución, sino de julio, sin saber si habría retorno o la ausencia sería tan larga que ya no nos quedarían fuerzas para regresar.

En Ecuador no nos fue del todo bien y a Néstor lo reclamaban en México para que trabajara en el Instituto Nacional Indigenista. Cuando me consultó si aceptaba el ofrecimiento, no dudé en entusiasmarme. Poco después recalábamos en aquel nuevo país. La posibilidad de tener un trabajo estable constituía un indicio de que las cosas podrían andar mejor. Ya no viviríamos la tan conocida zozobra de qué comeríamos, de cómo pagaríamos el arriendo. Por supuesto que, apenas llegué, escribí a Antonio enviándole mi nueva dirección.

México nos pareció una urbe tan extensa como desoladora. Con la mano de Camila aferrada a la mía, atravesaba esas calles en donde la multitud de autos parecían decirnos que nuestras dos frágiles vidas poco importaban. Una extraña sensación me embargaba al caminar por esas elegantes avenidas en donde los peatones brillaban por su ausencia. Los indios sí, pululaban por todas partes, sentados en el suelo vendiendo sus artesanías. Los veía descalzos, las mujeres con sus críos atados a la espalda o prendidos del pezón buscando desesperados un alimento que vaya a saber si encontrarían, y no podía dejar de sentir que, si bien era un país generoso que podía acoger a personas como nosotros, también sufría de una crónica injusticia ya que trataba así a los dueños de aquella tierra. Apenas instalados, Néstor comenzó a viajar. Debía visitar los centros que el INI tenía en el interior. No siempre podíamos ir los tres, así que no era infrecuente que me quedara sola con Camila en aquel país extraño. Poco a poco aquella nueva realidad me fue penetrando. Comenzamos a recorrer primero los alrededores. Teotihuacán, el Museo de Antropología, la casa de Frida Kahlo, el Museo de Trotsky. Yo empecé a buscar trabajo, cosa nada fácil, ya que para conseguirlo debía tener permiso de Gobernación y para que me lo concedieran necesitaba una oferta de trabajo. Encerrada en aquella serpiente que se muerde la cola, no cejaba en llamar a argentinos exiliados, en presentarme a Editoriales. Muchos meses pasé en aquella inactividad forzosa. Néstor salía por las mañanas y llegaba a la hora de la cena, mientras yo recorría el páramo de mis horas de la mejor manera posible, cuidando de Camila que por ese entonces tenía cuatro años y que me pedía a gritos que la pusiera en algún kinder, pues a ella también, pobrecita, la golpeaba la soledad. Pero el sueldo de Néstor no daba para tanto. Era urgente que yo pudiera aportar algo a la economía de esa tan zarandeada nave que era nuestro hogar. A veces mi desocupación tenía sus recompensas pues podíamos acompañarlo, como aquella vez que lo mandaron a Pátzcuaro. Viajamos en un tren nocturno que nos llevaba a Morelia, la capital de Michoacán, para luego tomar un autobús. A pesar del cansancio de una noche de viaje, contemplé absorta aquella ciudad colonial con sus muros construidos en piedra de un color tenue. La casa en donde nos alojábamos estaba en ruinas pero parecía haber conocido mejores épocas, con aquellas estancias enormes de techos altísimos y la chimenea en la que tantas ganas tenía de ver un fuego que me calentara el alma, entumecida por el frío de la ausencia.

Néstor salía a reunirse con los indígenas de la zona y yo me iba con Camila a tirarme a orillas de ese lago de un azul profundo en donde los pescadores tendían sus redes mariposas. Allí, a la sombra de un ahuehuate, leía, escribía cartas a mi madre, a Antonio. Y al poner delante de mí ese espejo, la soledad parecía ceder entonces un poco y la vida recobrar su sabor de aventura.

12. HIROSHIMA MON AMOUR

De pronto tuve ganas de llorar: no me moriría por eso, era lo más triste.

Simone de Beauvoir

Aquella hora de la mañana era la que más me gustaba, cuando conducía mi Volkswagen por las calles desiertas. Fue mi padre quien me ayudó a comprarlo. Durante mi última visita a Buenos Aires le comenté lo duro que me resultaba llegar a tiempo a mis clases. Como entraba a las siete, debía levantarme a las cuatro y media, caminar por calles tenebrosas con riesgos que iban desde el robo a la violación, hasta llegar a la esquina de San Ángel en donde tomaría el primer pesero. Pesero les decían allí a los autos colectivos. En alguna época el viaje costó un peso, de ahí su nombre. Viajaban cuatro personas en el asiento de atrás y dos adelante, además del conductor. Iba apretujada por hombres morenos de grandes bigotes o mujeres del pueblo que parecían tomar aquello como lo más natural. A veces sentía un brazo rozándome los senos y no sabía si era una avivada o una consecuencia de la estrechez del espacio. Así que trataba de pensar en otra cosa o de escuchar las rancheras que salían a viva voz de la radio. Al llegar a Chapultepec otro pesero, mientras el cielo anunciaba un nuevo día, el cielo plomizo por el smog indicaba que la noche había pasado y que el deber me esperaba en esos alumnos de una “prepa” (se llamaba así a los dos últimos años del secundario, considerados una preparatoria para la Universidad) de ricachos a los que la literatura les valía madre, para usar una expresión típicamente mexicana. Pero, en fin, era lo único que pude conseguir y, si bien no sabía si me interesaba que aquellos laureles fueran eternos, no se trataba de despreciarlos en ese México al que llegamos cuando, decían, cundía el desempleo y para colmo los otros exiliados argentinos ocupaban ya los cargos verdaderamente jugosos. Una cadena de llamados, uno recomendándome al otro, me condujo hasta Carmen, una cordobesa que se apiadó de mí y me dijo que estaba dispuesta a hablar al Director para que me diera la famosa carta que me permitiría trabajar allí. No era poco. Me insertaría de nuevo en el mundo luego de aquel horrible aislamiento en que viví los últimos nueve meses.

La compra de aquel Volkswagen alivió bastante la situación y, por momentos, hasta la volvió dulcemente tolerable, cuando manejaba por calles a esa hora aún no invadidas por la multitud automovilística que apenas media hora después se lanzaría por la ciudad rumbo a sus trabajos. Estaba rodeada de una civilización a cuatro ruedas. Porque allí sólo los muy marginales carecían de ese mágico invento de todos los tiempos, de aquella alfombra no voladora sino rodante a la que sólo hacía falta sentarse y aferrarse a una rueda, rueda del mundo que, como un mandala, me introducía en esa nueva dimensión del tiempo y del espacio.

La verdad era que estaba orgullosa de mi coraje (cojones, decían mis vecinas) en aventurarme por aquella selva, no habiendo, además, manejado antes en mi vida. Ni el mismo Néstor se hubiera atrevido. Decía que no le gustaban los autos, que prefería caminar. Sin embargo se montó a él sin ningún problema cuando vio que yo

no era tan peligrosa ni tan oligofrénica ni tan suicida como había previsto, demostrando una ofensiva desconfianza a mi habilidad para salir del paso. Estaba seguro de que, si no me mataba, aplastaría a algún desprevenido peatón. Nada de eso había sucedido. Después de unas cuantas lecciones con el profesor de la Academia y de algunas clases de apoyo de Luis, compañero de la Prepa, la calle fue mía, no sin antes haberme preparado mentalmente con las visualizaciones que por esa época comenzaban a cundir a través del método Silva de Control Mental, libro que encontré en el supermercado y del que me convertí en una aplicada devota. Me contemplaba pues, en mi pantalla mental, saliendo de mi casa y regresando intacta, nada más ni nada menos que como si hubiera tenido que afrontar un bombardeo.

Pero ya nada volvería a ser como antes. El bombardeo había venido ahora, luego de la conversación que tuviera con Néstor dos noches atrás. Y la vida se volvió de pronto irreconocible, con esa piedra en el corazón, con esa sorda congoja instalada en mitad del pecho, esa pesadumbre invisible pero devastadora que parecía dejarme sin respiración.

Pocos días antes él había regresado de París. Su repentina preocupación por mí, sus atenciones desacostumbradas me desubicaron un poco, pero las recibí como quien se siente acreedora de una deuda largamente postergada. Esa tarde llegó del trabajo antes que de costumbre y, como en aquella canción de Chico Buarque, la convidó a salir. Y, para seguir con Chico, ella fue a ponerse linda como hacía tiempo no solía estar, con su vestido escotado oliendo a guardado de tanto esperar. Pero ahora debemos dejar a Chico con su historia porque la nuestra era tristemente distinta. Estábamos allí, en aquel restorán, saboreando un exquisito vino chileno, cuando cayó la bomba. Totalmente desprevenida e incauta, esperaba que me hablara de su amor, de cómo me extrañó en ese mes de ausencia, de que ya no nos dejaría más. Pero sólo farfulló:

— Tengo algo que contarte —. Y miró el mantel, como si allí estuviera escrita la manera de continuar —. No sé si vas a querer seguir conmigo después de lo que te diga.

Mi corazón dio un tumbo, pero ni siquiera tuve que pensarlo para soltar:

— Tenés un hijo con Veronique.

— Una hija.

La calma que precede al terremoto, esa tensión que podía cortarse con un cuchillo antes de que me pusiera llorar allí como loca. Mi metida y clarividente hermana me susurraba: “Ya lo sabías, ¿Por qué si no aquellos viajes tan compulsivos a París?”

Todo había comenzado allá, en nuestro segundo año en Ecuador, cuando llegó aquella francesa que Néstor ya conocía de Argentina. Había elegido ese país para hacer su tesis sobre literatura indigenista y se puso de inmediato en contacto con él buscando — decía — su asesoramiento. Así fue cómo de pronto todo el mundillo intelectual de Quito se alborotó con la llegada de aquella mujer cuya más preciada cualidad era la de ser francesa, y de París, lo cual era ya, mucho decir. Así fue como con Néstor comenzó una amistad muy estrecha. Él afirmaba que nada más que eso

los unía y yo, tonta de mí, convencida de que nunca mentiría. Sólo llevábamos tres años de casados. Y todo había marchado sin mayores sobresaltos, salvo aquel episodio de Antonio, que no fue a mi parecer - y así creía yo que él lo entendió - más que una transferencia mal manejada. Mirándola a ella no sentía que hubiera allí algo inquietante. Tonta de mí. Llevaba todo el siglo de las luces a sus espaldas y eso, para un intelectual como Néstor, era algo muy difícil de resistir. Y no sólo para él. Cada vez que aparecía en alguna parte, la atención de todos convergía en ella, como aquellos girasoles que llamaban mi atención de niña, sus cabezas amarillas vueltas al sol de la siesta cuando atravesábamos el campo rumbo a Los Nogales. Pero esta vez no era el sol sino una mujer francesa con la cual muchos querrían acostarse, me temo que sólo para decir “Verronique” con ese orgullo que da el saber pronunciar bien un nombre en francés y sobre todo cuando se lo dice en voz baja y en olor de intimidad.

Néstor me dijo que le gustaría que fuésemos amigos, con lo que alejaba de sí toda sospecha. Nadie podía ser tan cínico que propusiera a su mujer una amistad con una amante. Así que alguna vez la invité a comer a mi casa, pero dejé de hacerlo cuando vi que ella sólo tenía ojos para él y que yo allí, y a pesar de ser mi casa, no tenía otro papel que el de una convidada de piedra. Fue por esa época que Néstor comenzó a visitar más asiduamente las tribus indígenas de la región. Partía los viernes a la noche y regresaba el domingo también de noche. Esos dos días eran muy duros de atravesar, con la sola compañía de mi Camila. La llevaba al parque a la mañana y por la tarde me sentaba al lado del fuego con un whisky en la mano, escuchando interminablemente a Pink Floyd. Aquel lado oscuro de la luna que era como la síntesis de todos mis enigmas. Alguna vez pensé en seguirlo, pero la lluvia, espesa, inconmensurable como un diluvio, me lo impidió. Tenía que ir hasta el centro, internarme en aquellos barrios sórdidos de la terminal y me acobardaba el regreso a la medianoche, sola, sin saber si conseguiría taxi o bus. O tal vez no quería saber. Así que me quedaba leyendo un libro y tratando de acallar la vocecita de la duda que trataba de abrirse paso en mi interior. La propuesta de Néstor de irnos a México terminó de calmarme. Me decía que, de salir con ella, era poco probable que quisiera abandonar el país. Alguna vez, pocos días antes de la partida, me la crucé en la calle y me llamó la atención su atuendo ecuatoriano, una túnica suelta poco habitual en esa mujer a la que sólo viera con blusas y jeans.

La expresión de Néstor es seria y en sus ojos hay un matiz de preocupación.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? — atino a preguntar entre sollozos.

Así que tenía dos hijas. Pensaba que Camila era el centro de su vida. Sin embargo había otra. No sólo otra mujer sino otra hija. Una rabia sorda empezaba a crecerme desde adentro. Recordaba que, cuando ya nos íbamos de Quito fui al ginecólogo acompañada por él a que me pusieran el diu. Con la vida trashumante que llevábamos no estaba la cosa para más hijos. Los dos estuvimos de acuerdo. Pero para hijos conmigo. Él podía andar regando su semen por allí. Y había viajado a París a reconocerla.

— Pero yo te quiero a vos — dice, endulzando la voz.

— Linda manera de demostrarlo.

En realidad nos habíamos planteado desde el principio como dos libertades. Sartre y Simone de Beauvoir, con un amor absoluto y otros amores contingentes. Odiábamos, sobre todo Néstor, la posesividad burguesa. Yo estaba de acuerdo, aun cuando en las entretelas de mi alma comenzaba a anhelar esos maridos burgueses y atentos que antes había despreciado.

— Con Veronique ya no hay nada. Yo la respeto, es una persona humanamente admirable, pero tengo claro que te quiero a vos —. Y siguió contando cómo había sido aquello, la vez que se fueron juntos a la selva, uno de aquellos tristes fines de semana en que me quedaba sola con Camila, ellos abrazados en medio de esa lujuria tropical que seguramente volvía más exótico y placentero el engaño. Una de esas veces ella le dijo al volver que se fuera a su departamento. Néstor respondió que no, que regresaba a su casa.

—Estás eligiendo — le advirtió Veronique.

— Es cierto — respondió él.

Y allí, según él, había terminado todo. El aviso de ella de que esperaba un hijo de ambos, decía, lo había trastornado.

—¿Estás seguro de que es tuyo?

— No me cabe la menor duda.

Más allá de todo, la confianza de piedra que demostraba en su paternidad me hizo pensar que la quería.

— Espero tu respuesta — me dijo él.

El llanto me ahogaba de tal forma que casi no podía articular palabra.

— Si me decís que has terminado con ella y que tu amor soy yo, sigamos. Esa niña no tiene la culpa de lo sucedido. Has hecho bien en reconocerla.

Me tomó la mano y me la acarició. Yo estaba como anestesiada por ese dolor que no terminaba de irse. ¿Cómo continuar con aquella hecatombe? Pero ésa era la forma de vida que elegimos y, ahora que era el momento de demostrarlo, no era cosa de evidenciar que todo había sido una burda artimaña para conquistarlo. De todos modos así lo sentía. Pensaba que después de aquello íbamos a estar más unidos que nunca. Pero la mentira no dejaba de arderme en la piel. Nos contábamos todo. Y sin embargo yo había estado en la nebulosa mientras ellos vivían su romance sin que a él la trampa se le detectara en lo más mínimo.

Me despierto con la opresiva sensación de que todo está detrás. Extraño a Argentina como nunca. Pienso en Buenos Aires, los amigos, la familia. También en Elenita. No hace una semana aún desde que recibí la carta en donde mi madre me comunica su desaparición. La sacaron de su casa seis hombres con armas largas y nada se sabe de su paradero. Elenita, esa prima hermana, mayor algunos años que yo pero con la que pasábamos todos nuestros veranos en Los Nogales. Recuerdo su pelo de un rubio casi albino flotando en el aire de verano en nuestras cabalgatas al dique, sus ojos verdes. Era, es, no me atrevo a conjugar el verbo en pasado, tan bella y joven todavía. Se casó a los veinte con un cretino de buen apellido que la maltrató desde el primer día. Salía con mujeres delante de sus narices, desaparecía semanas de la casa,

pero ella lo amaba y le perdonaba todo. Habían tenido dos hijos. Se separó cuando su cuerpo y su alma se rebelaron ante tanto dolor, ante su absoluto cinismo. Vivía ahora con sus dos hijos en un pequeño departamento de Belgrano. Me alegré cuando me dijeron que estaba tranquila, que por fin había logrado la serenidad. Me lo dijo ella también aquella vez, pocos días antes de mi salida del país. La rebelde había triunfado. Yo me preguntaba cómo era posible que aquella revoltosa que tenía en jaque a maestros y profesores se hubiera convertido en esa mujer sumisa que aguantaba cualquier cosa. De cuando era muy chica se contaba una anécdota. Todos los días, en la escuela, allá en San Cosme, sacaba en plena clase el sandwich que le preparaba doña Juana, la niñera que heredaran de la abuela, y se lo comía sin demostrar la más mínima inquietud. La maestra se había cansado de decirle, con buenos modos, que en clase estaba prohibido comer. Pero Elenita no entendía. Un día le advirtió: Ureña, si sigue comiendo en clase tendré que ponerle amonestaciones. Amonestaciones. Esa palabra a la que todas temíamos como al cuco de nuestros años infantiles. Pasaron dos o tres semanas. Parecía que la amenaza había surtido el efecto deseado. Una mañana en que la señorita explicaba muy seria la multiplicación, ella sacó una manzana de la valija y, en medio del silencio, se oyó su voz desafiante: “Ureña come”.

Y ahora se había adentrado en ese reino de la sombra, en esa caverna de horrores de la que quién sabe si volvería alguna vez. Desde que recibí la noticia no podía dormir. Y a aquello se superponía esto, tan nuevo, este saberme yo también engañada, burlada en mi buena fe. Lo de ella era seguramente mucho peor, me decía, yo conservaba la vida, mis fuerzas, me tenía a mí, Camila estaba allí, demandante de mi cariño, de mi cuidado, el mismo Néstor afirmaba quererme y, por la mañana, apenas salidos del sueño, sus piernas se enredaban en las mías y su mano atravesaba la franja divisoria de la cama para buscar mis pechos. No podía dejar de reconocer que lo amaba yo también. Pero algo muy sutil, una grieta casi invisible estaría siempre presente entre nosotros para decirnos que nada iba a ser igual.

Aprovechando que Néstor ha debido viajar a Jalisco por pocos días llamo a Rocío. Qué sería de mí si no tuviera esa amistad, me digo mientras me visto con apuro pues debo llevar a Camila al colegio. Cuando vuelvo la llamo. “Venite a almorzar. Traé a Camila”.

Rocío es argentina y exiliada, sólo que unos años más joven. La conocí a través de mi madre. Preocupada por mis lamentos de soledad, por esas cartas en que me quejaba de no tener a nadie con quien hablar, me envió el teléfono de la hija de una amiga, que “por sus ideas” — ah, mi madre no iba a perder la oportunidad de marcar su desacuerdo con todo lo que creíamos y vivíamos — tuvo que dejar el país. Y me informaba también que, educada en el Sagrado Corazón, la habían echado por insoporable. Que Josefina, su madre, la metió en un convento de La Plata la noche en que tres de sus amigas fueron sacadas de sus casas. La Directora del convento era a una antigua compañera y se solidarizó de inmediato con ella. Así que Rocío entró al convento con hábito de monja y allí estuvo hasta la tarde en que su madre la buscó y la puso en el barco que la llevaría a Uruguay. Desde allí viajó a México en donde vivía su hermana Adela. Años atrás, ésta decidió pasar sus vacaciones en

México. Allí había conocido a su actual marido, un mexicano de Cozumel, y se casó con él. Era médico y ella puso una tienda vegetariana que tenía gran acogida entre los turistas. Rocío se instaló allí con su hermana. Un día en la playa la abordaron dos mexicanos. Las argentinas siempre hemos despertado la admiración de los latinoamericanos, pero Rocío no era una argentina común. Tenía una apariencia delicada y una delgadez de junco, además de “aquellos ojos verdes” enmarcados por un pelo castaño claro.

Uno de los mexicanos se enamoró perdidamente de ella. Se llamaba Vladimiro Orloff. Su padre, ruso de nacimiento, fue uno de los tantos nobles que huyeron luego de la revolución. Emigró a México en donde al poco tiempo conoció a la mujer tabasqueña con quien se casó. Vladimiro era el mayor de tres hijos, dos varones y una mujer. Se recibió de odontólogo por la misma época que la melancolía de su padre llegaba a un punto de no retorno. Contaba a Rocío cómo desde niño lo había sentido siempre ausente, escuchando melancólicas canciones de su tierra con un vaso de un líquido transparente en la mano que luego Vladimiro se enteraría era vodka. Hasta aquella tarde, días después del recibimiento de su hijo, en que lo encontraron muerto en el baño, luego de escuchar la estampida del tiro. Tenía la cabeza destrozada y aquella imagen era sin duda lo que Vladimiro trataba de ahogar también en litros de Vodka. Amaba a Rocío pero cuando tomaba se ponía agresivo y no era raro encontrar a mi amiga con moretones en los brazos o con un ojo en compota. Yo la miraba sin decir nada y preguntándome qué nos habrían hecho a las mujeres que éramos capaces de soportar tantas cosas en aras de conservar a nuestro hombre al lado. Tal vez lo comprendí aquel mediodía en mi conversación con Rocío. La primavera divagaba en el aire y me invitó a subir a la terraza. Vladimiro era dueño de aquel edificio en la Colonia Vértiz, en donde vivían. Su crónico malhumor parecía no molestarlo esa vez. Subió pollo, refrescos y fruta. Conversábamos mientras Camila jugaba con Ignacio y Eduardito, los hijos de ambos. En un momento dado tomé un diario abandonado en una silla y me enfrasqué en las noticias que ardían por esas fechas con noticias sobre Nicaragua, sobre la rebelión contra Somoza. Vladimiro se despide. Debe seguir atendiendo el consultorio que queda en la planta baja del edificio. Aprovecho que quedamos solas para contar a Rocío mi angustia. Hablamos mucho. Ella no cree en la separación. “Es horrible estar sola”, me dice. Yo no siento que sea eso lo que me impulsa a quedarme junto a Néstor. Es toda una vida, los proyectos en común. Aún siguen allí a pesar de lo sucedido. Escribir. Esa tensión creadora que nos planteamos desde el comienzo. A pesar de la horrible incertidumbre por el futuro, me quedo un poco más tranquila. Me ha reconfortado esa tarde de amistad, de compañía en esta largo desierto.

Al llegar a casa la soledad es total. Me pongo a escuchar a Lizt, luego a Mozart. La música me relaja, me ayuda a estirar los repliegues del alma.

13. AQUEL ARBOL LEJANO

No quiero más que un árbol y su sombra
en el rojo verano, como antaño...

César Rosales

Después de leer el cable, mi corazón se apaciguó. Mamá venía. Yo misma me asombraba del cambio producido desde que me encontraba lejos, tan lejos ya de todo. Aquella madre con la que me fue siempre tan difícil relacionarme, aquélla con la que nunca habíamos podido hablar sin pelearnos y a la que terminé por no contarle nada de mi vida, se había convertido en el ser añorado, por obra y gracia de la distancia. Por eso días atrás, al volver del trabajo, mientras atravesaba a las tres de la tarde el fuego de la ciudad en un pesero, le escribí aquel poema. Se llamaba Señora y decía así:

*Esta vez quiero hablarte
como cuando era niña
y abuyentabas los miedos de la noche
como cuando me colocabas
el delantal y el beso
y eras coraza y magia
el pan infatigable de las horas*

*Mamá
yo he ido viendo
cómo te conversaba la ternura
los lugares más hijos
los abrazos más alas
Cómo te iba llenando de ramas y paciencia
hasta ponerte el corazón a punto
Una vez muchas veces
la soledad se te subió a los ojos
y tus manos tantearon la derrota
Pero vos le opusiste caparazón de días
silueta de mañanas
y no pudo vencerte*

*Ahora te paseas por mi jardín de ausencias
por la espiga que anhelo y me equivoca
por la ola que esquivo y que me inunda
Los años han pasado
Quizás ya estés sintiendo su llama dolorida*

*En esa larga ruta yo me busco
y te encuentro
Yo me encuentro
y te busco*

Porque ahora me sentía mucho más cerca de la infancia, más bien de los recuerdos de la infancia, de lo que nunca estuve. Tal vez ello se debiera a una exacerbación de la nostalgia. Me gustaba quedarme largo rato antes de dormirme pensando en todo aquello. En la casa enorme que me albergó de niña, esa casa de cuartos inmensos y techos altísimos, que se abrían al primer patio, salvo el último, el nuestro, que daba al segundo. El primer patio era de baldosas y me imaginaba recorriéndolo en los patines que me habían traído los reyes, o bañándome con mis hermanas en la fuente de lajas, bajo la mirada, benévola para mí, de aquella cabeza de león que la presidía, con su chorro de agua que mamá cerraba para que pudiéramos disfrutar tranquilas. Entonces aquella pequeña fuente se convertía para nosotros en la más fabulosa de las piletas de natación, de las “albercas”, como decían aquí, de esas albercas a las que en las últimas vacaciones acompañaba a Camila que las prefería a bañarse en el mar. Fue en ocasión de otro de los viajes de Marcelo, enviado esta vez por la Dirección de Pesca. El Director le encargó una investigación sobre los pescadores y debería ir a Puerto Vallarta a realizarla. Los gastos eran pagos y Marcelo se hizo cargo de nuestros pasajes. Así que salimos muy contentos, Camila y yo a disfrutar de unas merecidas vacaciones y él a conversar con los pescadores. Por la mañana se internaba en el mar con ellos y Camila me pedía que la acompañara a las albercas del hotel Camino Real, ese que en la guía turística estaba señalado por cinco estrellas. Nosotros nos hospedábamos en uno mucho más modesto pero bonito, con sus blancos balcones y sus postigos pintados de verde absorbiendo la brisa marina, aquel Fontana del Mar que quedaba a pocas cuerdas. A pesar de mi miedo de ser echada sin contemplaciones por intrusa, caminé de la mano de Camila rogando ser confundida con una de esas tantas huéspedes que se veían allí, en las largas reposeras blancas tostándose al sol, como si en el mundo no hubiera algo más gratificante que aquella ocupación. Contemplaba admirada esos cuerpos espléndidos, de doradas espaldas y muslos deslumbrantes flanqueadas por hombres que paseaban su mirada por el entorno con ese orgullo displaciente de propietarios, esa mirada que tantas veces había sorprendido en los poseedores del último modelo de automóvil o de alguna mansión en El Pedregal. Las albercas eran ocho y, mientras yo me tiraba en una reposera, con la seguridad que me daba ya el haber pasado desapercibida, Camila nadaba de una a la otra por el angosto pasaje que las separaba, como una Ester Williams en miniatura y cumpliendo así el anhelo de su madre adolescente, que soñaba en convertirse en aquella sirena que veía los domingos en la matinée de su pueblo, aquella sirena que movía su cuerpo en armoniosas ondulaciones en un agua tan azul como ella jamás contemplara. Allí, en esas playas, se filmó *La noche de la Iguana*, y sus arenas blanquísimas fueron testigos del comienzo de uno de los romances más escandalosos del mundo: el de Elizabeth Taylor y Richard Burton. Por la noche ca-

minábamos los tres por la ciudad antigua, con sus techos de tejas y calles por donde los burros se desplazaban con una quieta indiferencia y por unos pocos momentos mi asombro de niña desplazaba a la mujer agobiada por la nostalgia.

Sé que no estoy narrando en orden, que mi escritura es sinuosa y zigzagueante, pero es así como aparecen las cosas en mi mente y quisiera atraparlas en su fluir, sólo de esa manera podré comprender toda la historia. Sería inútil sacar un poco del agua de ese río para aprisionarla en una copa. Y también me acordaba con frecuencia de la higuera, de las siestas en que nos trepábamos a ella a cortar brevas. Cuántas indigestiones nos pescamos con su consiguiente retahíla de retos.

Los días anteriores a la venida preparé la casa para que estuviera brillante, así como mi madre se esmeraba en tener la nuestra, aunque la mía fuera mucho más pequeña, un departamento de tres recámaras y living comedor situado en plena Avenida Universidad. Limpié el piso de la cocina hasta dejarlo reluciente y, doblada sobre esa superficie trabajada por la cochambre, me gratificaba pensando en su sonrisa de satisfacción cuando conociera el departamento, esa mirada de aceptación que tanto buscara en ella a través de la vida y que tal vez encontrara pocas veces, salvo aquéllas en que, como ésta, yo demostrara ser una perfecta sacerdotisa en el orden de lo doméstico. Cuánto habíamos hablado con Antonio de ella, cuánto volver una y otra vez sobre esa primera e incurable herida de no haber sido amada por mí misma, de un saber que jamás alcanzaría aquel ideal de perfección que me mostraban sus normas. Aquel “mal genio”, aquellas “furias de Júpiter tonante” como me acusaba en mis momentos de enojo que yo había internalizado hasta sentirme tan mala e insegura como la peor de todas. “Yo, la peor de todas”, como firmó otra mujer, esa sabia, poeta, mexicana, enamorada del conocimiento, al final de su vida. Con sangre y culpa había Sor Juana firmado su renuncia a seguir escribiendo, a seguir siendo. Esa impalpable sensación de ser defectuosa que ahora mismo me seguía acosando a pesar de la larga y agotadora lucha por liberarme de eso, por ser yo misma, independiente de mi madre, ni buena, ni mala, sólo yo, con mis talentos, mis dificultades, con ese esfuerzo tremendo por vivir en un país extraño y darle a mi hija lo que yo no había tenido: una aceptación incondicional de lo que ella era. Pero ahora Antonio estaba lejos y no tenía la obligación de ser la perfecta analizada ni de comportarme como tal, así que me sentía como una niña, como aquella niña que esperó a su mamá después de una larga, larguísima ausencia, cuando debió viajar a Buenos Aires a operarse de un desprendimiento de retina y Ana y yo nos quedamos al cuidado de la tía Domi.

Mamá abre la valija ante mi expectativa y la de Camila. Marcelo se hace el distraído y prepara el desayuno. Va sacando los regalos, el suéter gordo, tal como le encargué. Es una belleza, bordeaux con franjas blancas, no puedo resistirme y froto una manga contra mi mejilla. Aquí no existen esos suéters, todos vienen con esa infame mezcla de acrílico que hasta ahora me he resistido a comprar. Un vestido de viyela para Verónica, de ésos con punto smock que todas las hijas de mis amigas usan en Buenos Aires y que aquí no se ven ni por casualidad, unos zapatos de cuero para Marcelo, tal como él los usaba allá. Pero tal vez nada nos entusiasme tanto como

el dulce de leche que aparece a nuestros ojos deslumbrados y a nuestros paladares anhelantes después de quitarle el papel madera. Nos sentamos a la mesa a tomar café con leche y tostadas, tan distinto a los desayunos mexicanos, huevos rancheros y frijoles, jamás pudimos acostumbrarnos a semejante herejía. Unto una con el dulce y creo paladear la ternura en ese gusto inconfundible que se me demora en la boca y que no quiero, no puedo tapar con un vaso de agua a pesar de que me sienta ya empalagada. Mamá nos cuenta las noticias de allá, nos habla de Elenita, nunca más se supo de ella y a mí me empieza a atragantar el llanto, ese llanto que contengo desde hace tanto tiempo y que, cuando se suelte, va a ser como el de Alicia en el País de las Maravillas, voy a poder nadar en él. También cuenta de mis hermanos. Ana se prepara para su próximo casamiento. No conozco al novio. Es maestro como ella y trabaja en su misma escuela. Parece un buen chico. Se llama Alfredo. Estela se ha recibido de abogada hace pocos meses y se apresta a volver a San Cosme, como quien intenta recuperar lo irrecuperable. Mi hermano Edgardo trabaja y no le va mal en su profesión de abogado. Alguna vez, afirma, se dedicará a la política. ¿Será posible esa utopía? Nada dice de mi padre y se lo pregunto, aunque sepa que estoy poniendo el dedo en la llaga. Su mirada se ensombrece. Hace cuatro años le descubrió un affaire y se negó a seguir manteniendo un matrimonio de mentira. Papá le pidió quedarse, pero ella no quiso. Tenía sesenta y dos años en ese momento y, luego de varios meses de duelo, se sobrepuso y se preparó a envejecer sola. Así, tal cual como en esa canción que por aquellos días yo escuchaba en el disco de Mercedes Sosa que descubrí en la librería Gandhi, cuya cafetería situada en el primer piso se había convertido en el lugar de encuentro de tantos argentinos: *Cuánto trabajo/ para una mujer saber / quedarse sola / y envejecer*. Sin embargo, un rencor soterrado se cuele cuando se refiere a “tu padre”. Yo sé que su amor está aún allí, fresco como el de una adolescente, a pesar de los treinta y cinco años que compartieron. Pobre mamá. Me resulta penoso mirarme en ese espejo. ¿Qué pasará conmigo y con Marcelo? ¿Envejeceremos juntos? ¿Será verdad lo que me dijo, que con la francesa todo ha terminado y que sólo me quiere a mí?

Contra todo lo esperado, esa noche duermo mal. Sueño con Elenita. Estoy en una playa desconocida. El mar, de un azul intenso, se ve lacio de olas. Entre las personas que toman sol, descubro a una cuyos rasgos me son familiares. Me detengo, la miro. “Sos Elenita”, le digo con asombro. Ella se ríe y lo niega. Entonces me acerco y, como su pelo es de un color castaño oscuro, tan diferente a ese rubio maíz que le valió el apodo de “Doña Sol” cuando éramos chicas, le miro las raíces. Son, efectivamente, rubias. Ya no me quedan dudas y le pido que me deje sacarle una foto. Accede, siempre con ese brillo pícaro en los ojos. Creo que hablamos, pero el resto se me borra. Me despierto triste y llena de su recuerdo, que me persigue cuando por la mañana voy en mi auto al trabajo. Sin duda alguna vez rescatarán su heroísmo. Pero también sé que no fue menor su proeza en vivir, en su imaginación para salir del paso, en su trabajar y luchar para mantener sola a sus hijos, en ese corazón en donde todas las penas cabían. Me resisto a creer que haya muerto. Estoy segura de que un día llamará a mi puerta y nos abrazaremos, riendo y llorando.

14. UNA BUENA VECINA

— ¿Es usted una buena vecina? — dijo.
— Confío en serlo algún día — dije riendo.
Doris Lessing

...lo que se imprimirá sobre las páginas será un habla embrollada, un tartamudeo.
Kotik Letaiev

Tenía que ponerme a escribir, pasara lo que pasase. La escritura, ese eje de la vida que ahora parecía alejarse de mí. Muchas veces me había salvado por y a través de ella. Diría que siempre. Todo mi pasado estaba marcado por la palabra. Ella fue lo que me dio la sensación de ser, de existir. Y siempre también la escritura fue una actividad incierta. Lo único cierto era esa incertidumbre. Pero ahora estaba presa del silencio. La soledad y la nostalgia me oprimían el alma como una mano de hierro. Recordaba aquel libro de la biblioteca de mi padre: *La religión del arte*. Se trataba de un extracto de las cartas de Flaubert a su amante Louise Colet. Ahora aquellas frases me venían una y otra vez a la memoria, como un mudo testigo que hubiese estado siempre allí, vigilante: “Yo no necesito de nadie para vivir”. Pero yo sí, ¡ay! necesitaba. Todos mis afectos habían quedado atrás y el futuro se extendía ante mí como las arenas del desierto. Desierto lleno de gente, pero desierto al fin. Caminaba mucho con Camila. Por las tardes me internaba en un laberinto de callejuelas cercanas a nuestro departamento, la Colonia Chimalistac. En México a los barrios se les llama colonias. Allí, a pocas cuadras de ese pandemonium de autos y de smog estaba ese otro mundo, el silencio cayendo sobre las casas protegidas por muros de piedra desde donde colgaban las bugambilias — versión mexicana de nuestra Santa Rita —, los jazmines del paraíso. Una atmósfera de sosiego flotaba sobre esas casas fuertemente amuralladas y yo me preguntaba qué harían, cómo vivirían sus dueños. Alguna vez debíamos subir a la vereda porque un auto de esos lujosos, de vidrios blindados, rodaba lentamente por la calle. El enorme portón se abría y después silencio. Ni los pájaros se atrevían allí. Las veredas angostas, como para una sola persona y las calles adoquinadas me trasladaban a la época colonial. No podía apartar de mí la sensación de que, de pronto, alguna dama de las de entonces, de mantilla y peinetón, como Mariquita Sánchez de Thompson, se cruzaría conmigo lanzándome una mirada de extrañeza. ¿De qué especie tan rara era esta mujer vestida de pantalones y pelo rubio teñido que avanzaba con una niña de la mano, niña que para nada se parecería a sus hijas, con sus faldas de raso hasta el suelo y moños en la cabeza? Porque Camila no se desenfundaba nunca su enterito de jeans, la famosa mezcililla.

Ya de regreso, entraba a Aurrera, el supermercado que quedaba justo enfrente de nuestra casa. Las horas se pasaban sin sentir junto a las góndolas atiborradas de productos que jamás compraríamos. México se especializaba en estas ciudades del

consumo, todo allí al alcance de la mano. No sólo comida, sino también ropa, electrodomésticos, libros. Esas ciudades que parecían una burla de aquellas otras, “las ciudades perdidas”, como llamaban a las villas miseria, que alguna vez atisé desde un autobús rumbo a Acapulco, en donde todo faltaba y cualquiera de estos elementos hubiera sido un lujo inigualable. Miraba a las personas que pasaban a mi lado con los carritos llenos de bandejas de carne, comida para gatos y perros, quesos, bebidas, latas de todo tipo y de todas las marcas. Y no podía menos de pensar en mis magras compras: una bandeja de beateck, arroz, fideos, una o dos latas de arvejas. ¿Alguna vez conseguiría un trabajo, tendría un lugar en Babilonia?

A veces apresaba diálogos fugaces, conversaciones truncas y, cuando reconocía el acento argentino, mi corazón se agitaba. Me hubiera gustado acercarme y preguntarles qué les había pasado, qué circunstancias los trajeron aquí. Vaya a saber por qué nuestros contactos con argentinos eran casi nulos. Tampoco los buscábamos, salvo en raras ocasiones. Pero estaban, con una presencia latente que en cualquier momento podía saltar y recordarme que yo no era la única, que éramos tantos.

Una mañana, mientras lavaba en la azotea, reconocí a mi vecina. Cada departamento tenía allí su pileta de lavar, una al lado de la otra, con el número del departamento encima. Fregaba las prendas a mi lado con una concentración absoluta y, al parecer, no notó mi presencia. Mi condición de extranjera me convertía en mujer invisible. Hubiera deseado hablar, entablar aunque más no fuera un brevísimo contacto humano. Terminó de lavar y luego colgó la ropa en los alambres. Un fugaz “nos vemos” antes de irse me convenció de que no era una aparición. El desparpajo de Camila vino en mi ayuda. Ella no tenía, como yo, problemas para relacionarse. El hecho de hablar de todo y con todos en sus cuatro vivaces años y de ser la única niña la convertía en el centro de atención del edificio. Uno de esos días me levanté de la siesta extrañada por el silencio. Por lo general solía oírla corretear por el departamento, o jugar con Angélica, la hija de la portera. Salí como posesa, pensado en aquellos ladrones de niños de los que los diarios daban cuenta todos los días. Me abrochaba la blusa mientras bajaba la escalera, cuando oí que la puerta de arriba se abría:

— Aquí está su niña —. Era mi vecina, la misma que lavaba conmigo en la azotea. Una sonrisa suavizaba la adustez permanente de sus facciones. Recorrí aliviada el tramo de escalera que nos separaba y me paré en el umbral de su casa:

— Pásele — dijo con amabilidad.

Hicimos las presentaciones de rigor. Su nombre era Lupe. Un olor a comida me golpeó al entrar. Acababan de almorzar, en ese horario tan absurdo que tenían allí, jamás me podría acostumbrar a comer a las cuatro de la tarde. Alrededor de la mesa toda la familia fijó la vista en mí, como si hubiera entrado la mismísima Dalila con la cabellera de Sansón en la mano. Camila estaba cómodamente instalada entre ellos, como una comensal más y todos la miraban sonrientes, seguramente divertidos de su habitual desparpajo. Ignacio, uno de sus hijos, me explicó que la había encontrado en la escalera y que la invitó a comer guacamole, invitación que ella, ni lerda ni perezosa, aceptó.

Poco a poco fuimos intimando. Lupe estaba tan sola como yo, sus hijos todo el día afuera, en la Prepa. El marido, antropólogo como Néstor, viajaba también continuamente al interior. Me extrañó que no se hubiesen conocido. Pero los hombres no son como nosotras. Preocupaciones más importantes los absorben que el andar de chismosos averiguando quién es quién en las casas vecinas.

Cuando llegó la temporada de lluvias mis paseos debieron limitarse. Traté entonces de concentrarme en mi propósito de escribir la novela. Pero se me alejaba cada vez más. Cuántas perplejidades. Cómo decir esto, o lo otro. A lo mejor, pensaba, aquello de escribir era una ocurrencia peregrina. ¿Por qué había que hacerlo? Por esos días leí un poema de Michaux. “Escribo para recorrerme”, decía. Y eso es lo que estaba tratando de hacer. La vida pasaba y yo quería asir sus momentos, atrapar la fugacidad del instante. Y luego estaban los recuerdos, la identidad desdibujada. Escribir sería una forma de recomponerla. Pero al atardecer, luego de todo un día entre esas cuatro paredes, de cocinar, tender camas, me sentaba frente al papel en blanco mirándolo fijamente sin que nada me saliera. Entonces subía al piso de arriba y llamaba a la puerta de Lupe. Camila jugaba con los hijos de la portera, feliz de haber encontrado dos niños con quienes pasar su pequeña soledad. Mi madre me hubiera dicho que le buscara “chiquitos bien”, pero en fin, la necesidad tiene cara de hereje, y a mí me parecían de lo más simpáticos. Geli, diminutivo de Angélica, con esa cara redonda y morena, los ojos de un negro intenso, hacía honor a su nombre. Era un típico angelote mexicano. Raúl, más grande, el caudillo, las tenía un poco dominadas, ya se perfilaba en él al macho mexicano. Me alegraba que Camila tuviera esa facilidad para comunicarse con el mundo, que amase a los seres humanos por encima de su condición.

Lupe era una hábil conversadora, con esa gracia mexicana que parecía tan natural y que yo envidiaba. Una tarde me hizo confidencias. Era oriunda de Tlaxiaco, un pueblo de Oaxaca. Allí había conocido a Ricardo, su marido, que no era mexicano, sino del Perú.

— Me casé con el hombre equivocado — dijo, con la mirada fija en el pino de la ventana, que se retorció afuera bajo la furia del viento y de la lluvia.

— Pensé que eran una pareja bien avenida — dije, para animarla a continuar. Ella meneó la cabeza.

Ricardo llegó muy joven del Perú, perseguido por sus ideas. Apenas llegado comenzó a trabajar como antropólogo, contratado por el estado de Jalisco. Debía escribir sobre los indios huicholes. Allí conoció a Clara, una joven antropóloga, que también hacía su tesis sobre ellos. A pesar de ser algo corpulenta, tenía una plácida belleza además de un temperamento franco y desenvuelto que lo conquistaron enseguida. El pelo rubio contrastaba con el matiz aceitunado de su piel. Lupe se levantó y de un armario de la sala sacó una enorme caja de madera laqueada. Luego de buscar un rato entre un desparramo de fotos, me tendió una instantánea de Clara tomada por aquella época. Contemplé por un largo instante ese rostro tal cual ella me lo describía, esa aureola de serenidad concentrada que siempre me pareció el don más preciado de las personas.

Fueron dos años de feliz matrimonio, antes de que él empezara a beber. Ella ya estaba embarazada y Ricardo la dejaba todas las noches para ir a la cantina, de donde regresaba semi inconsciente. Se tiraba a su lado sin averiguar si su mujer estaba despierta o si dormía. A los nueve meses, Clara tuvo mellizos. Al parecer se le desprendió la placenta y la hemorragia era incontenible. Buscaron a Ricardo con desesperación pero no lo encontraron. Cuando llegó, ya era tarde. Clara lo miraba desde esos ojos que la vida abandonaba extendida en las sábanas totalmente rojas a causa de la sangre que chorreaba también al suelo. “Adiós Ricardo”, musitó. Y luego murió.

— Nunca la olvidó —. Continuó Lupita. - A veces escucho que la llama en sueños. Debe ser horrible despertarse y ver mi cara luego de creer que la va a encontrar a su lado.

— ¿Y qué fue de los hijos? — pregunto con la voz disminuida por la compasión.

— Quedaron con los abuelos maternos. Son grandes ya. Uno es agrimensor y vive en Monterrey, con su familia. Se llama Ignacio. Viene de vez en cuando. La hermana se llama Clara, igual que la madre. Ganó una beca para estudiar piano en Viena. Se casó también allá y ahora es concertista.

Nos quedamos un rato en silencio.

— ¿Y cómo conociste a Ricardo? — pregunto.

Con una voz en donde se arrastra el cansancio me cuenta cómo fue que se enamoró de aquel viudo joven por la misma época en que ella se disponía a casarse con otro. Cuando uno de sus hermanos lo llevó una noche a la casa, Lupe supo que ése y no otro sería su marido. Al día siguiente, él estaba esperándola a la salida de la oficina contable donde trabajaba. Ella, mientras tanto, había pedido a su novio un tiempo para pensarlo mejor, pues no estaba segura. Comenzaron a verse todos los días y no pasó mucho tiempo sin que Ricardo le propusiera matrimonio. Lupita no vaciló en aceptar. A pesar de que físicamente no se pareciera en nada a Clara, era también bella. El pelo castaño ensortijado y los ojos de un marrón tirando a verde, por donde cruzaban ráfagas de apasionamiento le conferían un aspecto juvenil, a pesar de que ahora frisaba ya los cincuenta. Encargaron el vestido de novia a la capital. Su padre, comerciante en paños, podía permitirse ese lujo. El día fijado se miró al espejo y no pudo dejar de esbozar una sonrisa de complacencia. Si alguna duda la atormentaba de ser comparada con la otra nadie se dio la más mínima cuenta y esperó vestida en la sala familiar la llegada del novio.

— Pero ¿sabes? Él no vino —. Sus manos se cruzan sobre la falda en un gesto nervioso.

— No me digas que te dejó esperando —. Una garra me estruja por dentro.

No hace mucho he conocido a Ricardo y su imagen no condice con ésta que Lupita va develando. Es un hombre sesentón de sonrisa festiva y cuerpo macizo que sube con dificultad las escaleras del edificio donde vivimos. Cuando nos encontramos me saluda con una amabilidad afectuosa, tan diferente al saludo glacial que caracteriza a los vecinos en mi país. Desde un principio me resultó simpático.

— No apareció — continúa Lupita, ajena a mis divagaciones. Una sonrisa iróni-

ca se dibujó en sus labios —. Se ve que no le gustan las emociones. Vino al día siguiente a pedirme disculpas. Estaba demasiado enamorada como para no aceptarlas.

Se casaron una semana después, en una sencilla ceremonia en la casa de ella.

— Esa noche, cuando fuimos al hotel, me poseyó (ah, esa palabra tan vieja) y luego se fue —. Me miró, con una rabia contenida —. Sí, aunque no lo creas. Así, como los animales.

Cómo no voy a creerte, Matilde querida. Si supieras cómo me ha costado tratar de que Néstor entienda que no sólo su placer es válido, También una lo espera. Pero yo se lo digo, peleo por mi orgasmo. Tal vez tú no tuviste oportunidad de poder expresarlo.

Volví a casa con el corazón oprimido. Matilde me ponía un espejo. ¿Era yo así? También había aceptado infidelidades, ausencias, me había tapado los ojos para no ver, los oídos para no oír. Tenía miedo. ¿Pero qué hacer en el exilio, sin trabajo y con una hija pequeña? La imagen de Antonio me llegó con fuerza. Como si allí, en él, estuviera la solución a esa terrible desazón que me embargaba.

16. NOCHE PORTEÑA EN MÉXICO

Somos los que encendimos el amor para que dure,
para que sobreviva a toda soledad.

Juan Gelman

A veces me asaltaba la sensación de que la soledad era la verdadera habitante de aquel departamento situado en la colonia Coyoacán. Era ella la que se sentaba en mis sillones, la que miraba interminablemente por la ventana la copa del pino que se mecía al viento de la tarde, como trayéndome secretos de otros tiempos, de otros árboles lejanos, de aquellas callecitas de Buenos Aires que tienen ese qué sé yo. Con las manos sobre la falda y la mirada perdida contemplaba a la intrusa, sabiendo que detrás de su frente impenetrable se encontraba, acuciante, el recuerdo de Antonio. Y ya no quería eso. No me interesaba sentarme a su lado para que me contara de su última carta, por más que en ella hablara de que quería verme, me invitaba a ir, a trabajar juntos. Tampoco quería rumiar a su lado los desencuentros con Néstor, sus viajes a París cada vez más frecuentes y de mayor duración. Fue en el último de ellos que decidí llamar a Tito Estrázulas. Se trataba de un escritor argentino exiliado, como tantos, en México. Cacho Svanascini, un poeta amigo, me dio el número ins-tándome a que lo llamara. “Te hará bien ir, flaquita. Te veo muy solitaria”. Esto era rigurosamente cierto pero no lo llamé. Poco tiempo antes había estado con Néstor en la recepción que se le ofreció con motivo de haber ganado un importante premio literario. En esa ocasión me acerqué, libro en mano, para que me lo firmara. Era un hombre de edad mediana, de anchas espaldas y calva pronunciada. Parecía algo incómodo en aquel saco de pana de un verde musgo. Si bien sonreía, sus ojos delataban una resignada melancolía. La misma que había visto en tantos compatriotas y que me recordaba aquellos versos de Rutebeuf que, tarde a tarde, sentada junto al tocadiscos, escuchaba desde la voz de Nana Mouskouri:

*Que sont mes amis devenus
que j'avais de si près tenu
et tant aimé.
Ils sont été trop clairsemés
je crois le vent les a oté...*

Ese mismo viento que ahora me contaba secretos desde el pino era el que nos había arrojado de la patria y dispersado por el mundo.

La otra razón por la que no llamaba era esa desidia, ese no tomar en cuenta mi deseo que siempre me llevaba a postergar lo mío. Porque por ese tiempo mi mayor anhelo era superar esa resistencia inquebrantable de la página en blanco que me tenía presa del silencio. Así que aquella noche me decidí y disqué. Fue el mismísimo Tito quien me atendió. Quedamos que iría a la reunión del miércoles, dos días des-

pués. Néstor estaba, como ya se ha dicho, en París, en una ausencia que se prolongaba ya por cuatro meses. Esta vez había ido con el propósito de buscar trabajo y luego llamarnos. “En cuanto consiga algo se vienen”, me dijo al despedirse. Sin embargo, a poco de quedarme sola, decidí no seguirlo. Yo no había participado para nada en esa decisión y ya me estaba cansando de esa vida errante, aunque tal vez la llevara en la sangre, como todos los que llegamos de los barcos.

El taller significó una vuelta de tuerca en mi vida. “Para escribir se necesita un poco de inspiración y mucho de traspiración”, era la frase favorita de Tito. Semana a semana nos daba consignas para los cuentos que escribiríamos en nuestras casas y que luego leeríamos y comentaríamos entre todos. No me quedó otra que disciplinarme, si de verdad quería salir adelante. Mis cuentos le gustaban. Y creo que yo también. Aquel día en que me puse la blusa mazahua sobre los jeans ajustados, me piropeó con fervor.

Allí, en el taller, conocí a Mario Indart. En un primer momento sólo supe de él que era abogado y que salió de Argentina más o menos por la misma fecha en que nosotros nos fuimos. Fue él quien me prestó el libro sobre la vida de Urquiza. Una de esas tardes había llevado partes de mi novela. Se trataba de un tema histórico, ubicado en la época de Rosas. Mario se impacientaba ante mi falta de naturalidad para ubicarme en aquel tiempo. Por qué en vez de tanta pindonga,” decía, “no lo haces decir al general ése (Ruiz Huidobro, el de la Campaña al Desierto) ‘Que venga el aguatero’”. Tenía razón. Me faltaba entrenamiento en los diálogos. Me ofreció aquel libro, pensando que me ayudaría. Los demás compañeros eran también argentinos y muchas veces seguíamos conversando en un VIP, luego de que Tito nos echara, pues al día siguiente debía madrugar para escribir. Con frecuencia Mario me acercaba a casa y, en algún momento, creí percibir en su mirada algo diferente a una simple amistad. A mí me resultaba atractiva aquella tez morena, aquellos ojos vivaces bajo las densas cejas negras, el pelo espeso tirado hacia atrás por la gruesa capa de gomina. Ese sábado había sido particularmente arduo. Camila se fue a pasar el fin de semana a lo de Mónica, la hija de Tere, una amiga argentina que vivía en la Villa Olímpica.

— No te preocupes — contestó a mis reparos de que estuviera tanto tiempo afuera —. Se va a divertir mucho. Van a la alberca, patinan. Hay un montón de chicos.

La Villa Olímpica era otro de los reductos que los argentinos elegían. A mí también me hubiera gustado vivir allí, en aquellos senderos flanqueados por árboles que conducían a los diferentes condominios. Abajo había abundante espacio verde donde los chicos pasaban sus ratos libres jugando.

Sí. Camila se divertía. Pero ¿Y yo? Sentada en la penumbra, el corazón encogido por la melancolía, me acordé del libro de Mario. Cuando me lo prestó, me previno: “Mirá que lo quiero mucho, que acá no se consigue.” Era una de esas ediciones de Santiago Rueda, de las que tantos ejemplares viera en la biblioteca de mi padre. “No te preocupes, lo leo y te lo devuelvo”, prometí. Pero allí estaba en la mesa de luz, luego de tres meses en que sólo pude echarle una rápida ojeada. Busqué el número en la agenda. Me atendió una mujer.

— ¿Por favor con Mario? — Traté de que mi voz aparentara una calma que su dueña no sentía ya que, no me cabía duda, ésa era su mujer, a la que no había visto en mi vida.

— Un momento —. Creí percibir un endurecimiento en su voz—. ¿De parte de quién?

— Ludmila Katz.

— Hola —. El tono neutro, sin la menor connotación de sorpresa o agrado, amenazó mi seguridad.

— Te hablaba porque ya leí el libro y quería devolvértelo. ¿Querías pasar a buscarlo? — Desvergonzada Ludmila, mi puritana y autoritaria hermana puso pies en polvorosa.

— ¿Te parece bien a las ocho?

— Me parece perfecto — y no pude evitar que mi risa sonara exultante.

Elijo el vestido de seda verde con flores borra vino que compré no hace mucho en Suburbia. Me miro al espejo tratando de ver lo que Mario verá. El pelo cuidadosamente recogido con un broche al costado, los labios pintados apenas, el tono cobrizo de la piel que en Argentina es todo un lujo y aquí un lugar común de tanto andar por el sol de esta ciudad en la que las estaciones no tienen la crudeza de la nuestras. El corazón golpea adentro, inundado de una difusa energía. El resultado es positivo y me siento aprobada de antemano. Unas gotas de Poisson en el cuello y detrás de la orejas y ya está. No sólo Camila se tira a la pileta, a la alberca, para ser más exactos.

El timbre suena y me apresuro a abrir. Allí está él, sonriente y un ramo de jazmines en la mano.

— ¿De dónde los sacaste? — Me sorprende, mientras mi cara se zambulle en ese aroma imposible.

Ríe con más ganas y me toca suavemente el brazo.

— Nada de café. Vamos a comer.

No salió tan mal, pienso sentada frente a él en Corrientes 348. Así se llama el restorán argentino adonde me ha llevado. Hay muchos de éstos en la ciudad, inaccesibles para los bolsillos de Néstor y míos. Por lo general sus dueños son futbolistas retirados. Arremetemos con el asado. Las luces cuidadosamente racionadas, Homero Manzi en la voz de la tana Rinaldi: *No habrá ninguna igual/ no habrá ninguna/ ninguna con tu piel ni con tu voz*. El vino, un Etchart privado, me pone exultante y encendida. Entonces alzo la copa y le digo: “Noche porteña en México.” Mario ríe y le pido que me cuente por qué está aquí.

— Fue después del secuestro de mi hermano — dice, y comienza el relato con voz ronca, en donde se cuele la bronca y el dolor. Abogado como Mario, tenían el estudio juntos en Lavalle, muy cerca de Tribunales. Rafael era el más fichado desde que defendió a algunos presos del ERP. Mario trató de disuadirlo, advirtiéndole el riesgo que corría. Él decía que no podía dejar en la estacada a quienes le pedían ayuda, sobre todo aquel chico, Luis, hermano de un compañero de colegio, que lo nombró a él cuando le preguntaron si tenía abogado. “Sí, él tiene abogado, pero tus

hijos van a tener padre por poco tiempo.”Tenía mujer y dos hijos pequeños, de cinco y tres años. La frase fue tristemente profética. Mario había viajado a Rosario cuando aquel grupo fuertemente armado entró en el estudio luego del secuestro. Por suerte, los chicos dormían con los abuelos. Florencia, su mujer, los dejó por la tarde cuando él le avisó que irían a esa comida. Los llevaron a los dos. Los encapuchados permanecieron en el estudio desde las diez de la noche hasta las siete de la tarde del día siguiente, tal vez esperando a Mario, que estaba en la luna de Valencia y que debía regresar tres días después. Un llamado de Estela, su mujer, lo alertó y ya no volvió a Buenos Aires. Los hombres aquéllos forzaron la caja fuerte de donde robaron dinero en efectivo y la documentación de la empresa. El departamento de Rafael fue saqueado dos días después. Se llenaron dos camiones con todo lo que había, incluido el piano de cola de Florencia.

En esa noche porteña que los dos queríamos crear no podía faltar el horror. Ésas eran las noches porteñas actuales. Nosotros queríamos las otras, aquellas que la sangre no había conseguido ahogar,

— Al quedarnos sin el estudio ni posibilidades de trabajo decidimos irnos. Estela fue a Rosario con los chicos. Un buen amigo me prestó el departamento hasta que pudiéramos salir.

Yo también le cuento mi historia, la desaparición de Elenita, mi miedo de los últimos tiempos allá, aun cuando no hubiera militado. Néstor sí, corría peligro. El solo hecho de reivindicar los derechos de los indios lo marcaba como subversivo.

— Sos linda, ¿sabés? — y mientras dice esto, su palma cubre mi mano y la deja allí.

Sonrío, aceptando tácitamente el piropo y la caricia. La cara de él se acerca a la mía y pone en mis labios un beso tímido. Yo paso mi brazo por su cuello y lo atraigo hacia mí. Nos internamos en un prolongado beso que me deja húmeda y anhelante. La noche es nuestra y en ese barco no admitimos polizontes. Ni Néstor ni Antonio. Tampoco la mujer de él. Sólo nosotros dos allí, encendiendo esa llama tan maltrecha y enterrada bajo capas de miedo y de distancia.

— Ahora sí me vas a aceptar un café en casa. Ya que no podemos tomarlo en el Ramos — y lo acaricio, seductora. — ¿Tenés tiempo?

— Para estar con vos un siglo no me bastaría.

— Sos un chanta — me río con gusto.

Dejo atrás las culpas y vergüenzas. Mario me toma del brazo y caminamos por la calle oscura en busca de su auto.

— Te quiero — me dice. Está de espaldas sobre la cama, apirando el humo del cigarrillo. Yo se lo quito y me deslizo sobre su cuerpo desnudo mientras su boca se engolosina en mis pezones.

17. ATRAVIESA EL UMBRAL

¡Era más fácil ser un santo que una persona!

Clarice Lispector

Los brandenbúrgueses de Bach me ayudaban a pasar aquella hora, la más lenta de la tarde. La música parecía provenir de otro mundo, como si su autor estuviese libre de las pasiones humanas, de ese lado oscuro de nuestra alma que casi siempre permanecía cerrado a nuestro conocimiento. Sin embargo, por momentos creía percibir en ella un soterrado lamento, la protesta de un amor que no se resignaba a morir. Néstor lejano era aún una presencia en mi vida. Allí estaban sus cartas, rebosantes de amor y de furia. “Te vas arrastrar como una perra”, decía ante mi silencio, ya que no había vuelto a escribirle desde que le anuncié que lo nuestro estaba roto. Y pasaba sin más al amor desesperado: “Yo te adoro, Ludmila”. A pesar de mantenerme impávida ante aquel acoso, la idea de otro hombre en mi vida me parecía una especie de traición a mí misma. Estaba atada a él, lo sabía, por una tensa cuerda que vibraba al compás de sus necesidades mucho más que de las mías. Ahora empezaba a escucharme, a percibir el contorno de mi persona, pero igual debía reconocer que anhelaba su vuelta. ¿Se produciría alguna vez? Me imaginé en Madrid conversando con Antonio, abriéndole mi corazón. Él me conocía, sabría qué pasaba por mí. ¿Qué resultaría de todo ello? La música es una pradera por la que avanzo, montada en los recuerdos. Me arrelleno aún más en los almohadones y me dejo llevar. Fue Antonio quien me la reveló aquella tarde, antes de su partida, cuando lo visité en el consultorio. Desde que nos despediéramos en “El Tolón” no nos volvimos a ver. Con Néstor las cosas siguieron su ritmo, la realidad sobre los rieles aceitados del trabajo, yo intentando dar a luz un primer libro de poemas, la crianza de Camila que absorbía todas mis energías. El horror era una nueva presencia a la que era imposible acostumbrarse, ese octavo pasajero al que debíamos tratar de ignorar para que la locura no nos inundase. Sin embargo por las noches, cuando entre sueños escuchaba las sirenas que perforaban el silencio, me estremecía en la calidez de mi cama, pensando en los seres que serían arrancados de las suyas para engrosar el reino del terror. Y la posibilidad de que esos seres fuésemos nosotros me oprimía el alma como una garra. Por esos días Liliana, la profesora de expresión corporal, me contó de la inminente partida de Antonio a España. Se quedaría allí a vivir. Salí de la clase con una desazón que me provocó un jadeo entrecortado y vehemente.

Aquel domingo decidí ir al cine. Néstor se disponía a enfrascarse en su novela, así que no tendría inconveniente en quedarse con Camila. Mientras caminaba a tomar el colectivo, disfrutaba de la suavidad de la tarde. Brillaba el sol y el cielo estaba semicubierto de nubes blancas. Su azul parecía reverberar, lleno de promesas. Un deseo difuso e insistente me llevó a abalanzarme sobre el teléfono público. Marqué el número de Antonio. Mejor dicho de su consultorio. El corazón me golpeaba sordamente. ¿Estaría allí? Me di cuenta de cuánto lo extrañaba. Aquellos cinco años

de hablar con él de mis cosas semana tras semana, y en ocasiones hasta tres veces, no podían echarse por la borda así nomás. De golpe, y sin previa preparación, tuve que hacerme cargo de mis miedos, de mis sueños, de mí misma en una palabra. Él me había guiado a través de la oscuridad, había cumplido en mi vida ese papel del ayudante en los mitos, el de Virgilio para Dante. Ahora aquella tierra incógnita parecía cerrarse poco a poco para mí. Recordaba aquel poema de Salinas en donde habla al dolor y le pide que no lo abandone, porque él es la prueba de “otra vida en que no me dolías”. Y esa nostalgia repentina, ¿no era acaso la prueba de que aquello había existido, que no era el invento de una mente afebrada? ¿Cómo recuperar todo lo que, durante tanto tiempo, colocara en su persona? Me asaltó la urgencia de verlo. Ni siquiera me detuvo la inevitable mentira a Néstor. Siempre comentábamos las películas que veíamos separados, ya que, al no poder dejar sola a Camila, debíamos turnarnos para ir al cine. Nuestra cinefilia era más fuerte que el deseo de salir juntos. Bueno, ya vería. Marqué el único número que sabía de él, el de su consultorio. El corazón se me desbocaba ante la idea de que no estuviese, o que me dijera que no, que no podía o no quería verme.

— Sí, te espero — respondió a mi propuesta de ir en ese mismo momento.

No pude evitar la sensación de haber llegado a puerto cuando me vi de nuevo en aquel ámbito. La penumbra tenue y sosegada me infundió un reconocible bienestar. Luego del tímido beso en la mejilla fuimos al consultorio. Antonio se repatingó en uno de los almohadones esparcidos en el piso. A mí me señaló su sofá de analista. “Sentate ahí”, rió divertido.

Allí estábamos, pues, con los roles cambiados ¿Pretendería que yo lo analizara? De todos modos me sentía cómoda y aprobaba interiormente mi resolución de verlo. Suspiré, más calmada. Ahora tan sólo éramos un hombre y una mujer. Antonio saca un disco de la funda y se encamina para ponerlo en el tocadiscos.

— ¿Te gusta Bach? Son *Los brandenburgueses*.

Me contó que Bach era su terapia. Recurría a él para equilibrarse. Nada como esto para relativizar todo, me dijo. Le dije que sí, que me gustaba y la música inundó el espacio. Estuvimos largo rato en silencio. Me animé entonces a pedir:

— Antonio, ¿te das cuenta de cuán poco te conozco? En cambio vos de mí lo sabés todo, o casi — sonreí con malicia —. Ya sé que esas eran las leyes del juego. Pero ahora esas leyes han cambiado. ¿Por qué no me contás algo de vos?

No se hizo rogar demasiado y me contó su historia.

Había nacido en Córdoba. Su padre era general y médico del ejército y, entre nueve hermanos, él ocupaba el tercer lugar. El padre manejó la familia con mano de hierro. “Era el jefe de la horda”. Un relámpago de bronca le ensombrece la mirada. Nada podía oponerse a su voluntad omnímoda. Su madre, porteña de nacimiento, fue a Córdoba a curarse de un asma pertinaz y allí se conocieron. Sentía por él una admiración y un respeto que la llevaron a aceptar sin más aquella ley sin concesiones. De un recalcitrante catolicismo, educaron a sus hijos en esa visión en donde primaba el “harás” y el “no harás”. Y este no harás recaía, sobre todo a partir de la adolescencia,

en el terreno sexual. La obligación de castidad rigió igualmente para varones y mujeres. El imperativo era llegar vírgenes al matrimonio, mandato que Antonio cumplió sin cuestionamiento alguno. Le estuvieron vedadas las iniciaciones tan comunes de los varones a esa edad. Se casó con Ana sin haber “conocido” en el sentido bíblico y en el corriente, a mujer alguna. Sólo un fugaz y platónico enamoramiento adolescente allá en San Cosme, cuando veraneaba en casa de sus tíos en Suyuque. Celita era su vecina. Tenía unos catorce años y flechó a Antonio de inmediato aunque él nunca se atrevió a abordarla. Una cascada de bucles oscuros caían impetuosos sobre sus mejillas blanquísimas. Por la época en que la conoció, él vivía en Buenos Aires con su familia, luego de un periplo por varias provincias debido a los destinos militares de su padre. Para calmar su desasosiego, realizaba largas cabalgatas. Alguna vez llegó a Los Nogales, aunque yo jamás lo viera en aquella época. La entrada a la Facultad y el inmediato noviazgo con Ana, amiga de Eleonora, una de sus hermanas, ayudaron a desterrarla de su memoria. Se casaron apenas él se recibió de psicólogo. Las gestiones para conseguir la beca de perfeccionamiento en Madrid dieron resultado y allí se instalaron luego de una breve luna de miel. Por la época en que acudí a analizarme hacía un año de su regreso, luego de cinco de ausencia.

— Vos fuiste mi musa — dice, ante mi absoluta perplejidad. ¿Significaría eso que de algún modo me quería? Él parece captar mi muda pregunta porque agrega, casi sin pausa:

— Me atraías mucho. Con vos comencé a vislumbrar otros mundos, otras maneras de pararse en la vida. Siempre seguí el camino que me trazó la religión. Toda otra búsqueda me estuvo vedada, la pasión, el erotismo, quedaron afuera. Esa orilla que los cristianos llaman el pecado pero que también es la de la voluptuosidad, de la danza de los sentidos, de los amores y los conflictos. Ese mundo de los abismos, en fin, que se convirtió para mí en una atracción y un desafío. Pero eras mi paciente y nada podía hacerse. Yo amaba a Ana, aunque de golpe ese amor tranquilo y predecible dejó de interesarme. Por lo demás, una separación hubiera sido un golpe tremendo para mi padres. Pero sucedió algo que la precipitó.

Su cara se ensombrece al hablar del encuentro con aquella desconocida en el ascensor de su consultorio. Una boina negra cubría su cabellera rojiza que le llegaba a la cintura. El parecido con Julie Christie, su actriz preferida era asombroso. Ya desde ese primer momento supo que estaba perdidamente enamorado. A partir de entonces no tuvo sosiego. Llegaba a su casa a horas totalmente desacostumbradas porque luego del último paciente se echaba a la calle a errar con la vaga ilusión de encontrarla, aunque no sabía dónde, ni cómo. Los edificios se sucedían con sus fachadas grises, sus ventanas cerradas y pensaba en todos esos seres acostados detrás de las paredes. Él iba siempre hacia adelante, perdido, arrastrado.

Una de esas noches le dijo a Ana: “Mañana me voy”.

No valieron llantos ni preguntas. Su decisión era irrevocable. Vivió algunos meses en el consultorio y luego alquiló un departamento en la calle Río Bamba.

A Leonardo lo conoció en una de aquellas correrías nocturnas. El azar lo llevó a la calle Corrientes. De golpe se sintió cansado y decidió entrar a La Paz. Observa-

ba a aquel público heterogéneo en donde se reunía toda la bohemia de Buenos Aires. Le hubiera gustado sumarse a alguno de esos grupos. Comenzó a pesarle su condición de sapo de otro pozo. De pronto vio a Enrique Vidal que atravesaba el dédalo de mesas y se acercaba a él. Iba acompañado de un hombre ya cuarentón, delgado y de una calvicie incipiente. Tenía unos ojos pequeños pero vivaces y estaba enfundado en una chaqueta de cuero algo estrecha. Enrique se lo presentó.

— Leonardo Hurtado.

A pesar de ser psicoanalista, Enrique había publicado ya dos libros de poesía. Con Antonio se conocieron en la Facultad y desde entonces eran amigos. Los invitó a sentarse a su mesa. Leonardo era un pintor que había quedado viudo recientemente. Su mujer, Julia Araujo, una novelista conocida en el ambiente, murió de una hepatitis mal curada. Él se encerró en su departamento y se dedicó a pintar con furia. Hacía muy poco que había vuelto a conectarse con el mundo. Invitó a Antonio a la reunión del día siguiente en su casa.

— Traé vino — le dijo cuando se despidieron.

18. LA PASAJERA

Te dije que te quería. Tú nunca contestabas a este tipo de locura.

Marguerite Duras

El nuevo departamento de Antonio era de dos ambientes. Quedaba en el séptimo piso de un antiguo edificio de la calle Río Bamba. No había demasiada luz, pero esto no afectaba a Antonio, ya que siempre había sufrido por aquel sol que entraba insolente en el que compartió con Ana, destiñendo y deteriorando todo lo que tocaba. En ese sentido le gustaban las viviendas españolas, tan preparadas para defenderse de la luz cegadora de aquellas latitudes. Acomodó los pocos libros en una biblioteca con puertas que consiguió en lo de un anticuario de San Telmo y de las paredes colgó reproducciones de Dalí, de Rubens. Pero por sobre todo amaba a El Greco. No le costó demasiado acostumbrarse a la soledad. Por otra parte, sólo estaba allí para dormir, ya que el día se le pasaba entre el consultorio y sus caminatas nocturnas. Ese sábado se dispuso a ir a lo de Leonardo. Le pesaba un poco esa vida de lobo solitario.

El bullicio se escuchaba desde el ascensor. Fue el propio Leonardo quien le abrió la puerta. Un poco aturdido, Antonio avanzó por el espacio congestionado por las charlas y el humo. Cerca de una ventana se topó con Enrique. Sostenía una copa de vino y estaba enfrascado en la charla con una mujer muy rubia con un vestido negro escotado. Lo saludó con un “hola” desabrido, por lo que decidió no molestar. Siguió su recorrido. Lo asaltó de golpe esa antigua sensación de extrañamiento tan familiar cuando estaba en ese tipo de reuniones. Pensó en que sólo se quedaría unos minutos y luego buscaría algún pretexto para irse. De pronto su corazón se aceleró. Allí, acurrucada en una esquina del sillón, estaba ella. La reconoció de inmediato, a pesar de la apariencia de muchacho que le daba el pelo cortado al rape. No tenía acompañante y su mirada vagaba por el salón como si estuviese embebida en hondos pensamientos. Llevaba un suéter rojo y el jean ajustado acentuaba la delgadez de su silueta. Avanzó hacia ella como quien contempla una aparición y teme que al menor movimiento se desvanezca. El lugar a su lado estaba vacío y Antonio se precipitó a sentarse. Ella pareció no darse cuenta de su presencia. Pero él no estaba decidido a perder la oportunidad, que sabía única en su vida.

— Mi nombre es Antonio. ¿Puedo saber el tuyo?

Volvió la cabeza con lentitud y Antonio comprobó que sus ojos eran de un verde grisáceo.

— Digamos que Alicia — contestó, estudiándolo con curiosidad.

Antonio se percató de su palidez casi transparente, al tiempo que ella buscaba con gestos torpes un cigarrillo en su bolso. Era uno de esos bolsos artesanales tejido a telar, bordeado con listas negras y flecos del mismo color. Él sacó de los suyos y le convidó.

— Salgamos de aquí — pidió Alicia.

Caminó detrás de ella, que avanzaba con decisión hacia la puerta sin saludar a nadie. Sólo dijo algo a Leonardo en voz baja para luego saludarlo con un beso en la mejilla.

Caminaron en silencio. A veces ella se adelantaba y se daba vuelta sonriendo.

— ¿Vamos a mi casa? — sugirió él.

La respuesta le llegó casi en un susurro.

— Por favor.

Se colgó entonces de su brazo y dijo “tengo frío”. Leonardo estaba conmovido por lo que se le antojó un absoluto desamparo.

Al llegar encendió la estufa de gas. Alicia se acercó, pegando a ella sus piernas.

— Te vas a quemar — rió él.

Fue a la cocina a preparar café. Cuando volvió con las tazas y el termo ella estaba absorta en *La metamorfosis de Narciso* de Dalí y no pareció percatarse de su presencia.

— Vení — pidió él.

Se sentaron juntos en el sillón de tres cuerpos. Él le pasó un brazo por los hombros, atrayéndola a su pecho.

— ¿Me vas a contar algo de tu vida? — Pero comenzó a besarla, como resignado de antemano a no obtener respuesta.

— Se está bien aquí — dijo ella. De golpe se escuchó un trueno y poco después ráfagas de viento y de lluvia estremecieron las ventanas.

Cuando despertó, aún llovía. Desde la cama contempló la habitación sumergida en una oscuridad desacostumbrada que le llevó a pensar que aún era de noche. El reloj de la mesa de luz marcaba, sin embargo, las ocho. Ella dormía, la cabeza sobre uno de los brazos. Contempló su perfil, que el pelo corto acentuaba. Le pasó la mano por la espalda. Se tranquilizó pensando que el primer paciente estaba citado a las once. Por ahora se concentraría en esto. En la dulzura, casi olvidada, de un cuerpo de mujer.

Preparaba el desayuno en la cocina cuando escuchó que ella lo llamaba. Se divertía contemplando su apetito voraz, esa manera de chuparse los dedos sucios de mermelada. Desde la cama escucharon a Dave Brubeck, luego a Piazzola. Después ella descubrió ese disco de Violeta y lo ponía una y otra vez.

Los días pasaron casi sin sentir. Alicia se iba por las mañanas. Le contó fugazmente que trabajaba en una revista femenina. Se reunían a la noche. Por lo general ella llegaba primero. A Antonio le gustaba encontrarla instalada en el sofá escuchando música, el vaso de ginebra en la mano. No contestaba nada cuando él le preguntaba qué había hecho, cómo iban las cosas en la revista. Tampoco sentía ninguna curiosidad por las actividades de Antonio. Se limitaba a reír y a estrecharse contra su pecho.

Los domingos, si no llovía, salían del brazo, se iban por las calles. Conversaban sin ver nada de lo que les rodeaba. Antonio se fijó los sábados por la tarde para ir a su antigua casa. Suspiraba aliviado si Ana estaba ausente. Su cara entristecida era un mudo reproche que disparaba esa culpa que Antonio olvidaba de sentir cuando

estaba con Alicia.

Una de esas tardes la sorprendió abstraída, fumando un cigarrillo tras otro. Vio el cenicero repleto de puchos y comprendió que algo fuera de lo normal ocurría. Estaba como siempre en el sillón, con una pollera kilt y un suéter negro. Poco después de aquella primera noche ella llevó al departamento de Antonio una pequeña valija con ropa. También un ejemplar de *El castillo* de Kafka. Antonio la besó, despeinó su pelo, que comenzaba a crecer. Alicia seguía sin hablar. Parecía que alguien o algo la hubiese vaciado de sentimientos.

— Estoy embarazada — dijo al fin.

Esa noche se amaron como nunca. Antonio se sorprendió del apasionamiento con que Alicia le respondía, de esa vehemencia distinta a su habitual sosiego.

“Es tiempo de que vaya a ver a Leonardo”, pensó.

Lo atendió una mujer desconocida. El pelo canoso en desorden indicaba que acababa de levantarse.

— Leonardo está en Europa. Tengo entendido que pensaba radicarse allí un tiempo largo.

Tampoco Enrique pudo decirle nada sobre Alicia.

— No tengo idea de quién puede ser. La vi por primera vez con vos, cuando salían de lo de Leonardo.

Aturdido, caminaba por las calles en donde el frío parecía haber cedido ante la inminencia de la primavera.

Por momentos se oía el chillido, ya habitual, de la sirena de la policía. Se dio cuenta de lo poco que pensaba en su pasado. Todo su ser vibraba hacia Alicia, como si lo hubiese envuelto en un invisible lazo. Si eso era estar enamorado, era la primera vez que le sucedía.

“Le diré que la quiero”, se prometió. Había sido torpe. “Todo será distinto ahora”.

Se detuvo para sacar el llavero. El ascensor se detuvo con un cimbronazo. Corrió hasta la puerta. Se sorprendió al encontrarla abierta.

“Alicia”, gritaba casi, al tiempo que encendía la luz y caminaba por aquel espacio definitivamente solitario.

Debajo del cenicero de ónix estaba el papel. Trató de calmarse para poder releer: “Gracias por todo. Tuve que irme. Alicia”.

La música ha cesado hace rato. Me quedo un tiempo más embebida en aquella lejana historia. Nunca más la volvió a ver. Recuerdo también nuestra despedida, aquel abrazo en que ambos nos deseamos suerte. Por esa época aún yo no sabía que también debería partir.

19. LAS LLAVES DEL REINO

Mi identidad se hallaba tras puertas cuyas llaves se hallaban en poder de mi madre.
Shirley Mc Laine

Son ya las diez de la mañana pero siento un peso en el cuerpo que me impide levantarme, afrontar el día de una vez por todas. Hemos llevado a mamá al aeropuerto. El avión salía a las tres. La vemos desaparecer tras los controles con la espalda arqueada por los bultos. Lleva regalos para todos. También artesanías para su casa. Me gustaba verla entusiasmarse como una criatura en los mercados ante las fuentes de barro pintado, ella tan afecta a los cristales y porcelanas. Compraba amates, poncheras, individuales bordados y hasta un arcón laqueado de Guerrero que metió en la valija con ese ingenio y tosudez que la caracteriza. Me incorporo como puedo, me estiro largamente y me dispongo a preparar café. Todo me habla de ella. Ha dejado sus señas digitales en toda la casa y se me encoge el alma. Camila no ha ido a la escuela. Se despierta, también, llorando, diciendo “abuelita” con una voz que haría llorar a las mismísimas piedras. Corro a consolarla, me meto con ella entre las sábanas, trato de explicarle.

— ¿Por qué se fue la abuela?

— Es que su casa no está aquí, mi amor. Ella vive en Argentina.

— ¿Y por qué nosotros no vivimos allí?

Qué decir a una niña de cinco años para que entienda. Cómo hacerle comprender que los hombres se matan por no pensar igual. Repaso en mi mente las historias que sabe, Hansel y Gretel, la Bella Durmiente, Caperucita Roja. Tal vez esta fábula del lobo me sirva para mostrarle cómo a veces los seres humanos se parecen más a estos sanguinarios animales. Con la diferencia, bien asentada por Rubén Darío, de que éstos matan sólo para comer. Trato de ser lo más clara posible.

— Es que en Argentina gobiernan unos hombres que matan a quienes no tienen sus ideas. Y nosotros, que pensamos diferente, corrimos peligro.

— ¿Podremos volver alguna vez?

— No lo sé. Pero igual aquí estás con mamá y papá. La abuela puede venir a visitarnos. Eso es lo más importante.

Sus ojitos me miran como queriendo averiguar más cosas, pero se queda en silencio. La visto y sale a jugar con sus amigos. Yo me digo que puedo trabajar en la novela, aun estoy de vacaciones, pero un desgano más fuerte que todo argumento me impide tomar la pluma, continuar con mi historia. Repaso una y otra vez esos treinta días que mi madre ha pasado entre nosotros y que ahora me parecen un suspiro. Me acuerdo de los lugares adonde hemos ido los tres: Acapulco, Xochimilco, Teotihuacán. Le gusta México, me dice siempre, los ojos con un brillo entusiasta que creía ya apagado. He tenido tiempo de observarla. A veces, mientras caminamos tomadas del brazo, porque su vista es cada vez más débil y puede caerse, observo

que ha envejecido y me entristezco. No está tan lejana para mí su imagen de mujer joven, aquel cuerpo fresco y turgente. Recuerdo que cada vez que se desvestía nos ordenaba a Ana y a mí que no la mirásemos. Ana cerraba con fuerza los ojos pero yo no obedecía y contemplaba con disimulo su desnudez. Entendí que así sería yo. Que aquellos pechos, que aquel vello entre los muslos me eran necesarios para ser mujer, para tener hijos. No sé si aquel destino me parecía maravilloso, pero sí inevitable. Y me preparaba a él con cierta expectativa. Parecía que el mundo fuera de los grandes. Ellos ponían orden en el caos, fundaban hogares, tenían ese ascendiente sobre los niños que yo sí anhelaba, no tanto para mandar sobre alguien como para ya nunca más recibir órdenes. Me cansaba eso de estar siempre obedeciendo. Saludar, no hablar de tal cosa, hacer tal otra, ser siempre educada, femenina, ordenada. Y mi madre era la más entusiasta distribuidora de aquellas normas. Ella las había cumplido al pie de la letra y quería que sus hijos también lo hiciésemos. Mis primeros malestares afloraron cuando le preguntaban a mi hermano Edgardo qué sería de grande. Él contestaba que médico, farmacéutico, mecánico, según el humor o el entusiasmo del momento. Y yo esperaba mi turno para decir que sería exploradora. Pero me quedaba con las ganas porque a mí nadie me preguntaba nada. Comencé a darme cuenta de que mi condición de mujer era un impedimento insalvable. Entonces, antes de dormirme, me prometía salir una noche de casa vestida de hombre y sin que nadie lo notara para cumplir con aquel destino que me parecía el más excelso de todos: el de viajar por todo el mundo y buscar tesoros, como en aquella película: *Las minas del rey Salomón*. O como en los libros de Stevenson y Salgari.

Tal vez esta fantasía la heredara de mi propia madre, que hechizó toda mi infancia con su encanto de narradora de historias. Era una fuente inagotable de anécdotas sobre lo viejos tiempos, anécdotas que, a mi parecer, harían empalidecer a *Las mil y una noches*. Luego de escuchar el Teatro Palmolive del aire de las 22,15, mientras el viento afuera hacía tronar los postigos, ella se sentaba junto a nuestra cama para abrirnos su panteón de sueños, su mitología privada por donde se paseaba la figura de aquel bisabuelo que se alzó contra la política centralista de Buenos Aires y que, derrotado por las huestes de Mitre, cruzó en mula la cordillera rumbo a Chile en un exilio que duró doce años. Mi bisabuela, nueva Penélope, lo esperó sin renegar jamás de su suerte hasta la mañana en que se puso a sacar las fundas de los muebles, a barrer los aposentos y a gritar a la servidumbre “que vengan a ayudarme a limpiar este chiquero porque hoy llega Carlitos”. Y lo decía sin que esa noticia le hubiese llegado por boca de nadie sino de la clarividencia de su nostalgia. Por la tarde una vecina llegó a avisarle que en la plaza acababan de llegar unas carretas de Chile. Los pobladores vieron pasar entonces a una mujer destrenzada y frenética rumbo a la plaza. Allí, en efecto, maltrecho por los zangoloteos del camino estaba mi bisabuelo.

Sherezade contó sus historias por un lapso mucho mayor que el de la mil noches de la leyenda y yo las recibía como el maná que me ayudaría a pasar todos mis desiertos comprendiendo, tal vez oscuramente, que aquello de contar historias era otra forma de explorar.

Lo que más tenía presente de mi madre era esa abnegación que la llevaba, por

ejemplo, a levantarse en esa madrugada de escarcha y atravesar el patio en donde todavía reinaba la oscuridad para ir a la cocina a plancharnos los delantales, esos delantales que no faltaron ni un solo día a su immaculada blancura y que se paraban solos por el almidón. Pero yo la veía también transformarse como por arte de magia cuando en las reuniones de amigos que con frecuencia se armaban en el patio de mi casa la escuchaba declamar, desobedeciendo el mandato de quedarme en mi pieza junto a mis hermanos, aquellos poemas de Rubén Darío o de José Santos Chocano que la transformaban en una especie de diosa para mis ojos infantiles. Es que en ella latía la veta de la artista, de la escritora. Sin embargo desoyó esos llamados o no pudo oírlos para seguir uno mucho más poderoso y marcado a fuego en su alma de mujer que la enviaba a sacrificarse en el fuego del hogar. Yo no le escuché nunca hablar de fantasía alguna en ese sentido, pero ahora no me cabía ninguna duda de que habían existido.

En aquel mes de visita yo la observaba, trataba de no reaccionar cuando la escuchaba opinar sobre cómo debía ser “una mujer honesta” o decir aquella noche que “el sexo era el pecado que necesitaba más perdón”. Sentía que de alguna manera me reprochaba no haber cumplido con sus expectativas de ser aquella “perfecta casada”, cuyas virtudes tanto enumerara en mi niñez. Esto se ponía en evidencia sobre todo cuando Marcelo entraba a la cocina para preparar la cena y ella corría a ayudarlo, a tratar de que desistiera, mirándome con aquellos ojos en donde se leía el reproche. No podía evitar que una difusa culpa me invadiera, sobre todo cuando le escuchaba aquella trajinada frase: “Una mujer honesta siempre quiere a su marido”. Me preguntaba si era algo envidiable aquello de ser una mujer honesta. Ella lo era, de eso no cabían dudas. Y seguía queriendo a su marido que estaba con otra, con “la tipa”, como ella la llamaba. Como si la condición de honesta debiera hacer de la mujer alguien asexual para quien el placer, el sexo estuvieran en la otra orilla, en la de las tipas, las otras, las “plumas”, como les llamaban en San Cosme. ¿En dónde quedaba situada yo, entonces? Yo, que me había enamorado de Antonio estando casada, que tenía el propósito nunca abandonado de ir a España, como aquella princesita de Darío que se fuera *bajo el cielo y por el mar/ a cortar la blanca estrella que la hacía suspirar*. Yo quería y no quería a mi marido, con lo que me hacía pasible de la misma ambigüedad que condenaba a aquellas otras mujeres. No sabía si ellas eran felices. Pero era evidente que una honda amargura corroía el corazón de mi madre.

Había, sin embargo, toda una zona en donde podíamos congeniar. Y era ésta la que se impuso en su visita. Ésa de las historias. De su ternura por Camila, de su proverbial generosidad. Nunca estuvo más abastecida nuestra despensa que en aquellos días. Mamá se cruzaba a Aurrera mientras esperaba que yo volviera de la oficina (por aquella época había dejado la Prepa para entrar a una Editorial, mejor paga y menos agotadora que la necesidad de lidiar con aquellos macriados nenes de papá) y llegaba cargada con bolsas y bolsas de latas, carne, quesos, mermeladas y hasta vajilla que abarrotaban nuestra alacenas y que nos ayudarían a pasar varios meses en una inesperada abundancia.

A veces la lluvia nos impedía realizar nuestros paseos y, luego de dormir una

siesta, me sentaba en el extremo de su cama para que me repitiera sus historias. Una de ellas era la que trataba de enhebrar en una primera novela. Volvía entonces a experimentar el mismo asombro de mi niñez. Aquellas palabras que tanto me encantaban no habían envejecido. Salían de su boca como si fueran nuevas.

Néstor abre la puerta. Lo veo entrar desde el sillón en donde escucho Los Olimareños, los ojos anegados en lágrimas. Se acerca y me besa. Compruebo entonces que tiene también los ojos mojados, que él también se siente tan huérfano como Camila y yo.

20. DEL DIARIO DE LUDMILA

Yo abro camino sobre el abismo de las aguas, vía entre los dos
combatientes, luz y tinieblas. Y vengo.
El Libro de los Muertos

Noviembre de 1980, 11 y 20 de la noche.

Me gustaría poder mandarle a Néstor un cable con una sola palabra: "vení". ¿Será lo más conveniente para los dos? ¿O seguiremos enredándonos en los hilos de una madeja sin fin? Creo que todo este tiempo he estado buscando aturdirme, esconder, como el avestruz, la cabeza, para no experimentar en toda su desnudez el terrible desamparo en que me quedé cuando le dije que nos separáramos. Todavía soy su mujer, su sangre y su carne como él lo es para mí. Pero el dilema reside en hacerle comprender que no puedo seguir siendo su satélite, que por más humildes que sean mis caminos quiero elegirlos, asumirlos por mí misma. Que no puedo seguir con mi vida en suspenso hasta que él encuentre el suyo. Mi vida, lo más importante que tengo ¿tirarla por la borda en pos de la realización del otro?

Me llama Mario pero no quiero seguir esto, no quiero continuar engañándome ni engañándolo.

Martes, 25

Esta mañana he hablado con Luis Cortés. Me informa que ya están las galeras de mi libro. El primer impulso es de alegría, pero luego la inseguridad me invade. ¿Valdrá realmente la pena ese libro? Por la tarde trabajo dos horas con la novela. Un terrible dolor de espalda me impide continuar. La terminaré, sin embargo, estoy segura. Me tiro en la cama con un whisky y lectura. En realidad no me he sentido bien en todo el día, con molestias de garganta y hasta de oídos. Sensación de inutilidad, de abandono total. Me pesa el silencio de Marcelo. Tarde fría del final de otro año.

1 de diciembre, sábado.

Néstor llegó hoy. No había nadie en casa porque Camila se fue a dormir a lo de unas amigas y yo al cine con Rocío. El departamento estaba a oscuras cuando abrí la puerta. Caminé hasta mi pieza tanteando las paredes, cuando me detuvo el susto de distinguir un bulto sobre la cama. Era él. No tenía la llave y Lupe, la muchacha no lo dejaba entrar porque no lo conocía. Tuvo que ir a lo de Matilde para que ella le dijera que, en efecto, él era el dueño de casa. Cuando me ve se incorpora y me dice: "Hola, vieja". Me tiro en sus brazos desarmada.

8 de diciembre

Hablamos mucho del viaje, de su hija. Quería estar junto a ella, dice, pero no podía vivir sin nosotras. Hacemos el amor a la siesta, nos vamos poco a poco reencontrando.

También me reencuentro con mis carencias. Apenas terminamos, se levanta como un resorte y se va a leer al living. No puedo dejar de pensar en las largas horas después del amor con Mario. Y eso que no estábamos en nuestra casa sino en un hotel. ¿O será por eso mismo? De nuestras largas charlas. Íbamos juntos a la ducha y nos jabonábamos el uno al otro. ¿Por qué no lo amé? Pero él era, es, casado.

Mérida, 16 de febrero

Hace tiempo que no escribo este diario. Es que en la rutina no me dan ganas, como si en ella no hubiera nada digno de contarse. En realidad nuestra vida en México es bastante árida. Mis días transcurren en la monotonía del trabajo a la casa y de la casa al trabajo. Y en éste no nada hay digno de ser remarcado. Siento un poco de envidia de Néstor, cuya actividad lo apasiona y le permite viajar, conocer personas y lugares. Ahora, por ejemplo, ha debido venir a Yucatán y nosotras (Camila y yo) lo hemos acompañado.

Salimos el viernes rumbo a Mérida. Al llegar me siento como pez en el agua en ese ambiente provinciano. Me sumerjo yo también en esa somnolencia veraniega que tanto me recuerda a San Cosme. Como allá, las casas son bajas, coloniales, con ventanas enrejadas. En algún lado he leído que Mérida se vanaglorió en otro tiempo de ser el "París de México." Recorremos la ciudad en una calesa, uno de esos tradicionales carruajes tirados por caballos que, además del auto, se usan aquí, igual que en el San Cosme de mi niñez, como medios de transporte. Camila grita de entusiasmo. Néstor me dice que el plato típico de esta zona es la cochinita pibil. Se empeña en que la pruebe en el restorán cerca del zócalo en donde recalamos a la hora de la cena. Mientras esperamos que nos la traigan, me explica que se trata de una carne que se cocina con especias en un horno subterráneo. Camila y Néstor arremeten con el chile, pero yo temo descomponerme y no poder continuar. Hace mucho calor y, ya en la pieza del hotel, gozamos del fresco que nos regala el ventilador de grandes aspas que cuelga del techo.

17, jueves.

Salimos temprano a Uxmal. No me animo a subir al Templo del Adivino, porque me aterroriza el vértigo. Visitamos también el Templo de Las Monjas, con columnatas y el típico arco Maya. Sus frisos son de un barroco desaforado que nada tiene que envidiar al español. También la Casa de las Palomas, llamada así por la crestería que forma unos huecos semejantes a los de un palomar. El calor es tórrido. Un hombre vende cocos en un carrito. En segundos perfora el extremo de una cáscara, pincha la fruta redonda y blanca y le introduce una pajita. Compramos un coco cada uno y, mientras caminamos, bebemos su leche dulzona y refrescante. Continuamos viendo pirámides hasta que el cuerpo nos pide una tregua. A la salida, una pareja de italianos nos acerca a Kabah. Son simpáticos y podríamos entendernos pues el italiano no es tan difícil, pero Néstor se empeña en hablar con ellos en inglés que para mí es chino básico y me quedo, como siempre, afuera de la conversación. También allí se ven los mascarones de Chac, el dios de la lluvia, con su gran nariz ganchuda. Me siento en el borde de la escalinata casi sin fuerzas. El calor y la humedad me

han agotado. El sudor corre por mi espalda y la camisa se me pega a la piel. Cerca hay un árbol y busco su sombra para descansar mejor. Camila se sienta a mi lado. El árbol emana un aroma delicioso y persistente. Una brisa cálida me abanica el rostro y el aroma se vuelve más intenso. Cierro los ojos. Un trino refresca la calma y me dejo ir en ese sonido, me vuelvo, por un instante, pájaro. Néstor se aproxima con su cámara y, sin previa advertencia, nos saca una foto. Protesto. El encanto se ha roto. Nos internamos por un angosto sendero bordeado de árboles que conduce a otras ruinas y a un pequeño cenote. Allí arrojaban los mayas a sus víctimas para sacrificarlas a los dioses. Regresamos con lluvia y hambre.

Comemos cerca de la terminal y se larga una lluvia torrencial que transforma las calles en ríos. Hay que ir buscando los lugares por dónde cruzar. En ocasiones debemos descalzarnos. Nos dicen que esto se debe a que la ciudad no tiene desagües.

18, viernes

A las ocho tomamos el ómnibus rumbo a Celestum. Antes desayunamos huevos rancheros, tortillas de maíz, café fuerte y jugo de naranja. El camino es precioso, con una vegetación de color verde sueño en que alternan bequenas y maizales. Chozas al estilo maya, de adobe con techo de paja de dos aguas, en un rectángulo de bordes redondeados en la parte inferior. Los caseríos del camino también me atraen con su calma bucólica, sus grandes árboles. Celestum es un pueblo de pescadores, casi no hay turistas. Caminando por la playa se ven incontables barcos que por la noche se harán al mar. El mar. Vuelvo a encontrar su misterio, su olor a sal, a tiempo amontonado, como diría Neruda. Parece que la eternidad estuviera al alcance de la mano. Nadamos, nos asoleamos. Volvemos a Mérida saludables y cansados. Ayer lunes partimos a Valladolid, no sin antes admirar la plaza con sus grandes laureles donde dicen antes hubo un gran templo maya y una pirámide. Enfrente la casa de Montejo, el conquistador, de puro estilo plateresco. El escudo de la familia en cada ventana habla de su desafortunada egolatría. Nos informan que allí viven sus descendientes y, algunas horas, está abierta al público. Néstor debe seguir viaje y nosotras nos detenemos en Chichén Itzá. Una babel de turistas con sus cámaras. El sol es muy fuerte y Camila se queja de que está cansada. No obstante la convengo de que subamos a la pirámide de Kukulcán, que quiere decir "serpiente emplumada". En su base la plaza de las mil columnas que semejan centinelas en esa soledad de piedra. Estas ruinas muestran ya la influencia tolteca. Los toltecas eran un pueblo del norte de México que invadieron Yucatán alrededor del 900 A. d. C. Tomaron, como eje del mundo, a Chichén Itzá. Desplazaron a la nobleza y modificaron la religión incorporando a Kukulcán. Subimos también al Templo de los Guerreros con sus enormes cabezas de serpientes emplumadas que sostienen el techo. Camila se para junto al "Chac-mool", mensajero del dios, un hombre con un recipiente en donde se depositaban los corazones de las víctimas. Le tomo una foto. Al fondo de todo, el imponente cenote, en donde los Mayas arrojaban a jóvenes doncellas núbiles para aplacar a los chaacob. También a niños. ¿A qué dios serán sacrificados nuestras nuevas víctimas? Me pregunto por qué las culturas deben levantarse sobre el sacrificio de los más débiles. Como si la muerte estuviera indisolublemente emparentada con el poder. El verde profundo de las aguas se me antoja el color de la vieja sangre. Me siento invadida de una calma oscura mientras observo el aleteo de los murciélagos sobre las aguas. El

Patio de Rituales en donde se jugaba a la pelota es impresionante, con su enorme espacio rodeado de bajorrelieves mostrando cómo los perdedores eran decapitados. Del otro lado del camino está el Observatorio en forma de caracol. Los Mayas eran grandes astrónomos. Tenían un calendario de 365 días. Con recursos muy rudimentarios como un palo vertical para determinar el paso del sol por el cenit o dos varas cruzadas que al interceptarse formaban un punto de observación, supieron precisar las revoluciones de los astros. A través de su inalterable recurrencia pudieron trascender el tiempo profano para encontrar el gran Tiempo. El de la periódica creación y destrucción del universo. En su calendario veinte días son un mes; dieciocho meses un año; veinte años un Katún. El ciclo de los katunes se repite cada doscientos cincuenta y seis años. El jaguar es una presencia constante en esculturas y grabados. Llegamos a Valladolid, donde nos espera Marcelo. Allí nos quedamos un día hasta salir, ayer por la mañana, rumbo a Peto. El auto se mete en una intrincada selva. Perdido en medio del camino, intimando con esa exuberancia en donde alternan ceibas, caobas y zapotes, se alza el Centro Coordinador, un antiguo casco de estancia. Enormes árboles sombrean el patio de una casa señorial, con capilla y todo. El cansancio me atrapa y discuto con Néstor. Comienzo a relajarme en el crepúsculo, en el que me reencontro con su serenidad, con esa tranquilidad violeta de que hablaba Juan Ramón Jiménez. Se oye el son de los insectos, la bocina envolvente de los sapos. Se oye el suave susurro de las frondas.

19, viernes.

Néstor madruga para ir a Sututa. Me propone acompañarlo pero prefiero quedarme a leer, a escribir cartas, pensar. Camila ha encontrado unos niños y pasa con ellos la mayor parte del tiempo. La veo feliz y se me desdibuja la culpa de no haberle dado hermanos. Paso la mañana escribiendo a mi madre y leyendo a Carlos Fuentes. A veces levanto la mirada del libro y contemplo a las lagartijas que toman sol sobre las piedras. El Director del Centro, un hombre de unos treinta años bastante macanudo viene a buscarnos para ir a almorzar. Hablamos de literatura, de su hijo, me siento a gusto a su lado. Camina con muletas a causa de un árbol que se le cayó encima mientras iba en auto, quebrándole la columna. Ha tenido muchísimas operaciones pero en ningún momento se lo ve como un impedido. Transmite optimismo y ganas de luchar. Por la siesta me encierro a escribir este diario. El calor es sofocante.

Más tarde.

Empieza a llover y refresca. Al principio son truenos. Sólo truenos del cielo de conejo, como dirían los mayas. Desde mi pieza veo caer la lluvia sobre los árboles. El ruido de las hojas que mueve el viento me recuerda El Salmo Pluvial de Lugones: "delicia de los árboles que abrevó el aguacero / delicia de los gárrulos racimos en desliz / cristalina delicia del trino del jilguero / delicia serenísimas de la tarde feliz".

Me gusta esta lluvia que transfigura la tarde.

28 de febrero, 11 de la noche. Ciudad de México

Acaba de temblar. Horriblemente. Marcelo no está. Ayer viajó a la zona Mazabua. Miro por las ventanas, nadie parece haberse dado cuenta. Lo primero que he hecho es correr

a la pieza de Camila y me he quedado allí, mirando a su cama, sin saber qué hacer y con el corazón terriblemente oprimido. Ha sido sólo un segundo.

18 de mayo, sábado. D.F.

Todos los días, al leer el diario la misma repugnancia, el mismo asco, igual desesperanza. Desde ayer, que vino Rocío, estoy bajo el impacto de lo que me contó sobre los testimonios en el Tribunal de los Pueblos, en El Salvador.

Hoy, carta de Carlos Illescas en Sábado sobre Rogelia Cruz. Ex Miss Guatemala, comienza a militar. Es sometida a las siguientes torturas:

a. Violación colectiva.

b. Aplicación de habanos encendidos en los pezones.

c. Introducción de falos eléctricos ya en el ano, ya en la vagina.

No puedo continuar leyendo. Lo que sigue es aún más atroz. “La puesta en escena — termina — de dichas vesanias se efectuó frente a personal entrenado en actividades antiguerrilleras procedentes de Corea del Sur, El Salvador, Nicaragua, Miami, Brasil, Uruguay, Argentina.

Voy a la pieza de Camila. Mira televisión y la abrazo muy fuerte. La beso, la acaricio. Me estremezco pensando que pueda caer en esas manos. “Dios me libre de caer en manos de un asesino”, decía mi tío Juan Carlos. Si esto no es el pecado ¿Dónde está entonces?

Me pregunto si vale la pena traer hijos al mundo ¿Para que sean muertos de esta manera? Quiero que Camila tenga la casa de las horas, el templo de los días y de mi protección como la tuve yo de mi madre. El mundo ha cambiado pero seguimos necesitando del amor y la ternura. Tengo frío en el alma y en el cuerpo. Soy cobarde. Temo.

Estoy sobre el final de mi novela. Ello me devuelve una razón para seguir adelante. Marcelo casi no me habla. Dice que está deprimido. Pero su indiferencia no me lastima como antes. Ya ni el amor de pareja me importa. Creo que he renunciado a él. Frase de un personaje femenino de Tizón: “No eres un hombre. Sólo eres la divagación de una mujer.” Tal vez ésa sea la mejor respuesta para lo que en mi vida han significado tanto él como Antonio.

ADIOSES

No se dice.
Acude a nuestros ojos,
a nuestras manos, tiembla, se resiste.
Dices que esperas - te esperas - desde entonces,
y sabes que el amor es inútil y triste.
Jaime Sabines

pero aunque el viento se lleve las palabras,
el cuento llegará a ser tan viejo
como la luna errante.
William Yeats

En aquel departamento nunca tuvimos teléfono. Así que, para cuestiones formales o de trabajo, debimos dar el de Matilde. El timbre sonó cuando conversaba con Néstor en el living. Eran pocos los momentos en que estábamos así, distendidos y atentos el uno al otro. Sobre todo él, que llega de la oficina y se siente a la máquina como un caballero andante en su búsqueda de aventuras. No se baja del caballo sino a la hora de comer. Entonces sí, le gusta cocinar, para él es una distracción, no una obligación como para mí. Con bastante frecuencia me dice:

— ¿Querés que les prepare algo?

Por supuesto que quiero. No hay nadie que me censure por permitir que un hombre viole la ley sagrada. Y entonces hace uno de sus infalibles guisos o prepara quesadillas de harina.

Néstor abre. Desde mi sillón distingo a Ignacio, uno de los hijos de Matilde. “Llaman de Argentina”, avisa.

“Ha muerto la tía Domi”, digo mirando hacia Néstor, antes de subir corriendo la escalera y sin pensar por qué ni cómo me salen esas palabras.

Detrás del teléfono, la voz de mi madre se escucha cercana, como si estuviera a dos cuadras y no a esa inconmensurable distancia. Se la nota serena,

— Hijita, llamo para decirte que murió la tía Domi.

Ella es así. Nunca la he visto temblar ante la muerte. Como si fuera un acontecimiento esperable y natural. Quedo devastada ante la noticia y me pongo a llorar a sollozos, como una niña. Esa niña que, siento oscuramente, nunca he dejado de ser. Cuando ya de vuelta le cuento a Néstor, se asombra de mi clarividencia.

— Ni que fueras bruja — me dice.

Si bien conocía la enfermedad de mi tía, nadie me dijo que fuera un proceso irreversible. Siento sobre mi espalda todo el peso de la lejanía. Voy de un lado a otro moviéndome como una autómatas. Los días se han nublado con la nube de las despedidas. Porque mientras conduzco mi auto rumbo al trabajo, cuando tiendo las camas o barro o cocino me voy despidiendo de ella. Los recuerdos se atropellan, luchan por

arbirse paso en ese país en donde no hay nadie para quien su nombre tenga un significado. De repente siento que me quedan, como dice Sabines, tan sólo dos palabras: amor y muerte, Y, como la mujer de Lot miro para atrás, sin importarme quedarme convertida en estatua de sal.

La tía Domi se fue a vivir a Buenos Aires cuando yo tenía cinco años y Ana tres. Con ella se llevó a mi prima Laura, por quien yo sentía adoración. Por ese mismo tiempo se me quedó la costumbre de sentarme todas las tardes en el umbral de mi casa a la hora de la llegada del tren. Estaba segura de que vendrían en alguno de aquellos coches de plaza que bajaban de la estación y que pasaban por nuestra casa abarrotados de valijas, con esos pasajeros que se veían polvorientos y cansados. Alguna vez el sueño se volvió realidad. El coche se detuvo a nuestra puerta y, antes de que se dispusiera a bajar, yo había ya distinguido bajo la sombra de la capota, el pelo rubio de Laura, la figura amplia y bulliciosa de mi tía. Las dejaba en los preparativos de la llegada y corría a avisar a mi madre que acudía alborotada y alegre por la sorpresa. La casa se convertía en una pura algarabía de voces, de exclamaciones cuando de su valija abierta, nueva caja de Pandora, pero ya no de males sino de maravillas, veíamos salir una Marilú para mí, una cocinita para Ana, una pelota de colores brillantes para mi hermano Edgardo que inmediatamente salía a estrenarla con sus amigos de la calle. También aquellos caramelos masticables de dulce de leche o chocolate, aquellos Cariló que nunca en mi vida volví a probar. Mamá tenía que luchar para que no los termináramos en un instante y nos diéramos un empacho de padre y señor mío. Los días siguientes eran como si el tiempo se hubiera puesto a cantar. Desaparecía para mis amigas, para todo lo que no fuera estar allí, jugando con Laura, escuchando la divertida charla de la tía Domi, por donde se colaban acontecimientos familiares, las últimas películas, las últimas obras de teatro. Ana y yo soñábamos despiertas con visitar esa ciudad que, para nuestras mentes infantiles, poseía una seducción no menor que París.

Laura era hija del segundo matrimonio de mi tía. Con el primero, un conocido político y estanciero veinte años mayor, tío segundo por añadidura, tuvo cuatro hijos varones. El campo de su propiedad se llamaba Flor del aire, por la cantidad de esas flores que había en el monte. Creo que heredé de mi madre ese gusto por adentrarme en él. De joven, a ella le gustaba escaparse a la hora de la siesta, la más peligrosa, decía la abuela, cuando andan las iguanas, pero a mi madre las iguanas no la asustaban y salía con la cesta colgada de su brazo a cortar peperina, o a juntar ciruelas. A veces buscaba la sombra de algún algarrobo para abrir el libro que llevaba también en la cesta. Nadie supo nunca de dónde salió esa especie de lobo que se abalanzó sobre ella y la atacó mordiéndola con una voracidad aterradora mientras mamá llamaba a su padre muerto y reunía sus últimas fuerzas para apretar el cuello de esa bestia. Al final cayeron inconscientes y unidos en un abrazo que, afortunadamente para mi madre, no fue mortal, porque alguien la rescató. Cuenta que perdió el conocimiento en el instante mismo en que el cielo se abría y, brillando en el azul, el rostro amado del abuelo le sonreía.

Las historias se suceden en mi mente. Por las tardes me siento frente a la ven-

tana mirando el pino, como si el viento que hace mover sus ramas fuera también el mensajero encargado de refrescármelas. Suena el timbre y voy a abrirlo con desgano. No quiero alimentar otra cosa que esa memoria que es la luz que me guía para encontrar mi desdibujada identidad. Veo, recostada en el marco, la figura desgarrada de Ignacio.

— Te llaman del Instituto de Bellas Artes

Subo tomándome el corazón con las manos del alma para que no se me salga. Porque no quiero ilusionarme con lo que me inunda el pensamiento. ¿Me he ganado entonces el tan anhelado premio? Meses atrás terminé mi novela. Con dudas, con una inseguridad que me llevó muchas veces a querer tirarla al cesto de los papeles. Sin embargo, me sentía una ganadora por el sólo hecho de haberla llevado a feliz término. Todo lo demás vendría por añadidura. Por las noches, tendida junto a Néstor que duerme, no puedo resistir el impulso de levantarme a mirarla. Está allí, muda prueba de mi tenacidad. Me siento descalza y en camisón a leer unos párrafos y corro de nueva a la cama, presa de una plenitud que pocas veces he sentido.

Néstor fue el de la idea de presentarla a aquel concurso. Se otorgaba el Premio “Juan Rulfo” a la primera novela. Yo me negaba sistemáticamente.

— No insistas. No me lo voy a sacar. Sale muy caro hacer cinco copias.

— ¿Cómo podés saber que no te darán el premio? — Por suerte, él no acostumbraba a dudar de su talento. Finalmente consigue contagiarme algo de su fe y la presento. El premio consiste en la publicación y en la nada despreciable suma de cinco mil dólares. Y, lo que es más atractivo, el nombre de Juan Rulfo, mi escritor favorito, un grande de Latinoamérica. Alguna vez he conversado con él en uno de aquellos tediosos cocteles literarios a los que asistimos de tanto en tanto con Marcelo y me quedo encandilada por la sencillez de su charla que no puede ocultar el resplandor del genio.

¿Será Ignacio un Mercurio disfrazado?

— ¿Ludmila Katz?

La voz, varonil y risueña, me tranquiliza.

— La misma.

— Habla Humberto Constantini. Quiero comunicarle que ha ganado el Premio “Juan Rulfo”.

Constantini, escritor argentino exiliado en México, había integrado el Jurado con dos mexicanos.

Lupita acude a mis exclamaciones de alegría. Corto y nos abrazamos, también con Ricardo, que acaba de entrar.

— Quédate. Ándale, tomemos un trago.

Néstor llega a casa y, al no encontrarme, sube a buscarme. Alrededor de la mesa estamos todos en un interminable festejo, del cual también participa Camila.

Siento que una nueva fuerza me invade. Aquella niña que murió con la tía Domi renace en la mujer escritora. La que de ahora en adelante juntará, como Isis, sus pedazos con el soplo de la palabra.

22. LOS ARRULLOS DE LA MUSA

El invierno ha terminado.
La lluvia ha cesado y se ha ido.
Levántate amiga mía, y ven.

CANTAR DE LOS CANTARES

Con parte del premio decidimos ir, por fin, a Europa. Pero antes tengo un trámite que cumplir. El Premio es otorgado por el Instituto Nacional de Bellas Artes conjuntamente con la Casa de la Cultura de Hermosillo, Sonora. Desde allí me avisan que debo viajar a recibirlo. La fecha de entrega es el 21 de septiembre. No puedo dejar de tomarlo como un indicio. Allá, en Argentina, comienza la primavera. Aquí es el otoño. Pero todavía soy regida por aquel ciclo. Y siento como que una primavera se avecina a mi vida. Una incontenible sensación de júbilo me invade. Me imagino allá, en España, contándole a Antonio todo esto. Recuerdo que, en una de las últimas sesiones, me pidió que fantaseara.

— Imaginate que nos encontramos dentro de diez años, ¿cómo será tu vida entonces?

— Ay, qué vieja voy a ser —. Es lo primero que se me ocurre. Me resulta muy extraño ponerme en la piel de una Ludmila de cuarenta.

Él estudia mi figura, sentada en el diván. Me miro en esos ojos como en un espejo, en esos ojos que recorren mi cuerpo delgado enfundado en unos jeans piel de durazno, en la remera rosa de escote pronunciado y me siento aceptada. Pero eso es ahora. ¿Será lo mismo dentro de diez años?

— Rozagante — dice, con una galantería que para nada pareciera estudiada. Empiezo esos recuerdos del porvenir.

— Estuve separada de Néstor dos años, pero ahora hemos vuelto.

— ¿Tuviste más hijos?

— Sí, Otra niña. Se llama Aldana. Tengo una librería: Tanhuantinsuyo.

— Ah, ¿es tuya? El otro día entré a mirar libros. Es un lugar muy cálido. Allí vi tu novela. La he leído y me gustó mucho.

Sonrío, orgullosa. La magia de la fantasía me hace sentir el mismo placer que si esas palabras fueran realidad.

— Me alegro. Como verás, al fin pude.

La realidad en cierto sentido ha superado mis expectativas. Jamás creí en serio que la escribiría. Jamás imaginé que sacaría un premio. Éste.

Subo el piso que me separa de Lupita. Somos, ya íntimas amigas. He compartido con ella confidencias, dolores, la he escuchado en su amor por Ricardo quien, ahora lo ha descubierto, tiene otra mujer. Acude a un brujo para que lo ayude a recuperarlo. Él le da un jabón para que use en el baño y ella sigue al pie de la letra sus instrucciones. Me jura que Ricardo la busca ahora por las noches, encendido de

deseo y ella, por primera vez, ha tenido un orgasmo.

— Espérate tantito — me pide. Su cara habitualmente seria se ilumina con una fugaz sonrisa en donde hay un dejo de travesura.

Vuelve de su recámara con un envoltorio en las manos. Desato la cinta y abro el papel. Me encuentro con una hermosa túnica bordada. Es recta, cosida en los costados. Está hecha al telar y es evidente que el bordado es a mano. Contemplo esos pájaros de un rojo brillante que alternan, en unos casos con el verde, el rosa, el azul. En otros con amarillo, verde y morado. Esa eclosión de colores tan característica de los tejidos indígenas. El fondo es blanco. Tanto la parte de adelante como la de atrás, están cortadas en tres piezas unidas por una costura con el mismo hilo rojo que predomina en los pájaros. En el pecho un ave de dos cabezas con las alas extendidas. ¿Será el ave de la felicidad? Del escote pende un manojito de cintas con los colores utilizados en el bordado. Me explica que sólo la mujer que es buena puede bordar así. La mala es incapaz de este oficio y echa a perder cualquier tela. La abrazo, agradecida.

— Me lo pondré para recibir el premio.

Bajo, aleteante de júbilo. No puedo esperar para probármelo. Con el huipil puesto, me acerco al espejo de mi cuarto. Parezco una reina, una reina indígena. No puedo dejar de pensar en la mujer que lo ha tejido, en la pequeña choza donde se arracimará con sus niños. Ha volcado seguramente en él sus sueños, sus dolores. Me parece que el vestido está lleno de voces, de memoria. Y la bondad de la mujer tal vez sea el haber perseverado en la labor. Como yo con mi novela. Me siento, también una tejedora. Las mujeres, pienso, nos arreglamos para que nuestra memoria no se pierda, para que nuestras historias sobrevivan.

El día anterior a mi partida, Camila enferma. Vuela de fiebre, por lo que debo llamar a una médica del edificio. Le basta mirarla para saber: “Es rubeola”. La miro, espantada. ¿Y ahora qué hago? ¿Cómo no acudir a la entrega de ese premio que tanto significa para mí? Néstor, por suerte, no tiene ningún compromiso de viaje por estos días.

— Andate — su voz es amiga, tranquilizadora —. Yo me ocuparé de ella.

Beso a Camila, la acaricio, le cuento por qué debo irme, le prometo que pronto nos iremos los tres juntos por el mundo.

Ya en el avión, el cinturón rigurosamente abrochado, me relajo. Recuerdo un poema que he leído por esos días: “Digámoslo finalmente/ Penélope no se queda en su casa”. Siento que voy dejando de ser Penélope. Esta vez soy yo la que parto.

En el aeropuerto de Hermosillo me sale al encuentro un mujer chaparrita de pelo oscuro y ojos vivaces.

— ¿Ludmila Katz? — su voz suena cálida, acogedora.

Asiento con una sonrisa.

— Mi nombre es Josefa Enríquez, de la Casa de la Cultura. Soy la encargada de recibirla y llevarla al hotel. Miro distraídamente el paisaje, embebida en la charla con Guadalupe. De todas maneras me parece casi desértico. El sol cae a plomo sobre las calles de una ciudad que nada tiene que ver con las que he visto hasta ahora en

este país. Las casas son modernas, con ese estilo aburguesado sin tradición, propio de algún suburbio de Buenos Aires. Por momentos me oprime el recuerdo de Camila enferma. Es la primera vez que la abandono. Pero luego me tranquilizo. Néstor la cuidará. No le hará mal reecontrarse con sus partes femeninas, con su costado sanador.

Almuerzo en lo de Josefa. Tiene un hijo de doce, Rodrigo, y una niña, Fabiola, de diez. Su marido, Jaime, es un típico mexicano, moreno y robusto, con bigotes a lo Pedro Armendáriz. Me siento a gusto con ellos, como si nos hubiésemos conocido de siempre.

La ceremonia de entrega es a las siete de la tarde. Vuelvo al hotel para descansar un rato. Cierro los ojos y no duermo pero me relajo, disfruto de esa paz cargada de la inminente alegría. Luego me ducho y, antes de maquillarme, me pongo el huipil. Siento su frescura sobre la piel, recorro con mis manos la levedad de su textura. Estoy ya lista para salir pero me vuelvo a mirarme en el espejo. Me viene el recuerdo de mi tía Ercilia. Un día yo lloraba por un amor roto y me consoló diciéndome: “Cuando se pierde algo se lo recupera de otra manera”. Tal vez esa manera sea ésta. Mis raíces perdidas recuperadas en la escritura. La tía Domi presente aquí, conmigo, acompañándome mientras subo las gradas del escenario y me acerco a recibir el premio.

23. LES JEUX SONT FAITS

Id a los caminos, mirad y preguntad cuáles son los viejos senderos, cuál es la buena vía; tomadla y hallaréis el reposo de vuestras almas.

Jeremías, VI, 16

Tenerlo allí, tan cerca, al alcance del deseo. Estamos aún vestidos en esa cama de un albergue madrileño. ¿Cómo le llamarán aquí a los albergues? Se lo pregunto. Hostal, me dice, acercando su cara a la mía. Los nervios del comienzo han ido cediendo paso a esta sensación de que la fiesta, la plenitud, son todavía posibles.

Antonio me besa largamente, al mismo tiempo que su mano viaja por mi cuerpo, me desprende uno a uno los botones de la blusa, se aventura por debajo del corpiño. Por suerte no tengo cuatro, como la casada infiel, sino uno solo, pero, tal vez como ella, espero pacientemente que este gitano me quite todo lo que llevo puesto para quedar así, anónima y secreta en la verdad de mi desnudez. Siento que su mirada me recorre entera, se detiene en mi pubis, llega hasta mis muslos. Yo extendiendo mi mano suavemente. Quiero que él también se desvista. Me inclino a mi vez sobre él, que esboza una sonrisa de complacencia y le desabrocho el pantalón. Mis dedos hurgan entre sus piernas para buscar el sexo, atrapado en el slip. Lo desabrocho también con la impaciencia de un condenado a muerte. Por fin veo el destello del pene, oscuro y suave. Lo libero de la prisión del calzoncillo hasta que se muestra erecto, con la tensión previa al combate.

Nos hemos liberado de ropas, nombres, estados civiles. Somos él y yo, puros e irreductibles en este volcán de amor en erupción. Toco su miembro mientras él a su vez hunde su mano en el vello del pubis, esa puerta de jade de los chinos que se abre para que él la pen-ètre, ser a través de su pene. Mi vientre es un cuenco que recibe su sudor, esa ambrosía humedeciendo la tierra sedienta de mi piel. Y entonces sucede. Lo tan anhelado, tanto tiempo fantaseado, sucede. Antonio entierra su sexo en mí y comienza un movimiento acompasado. Sin dejar de moverse se incorpora un poco. Me mira, los ojos anegados de deseo.

—¿Te gusta? — me dice.

Le contesto con un gemido. Él frota mi cuerpo como si estuviera encendiendo fuego por fricción de piedras, un fuego que me quema, me lleva al borde de las lágrimas cuando desde mis profundidades sube esta oleada de placer ondulante e imperioso, en donde no hay cabida para nadie más. Sólo en ese momento puedo decir, clamar:

— Me gusta, sí, me gusta.

Despierto sobresaltada. No sé dónde estoy. Descubro a Néstor, que duerme a mi lado en un plácido abandono. Camila en la cama junto a la ventana. Entonces voy entendiendo, regresando a la realidad. Me pregunto cuál será la verdadera. ¿Y si fuera ésta que acabo de dejar? Recuerdo que estamos en el hotel al que Antonio nos trajo

esta misma tarde. Así que todo ha sido un sueño. Ésa pareciera ser la única patria de este amor. Pero al mismo tiempo paladeo la palabra: “mañana”. Porque es así, aunque suene tan extraño. Mañana lo veré. Antes que a Goya o a Velázquez, antes que a El Escorial, saldremos juntos, dispondremos de todo el día para nosotros.

Sentada junto a él en el auto, Camila atrás, siento que los jugos vitales vuelven a mí. Al revés de aquella terrible película, es a vivir y no a morir que he venido a Madrid.

— Dónde está tu marido? — pregunta Antonio.

— A dos cuadras de aquí, en la calle, esperando que viniera a buscarte.

Antonio ríe, divertido.

— Sos loca — vuelve a decirme.

Contrariamente a lo que suponía, Néstor no está fastidiado ni enojado. Ha esperado con una paciencia de santo que yo realice mi trámite amoroso.

— Vamos a casa — dice Antonio una vez que Néstor ha subido al auto. Se han saludado como si se conocieran de toda la vida. Siento que, en cierta forma, es así.

Tengo un nudo en el estómago al pensar que conoceré a su mujer, que entraré en ese territorio vedado hasta entonces a mí. El cielo es de un azul desaforado y, a pesar de ser octubre, el calor resulta agobiante. Mi capacidad de observación está alterada, pero creo distinguir una urbe moderna y ruidosa, con un algo alegre y chispeante. Pienso que tal vez tenga que ver con esta alegría la liberación no tan lejana del temido caudillo, ese padre déspota y sanguinario cuya sombra parece haberse esfumado en aquel tórrido otoño madrileño.

El auto se detiene en un edificio parecido al de la calle Goya. El color grisáceo de sus muros, además de las molduras de la puerta, dan idea de su antigüedad. Subimos en un ascensor muy parecido al de mi casa paterna allá, en la lejana Buenos Aires. Antonio toca el timbre. Se ha olvidado de la llave. Luego de hacernos esperar unos minutos, nos abre una mujer castaña y delgada que nos saluda con una sonrisa — tal vez sea un antojo mío — un poco forzada. Por todos los poros se nota que es argentina. Viste una solera hindú y calza ojotas. Recuerdo que Antonio me contó en alguna carta que es actriz y que vivió en México tiempo atrás.

— Es Marisa, mi mujer — la presenta.

Estamos todos sentados en el living, la sala, vaya a saber cómo le dirán allí a ese ámbito para recibir a las visitas, conversamos y tomamos café. El lugar es cálido. Los sillones son rústicos, de grandes almohadones claros que invitan a sentarse. Otros almohadones, de diferentes colores y texturas, se ven esparcidos por el piso. Las ventanas están abiertas a dos pequeños balcones atestados de plantas que ponen una nota bucólica a esa ardiente tarde otoñal. Saco de mi bolso de mano el regalo que le traigo a Antonio. Es un pájaro pintado en cerámica de Tonalá. Se muestra encantado y lo pone junto un grupo de artesanías que parecen africanas. El cansancio comienza a bajarme y me duele la cabeza, pero no quiero perderme ni uno solo de aquellos instantes. Me preocupo por mis ojeras, luego de ese largo y agitado viaje. Antonio y Néstor hablan como viejos amigos. Todo se desarrolla por carriles tan normales

que no puedo menos de preguntarme qué cosas secretas e innombrables se estarán gestando en la mente de cada uno. ¿Amor? ¿Celos? ¿Venganza? No entiendo esta insistencia de Antonio por llevarnos a su casa. Como si quisiera negarnos y negarse la posibilidad de un encuentro en el otro nivel, en ese que late allí, bajo todas las palabras.

— ¿Hasta cuándo se quedan?

La pregunta de Antonio me encoge el corazón. Es jueves y Néstor ha decidido (en los viajes es siempre él quien lleva la batuta) partir el lunes a más tardar.

— Tendrías que haberme avisado que venían — dice Antonio, empecinado en hablar en plural —. Con Marisa nos vamos el sábado a Salamanca, pues ella debe actuar. Sólo podremos vernos mañana. Por suerte no es día de consultorio.

O sea que sólo tenemos unas pocas horas. El resto será silencio.

Tal vez registre mi frustración porque agrega, con voz consoladora:

— Mañana a las diez te paso a buscar —. Y mira a Néstor como buscando su aprobación, que no tarda en producirse.

— Está bien, yo salgo con Camila.

Camila llora de fatiga y de sueño. Antes de que arme un berrinche de padre y señor mío, propongo a Néstor que partamos.

— Los llevo — se ofrece Antonio — ¿Tienen hotel?

Ante nuestra negativa, nos lleva a un coqueto hotel en el Paseo del Prado. Tiene refrigeración y una mullida cama en la que no veo la hora de zambullirme. Pero no será por mucho tiempo, porque Néstor habla con Jaime Mariño, un escritor argentino exiliado allí con su familia. Estamos invitados a cenar.

Mientras el taxi avanza por la Gran Vía comienzo a caer en la cuenta de que estoy en la tierra de Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, García Lorca, Machado, Miguel Hernández, Quevedo, Cervantes, Serrat. La lista es interminable. Recuerdo cómo deseaba conocer este país en mis tiempos de estudiante, esta tierra de la que tantas cosas buenas y malas nos llegaron, pero a la que en todo caso estaba ligada por lazos imposibles de romper. Y ese lazo se fortalecía más aún con la imagen de Antonio. Pero si bien toda mi vida transcurrió a la sombra de Platero y yo, del polvo enamorado, del verde que te quiero verde, si mi lengua era ésa y por lo tanto todo lo que yo era, luego de recorrer América palpé la llaga que España dejó en su piel. Una llaga que nadie supo cómo curar. Y entonces comencé a enamorarme de esta otra realidad. Y aprendí sus dioses, como un modo de desprenderme de ese Dios nuestro, occidental y sangrante. Dioses y sobre todo diosas, que me hablaban de un sueño, de un rostro que se esforzaba por emerger desde el fondo de la bruma. Y yo era parte de ese sueño, yo era alguna línea de ese rostro. ¿Cambiaría entonces aquello que tan trabajosamente iba incorporando en mi alma y en mi cuerpo por esto otro, por lo viejo? Éstas y muchas otras preguntas se agolpaban en mi mente mientras las horas pasaban y se acercaba el Acontecimiento. Pero era mejor no adelantarse y pasar el tiempo que faltaba lo más sabiamente posible.

24. AFRODITA, VEN A MÍ

¡Qué gran curiosidad tengo de verte
sin ropajes ambiguos, oh mi sombra!

Jaime García Terrés

El sueño de la noche anterior me ha dejado una sensación agrídulce. Por un lado paladeo esas imágenes tan nítidas que me cuesta aceptar como venidas de ese reino oscuro, el de lo onírico, que los antiguos describían como el infierno o el Hades y que luego Freud bautizaría como inconsciente. Otra vez ese lado sombrío recorrido por vastas plenitudes, por constelaciones nunca vistas.

Néstor y Camila parecen no tener ningún apuro en despertar. Estoy demasiado excitada como para quedarme en la cama y decido aprovechar la tregua para tomar un baño de inmersión. Me sumerjo en ese útero tibio y cierro los ojos, tratando de relajarme. A mi mente acuden aquellos versos de Salinas:

*Lo encontraremos, sí, nuestro beso.
¿Será en un lecho de nubes, de vidrios o de ascuas?
¿Será este minuto próximo, o mañana
o el siglo por venir?
¿Vivos? ¿Muertos? ¿Lo sabes?
¿Con mi nombre y el tuyo? ¿Con tu carne y la mía?
¿O ha de ser ya con otros labios y siglos después
esto que está queriendo ser hoy, aquí, desde siempre?*

Pero yo no poseo esa resignación saliniana. Me resisto a admitir que este “amor en vilo”, como la expresión que da título al poema, continúe como tal. Curiosamente ya no guardo ningún rencor hacia Antonio por su actitud de años atrás. El tiempo y la distancia han curado las heridas, las han sepultado bajo ese mar que nos ha separado durante tanto tiempo. Vuelvo a verlo con la remera amarilla que llevaba puesta el día anterior. Es el mismo de siempre. El mismo que me recibió aquella tarde en su consultorio, once años atrás. Su mirada lánguida y oscura, el pelo cayéndole en un mechón a la frente. ¿Cómo le habré impresionado yo? Mi crónica inseguridad me invade. Tal vez me vea envejecida. La cuarentena ya tan próxima. Recuerdo aquella vez que fantaseábamos en una de las últimas sesiones. Algunos de aquellos sueños se han convertido en realidad. Por lo menos el de escribir una novela. Y de yapa el premio. He ganado en solidez, en seguridad. Respiro hondo. Lentamente voy entrando en una zona de mayor calma.

Escucho que Camila y Néstor conversan en la pieza y decido salir del agua. Néstor se incorpora en la cama y me mira.

— No te preocupes por Camila — dice. Yo la llevo conmigo. Jaime vendrá a buscarnos. Nos reunimos en su casa a la media tarde.

Lo miro y pienso en cuánto ha pasado desde que hicimos el amor la última vez. Ningún incidente ha ocurrido capaz de provocar ese acuerdo silencioso de alejamiento. El bichito de la culpa quiere abrirse paso en mi corazón pero lo espanto cuando pienso que tendré que ponerme igualmente comprensiva cuando lleguemos a París.

Me tranquiliza el saber que no me anima ningún sentimiento de venganza. Me dejo llevar por lo que dicta mi deseo. No quiero engendrar esa pestilencia que profetizaba Blake a los que desean y no obran. Tampoco creo que esté queriendo cubrir carencias en mi relación con Néstor, aunque ciertamente las haya. Es tan sólo una manera de reivindicar esa libertad que nos planteamos cuando nos conocimos. Libertad que, por otra parte, él también ha ejercido.

No tengo ni idea sobre lo que ha de suceder con Antonio. Tal vez nos sea suficiente, como me dijera él en alguna carta, sonreírnos y mirarnos por detrás de una taza de café. Tal vez no. Pero hoy nuestros caminos vuelven a cruzarse y aquí estoy, abierta a lo que pueda suceder.

Camila interrumpe mis divagaciones.

— Mami, ¿qué me pongo?

Saco los jeans de la valija y los extiendo sobre la cama junto con la remera de las mariposas.

— ¿Vas a salir con Antonio?

— Sí, mi amor. Vos te vas con papi y yo después los busco.

Ha tomado la cosa con mucha naturalidad. Creo que Antonio le ha caído bien.

Néstor interrumpe la operación de abotonarse la camisa para acercarse y ponerme una mano en la mejilla.

— ¿Contenta, señora?

Cualquier respuesta me parece fuera de lugar. Le doy un empujón cariñoso y le digo:

— Vayan a desayunar. Termino de arreglarme y me reúno con ustedes.

Cuando me quedo sola miro el reloj. Falta una hora para que Antonio venga. Me felicito de haberme quedado sola, sin miradas intrusas que perturben este rito en que voy preparando también mi corazón. Y a éste, ¿cómo deberé vestirlo? Por ahora con latidos de aceptación y regocijo.

El espejo me devuelve una expresión relajada. Mis ojeras se han borrado por el descanso. Por la ventana el sol entra a raudales. Aparto los visillos y miro el azul imperturbable del cielo. Diviso unas cimas a lo lejos y me digo que se trata del Guadarrama. He leído que puede verse en los días diáfanos y éste es de una limpidez tan increíble que sería imposible encontrarlo ya en la región más transparente, como llamaban los antiguos al valle del Anáhuac.

Decido ponerme el vestido de Oaxaca, ese lujo de los pobres. Es blanco, bordado en violeta. En la falda se abre un pavo real. El violeta es un color que me sienta. El collar de amatistas combina a la perfección. Doy el último toque a mi peinado y escucho los pasitos apresurados de Camila por el pasillo. Entra como tromba.

— Mamá, ya llegó Antonio.

Mientras bajamos por el ascensor tomadas de la mano, me acuerdo de aquel ensalmo de amor que me enseñara Matilde: “Afrodita, ven a mí y trae al que espero ver”.

A pesar de los anteojos oscuros, la luz me ciega cuando salgo a la calle. El caballero en su caballo, que en este caso es un Citroën último modelo, saca la cabeza para saludarme. Apenas me siento a su lado me besa en la mejilla y me dice antes de arrancar:

— Estaba impaciente por verte.

Paulina Movsichoff

FUEGOS ENCONTRADOS

Premio “Juan Rulfo” para primera novela. México, 1981.

Premio Círculo de Lectores. Buenos Aires, 1985.

PRÓLOGO

Un país en guerra. La Argentina es eso: un país en guerra. Y este libro es el testimonio de de la vida cotidiana durante una larga, compleja e incomprensible etapa de violencia: “Mercedes tuvo a Josefina una noche de agosto, de puertas clausuradas por el terror. Ese mismo día se había dictado el bando que prohibía a los habitantes salir de la ciudad sin la expresa autorización del gobierno. Los hombres deberían concurrir al cuartel al primer toque de generala y cuando se tirasen tres voladoras”.

Unitarios o federales, cristianos o indios, rebeldes u hombres del gobierno son apenas pretextos para la trama de una sutil parábola sobre la violencia en la Argentina. Una violencia que aparece con los mismos signos exteriores que una catástrofe natural, como si fuera un terremoto o una inundación. Los niños preguntan por qué están peleando y los adultos guardan silencio, mientras los soldados sienten el largo cansancio de la lanza y la espada, la soledad y la sed de las llanura polvorientas.

Hombres y mujeres marchan al encuentro de esa violencia o huyen de ella, buscan un destino o lo evitan. A veces, un pueblo entero deja sus hogares y huye a la sierra, mientras las llamas consumen los recuerdos de sus vidas.

Paulina Movsichoff arma la trama de estas historias cuyo hilo conductor es esa guerra cotidiana, nunca comprendida del todo, que enlaza unas vidas y después las deshace. Esa guerra son los ojos apagados del caudillo, su cabeza clavada en una pica. La guerra es el conspirador sintiendo por última vez en sus brazos el temblor del cuerpo de la mujer amada y ese sentimiento de dar la vida por un sueño de humo.

En esta novela el lector encontrará las preguntas sobre la vida en un país que se desangra sin llegar a constituirse, percibirá los sentimientos de asombro y dolor, y en algún momento podrá entrever los ojos azules de Juan Manuel de Rosas. También intuirá algunas historias que aquí no se narran. Cuando la autora era muy pequeña — y vivía en un pueblo de San Luis parecido al de esta novela — llegaba a su casa una india vieja a pedir ropa con seca dignidad.

— Salúdenla —decía su madre—. Es una princesa — aclaraba después.

A partir de ese aura de misterio que rodeaba a la princesa india que mendigaba camisas raídas, perdido su reino para siempre, fue armándose una historia, fueron tomando cuerpo los fantasmas que constituyeron *Fuegos Encontrados*.

La autora es profesora de Letras. Ha publicado entre otros, los siguientes títulos de poemas: *Donde habite la luz* (1975), *Adentro hacia los nombres* (1977), *Onírisis* (1992), *Todo aire es danzable* (1996). En cuento: *Extraño de ojos grises* (1982), *Una mujer silenciosa*, (1989). Por su novela *Fuegos Encontrados* ganó en México el Premio “Juan Rulfo” para primera novela, en 1981, otorgado por el Instituto Nacional de de Bellas Artes de México y en Argentina, en 1985 el Premio “Círculo de Lectores”, con un jurado integrado por Eduardo Gudiño Kieffer, Oscar Hermes Villordo, Isidoro Blastein, Marta Lynch y Pedro Orgambide. Por su novela *Las Fábulas del Viento* obtuvo el Segundo Premio Municipal de Novela en la producción 1986-1987. En este género ha publicado además, *Todas íbamos a ser reinas* (1995), *La orilla*

del mundo (2006), *Juan Crisóstomo Lafinur. La sensualidad de la filosofía* (2006), *La desconocida del Plata* (2011). Ha incursionado en la literatura infantil con antologías de cancionero tradicional infantil argentino y adaptaciones de cuentos maravillosos tradicionales de nuestro país.

En la vasta producción literaria de Paulina Movsichoff, *Fuegos Encontrados* ocupa un lugar central, porque es la obra que con más claridad muestra la literatura no como un mero placer estético sino como instrumento para reflexionar acerca del destino de los seres humanos que han tenido la suerte o la desgracia de haber nacido en la Argentina. “Zemunao tiene el cuerpo frío y la mirada lejana. Quizá el espejo de su memoria refleje todavía la cabellera dulce de una mujer y sus manos desanuden la trenza de su risa. Quizá todavía lo estremezca un antiguo clamor, una polvareda de delirios. El son de los cultrunes acompaña ahora la salmodia triste de las mujeres que no quieren mirar esas manos aferradas a la muerte, su raíz cortada por el filo del dolor. Vanas lanzas tiemblan en la noche. Un venado corre, atravesando el viento”.

Por estas razones hemos querido ofrecerles esta excelente novela. Espero que ustedes disfruten tanto como yo, al encontrar los fuegos de Paulina Movsichoff.

Antonio Elio Brailovsky

*Un aroma seco y mohosamente nostálgico,
como de cenizas antiguas.*
William Faulkner

INTRODUCCIÓN

* * *

No hubo tiempo de enterrar las cosas en el huerto. Basilio llegó con la cara embarrada y la chuza en la mano. Los indios creyeron que era uno de los suyos. Se veía agitado los nervios, le trababan el habla. “Están a menos de dos leguas”, dijo. Entonces las madres tomaron a sus hijos y las que no los tenían apenas pudieron subir a la mula alguna jaula de gallinas, arrastrar en su correr alguna cabra, atar a sus espaldas uno que otro cachorro. Atrás quedaron la torre de la iglesia, los faroles mustios de la plaza, los perros sin dueño llorando a la luna su infortunio.

En las casas los geranios se secaron, los corrales de pirca no pudieron ahogar el gemido de las ovejas y las cabras. En las alacenas se durmieron solitarios los cubiertos de plata, los candelabros de bronce, las alcuzas, la vajilla traída de Sèvres o Limoges. Las llamas de los velones se apagaron, las arañas se balanceaban en las salas desiertas, el reloj de péndulo anunció las nueve y se paró.

El pueblo parecía abstraído en ese rito de despedida, como si los zaguanes y los soportales de piedra y las calles polvorientas comprendieran que los que se iban nada encontrarían a su vuelta.

Atrás quedó la rutina de misas y rosarios, de Angelus y novenas; atrás, porque el presente era el éxodo de mujeres y niños, de hombres con las caras desencajadas y la mirada llena de impotencia.

El padre Eugenio dirigía la doliente procesión. Él tampoco tuvo tiempo de sacar los sagrados ornamentos.

Sólo llevaba el Tabernáculo con las hostias consagradas. A veces tropezaba con alguna roca, murmurando oraciones en latín.

La marcha se hizo lenta aquella noche de mayo, terca y desoladora. Era abrupta la subida y las mujeres gemían bajo la carga de los niños. Algunas de ellas llevaban frazadas que repartían ahora a los que acampaban en la falda de la sierra. Al día siguiente continuarían la marcha y llegarían a la cima. Los hombres salieron a recoger boñiga y ramas secas. El fuego subió, lento y consolador. Allí se calentaban las manos entumecidas y se miraban las caras sin lágrimas, los ojos con el rencor de los que ya no esperan nada del futuro. El hambre estrujaba las tripas, destapaba el llanto de los niños que ya no estaban en edad de mamar.

Al llegar a la cumbre debieron organizarse y para ello escogieron a don Luis, antiguo soldado de la Independencia, retirado de servicio por haber perdido una pierna en el combate. Traía el sable que lo acompañara en sus campañas; lo mostraba con orgullo, sin pensar en la escasa defensa que podía proporcionarle. A las mujeres se encargó la tarea de preparar el fuego y asar en él las palomas, algún venado escurridizo, cualquier cosa que el monte se dignara proporcionar en su empecinada aridez.

Así pasaron horas, días, meses.

Ya se sentían los primeros desperezos de la primavera; ahora las noches no eran

tan frías y los niños correteaban a la mañana por la falda de la sierra buscando horquetas con qué fabricarse alguna honda. Los hombres habían perdido esa sensación de orfandad y volvían a hablar de regreso, a mirar, esperanzados, el fondo del valle. Sabían que el pueblo yacía entre cenizas. Fue doña Serafina quien lo contó. Ella también formaba parte del éxodo. Pero nunca se consoló al pensar en sus arcones con las joyas de la familia, la platería guardada allí a último momento. Sólo había llevado con ella el viejo fusil que perteneciera a Eusebio, su marido, otra presa de esa guerra que no cesaba en trasegar sus vidas y haciendas. Todos dormían cuando inició el descenso. A través de las medias de lana se filtraban las espinas. Llegó con la falda destrozada, los pies descalzos, las manos sangrantes de tanto aferrarse a las ramas para no resbalar. Un perro sarnoso le salió al encuentro, agitando la cola, lamiendo sus pies. Sólo el silencio, agobiante. Penetró por la calle principal, allí donde en el verano embriagaba el aroma de los paraísos. Ahora un acre olor a humo, un polvadero que envolvía la ruina de lo que antes fuera la villa del Señor del Espino. No pudo contener los sollozos al contemplar el pueblo devastado, el ganado perdido. La plaza y la iglesia parecían haberse salvado del exterminio. Penetró en la segunda. Por el suelo yacían, decapitados, los cuerpos de los santos. Los bancos se veían totalmente destruidos por el órgano, arrojado desde lo alto del coro. El altar despojado transmitía una opresiva sensación de desnudez. Las puertas labradas fueron brutalmente astilladas por el anca de los caballos.

Serafina vio y contó. Dijo que las casas eran un montón de escombros, que nada habían dejado, ni vacas, ni cabras, ni ovejas. Lloró por ese pueblo castigado y los hombres y las mujeres lloraron con ella. Desde El Tala llegó un contingente de soldados. Pero ya era tarde. Esa noche las mujeres rezaban entre dientes, invocando al Señor del Espino. Los hombres se juraron levantar de nuevo sus casas, reunir otra vez el ganado. Las mujeres bordarían como antes sentadas en el huerto en las mañanas cálidas. Y habría, decía el padre Eugenio, matrimonios, bautizos y comuniones.

Harapientos, rotosos, el polvo pegado a la cara, comenzaron la reconstrucción.

* * *

El pampero se lleva los ecos del tambor. El Hualalá perfora el aire con sus estridencias de venganza. Ya ha sido enterrado el cacique, los pies al Este y la cabeza al Ocaso. Sobre la tumba yacen también los restos de su mejor caballo. Seguramente Pillán lo llevará consigo. Pronto otro volcán guardará en sus entrañas la promesa del fuego, el castigo del rayo y la tormenta. El tambor suena con más fuerza cada vez. Calelián mira hacia el horizonte. Por allí vinieron los huincas cuando él y los demás hombres habían salido a buscar el alimento de la tribu. Sólo quedó su padre, el viejo cacique, y las mujeres rodeadas de chiquillos. Regresaron al atardecer, con sus cargas de cuero, carne fresca de venado, plumas de avestruz. Aún ardían las últimas rucas. Algunas mujeres se mesaban los cabellos y lloraban, contemplando el cuerpo del amado señor. Calelián busca en vano a su hermana entre los muertos. Los blancos se la han llevado. La Machi sale de atrás de un algarrobo. Con sollozos entrecruzados por gritos guturales comienza a narrar lo sucedido. A Calelián le es fácil imaginar a su padre, la roja pluma exornando su huincha. Puede ver cuando enfrenta al oficial, enseñándole el documento en donde el gobernador le ofrece protección. Las palabras de la Machi son el puente que lo lleva a la reconstrucción de la escena: las canosas crenchas del anciano agitadas por la vehemencia de los argumentos, el odio del blanco y ese brillo lascivo en sus ojos cuando ordena llevar cautivas a las más hermosas. Mira al cacique y una sonrisa burlona se le dibuja detrás de la barba. Entonces le destroza el cráneo, de un pistoletazo.

No hubo piedad en el huinca de ojos azules y barba rojiza. La señal de retirada sonó cuando empezaban a arder las solitarias rucas.

Por eso es la noche del tambor y los guerreros danzan, pintarrajeados el rostro y el cuerpo. Saben que por cada una de sus mujeres muertas o cautivas, otra blanca vendrá a servirlos en el campamento. Los alaridos vuelven a herir la noche extendiéndose por los montes, subiendo hasta la luna, que mira con lechosa indiferencia.

Calelián se acerca al piquillín bajo el cual yace su padre.

Ahora es el nuevo toqui, el que llevará hasta los más remotos confines su lanza de tacuara, el que incendiará casas y saqueará haciendas sin que nada ni nadie pueda detenerlo. El sabrá dar un cauce a la violencia de ese dolor que le estruja las entrañas. Los hombres danzan su promesa alrededor de la hoguera. Sólo queda, en el lugar del campamento, una mancha de tierra, esterilizada por el fuego y la crueldad.

PRIMERA PARTE

* * *

Desde allí escuchaba el murmullo del río. Mercedes se quedó largo rato con la aguja en suspenso. Era la hora del día que más le gustaba: el alboroto de los pájaros despertando la mañana, el olor a pasto empapado de rocío. De pronto rompió a cantar. Recordaba una canción que había oído a su madre cuando era chica: “Señora dueña de casa, présteme su corredor”. Oía, a lo lejos, el parloteo de las muchachas. Le hubiera gustado mezclarse a su algarabía. Le pesaba su vida solitaria de hija única, constreñida siempre en normas que, sentía, no fueron hechas para ella. Se avergonzaba descubriéndose a veces en locas fantasías. Era ahora, sobre todo, luego de conocer a Pedro, que su sensualidad había despertado. Por las noches se tocaba los pechos, apenas crecidos, y un raro hormiguelo le subía por el cuerpo. Poco y nada sabía del amor. Pero algo le indicaba que era un abismo, a la vez fascinante y temible. Y se asomaba, temerariamente, a él. Recordó las evasivas de la Hermana Cecilia, allá, durante su pupilato en Córdoba, cada vez que sus compañeras tocaban el tema. “Son demasiado pequeñas para hablar de esas cosas”, decía. Pero ella siguió intrigada. Cuando el padre Eugenio le preguntó si era pura, Mercedes le contestó, candorosamente, que no. Era la época en que el misticismo se apoderara de ella y quería ser humilde, como los santos de sus lecturas. El padre se quedó callado unos momentos, con la cara seria. Mercedes podía imaginársela a través de la rejilla del confesionario. Luego le dijo, con una voz en donde se transparentaba la ternura: “afanes propios de quinceañeras”, dándole por penitencia un Padrenuestro y tres Avemarias, además del Pésame.

En todo ello pensaba Mercedes aquella mañana que, le parecía, la acompañaba en su alborozo. Siguió bordando el tul que sería su velo de novia. Conoció a Pedro unos meses antes. Sus padres fijaron de inmediato la fecha de la boda. Siempre recordaría la tarde en que las pesadas aldabas de la casona sonaron con estrépito. Luego fue aquella figura esbelta, de bigotes rubios y ojos claros. Algo había oído hablar de él. Sabía que, de estanciero, pasó a la carrera de las armas. Que ahora en la villa tenía el cargo de Comandante de Fronteras. Mercedes se reía de los temores de sus padres, constantemente hablando de la amenaza de un malón. Escuchó, un poco incrédula, que cuando ella era aún muy niña su familia, junto a muchas otras, debieron guarecerse en la cumbre del cerro. Ella también tenía apuro, pero no por miedo de los indios, sino por Pedro. Lo quiso desde el principio. Desde que lo vio en el estudio de su padre, con su uniforme negro galonado de oro, el sable balanceándose a un costado. Y luego aquella vez. Ella tomó el candelabro para acompañarlo al zaguán. Entonces él la besó. Fue todo muy rápido. Cuando se dio cuenta de lo que había pasado se quedó con el corazón como un tumulto, mirando la oscuridad por donde se alejaron los ecos del caballo. Allí supo que nunca sería de otro hombre.

Y de nuevo la aguja se quedaba en suspenso mientras ella pensaba en Pedro, en el cuerpo de Pedro y en el suyo, abriéndose por vez primera a las delicias de aquello

que, por ahora, les estaba prohibido.

*Yo no sé qué me habrás hecho
para que te quiera tanto
sin duda que algún encanto
guardas dentro de tu pecho.*

La aguja volvía al género con más brío, como si así apresurase el día de la entrega. Echó una ojeada a su colección de muñecas. Las llevaría, por supuesto, a la nueva casa. Les seguiría también cosiendo vestidos.

Las campanas de la iglesia anunciaron el mediodía. Por la calle se oyó el crujir de una carreta.

* * *

La villa amaneció ahora envuelta en una nube de polvo. Relinchos, resonar de espuelas en el empedrado, gritos de hombres. De pronto se hizo un silencio. Una diligencia avanzaba por el callejón de los paraísos. La mano de un hombre asomaba por las cortinas de la ventanilla. Sostenía un pañuelo de batista. Las mujeres que asistían a la misa del padre Eugenio quedaron en suspenso, mirando la extraña aparición. Luego se recobraron y empezaron a hablar entre ellas, agitadas, chismosas:

-Dicen que sus comidas son verdaderos banquetes.

-Se hace acompañar por músicos y bufones.

-Qué va a hacer por nosotros esta mujercita.

Ya en el cuartel, Pedro le salió al encuentro, cuadrándose:

-Ordene, mi General.

-Tengo entendido que contamos con quinientos hombres, más o menos. ¿Están bien armados?

-Con sables, fusiles y dos cañoncitos. También con lanzas y boleadoras.

-Pues aunque tengamos que usar las uñas.

Una vieja apareció por detrás de los bebederos. Hurgaba en los basurales, seguida de tres perros garrapatosos. Se alejó cojeando mientras un puñado de chicos harapientos le gritaba: “¡Descaderada!”, tirándole piedras.

“Esta cabrona vida”, pensó. “Debo dejar a Mercedes así, en pleno desamparo, sin saber si volveré a verla”. Los cascos del caballo chapoteaban en el barro que la lluvia de la noche anterior había formado en las calles. La villa estaba aún dormida en ese amanecer de invierno. No pudo evitar que la desolación del ambiente lo contagiara. Debía reunirse con el resto de las fuerzas. Comparó ese día con las veces anteriores. Siempre había ido a la guerra con entusiasmo. El olor a pólvora lo excitaba, lo mismo que el movimiento febril de los momentos que precedían a la marcha. Pero ahora era distinto. Mercedes estaba a punto de dar luz. No podía dejar de pensar en el aire de desamparo que tenía al despedirlo. Una partida pasó a su lado, dando gritos. Cuando llegó al cuartel las fuerzas estaban casi listas. Lo esperaban sólo a él para partir. Iría de comandante de la caballería. En el ala derecha marchaban la infantería y dos piezas de artillería.

Un prolongado toque de clarín anunció la salida. El sol comenzaba a entibiar. Pedro miró a las mujeres y a los niños asomados a las rejas de las ventanas. En la suya estaba Mercedes. Cuando pasó a su lado, ella le tiró el ramo de azahares que llevara en la boda. Pedro lo recogió en el aire, acercándoselo a los labios en un gesto casi imperceptible. Luego lo guardó en la alforja.

Desde la plaza subió, pesado y macizo, el ruido de los cañonazos.

Los caballos marchaban regularmente, adentrándose en ese campo de chañares, de algarrobos añosos. Pedro sabía que tendrían combate al llegar a la laguna. Los

chasquis, llegados la noche anterior, decían haber visto a los indios detrás de aquellos cerros. Un estremecimiento lo recorrió. Le dijeron, y él lo repitió hasta el cansancio, que la guerra era justa. Que los salvajes mataban y robaban sin piedad. Ahora comenzaba a sentir asco por tanta sangre y comprendía la relatividad de las cosas. Todos cuidaban sus vidas y haciendas. Pero él tuvo ocasión de ver a sus compañeros en las tolдерías y no eran menos bárbaros.

De un galope alcanzó al Capitán Ibarra. Éste lo miró y Pedro creyó percibir en esos ojos oscuros la misma rebeldía, su mismo desengaño. Alguna vez, se dijo, le gustaría charlar con él en otro escenario, bajo circunstancias diferentes. Ambos continuaron en silencio, rumiando sus fantasmas.

Acamparon a orillas de la laguna, cuando ya la luna sombreaba vagamente la cima de los cerros. Los hombres bromeaban y cantaban cerca del fuego, en donde tendieron trozos de carne fresca. Pedro se paseaba entre ellos, miraba las barbas hirsutas, esos rostros en donde los ojos brillaban como carbones encendidos. Se acostó vestido. Pensó en quitarse el sable pero luego desistió. Antes de dormirse se preguntó si quería que su hijo fuera varón y allí, bajo la leve claridad que se colaba entre las ramas de los talas, pensó que lo único que importaba era la vida, a pesar de que los hombres se empecinaban en buscar la muerte.

Despertó sobresaltado, sacudido insistentemente por el Cabo Arana:

-La polvareda avanza. Pensé que podrían ser guanacos pero no, son ellos.

Ordenó montar. Nubes de polvo brotaban por todas partes. Los alaridos ensordecían el espacio. Su caballo, abandonado a sí mismo, salió a todo escape.

-¡Adelante, Carajo!- gritaba entre imprecaciones.

Se cruzó con un indio, al que derribó de un sablazo.

El asalto continuó hasta la tarde. A lo lejos, el cerro parecía arder, arrojando escupitajos de fuego. Pedro transpiraba a pesar del frío, sable en mano. De pronto vio al Capitán Ibarra, sangrando abundantemente del lado del corazón. Lo arrastró rápidamente debajo de un gigantesco arrayán. Cuando lo recostó en el pasto estaba sin conocimiento.

Comprendió que no había nada que hacer y, en efecto, Ibarra murió poco después. Sintió una pena aguda, ligada a la rabia de no poder salvarlo. "Porqué será", pensó, "que ya no es para mí signo de hombría el matar a unos pobres indios". "Por qué será que estoy tan sentimental", pensó también.

Poco a poco fue quebrándose la resistencia de los indios, sableados y ametrallados sin descanso.

A la noche se produjo el desbande. El enemigo huía, despavorido. Pedro ordenó la persecución. Pronto los caranchos tendrían su festín con los cuerpos diseminados por el campo.

* * *

Hace rato que cantó el primer gallo. Casiana se revuelve en el camastro, con las imágenes que creía pérdidas para siempre: y es otra vez la madre junto al telar vigilando a los más chicos que juegan a bolear los troncos de los cardos florecidos. Los demás ya han salido. Ella ve la cara de su padre, la frente oscura contraída por la preocupación. Hace días que lo encuentra así, poco después de la mañana en que el mensajero llegó, anunciándole: “Me manda mi patrón para que te diga: están creciendo ya nuestros hijos. Mi hijo quiere tener mujer. Por eso recordé yo a mi amigo. Él tiene una hija. Que me la dé. Cada hombre se casa y la mujer crece para pertenecer a gente extraña. Por eso que me dé su hija para que sea la mujer de mi hijo”. Pero ella no había querido y su padre no tuvo más remedio que contestar que no.

Fue al día siguiente cuando se encontró con aquella mujer, al borde de la laguna: “¿Por qué no has aceptado?” le dijo; “ese hombre no es malo, no es borracho ni peleador. Tampoco es pobre. Tiene animales”. “Está bien”, contestó ella, “que venga dentro de tres días, al caer la noche. Allí estaré yo”.

Esa noche debían encontrarse. A la mañana presente que algo pasa. Está en el aire, en los pastos, en esas nubes que atraviesan el cielo cargadas de presagios. La Machi va a llegar. Ya han preparado el rehué y comienzan a oírse los sonos del cultrún. Hombres y mujeres danzan y su baile es agónico, en espasmos de exhortación y conjuro. Allá están las entrañas del cordero, listas para que la Machi las examine. La ve subir, hierática, las gradas del altar. Será la primera en advertir sus ojos desorbitados, su mueca de espanto, las manos convulsionadas extendiéndose al vacío. Todos saben ya que algo pavoroso se aproxima. Su madre la apretará contra sí cuando sueñe, horrible, su grito: “¡Pihuchén!”. Caerá de rodillas junto a ella, como todos. Nadie querrá ver el monstruo alado, nadie querrá escuchar su silbido, anunciador del daño. Y de pronto la confusión, el polvo, los caballos que llegan a la carrera atrepellando, cargados de alaridos y de muerte. Su madre trata de correr, tomando en sus brazos a los menores. Ella se queda allí, paralizada, viendo cómo los huincas prenden fuego a las rucas. Entonces alguien la sube al caballo y la memoria se le cierra, como un cofre sellado.

Sólo recuerda el desconcierto al despertar en una pieza de adobe, blanqueada con cal. No sabe ya cuánto tiempo ha pasado de eso. Sin embargo, le está agradecida a la señora, que le habló con cariño, le dio ropa y le colgó del cuello esa tela con un corazón en llamas.

Al principio andaba como un alma en pena por esa casa de altos y sombríos corredores. Miraba los cortinajes; aquella imagen, la Virgen, como ellos la llamaban, resguardándola con un paño de terciopelo rojo; el patio con los macetones de barro; la ropa de blancura deslumbrante que fue aprendiendo a doblar para luego ponerla en los arcones de madera. La señora se llamaba Mercedes. Poco a poco le fue cobrando cariño. Un día ella le pidió que se bautizara, que tomara su Dios. Casiana no

se negó. Antes le habían dicho que Dios estaba en la carrera de las nubes, en el color del cielo, sabía que Él daba sabor a los pastos que masticaban su padre y sus hermanos cuando perdían el rumbo. Dios, Cuchaentrú, Hombre Grande, Chachao, Padre de todos. Hoy lo veía en un tronco de árbol, la cabeza sangrante caída a un costado. Y esa mujer tan hermosa, con su vestidura cuajada de oro y plata era su madre. Le gustaba acompañar a Mercedes a la iglesia y quedarse allí, quieta, sin comprender lo que veía, mirando sólo a esos niños regordetes y rosados que flotaban entre las nubes.

Ya es de día. Hay que levantarse. La señora Mercedes está sola y ella debe acompañarla, ayudarla a terminar el ajuar para el niño, que nacerá muy pronto. Se pone el vestido que dejó la noche anterior sobre la silla desvencijada, se enrolla la trenza larga y oscura. Las vacas mugen desesperadamente. “Se habrán olvidado de ordeñarlas”, piensa.

* * *

Mercedes tuvo a Josefina una noche de agosto, de puertas clausuradas por el terror. Ese mismo día se había dictado el bando que prohibía a los habitantes salir de la ciudad sin la expresa autorización del gobierno. Los hombres deberían concurrir al cuartel al primer toque de generala y cuando se tirasen tres voladoras.

Pedro estaba en el fortín. No regresaba desde hacía una semana, cuando el asalto de los indios. Una de esas tardes Casiana divisó a un hombre descalzo, la barba blanca de polvo, que rondaba la casa sin atreverse a llamar. Cuando le preguntó qué quería, él respondió que andaba buscando la casa del coronel Albornoz. “Aquí es”, le dijo Casiana. El hombre sacó entonces una carta del raído chiripá, entregándosela. Luego montó el caballo que lo esperaba atado al pimiento de la calle y salió al galope, sin darle tiempo de preguntar nada. La carta era de Pedro para Mercedes. Le decía que estaba levemente herido en el brazo, pero que no se preocupara: era él quien debía velar por ella. Prometía regresar pronto, apenas pasara el peligro de la invasión. Mercedes guardó la carta en el encaje del escote y pidió a Casiana le encendiera una vela a la imagen del Señor del Espino que tenía en la cabecera de su cama.

Mercedes pasó casi todo su embarazo sin otra compañía que la de Casiana. Por las tardes ambas se sentaban en la galería, mientras Mercedes bordaba. Pero pronto el bastidor se le caía de las manos y se ponía a mirar cómo su vientre se movía, a sentir aquellos sordos galopes adentro de su sangre. A veces se inclinaba sobre la cuna vacía y se erguía sonriente, el rostro iluminado de una secreta complacencia. Hubiera querido que Pedro viera cómo la piel se le iba estirando, poniéndosele tensa como un tambor. Sin embargo comprendía que no debía quejarse. Lo aceptó así, desde el primer día, consciente de que su destino sería esperar, esperar siempre, con ese nombre muriéndosele en los labios.

Empezó a sentir los dolores a la oración, cuando la villa estaba desierta y la mujeres rezaban a las imágenes, pálidas y temblorosas detrás de los portones.

Casiana cruzó las calles vacías en busca del médico. Parecía una sombra, la cabeza cubierta con su pañoleta negra, caminando sin darse cuenta de los faroles apagados, de que el sereno no daba la hora ni de que las campanas de la iglesia habían, también, enmudecido. No encontró al médico en su casa. Nadie sabía si volvería esa noche.

Cuando regresó, Mercedes estaba en la cama, retorciéndose de dolor sobre la colcha de raso. El sudor le empapaba la cabellera negra, escurriéndose por sus sienes pálidas.

Casiana ordenó a las demás mujeres de la servidumbre que calentaran agua en el caldero, mientras sacaba del arcón una sábana de hilo. Acomodó la cabeza de Mercedes en un almohadón y se sentó a su lado, muda y atenta.

La calle se estremeció con el grito, aquella madrugada desierta. Casiana cortó

el cordón y mostró a Mercedes el bulto morado, manchado de sangre.

Esperaron las dos, ávidas, el primer llanto; cuando se produjo, lloraban y reían. Casiana se inclinó y besó a la mujer de labios blancos que ya extendía impaciente las dos manos a esa carne tibia, estrechándola contra su pecho.

* * *

Los padres de Mercedes murieron poco después de su casamiento con Pedro. Primero fue Doralisa, la madre, quien a pesar de su juventud arrastraba desde hacía tiempo una hidropesía que los médicos declararon incurable. Luego Don Leopoldo. Había dedicado su vida al cuidado de la hacienda. A los cincuenta y cinco era todavía un hombre robusto. Una madrugada, para la época de la cosecha, salió con su alazán y ya no volvió. Lo encontraron muerto al lado del río. De la sien derecha manaba un hilo de sangre. No tenía ninguna otra herida salvo la de la cabeza, que todos atribuyeron al golpe con las piedras de la orilla. Como no se le conocían enemigos, pensaron que un fulminante ataque al corazón le ocasionó la caída del caballo.

Carlos, hermano menor de Mercedes, quedó a cargo de la hacienda. Poco tiempo después partió a la capital y sólo volvía de vez en cuando para supervisar la tarea, que encomendó a un administrador.

Casiana fue, entonces, la única compañía de Mercedes en sus últimos tiempos. Pedro venía a veces, pero la guerra lo demandaba a menudo en diferentes lugares de la provincia. Mercedes se acostumbró a la soledad; veía crecer poco a poco a su hija, a quien llamaron Josefina.

Las dos mujeres festejaban juntas sus primeros balbuceos, se regocijaban ante el despertar de sus asombros. Por las tardes conversaban al lado del fuego, mientras Mercedes ponía todo su empeño en terminar el mantel del oratorio que le había encomendado el padre Eugenio. La tarde en que dio la última puntada tuvo un acceso de tos. Cuando se quitó el pañuelo de la boca vio en él una mancha de sangre. Esa noche llegó Pedro y se puso pálido al saberlo. “Tisis”, pensó, “el mismo mal que se llevó a mamá; es urgente que la vea el doctor Salazar”. Desde entonces no sólo éste visitó el último de los cuartos de la galería, en donde Mercedes se recluyó voluntariamente. Pedro trajo a los mejores médicos de la provincia, pero todos recetaban medicinas diferentes sin que ninguna contribuyera a mejorarla.

Casiana se hizo cargo de Josefina, quien no conoció a su madre, y que por esa época no llegaba aún a los dos años. Se dedicó a ella con toda su alma. Josefina la recordaría más tarde corriendo al oír el cencerro de la vaca, que todas las mañanas dejaba en la puerta los baldes repletos de esa leche tibia y espumosa que luego la obligaría a tomar.

La primera y última visión que Josefina tuvo de su madre fue la vez en que Casiana dejó, sin querer, la puerta entreabierta. Aquel cuarto cerrado era un misterio en el que sus pocos años no se atrevían a indagar. Ese día la vio salir con una bandeja y, cuando hubo doblado hacia el fondo, entró subrepticamente. La pieza estaba en penumbras y al principio sólo distinguió un bulto frente al espejo del tocador.

Luego sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y vio a aquella mujer de una hermosura y palidez extraordinarias, cepillando su larga y renegrida cabellera.

Una pañoleta calada le cubría los hombros. Sin darse cuenta de su presencia la mujer seguía cepillándose el pelo, abstraída en ese rito solitario. Josefina se preguntaba, en el candor de sus pocos años, quién sería y por qué estaba encerrada allí. Al acercarse más, las tablas del piso crujieron. Mercedes se dio vuelta y, al verla, hizo una mueca de espanto, alejándola al mismo tiempo que gritaba: “¡Casiana!”

Casiana acudió corriendo y sacó de allí a Josefina, llenándola de reproches.

-¿Quién es, Casiana?

-Ocúpese de sus cosas, señorita, y deje de meter las narices en donde no la llaman-. Luego la llevó a los fondos con los otros criados, allí donde le permitían reinar con sus juegos y caprichos.

Esa imagen acompañaría a Josefina el resto de sus días. Más tarde, cuando se enteró de la enfermedad de Mercedes, se explicó la cara habitualmente seria de su padre, sus canas prematuras, las visitas esporádicas del médico de la familia y las largas conversaciones que ambos sostenían.

De manera que su infancia y adolescencia se enriquecieron a partir de aquel momento. Ya no se sentía tan sola y, a veces, hablaba en su imaginación con aquella-señora pálida y hermosa. Como quien le reza a la Virgen, con un amor callado, lleno de una encendida devoción.

* * *

Las estrellas son las almas de los muertos. Ellos nos visitan a veces. ¿No has visto esas estrellas volantes que cruzan el cielo? Los genhenu son los señores de la lluvia. Algunos días vuelven los ojos a otro lado porque no les gusta nuestro comportamiento y la cara de la tierra se vuelve seca y arrugada. Por eso hay que dejarle en la artesa guijarros y las hojas del pepe. Entonces ellos nos miran de nuevo y nos conceden la lluvia.

-¿Y el diablo, Casiana?

-Gualichu son las invasiones de los cristianos, la peste que llegó una tarde. La abuela se quedó sola. Agua y alimento le pusimos. La muerte iba a venir y teníamos que irnos. El que mira su cara deberá seguirla.

-¿Entonces Gualichú es el que tiene a mamá en el cuarto del fondo?

-Quién sabe. Pero también está Anchimalen, amiga del Sol, la que nos cuida de las enfermedades. A ella le pido que la cure. También al Señor grande. Al que tiene las espinas en la cabeza y esos ojos tan tristes. Mis trenzas le dejé. Mis caravanas de oro. Mis rodillas agujereadas por las piedras del camino. Ahora duérmase niñita. Yo me quedo aquí para que no venga Sompalhué, para que el Qetronamín no se le aparezca con su pie de pato. Sus sueños serán dulces como la sombra después del sol, como la calma después del remolino. Ramito de lavanda en su almohada para que el perfume la lleve por los caminos del amor. Duérmase, niñita. Casiana está a su lado, defendiéndola. Su mamá también descansa. Ngenechén la cuida, él es el dueño de la gente. Mañana sus ojos saludarán otra vez la luz del día y oirá la risa de su niña a través de los postigos. Le prometí quedarme con usted hasta que mis ojos no alcancen para mirar los caminos por donde usted vaya, hasta que mi cántaro se vacíe del agua de la risa. Ahora voy a apagar la llama del candil. Duérmase niñita, pedazo de sol...

* * *

Creen que no sé nada, me da pena el afán de Pedro por ocultar su preocupación, por parecer natural en su cariño redoblado, en las finezas que trata de disimular, Pedro, tu pecho fuerte, tus brazos para abrigarme y amarme, ésta que veo en el espejo no es sino una sombra de la que se te entregó aquella noche con la fiebre de pertenecer para siempre, de fundar un camino, pero no, no me dejan, la vejez no es para mí, su tibieza de descanso, Pedro, los dos juntos, Josefina grande, regalándonos la ternura de un nieto, qué será de ti a la vuelta de los días, tus ojos tristes, tu sonrisa en donde conviven la bondad y la fiereza, creen que no sé nada, ya estoy lista, sin rebeldías, desde aquel día en que hubo sangre en mi pañuelo y traté de que nadie se enterara, pero Casiana se dio cuenta, fue ella quien te lo dijo, y tú, va a venir el doctor Salazar, seguro que pronto te recuperas, yo ya lo sabía todo pero te dejé hacer, como cuando me dijiste que Casiana se ocuparía de Josefina para que yo descansara, un pretexto para mantenerla alejada y evitar el contagio, desde entonces mis fuerzas cada vez más precarias, hasta el encierro voluntario en este último cuarto, me quedan unos pocos recuerdos deshebrados, pobre Pedro mío, tus besos, tu presencia silenciosa mientras yo tejía en la mecedora y tú convencido de que no me daba cuenta de nada, Josefina, niña frágil, pequeñita, vuelvo a sentirte crecer en mi vientre, tus primeros movimientos, te quedas sin mi calor, no tuviste madre, yo tuve a la mía, desearía que estuviera ahora a mi lado, confiarle esto que vivo y que debo asumir sola, sin retaceos, como el Señor en la Cruz, le pido por ustedes, hijita, tu madre te quiere, hubiera deseado acompañarte, verte crecer, participar en tus juegos, cantarte nanas viejas, arrullarte y taparte en esas noches de invierno en que el viento se retuerce por entrar, tu carita rosada entre las sábanas, todo me fue negado, por qué me pregunto a veces, qué es ser mujer, quizá esta aceptación, este pasar los días a la espera con un nombre en los labios, sabiendo que nada puede hacerse para cambiar lo que ya está dispuesto desde un comienzo, una memoria, un leve perfume en las tardes de pólvora y delirios.

Ya es la hora del Ángelus, Casiana abre los postigos, me llega el aroma de la tierra, sonidos del verano, hoy hubo sol después de tanta lluvia, este año no harán falta las rogativas al Señor del Espino, escucho las risas de Josefina en el patio, recuerdo mi infancia de apachico en las fornidas espaldas de papá, sentía que dominaba el mundo desde allí, quizá me equivoqué, tal vez debí seguir a Pedro al fortín, vivir entre el sudor y el vértigo, trajinar caminos, no sé, me duele la cabeza, en este desprendimiento final ya no tengo afectos, sólo Pedro y Josefina, también Casiana, mis amigas, Trinidad, no tuve más noticias desde aquella vez que pasó con su marido, vi en sus ojos que no era feliz aunque nada me dijo, qué es la felicidad, siempre pensé en una vida serena, hoy no sé, muchas veces, tirada en el pasto antes de conocer a Pedro, sentía que el camino que se abría ante mí era demasiado fácil, demasiado hermoso para merecerlo, pero estaban los indios y papá quería protegerme, luego Pedro, no me arrepiento, seré un nombre para esparcir en el viento, polvo que se levanta en

el fragor de la lucha, mejor así, esta muerte callada, esta renuncia que hoy asumo en toda su crudeza, ya todo lejos, voy hundiéndome en un hueco negro, aferrada al crucifijo de marfil, único recuerdo de mamá, pidiendo al Señor del Espino que no me falle en este trance, soy muy débil y tengo miedo, escucho los pasos de Pedro en la galería, Casiana enciende los faroles, la vida, los trajines cotidianos, pronto me traerán la cena.

* * *

Dos años estuvieron construyendo la casa. Eran los últimos tiempos de la reclusión de Mercedes en el cuarto del fondo. Desde temprano escuchaba los golpes ensordecedores de los martillos, las voces estentóreas de los trabajadores llegados a la villa una mañana de verano conducidos por aquel hombre de sombrero de fieltro, debajo del cual, sólo se distinguía su barba rubia. Nadie pudo decir de donde venía, pues nadie conversó con él. Alguna vez lo escucharon cuando compraba herramientas en la tienda de Gumersindo Sosa y los más entendidos afirmaban que provenía de alguna región de España. Lo cierto es que, apenas sus hombres comenzaron la tarea de poner los cimientos, desapareció y no se supo de él hasta mucho después.

Por esa época murió Mercedes. Fue una noche en que el viento soplaba con inusitada fiereza. El olor olvidado de la lluvia parecía brotar de la tierra reseca. Casiana salió después de arropar a Josefina, teniendo cuidado de cerrar la puerta para que no se golpeará. Cruzó la galería. La casa estaba en sombras y los árboles del huerto ejecutaban una danza macabra. Se estremeció bajo su viejo chal. Un rayo de luz se colaba por los postigos de la pieza de Pedro. Se lo imaginó tal como lo encontrara algunas veces, paseando a lo largo de la habitación con la mirada fija en el vacío, en una muda y absorta desesperación. Por el lado de las sierras se oyó el retumbar de un trueno, seguido del rayo. El tronco de la magnolia cayó sobre el aljibe con un crujido seco. Casiana recordó entonces lo que Mercedes le contara una vez: fue su padre quien la plantó el día de su nacimiento. Empujó la puerta y entró. El rostro pálido se distinguía apenas en las blancas almohadas. Sintió la respiración afanosa y, acercándose, tocó la frente hirviendo. Pedro acudió de prisa a su llamado. Con voz entrecortada por la angustia le pidió que buscara al médico y luego al padre Eugenio. Él permaneció a su lado tomándole la mano, acariciándole el pelo, humedecido por el sudor. Mercedes abrió los ojos e intentó decir algo, pero sólo emitió un sonido ronco. Se quedó así, con la cabeza inclinada, la mano rígida aferrada a la de Pedro.

Josefina recordaría más tarde el despertar sobresaltado, la voz de Casiana urgiéndola: “despierta, niña, vamos a darle un beso a tu madre antes de que se la lleven”.

Un olor asfixiante a flores la golpeó al entrar en la sala abarrotada de caras desconocidas, de hombres uniformados y de grandes patillas que la acariciaban con un dejo de piedad y distracción. De la mano de Casiana avanzó hasta llegar al cajón de madera oscura a cuyo flanco estaba Pedro, los ojos perdidos y secos. Los grandes cirios hacían aún más espectral la figura de esa mujer que yacía vestida de blanco, la cabellera negra desparramada sobre sus hombros, en la que no reconoció a la señora tan hermosa que viera una sola vez y que la visitaba en sus fantaseos infantiles. Obedeciendo a un gesto de Casiana se inclinó y puso en su frente un beso rápido.

Al día siguiente se vio envuelta en un vestido negro que remataba en un moño de raso del mismo color, colocado a la altura de la nuca.

En esos meses “la casa grande”, como habían comenzado a llamar a la misteriosa construcción, iba tomando forma poco a poco. Algunos decían que era un ingeniero aquel hombre bajo y moreno que dirigía a los demás con un rollo de papeles bajo el brazo. Los moradores de la villa comentaban el estilo, jamás visto por ellos en ese lugar. Lo que más les llamaba la atención era la terraza almenada, desde donde, decían, se dominaba todo el valle. La casa quedó terminada para Semana Santa. Entonces comenzaron a llegar las carretas. Hombres y mujeres se hacían mil conjeturas sobre el contenido de esas lonas grises que eran depositadas en el zaguán. El más afortunado contaba que vio, entre los pliegues de una de ellas, unos instrumentos muy extraños, como los de alguien que se dedicara a hacer experimentos. Poco después llegó él. Casiana, que había ido como de costumbre a juntar peperina, lo encontró a la mañana siguiente en el monte, recogiendo yuyos en su morral. Continuó viéndolo a menudo y, a veces, él la saludaba con la mano. Pero nadie pudo saber otra cosa sino que vivía con sus dos hijos pequeños, además de los hombres y mujeres que él trajo y que luego formaron parte de la servidumbre. Lo divisaban ocasionalmente en el río, el sombrero de fieltro echado hacia atrás con negligencia. Sostenía una caña de pescar y un puro le colgaba de los labios.

Su fama comenzó aquella vez que volvía del monte, cuando escuchó los gemidos. Tirada en el sucio jergón del rancho, una mujer joven se enderezaba con esfuerzo para vomitar en la palangana de peltre. Allí mismo le preparó una infusión con flores de biznaga y la mujer sanó poco después. Desde ese día la gente comenzó a acudir a su casa preguntando por el “doctorcito”. Casi todos salían con una expresión de paz, como si con sólo verlo encontrarán la fuerza para curarse de sus males. La mayoría tenía algo que agradecerle. Lo más increíble, sin embargo, era lo sucedido con Tadeo Morales, el leproso. Sabían que vivía en lo más abigarrado del monte y que jamás bajaba al pueblo. Al principio, cuando enfermó, era su hermana quien le dejaba la olla con comida, a unos metros de la choza que él mismo se fabricó con troncos y ramas. Después ella se fue del pueblo y alguien lo divisó comiendo raíces, desnudo, irreconocible por las llagas y la suciedad. Atanasio Suárez, el herrero, lo reconoció una mañana en el callejón de los paraísos, mirando a los paseantes con su rostro nuevamente lozano y sonriente.

La reacción no se hizo esperar. Todos los días la muchedumbre comenzó a reunirse en la sala de techos de zinc y paredes de madera que el doctor Herrera habilitó al lado de la casa, cuando ya ni el consultorio ni el patio de las palmeras daba abasto para contener a tanta gente. Los pobres le pagaban con gallinas, huevos o cabritos. Él parecía no darse cuenta de la aureola que lo envolvía y continuaba su vida solitaria, pescando en el río en los momentos de ocio, levantándose al primer canto del gallo para buscar los yuyos con los que fabricaba sus medicinas.

La amistad de Josefina y la hija del doctor se inició la tarde en que Casiana llevó a aquella a oír la retreta. Elvira también estaba allí, de la mano de su padre, los bucles rubios y la pollera almidonada. Las dos niñas se miraron y desde ese momento cada una supo que quería ser amiga de la otra. Tomadas de la mano, se alejaron corriendo bajo los eucaliptos.

* * *

Pedro resistió a duras penas los difíciles tiempos de la viudez. Veía en Josefina los rasgos de Mercedes y el corazón se le estrujaba al pensar que crecería sin madre. Josefina encontró en Casiana la ternura que le faltaba, su falda tibia, su mano acariciante. Le gustaba que la arropara por las noches, antes de dormirse, que todas las mañanas llegara hasta su pieza con la jarra humeante. Pedro se consolaba viendo este cariño mutuo, diciéndose que, aunque él se ausentara, su hija quedaba en buenas manos.

Una tarde fue a buscar a Josefina a la casa de Elvira. El doctor Herrera lo invitó a sentarse con él en la galería, de cara a la mole violácea de las sierras. Hablaron de la villa, de la amenaza incesante de los indios, de las agotadoras jornadas de Pedro en el fortín. También de Mercedes, a quien el doctor había escuchado nombrar. Fue entonces cuando se levantó y pidió a Pedro que lo acompañara. Entraron a una habitación oscurecida por las pesadas cortinas de paño rojo. Cuando el doctor Herrera las corrió, Pedro se quedó admirado ante los recipientes, botellas, redomas, jofainas, planchas de vidrio, candelabros, crisoles, braseros y estufas que constituían la extraña decoración. El doctor le contó con misteriosa voz que allí ejercitaba sus búsquedas de la fuente de la eterna juventud. Le mostró también un herbario y una colección de minerales. Creía ciegamente, le dijo, en la eficacia de los amuletos, en que una piedra de sangre colocada al cuello detenía las hemorragias, que determinados metales servían para curar a los niños hechizados. Ante la expresión intrigada de Pedro, el doctor le refirió, no sin antes pedirle que guardara el secreto de todo lo que allí viera y oyera, cómo fue iniciado en esa ciencia por un monje al que conociera en un remoto convento de Europa. Le contó además que su mujer lo había abandonado, dejándolo a cargo de sus dos hijos. Al llegar a ese punto se detuvo y su mirada se volvió enigmática y lejana.

Desde ese día la amistad de ambos continuó. El doctor iba frecuentemente a la casa de Pedro y se sentaban ambos largas horas ante el tablero de ajedrez. Pero ni esta nueva amistad ni la ocupación absorbente de la guerra compensaban su solitario corazón.

Una noche, el viento sacudía las puertas con estruendo. Pedro acababa de llegar de un recorrido por el interior de la provincia. Traía la ropa desgarrada y el pelo casi blanco por el polvo del camino. Casiana le llevó agua para que se diera un baño caliente. Luego, en la cama, Pedro se revolvía sin poder dormir. El recuerdo de Mercedes se mezclaba al de Casiana, sus senos pequeños insinuándose a través de la burda tela del vestido. Se levantó y atravesó el patio desierto, llegó a las bateas por donde quedaba el cuarto de aquélla. Casiana remendaba su camisa a la luz del candil. Al ver a Pedro no se sobresaltó. Con suavidad dejó el vestido sobre la silla y caminó hacia él, mientras deshacía su trenza que de nuevo era larga y espesa.

El serrucho de los grillos perforaba la caliente noche de verano. El croar de las ranas entraba, nítido, por la ventana abierta. Yacían desnudos, uno al lado del otro, las manos entrelazadas.

-¿En qué piensas?- le dijo él, pasando su mano por la trenza deshecha.

-Espero un hijo- y siguió así, quieta, mirando el vacío-. No te pido nada, será sólo mío, como si el viento hubiera venido a hincharme el vientre.

Pedro no habló. Quería a Casiana, pero un hijo de ambos no lo emocionaba particularmente. Conocía ya el sabor de la paternidad.

Álvaro nació una noche de junio. Casiana lo colocó en un cesto de mimbre que encontró en la pieza de los baúles, junto al que guardaba, entre alcanfores, los vestidos de Mercedes. Creció en los fondos, con los otros criados. Nadie supo que era hijo del patrón. Nadie se había dado cuenta de sus nocturnas visitas a Casiana. Vieron crecer su vientre sin decir nada, acostumbrados como estaban a que los niños tuvieran cualquier padre, se arrimaran a cualquier sombra. Josefina, unos años mayor, lo llamaba a veces para regalarle dulces, o jugaba con él en el fondo de la huerta, junto a los chicos de los demás criados. En ocasiones, Pedro lo encontraba en el patio o lo veía, los pies descalzos, ayudando a su madre a sacar agua del aljibe.

SEGUNDA PARTE

* * *

La idea de la casa aérea surgió aquella mañana de otoño cuando Josefina y Elvira fueron despertadas por los golpes del hacha. La casa de Elvira quedaba en el camino que conducía al río y desde uno de sus flancos podía divisarse el montecillo de chañares, escucharse también el tempranero alboroto de los pájaros. A las dos amigas les gustaba internarse entre los árboles, sobre todo en las mañanas cálidas en que Casiana las enviaba a buscar peperina para el té de Pedro. Se escurría cada una por su lado, los ojos atentos para detectar el pequeño yuyo, el olfato alerta para reconocer su perfume. Por lo general era Elvira quien llegaba con la falda llena de manojos. Josefina se distraía a menudo, sentada en algún tronco caído con expresión ausente. Una vez, Elvira tuvo que sacudirla. Hacía una hora que se había separado y Josefina no daba señales de vida. Al llegar a su lado no pudo dejar de reírse al ver que el objeto de su ensimismamiento no era sino una simple flor del aire.

Cuando ya no soportaban el calor del mediodía corrían a refugiarse entre las ramas del abuelo algarrobo. Allí abrían el atado en que traían quesillo o algún pedazo de patay.

Aquella mañana los golpes despertaron a las dos, quienes corrieron a abrir la ventana por donde la luz irrumpió con una cegadora claridad. Nadie sabía por quién eran enviados esos hombres que a aquellas horas habían tumbado ya unos cuantos árboles. Elvira y Josefina se dieron cuenta de lo que pasaba y entonces no dudaron. De prisa se pusieron las enaguas, las faldas de terciopelo, las blusas de tafeta y corrieron al viejo algarrobo que aún no había sido tocado. Treparon a sus ramas y se quedaron allí, decididas a impedir que se convirtiera en una víctima más de la furia destructora. Federico, el hermano mayor de Elvira, las ayudó a construir un cobertizo. Fueron inútiles los ruegos de Casiana, las órdenes perentorias del doctor Herrera. Pedro se hallaba ausente y no supo hasta más tarde de la audaz iniciativa.

Casiana no pudo dejar de inquietarse al saber que Elvira y Josefina pasarían hambre y al mediodía les llevó una cesta con comida que ellas devolvieron vacía a los pocos minutos. Cuando llegó la noche se acomodaron debajo del cobertizo y durmieron allí, apretada la una contra la otra, sintiendo latir al unísono su joven corazón empecinado. Varios días pasaron sin que diesen señales de quebrantar su decisión. La bulla de los bichofeos y los reyes del bosque y los boyeritos que trasladaron allí sus nidos luego de que los otros árboles fueron derribados, las despertaba por las mañanas. La gente de la villa acudía a mirarlas, comentando, entre solidaria y asombrada, la actitud de las airadas guardianas.

Los hombres no se atrevieron a seguir su tarea. Una tarde se fueron con sus hachas al hombro y ya no regresaron. Josefina y Elvira dejaron entonces el cobertizo con el cuerpo dolorido y un resfrío atroz, pero felices y victoriosas. Así fue cómo las ramas del abuelo algarrobo se convirtieron en su obligado refugio, en las confidentes de los sueños de su recién iniciada adolescencia.

Por esa misma época llegó al pueblo Jacinto Núñez, el fabricante de guitarras. Montaba un zaino viejo y nadie adivinó que era una niña el bulto que traía entre los brazos. Con sus propias manos construyó el rancho de adobe, a la orilla del camino. Al atardecer se escuchaban los aires de las viejas coplas que distraían a Elvira y Josefina en medio de sus juegos. Poco a poco se fue haciendo amigo de ellas. Un día las invitó a su casa; con orgullo les mostró a Trinidad, así se llamaba su hija, quien ya empezaba a dar los primeros pasos. Se quedaban horas enteras mirando las hábiles manos de Jacinto fabricando las cajas. Por las tardes salía al camino y, sentado al fresco, les entonaba canciones. La voz de Jacinto subía, enganchándose en las copas polvorientas, acompañando a las parejas en sus paseos solitarios. Nunca les contó su historia. Un domingo llegaron como siempre a la casa del camino; estaba cerrada. Esperaron largo rato en el poyo de la puerta, pero Jacinto no apareció. Al día siguiente la casa continuaba vacía. Nadie pudo dar razón de su paradero. Elvira y Josefina tardaron varias semanas en consolarse de su ausencia.

Aquel verano Josefina se puso más extraña que nunca. Eludía hablar con Elvira, contestaba automáticamente cuando Pedro o Casiana le dirigían la palabra. Una de esas siestas bochornosas dejó la casa, caminando sin fijarse en las ortigas que se pegaban a su falda, sin escuchar el sonido amodorrante de las chicharras. No le importó saber que Casiana la reprendería. Se sentó en el suelo, las manos en las rodillas, los ojos perdidos en el vacío. El tronco del abuelo algarrobo le servía de respaldo. Fue Elvira quien la vio primero. Ella también se había escapado con la esperanza de encontrar a Josefina. Pensó que podría estar en la casa aérea, como empezaron a llamarla. Allí, entre sus ramas, habían pasado tardes enteras hablando del futuro, preguntándose sobre los misterios que rondaban la palabra amor. Pero aquella tarde Josefina lloraba sola, casi totalmente oculta por la bóveda verde y silenciosa. Ni siquiera la miró cuando Elvira tocó suavemente su hombro. "Voy a morirme", le dijo. Elvira sintió de pronto que más que su amiga era su hermana. Que sus conversaciones, sus miedos, sus preguntas, las unían por encima del tiempo y aun de la muerte. Se quedó parada a su lado, buscando en vano palabras para consolarla. "Sangro por abajo", añadió Josefina. Elvira sabía lo que eso significaba. Lo había leído en uno de los tantos libracos que su padre guardaba en la biblioteca y que ella hojeaba en las horas de aburrimiento. Trató de explicárselo. Josefina consintió entonces en subir a la casa de los Herrera. Allí le prepararon una infusión de manzanilla y el doctor Herrera le dio a beber un líquido ámbar que, explicó, curaba la melancolía. Luego se dejó llevar hasta su casa y se acostó. A la noche, Casiana le llevó unos paños de lino que preparó luego de conocer el motivo del conflicto. La luz del candil contrastaba con la penumbra acogedora del dormitorio. "Si viviera mamá", pensó. Lentamente, el sueño la fue venciendo.

* * *

Una tarde de abril Josefina conoció a la tía Leonor. Se había sentado pensativa a la orilla del río, como siempre que llegaba el otoño. Le gustaba la calma dorada de los árboles, esa dignidad melancólica con que parecían despedirse de su reciente grandeza. No oyó el chirriar de la carreta. Casiana llegó, agitada, a avisarle que tenía una visita. Josefina corrió tomándose la falda, para no pisarla en el apuro. Al llegar encontró a su padre hablando familiarmente con la desconocida. Le llamó la atención el parecido con Pedro; los mismos ojos verdes, la misma manera de sonreír, entre tierna y burlona. "Eres la tía Leonor", dijo, y corrió a abrazarla.

La llegada de Leonor distrajo a Josefina de sus ensoñaciones melancólicas. En realidad, era Pedro quien la había llamado. Fue por la época en que Josefina tuvo sus reglas. Casiana le contó el incidente. Entonces comprendió que la buena voluntad de ésta no bastaba y que los lazos de la sangre eran los más indicados para ayudar a Josefina en el difícil trance de convertirse en mujer. Leonor era su única hermana y sin embargo no se veían desde que él se casara. Ahora, esta circunstancia les parecía a ambos imperdonable. Leonor tenía treinta años y había enviudado hacía dos. Su marido, un acaudalado comerciante en vinos varios años mayor que ella, murió repentinamente una tarde, mientras dormía la siesta. A pesar de ello y de no haber tenido hijos, Leonor conservaba su buen genio y una vivacidad que sacudía la habitual tristeza de Josefina. Todas las tardes se sentaba con ella y Elvira contándoles cosas de la capital, funciones de teatro a las que asistiera, anécdotas de la sociedad. Las niñas la escuchaban encantadas y soñaban con ir un día a esa ciudad de la que oían cosas tan extraordinarias. La alegría de Leonor era contagiosa. También Casiana se acercaba a veces a la pequeña reunión, olvidándose de encender la chimenea o de poner al fuego la pava con los eucaliptos. Después de, la cena la sobremesa se prolongaba hasta tarde, presidida por Pedro, quien había recobrado su antigua locuacidad.

Leonor estuvo tres meses con ellos. Partió en lo más crudo del invierno, una mañana en que los árboles aparecieron doblados bajo el peso de la nieve. Josefina y Elvira sintieron entonces su desamparo. La tarde que siguió a la partida la pasaron caminando por la casa como sonámbulas, mirándose a los ojos y reconociendo en ellos su propia soledad.

Esa noche, cuando se disponía a acostarse, Josefina encontró un envoltorio encima de la cómoda. Lo abrió rápidamente y no pudo dejar de lanzar una exclamación de alegría cuando apareció el vaporoso vestido de gasa verde mar que una vez admirara en Leonor.

Otro suceso vino a alborotar la casa por aquella época. Unos fuertes golpes de aldaba despertaron a Josefina la mañana de su cumpleaños. Se asomó a la ventana todavía en camisón y vio a aquellos hombres que entraban al patio una enorme caja de madera. Se acercó descalza mientras la desclavaban y, cuando hubieron terminado, se quedó extasiada ante el pianoforte, idéntico al que viera en una revista de

Leonor. Pedro, que llegaba en ese momento, la recibió en sus brazos y la estrechó en ellos con emoción. "¿Cómo adivinó que lo deseaba?", le preguntó Josefina "Nada de lo que quiere mi niña pasa desapercibido para mí", contestó él.

Se pusieron inmediatamente a buscar profesor, tarea nada fácil. Josefina no se resignaba a pasar la mano por el teclado sin poder desentrañarle sus sonidos. Fue entonces cuando a Casiana se le ocurrió que Manuela Domínguez, la solterona que vivía enfrente de la plaza, podría ser la persona indicada. Manuela Domínguez era una mujer que llegaba a los cincuenta. Había recibido una esmerada educación ya que sus padres la mandaron a Córdoba y allí, entre las monjas, aprendió las artes femeninas. Cocinaba como los dioses y muchas veces Josefina y Elvira iban de visita, con la esperanza de que las hiciera probar sus sabrosas espumillas.

Cuando Pedro le habló asintió sin vacilar y esa misma semana comenzaron las lecciones. Pronto Josefina comenzó a tocar las piezas en boga y Pedro se sentaba a escucharla por las tardes, la ventana abierta a las sierras. Olvidaba entonces las miserias del fortín, la desintegración creciente de la patria.

Aquella misma primavera se nombró la comisión integrada por el Juez de Paz, el padre Eugenio y otros vecinos de renombre para que se ocupara de todo lo referente a la reconstrucción del cementerio. Los yuyos habían crecido de tal manera que resultaba imposible caminar por los senderos que bordeaban las tumbas. Algunas de ellas se encontraban casi totalmente derruidas y las lápidas yacían por el suelo en un lastimoso abandono. Pedro aprovechó la ocasión para trasladar a una urna los restos de Mercedes. Un jueves por la tarde se hizo acompañar de Casiana y el padre Eugenio. Al abrir el cajón vieron a Mercedes intacta, ataviada con el vestido blanco que usara para la boda y que luego le sirvió de mortaja. De las retamas que crecían al lado de la tumba salió volando una mariposa blanca. Pedro no pudo contener las lágrimas ante el cuerpo de su mujer. Casiana lo tomó del brazo y trató de alejarlo suavemente pero no lo consiguió pues él se hallaba como clavado ante ese recuerdo que ahora le abría todas sus compuertas. El padre Eugenio le puso una mano en el hombro mientras le decía: "deberías sentirte orgulloso; esto sólo les sucede a los santos".

Decidieron mantener el secreto. No querían que cundiera la voz y el reposo de Mercedes se viera turbado por los curiosos. Luego verían si se lo comunicaban al obispo. Josefina tampoco lo supo. Casiana fue quien comprendió más el sentido del suceso, cuando abrazó a Pedro diciéndole: "sólo aquello que muere puede quedarse".

* * *

Escuchó la respiración pausada y la supo dormida. Se incorporó levemente para apreciar de nuevo ese cuerpo desnudo, libre y confiado como si el sueño lo hubiera sorprendido en plena felicidad. Miró los senos que cabían en el hueco de la mano, la carne morena y dura, recogida en un mundo secreto del cual él había quedado al borde y deseó despertarla. Casiana suspiró, abriendo los ojos. Entonces levantó una mano y le acarició la barba, las gruesas patillas, se detuvo en la nuca para luego atraerlo hacia sí.

Pedro sintió esa entrega como un bálsamo, luego de tantos meses de soledad. Recordaba cuando, inclinado sobre el féretro de Mercedes, creyó que todo había terminado para él.

Casiana inició una caricia tímida por la espalda y él la besó con fuerza, con una vehemencia que le iba abriendo caminos al deseo. Casi no hablaban. Podían expresarse así, en ese lenguaje de las manos, de los labios, de las piernas, de todo el cuerpo puesto a cantar en el descubrimiento, siempre renovado, del otro. Se volvió hacia ella, cubriéndola. Una languidez, cercana al desfallecimiento, invadió a Casiana. Permanecieron así, sin dormir ya, uno al lado del otro, en la placidez que siguió al encuentro. La mano de Pedro buscó la de Casiana. Ella sacudió, sonriente, su cabellera negra:

-¿Partirás mañana?

-Sí. Para el Sur.

Sin embargo, era mejor no decir nada. Él sabía que ella lo esperaba aunque tardase días, semanas, meses.

Casiana no pensó jamás que algo así podría suceder. Había querido a Mercedes con pasión y desde el primer momento se percató del amor que ella y Pedro sentían el uno por el otro. Después de la muerte de Mercedes se dedicó a Pedro y Josefina, cuidándolos como el legado que aquella le dejara. Pero la noche en que la puerta se abrió y la figura de Pedro se recortó en el vano, se dio cuenta de que ése sería el único hombre en su vida. Por eso le dijo: "te esperaba" y se quedó inmóvil, hasta que los brazos de él la rodearon.

En adelante sus noches no serían vacías. No se acurrucaría en la cama, con ese frío que le brotaba desde adentro. Pedro, amor, cuerpo protector y cálido, dicha no entrevista en los largos días que siguieron a aquél en que la arrancaron de su casa y mataron a los suyos. Eso era algo que ella llevaba siempre en su corazón, como una herida secreta; pero ya no quería volver. Sólo consagrarse a esperarlo, a servirlos a él y a Josefina devolviendo así, palmo a palmo, la felicidad de la que ahora era depositaria.

Por la ventana entreabierta comenzó a filtrarse la débil claridad del amanecer. Casiana se levantó y puso la pava sobre las brasas. Le gustaba que Pedro desayunara con ella, antes de irse. Parada en la punta de sus pies descalzos, le abotonó la casaca frente al trozo de espejo que colgaba encima de la palangana.

Afuera comenzó a oírse el bochinche de los pájaros, se iniciaban los rumores de un nuevo día.

* * *

Sentado en una piedra a la entrada del callejón que conducía a la casa, Álvaro miraba el camino solitario. Esta vez no quiso jugar con los otros chicos, que como todas las siestas vinieron a buscarlo. No iría tampoco al monte a buscar la peperina que Casiana le encargara ni voltearía pájaros con su honda. En el final todavía amodorrante de la tarde, pensaba en ese hombre, al que casi no conocía, pero al que miraba furtivamente, cada vez que alguna oportunidad lo acercaba a su vista, con una admiración que tenía algo de odio.

Llegó al día anterior. Álvaro lo divisó entrando por la Alameda, el caballo manchado de barro, las botas de cuero ennegrecidas por el agua. Lo siguió de lejos. Cuando Pedro llegó a la casa, atravesó corriendo la calle para ocultarse debajo del pimiento que daba sombra al aljibe. Vio cómo desmontaba y avanzaba hacia la galería haciendo sonar las espuelas, el pesado sable pegándole en el muslo. Los niños que jugaban al tejo en el patio de tierra corrieron tras él. Comenzó entonces una lucha con palos a modo de sables, mientras trataban de pintar en sus rostros una convincente ferocidad. Álvaro escuchaba a veces hablar de la guerra a los hombres de la villa; y le preguntaba a Casiana por qué se luchaba. Ella no respondía pero en su mirada aparecía una tristeza que la tornaba aún más oscura.

Una tarde, Pedro llegó acompañado de aquel desconocido. Montaba un overo y Álvaro miró con curiosidad esa cabellera larga y renegrida que le llegaba a los hombros, el torso desnudo. Llevaba un aro en la oreja izquierda.

Pedro le dio una breve orden a Casiana y ella lo llevó a la cocina en donde le sirvió un mate y cambió con él algunas palabras en una lengua que Álvaro no entendió. Se quedó en un rincón sin poder apartar los ojos del hombre, que ahora sorbía los mates en silencio. Un día se le acercó; él le pasó una mano por el pelo mientras le decía: "cristiano bueno". Luego agregó, como respondiendo al insistente estudio del muchacho: "allá, en tierra adentro, mucho lindo teniendo".

Poco después se lo llevaron. Álvaro no supo adónde. Esa mañana Pedro ordenó ensillar su caballo; el desconocido montó en pelo. Cuando se hubo alejado unos metros volvió la cabeza y lo miró. Casiana entró bruscamente a la cocina, limpiándose los ojos con el delantal.

Siguió mucho rato en la piedra, perdido en sus divagaciones. No se dio cuenta de que las primeras sombras comenzaban a caer. El Angelus sonó, lejano.

* * *

El nuevo Juez de Paz se instaló en la villa una mañana de agosto. Ocupó la casa vacía enfrente de la plaza, esa que mostraba en el frente un escudo con las dos flores de lis. Allí había vivido el antiguo juez, pero hacía casi un año que nadie la ocupaba. Los yuyos comenzaban a crecer entre las piedras de la vereda y las paredes desconchadas le conferían una desoladora impresión de abandono.

Sentadas en un banco de la Alameda, Josefina y Elvira vieron llegar a la mensajería. Con el juez venían su mujer y su hijo, a quien comenzaron a encontrar a menudo en sus paseos. Sólo sabían, además de que era el hijo del nuevo juez, que se llamaba Miguel. A pesar de que él las miraba como deseoso de comunicarse con ellas, Elvira y Josefina no pasaban de una breve inclinación de cabeza y de una sonrisa casi imperceptible. Su figura delgada y el rostro pálido no les llamaba en absoluto la atención. Pronto lo vieron acompañado de Santos, el hijo de Celia, la modista. Pero ellas no querían saber nada con esa compañía ni con ninguna otra. Pensaban que la presencia de dos varones las importunaría ahora en sus secretos, en ese mundo que habían erigido lejos de la tristeza y gravedad de los adultos. Cuando pensaban que él tenía intenciones de hablarles, apuraban el paso.

Una siesta se adentraron en el monte. Miguel, que leía a la sombra de un pimiento, buscó un atajo para sorprenderlas como si el encuentro fuera casual. Ellas no se dieron por aludidas y pasaron de largo. El grito las detuvo en el preciso instante en que Josefina se arremangaba la falda, disponiéndose a poner un pie en el hueco de la pirca. Elvira vio entonces a la víbora, desenrollando su cinta entre las piedras. "Es una cascabel", dijo, y junto con Miguel trataron de calmar a Josefina, presa de un temblor nervioso. Siguieron caminando juntos, hablando con timidez al principio hasta que, poco a poco, la conversación se fue animando.

El encuentro del día siguiente fue totalmente imprevisto. La mañana era cruzada por bandadas de golondrinas. Elvira y Josefina decidieron caminar hacia el lado del río. Cuando vieron a Miguel, algo que llevaba en las manos despertó su curiosidad. Se acercaron, los ojos encendidos y escrutadores. El destapó entonces el envoltorio. Era un nido de pájaro silvestre, tejido con musgo y plumilla. Cuando Elvira le preguntó su procedencia sonrió, enigmático. A una seña, ambas lo siguieron, sin darse cuenta de los desgarrones que las espinas provocaban en su ropa.

Miguel las fue iniciando en sus secretos. Ellas no podían imaginar cómo, en tan breve tiempo, logró conocer los ocultos nidales del picahuesos, los lugares en que los jilgueros bajan al agua. Allí colocaba sus trampas: pirámides truncadas de varillaje perfecto. Se orientaba por pequeños sonidos, por arrullos que casi no podían llamarse trinos. Elvira y Josefina lo veían deslizarse furtivo, al acecho. Así fue como obtuvieron el primer cardenal. Miguel les prometió construir una jaula para colocarlo. Ésta se fue llenando rápidamente; el martín pescador parecía el jefe, con su joroba y su enorme pico. Arriba colocaron el cartel: "El Martín Pescador y sus

amigos". Desde entonces fueron inseparables. Miguel tuvo su lugar en la casa del abuelo algarrobo y allí se instalaba a leer unos libros de tapas de cuero azul que despertaban la curiosidad de sus amigas. El las iba familiarizando con los nombres de Byron, Lamartine, Víctor Hugo. Más tarde admitieron también a Santos. Pasaban allí las largas siestas del verano. A veces se bañaban en el río a pesar de la prohibición de Pedro y de Casiana, que lo consideraban peligroso. Se daban cuenta de que Josefina había crecido y pensaban que esa amistad tan estrecha con los varones no era conveniente; además, decía Pedro, se exponían a las habladurías del pueblo. Ellas se escapaban cuando podían, burlando la vigilancia de Casiana. Gradualmente, Josefina comenzó a darse cuenta de que Miguel la trataba con mayor intimidad que a Elvira. Sentía arder sus mejillas cuando él le tomaba el brazo para ayudarla a cruzar el vado o a caminar entre las piedras. Sin embargo no comprendió que estaba enamorada hasta aquella tarde en que él llegó con la novedad de que sus padres querían mandarlo a estudiar a Córdoba o Buenos Aires. A Miguel le entusiasmaba la idea. Se sentía un poco preso, les dijo, en esa hondonada de montañas; quería conocer el mundo, ver el mar, ampliar sus conocimientos. Josefina trató de no demostrar que se le hacía un nudo en la garganta y miró para otro lado, como si la conversación no le interesara. En su interior sentía que un hilo invisible, pero cierto, diferente de su primitiva amistad, la iba uniendo a Miguel cada vez con mayor fuerza.

Fue aquella mañana, a la orilla del río. Elvira no quiso acompañarla. Josefina se tendió en el pasto, sin fijarse que el rocío mojaba su nueva falda de muselina. Con los ojos entornados buscaba la línea de montañas por detrás de los álamos. El sol comenzaba a picar pero era bueno el rumor del agua, la frescura acariciante de la hierba: del monte venían fragancias vegetales. Una suave somnolencia la invadía. De pronto escuchó unos pasos. Al darse vuelta vio a Miguel, que se sentaba a su lado. Largo rato estuvieron así, callados, en suspenso. De tanto en tanto, Miguel removía la tierra con una rama. Luego estiró la mano y la pasó suavemente por la mejilla de Josefina.

* * *

El sereno pasó por la calle anunciando las doce. Josefina no podía dormirse. Sus ojos abiertos miraban la oscuridad, como si de allí pudiera venirle el sosiego que perdió desde que Miguel la acariciara en el río. Entonces era cierto lo que Elvira le decía, entre bromas y guiños maliciosos, y que ella se resistía a creer: Miguel la quería. Sintió que una plenitud la recorría por entero como si la orfandad y esa desazón que la llevaban a dormirse con las mejillas mojadas, en un llanto al que se entregaba sin interrogarse, hubiesen sido definitivamente alejadas de su vida. En cuanto abría los ojos se le presentaba la imagen de Miguel, las caricias de Miguel. Se vestía presurosa, sabiendo que lo encontraría en cualquier recodo del camino para ir luego tomados de la mano a la orilla del río o a sentarse bajo la copa protectora del abuelo algarrobo. Elvira los acompañaba a veces, sobre todo a ruegos de Josefina, quien temía que Casiana la regañara si la veía sola con Miguel.

Esos días aceptaba la presencia de Santos y los cuatro paseaban por la Alameda o permanecían en algún banco escuchando la retreta. Pero en general prefería quedarse en casa, sobre todo luego de que percibió la inclinación que Santos sentía por ella; la fastidiaba ese asedio silencioso. Se daba cuenta también de que Josefina ya no era la misma, de que algo sutil las iba, poco a poco, alejando. Entonces pensaba que el amor era un intruso y se juraba a sí misma no dejarse atrapar. Josefina y Miguel no tenían más remedio que aventurarse solos, tratando de pasar desapercibidos para la mirada siempre curiosa de la vecindad.

Para Miguel también el amor constituyó algo inesperado. Aunque acariciaba con ansias el proyecto de irse, la presencia de Josefina se le iba haciendo cada vez más necesaria, por lo que se preguntaba con inquietud si resistiría la separación.

Una tarde de finales de otoño paseaba con Santos por el callejón de los paraísos; hablaban de los últimos libros que leyeran, cuando Esteban se les unió. Esteban se burlaba a hurtadillas de esos dos compañeros tímidos que pasaban las horas comentando sus lecturas. Sin embargo, intuía que algo le faltaba, algo que no podía conseguir con toda su musculatura ni con el dinero que su padre le daba. Y comprendía que era precisamente aquello que ironizaba en sus amigos.

Se les acercó, resuelto a hacerse admirar:

-¿Vamos a la "casa"? Allí está Victoria; seguramente nos dejará entrar. Es amiga mía.

Los tres caminaron las últimas calles de la villa, en donde no habían encendido los faroles del alumbrado. Algunos perros ladraron a su paso; un embozado los cruzó, con prisa.

La fachada de la "casa" se veía totalmente carcomida por el tiempo. Arriba, una ornamentación en relieve encerraba, sin duda, el año de la construcción, que las primeras sombras contribuían a volver aún más ilegible.

Les abrió una chiquilla que parecía tener quince años. Esteban le preguntó por la se-

ñora Victoria. Al entrar en la sala, una mujer algo entrada en carnes los miró desde el diván en que se hallaba recostada. Sus facciones denunciaban una cercana ascendencia negra.

-Las chicas han salido -dijo-. Sólo tengo a Esperanza, la muchacha que les abrió la puerta.

Como los vio indecisos, agregó:

-Pero no se van a ir así, con el frío que hace. Les daré un chocolate caliente.

Y mientras les servía la humeante jarra, sus ojos estudiaban a los jóvenes.

Miguel se vio, sin saber cómo, en una pieza de paredes altas y cuarteadas por la humedad, de donde colgaban dos paisajes marinos. Sentada a su lado, en la cama de barrotes de bronce y colcha tejida al crochet Esperanza lo miraba callada y expectante.

Allí, en ese cuarto destartado y sucio, Miguel supo por primera vez del ansia y la fascinación, del despertar de los sentidos en ese fuego que lo recorría por entero, arrojándolo a una caverna húmeda, a algo que era a la vez placentero, terrible y cálido, como volver al útero materno.

Regresó solo, muchas veces, a mitigar su deseo de Josefina en los brazos de Esperanza. Ésta lo iba guiando, con instintiva sabiduría, por los caminos del gozo. Se sentía más seguro de sí mismo, más integrado a su condición de hombre luego de aquellas tardes en que Esperanza ahuyentaba la soledad con sus brazos oscuros y lo llevaba, maternalmente casi, por praderas de descanso.

Esa misma noche Miguel buscó a Josefina en su casa y le declaró su amor, jurándole que se casarían en cuanto él terminara los estudios.

* * *

Por aquellos meses una banda recorrió las calles de la villa con sonido de trompetas, anunciando la llegada del circo. Los gitanos instalaron su tienda detrás del cementerio viejo, por el lado en donde se terminaba el caserío y las cabras triscaban, husmeando entre los ladrillos de las tumbas abandonadas.

La villa había pasado un invierno desolador entre la amenaza de los malones y las heladas que azotaron la región, así que noviembre llegó como una bocanada de vida para los entristecidos pobladores. El aire venía cargado de fragancias y los crepúsculos eran cálidos y serenos. Las jóvenes asistían al mes de María, paseando por la Alameda luego de cantar el Venid y vamos todos en medio del aroma que despedían las rosas, los jazmines del Cabo y los claveles que depositaban al pie de la Virgen.

Josefina y Elvira salieron de la iglesia con las mantillas en los hombros y las mejillas arreboladas, dirigiéndose a la casa lentamente, tomadas del brazo por el callejón de los paraísos. A esa misma hora el aire se estremeció con los pregones que decían venid a ver el espectáculo más grande del mundo, el que entretiene a reyes y emperadores de lejanos países. Niños desaparrados corrían detrás del hombre de la trompeta, vestido de llamativa chaqueta roja con botones dorados, y se iban a instalar entre los yuyos mirando extasiados, sin osar acercarse mucho a las jaulas en donde se desperezaba el león y el tigre de Bengala se paseaba en el espacio ceñido de barrotes herrumbrados.

Miguel fue apresuradamente a la casa de Santos y le pidió los dos reales que necesitaban para invitar a Josefina y Elvira al espectáculo. Cuando ambos las alcanzaron por el callejón de los paraísos, ellas se miraron entre sí, como dudando. Josefina temía la reprimenda de Casiana y Elvira había prometido también estar de vuelta a esas horas. Pero la atracción y la curiosidad fueron mayores y a los pocos momentos los cuatro estaban instalados entre el público viendo al mago de turbante verde que se tragaba la hoja de un cuchillo para luego sacarlo sin una gota de sangre, a los saltimbanquis que caminaban sobre una bola de plata, extasiándose ante Lucinda, la enana que todas las tardes esperaba en una puerta pintada de rojo las dagas con que un hombre de mejillas consumidas delineaba su silueta pequeña y regordeta, aplaudiendo rabiosamente a la equilibrista que bailaba en la cuerda a una altura de diez metros ante los ojos azorados de unos espectadores que rayaban el delirio con su entusiasmo.

Josefina miraba todo aquello con los ojos agrandados por el asombro y soñaba despierta con pedirle al hombre de las mejillas consumidas que la recibiera para alternarse con Lucinda en el trabajo de esperar que las dagas se clavaran al borde de su cuerpo. Estaba segura de que no aprobarían aquella escapada al circo con Miguel y de pronto se sintió cansada del tedio de aquella vida monótona. Por eso al regresar, cuando Miguel tomó su mano, la invadió, además de tristeza, una cierta desazón

envidiosa cuando él le anunció que ése sería el último verano que pasarían juntos ya que proyectaba marcharse el próximo otoño. Josefina no contestó; abrazándose a su cuello le pidió que la llevara, que la sacara de ese pueblo, prometiéndole seguirlo adonde fuese. "Vendré a buscarte y nos casaremos", le decía Miguel acariciando su cabeza. Josefina no entendió razones y se despidió con los ojos fijos en el vacío, como si escondiera una resolución inquebrantable.

El verano pasó rápidamente. Miguel añoraría más tarde sus idas al río en el bochorno de las siestas, el placer que experimentaba al nadar en el agua verde y cristalina. Recordaría aquellas brazadas contra la corriente, cuando sumergía el cuerpo calcinado en ese espejo frío. Y saborearía, en aquellas noches de júbilos ausentes, el recuerdo de la tarde en que paseaba abstraído en un libro de Voltaire cuando un chapoteo le hizo mirar al río, en donde acababa de zambullirse la frágil silueta de Josefina. Se quedó largo rato detrás de una mata de cortaderas, contemplándola gozar en repetidas inmersiones, hasta que Casiana le gritó: "vémonos niña, se hace tarde", envolviendo su cuerpo desnudo en una toalla blanca.

En marzo el aire era, aún, acogedor. Las hojas de los álamos tapizaban el sendero por donde Josefina y Elvira paseaban por las tardes. Uno de esos días, Miguel se acercó a Josefina con la intención de despedirse. Ella vio su expresión melancólica y se dio cuenta de su propósito. Sin darle tiempo de hablar, salió corriendo, agarrándose la falda de terciopelo y llorando a sollozos, sin importarle lo que dijeran los escasos paseantes que aprovechaban esa tregua del clima y de los indios, que no asomaron por la región en los últimos meses, para caminar o sentarse en los bancos de madera que bordeaban la Alameda.

Esa noche Josefina soñó que viajaba en un carruaje conducido por el hombre de las mejillas consumidas y que Lucinda intentaba clavarle una de las dagas con las que éste la sacrificaba cada tarde.

Era casi medio día cuando despertó. Corrió a la casa de Elvira quien le contó cómo, a la madrugada, la había sobresaltado un ruido de carruajes y que, asomándose a la ventana, vio la fugitiva imagen de Miguel Fuentes agitando la mano en un gesto de adiós.

Josefina cayó en cama con fiebre y delirios, de los que fue saliendo poco a poco por el cuidado insistente de Casiana, quien sacó de los escondrijos de su memoria la ciencia de preparar infusiones con los yuyos que todas las mañanas recogía en el monte.

Josefina ya no volvió a ser la misma.

* * *

Poco tiempo después de la partida de Miguel, un acontecimiento alborotó la casa de Pedro y distrajo a Josefina de su melancolía. Pedro, que había partido la semana anterior, volvió conduciendo en las ancas de su alazán a una niña de unos catorce años, peinada de trenzas y con grandes aros de oro incrustados en las orejas. Cuando llegó al patio trasero, Pedro bajó del caballo y le tendió la mano para ayudarla, pero ella lo miró con ojos de una escondida fiereza y, sin aceptar, dio un ágil salto que la depositó en el suelo en donde se quedó, muda y altiva.

Pedro satisfizo la insistente curiosidad de Josefina y Elvira, refiriendo que era una cautiva que él y los suyos rescataron en la reciente excursión a Tierra Adentro. Agregó que no tenía padres conocidos y que por parte de ella no podía enterarse de nada pues guardaba un obstinado silencio. Se quedaría, por lo tanto, a vivir en la casa. Casiana la condujo al último cuarto de la galería, aquel que perteneciera a Mercedes. Ella la siguió, indiferente a las señales de compasión y amistad que le demostraron Elvira y Josefina. Al entrar en la pieza pareció no darse cuenta de la cama cubierta con la colcha de raso carmesí ni de la palangana de peltre con motivos florales que descansaba sobre el pie de hierro forjado ni del toilette en donde se veían el cepillo de mango de plata y el peine de marfil ni del espejo veneciano con cornucopias de oro colocado encima de aquél. Se sentó en la butaca, forrada también de rojo, y allí permaneció, las manos cruzadas sobre la falda, mirando empecinadamente por la ventana en dirección a las sierras. Los días que siguieron los pasó en ese mutismo absorto, sin salir del cuarto ni siquiera a la hora de comer. Casiana entraba entonces a la pieza y depositaba un plato con comida encima del toilette, para más tarde retirarlo vacío sin que la niña pronunciara una sola palabra. Todos pensaban que la convivencia entre los indios le había hecho perder el habla y, a falta de otra noticia sobre su nombre, Josefina sugirió que la llamaran Tránsito. Casiana contó que llevaba colgado del cuello, debajo de la blusa, un relicario con el retrato de una mujer joven extraordinariamente parecida a ella, por lo que concluyeron que debía ser su madre. Una tarde de lluvia en que Josefina bordaba en la galería, Tránsito se acercó a la mecedora de mimbre y extendió su mano, sacándose un anillo de oro que tenía un zafiro incrustado en el medio. "Es para ti", le dijo, y corrió a encerrarse nuevamente sin esperar la reacción de Josefina. Poco a poco fue abandonando su habitación, uniéndose a las dos amigas en sus paseos, hasta formar un trío inseparable. Elvira y Josefina descubrieron con gran sorpresa que no sólo sabía hablar sino que lo hacía con gran fluidez y no sin cierta gracia para éstas, cuando la escuchaban entremezclar palabras en una lengua extraña, que sólo Casiana entendía. Sin embargo nunca les contó su pasado.

Aunque era menor, se adaptó en seguida al género de vida de sus dos amigas, quienes la iniciaron en el secreto de la casa aérea, a la que Josefina había casi abandonado. A veces ella se abstraía en su pena solitaria y Tránsito le pasaba una mano

por los hombros, acariciándole la mejilla.

Tenía gran facilidad para los trabajos manuales y cuando llegó la Navidad fue ella quien armó el pesebre con papeles de estraza encolados en la ventana cuyas rejas daban a la calle. La gente que pasaba por allí se detenía a mirar aquella representación que ganaba en belleza y exactitud a la que la Iglesia levantara en la plaza.

Fue en el invierno siguiente cuando comenzaron a jugar a los espíritus. Al principio era una diversión inofensiva, casi un teatro que representaban por las tardes, encerradas en la sala con la chimenea encendida. Lo habían aprendido de una prima de Josefina, en una breve visita que hizo a la villa para la misma época en que Tránsito confeccionó el pesebre por primera vez. Y lo repetían en esas tardes de frío, sin otra perspectiva para pasar las largas horas que precedían a la noche. Era Tránsito la que se posesionaba con mayor rapidez. Josefina y Elvira la miraban, pensando que eran fingidos aquellos brazos en cruz, el cuerpo tenso y los ojos desorbitados. Pero aquella vez se asustaron. Habían invocado el espíritu de Beethoven. Tránsito se levantó pausadamente de la silla enfrente de la mesa de tres patas que para esos juegos introducían en la estancia y dirigiéndose al taburete del piano comenzó a tocar. Josefina pudo reconocer de inmediato la melodía del "Para Elisa" en los acordes que Tránsito ejecutaba. Esperaron a que terminara para llamarla por su nombre, ya que tenía los ojos extraviados en el vacío y el cuerpo sacudido por una evidente agitación. Tránsito se miró las manos y permaneció largo rato muda y como desconcertada enfrente del teclado. Elvira y Josefina la apremiaban para que contara cómo y en dónde aprendiera a tocar tan bien, pero ella juró que en su vida había visto un piano hasta llegar a esa casa. Al día siguiente decidieron no invocar a nadie, sino quedarse a la espera de lo que pudiera acontecerles. Fue también Tránsito la que dijo, dirigiéndose a Josefina: "alguien me está diciendo que ya no llores, un hombre se acerca con un libro debajo del brazo. Lo verás poco tiempo. Lleva una mancha de sangre del lado del corazón." "Es él", dijo Josefina, "Miguel que vuelve". Desde entonces no volvieron a llamar a los espíritus.

* * *

Federico conoció a Tránsito por aquellos días, cuando fue a lo de Albornoz a buscar a su hermana. Las encontró a las tres, bordando y riéndose en el corredor. Tránsito tenía un temperamento alegre y contagiaba con su risa inconfundible a todos cuantos se le acercaban. Se había operado en ella una gran transformación. Ya no era la chiquilla flacucha y melancólica que llegó meses atrás sino que, bajo el cuidado de Casiana y las comidas que le preparaba especialmente, se iba transformando en una bellísima mujer, de una esbeltez increíble y enormes ojos negros. Todo el que llegaba a su lado se admiraba de su gracia y de su infatigable capacidad de asombro. Pedro se encariñó con ella y, cuando por las tardes regresaba a la villa, la besaba en la frente con tanto amor como lo hacía con Josefina.

Federico sintió que el corazón se le salía del pecho y que un éxtasis desconocido lo transportaba por encima de la tierra al contemplar por primera vez aquellos ojos y escuchar aquella risa. Se dio cuenta de que la desazón que venía sintiendo tiempo atrás tenía un nombre, y ese nombre era Tránsito. Ella también se quedó con la aguja en suspenso, la mirada grave y serena, como queriendo indagar los caminos de sus sentimientos. Estaba enterada de la existencia del hermano de Elvira, pero nunca creyó que fuese aquel hombre de ojos claros y barba rubia, que ahora la examinaba con una calma entre desamparada y absorta.

Como Tránsito sólo llevara puesta a su llegada un vestido de bayeta, Josefina obtuvo la autorización de Pedro para encargarle ropa. Pidió a la capital varas de tafetán, encajes y terciopelos que la mensajería trajo semanas después. Inmediatamente llamaron a Celia, la modista. Era una fiesta para ellas el asombro de Tránsito ante el espejo mientras Celia ponía alfileres aquí y allá, produciendo una transformación casi mágica que las alborozaba. Casiana entraba a veces para dejarles una bandeja con chocolate caliente, rosquetes y tortitas de leche. Lo que más les gustaba eran los buñuelos.

Aquella mañana de comienzos de primavera Federico decidió que pediría la mano de Tránsito sin que nada ni nadie lo hiciera vacilar en su propósito. El ajuar de Tránsito estuvo concluido un jueves y Josefina rogó a Pedro que la dejara organizar un baile para presentarla en sociedad. Fueron invitadas las familias de mayor arraigo y Casiana debió permitir que una vecina la ayudara en la cocina, pues ella no daba abasto en la preparación del escabeche de perdiz, los pavos con apio, los corderos asados, las bandejas con emparedados, el clericó.

En las tardes anteriores Elvira y Josefina se encerraban con ella en la sala y le enseñaban los pasos de baile. Tránsito tenía una habilidad innata que facilitaba la tarea. El día de la fiesta era experta en cielitos, mazurcas y cuadrillas y en aquella otra danza que comenzaba a ponerse en boga en los salones, diciéndose que su autor era un conocido general de la patria.

Fue una noche inolvidable para Tránsito quien se vio envuelta, al entrar, en un

murmullo de aprobación. Los jóvenes, tiesos en sus fracs, se preguntaban quién sería esa desconocida que aceptaba las invitaciones con una amable inclinación de cabeza y que desde un principio llevaba su carnet de baile repleto. Federico debió esperar turno para bailar con ella una contradanza. Había preparado unas palabras para decirle su amor, pero cuando pasó a su lado en uno de los movimientos del baile, sintió un nudo en la garganta que le entorpeció cualquier posible declaración.

La fiesta terminó cuando el sol comenzaba a asomar en la todavía indecisa línea de las montañas. Se pasaron bandejas de chocolate perfumado que los asistentes bebieron con los ojos enrojecidos ya por el sueño. Al día siguiente, Federico habló con su padre. El doctor Herrera decidió ir a lo de Pedro y exponerle los sentimientos de su hijo. Había visto a Tránsito una o dos veces y la muchacha no le desagradaba. Sin embargo, en la villa la miraban con reticencias, preguntándose cuál sería su verdadero origen. Insinuaban que, a pesar de las apariencias, su sangre no era pura del todo. El doctor se presentó en la casa de Pedro una tarde en que éste había llegado temprano y se encontraba en su despacho, rodeado de libros y periódicos.

Cuando Pedro le contó el motivo de la visita, Tránsito se ruborizó y no pudo ocultar la agitación de su pecho bajo las puntillas del escote. Fijaron la fecha de la boda para comienzos del otoño.

Ese verano pasó entre febriles preparativos. Josefina contemplaba cómo el arcón que contenía al ajuar de Tránsito se iba llenando de enaguas de encaje, pañuelos de batista, peinadores de raso, pecheras de holanes y el corazón se le oprimía al comprobar que no era ella la destinataria de tanta felicidad. Las cartas de Miguel eran frecuentes, pero no hablaba de volver. Tomó la costumbre de pasear todas las tardes por entre los senderos del jardín, bordeados de anémonas silvestres, hortensias, calas y rosales, con la mirada fija en la lejanía, como queriendo forzar con su voluntad la llegada de la mula del correo.

* * *

Una de esas tardes, una partida pasó por la villa informando que los indios habían arrasado Los Puquios, Lince, Los Venados y Saladillo. Decían también que asesinaron a varios vecinos, arrebatándoles cerca de quince mil cabezas de ganado. El valle no se salvaría, pues, de una próxima invasión. Los hombres acudieron a lo de Pedro a proponerle que intercediera por ellos ante el gobierno para que los ayudara a emigrar, a dejar el pueblo librado a la saña de los infieles. Pedro fue con esta propuesta a la Capital y las autoridades estuvieron de acuerdo.

El vestido de gasa y el velo de tul de ilusión salpicado de azahares fueron usados por Tránsito en una sencilla ceremonia en la sala de la casa que Casiana, secundada por Elvira y Josefina, adornó con las rosas, hortensias y azucenas que cortaron del jardín. En el centro colocaron la mesa con el mantel blanco de las grandes ocasiones y un crucifijo, a modo de altar. Federico contempló emocionado a la vaporosa figura que bajó las escaleras del brazo de Pedro, rejuvenecido y orgulloso en su uniforme de gala.

Luego de casarlos, el padre Eugenio partió a la parroquia para agilizar los últimos preparativos. El éxodo sería a la mañana siguiente.

El padre Eugenio recordaba todavía la última vez que estuvieron en el monte. Mercedes era muy pequeña por ese entonces. Ahora debían partir de nuevo, sin saber qué les depararía el destino; tal vez una muerte no menos cruel que la que trataban de evitar.

A la madrugada, el callejón de los paraísos se veía atestado por los coches y carretas, cargados con pertrechos militares y las cosas que las mujeres acumularon en su interior; frazadas y cacerolas se entremezclaban con relojes de péndulo, cofres con joyas, maletas y hasta cajas con sombreros. Elvira no quiso separarse del arpa que su padre acababa de regalarle y la colocó también junto a los baúles de ropa.

El alcalde y los concejales se llevaron sus libros de registro, los hombres vaciaban las mesas de sus despachos, los comerciantes cerraron sus tiendas. Empezaron a caminar torpemente, atravesando las últimas calles bajo la luz incierta del amanecer. A las siete de la mañana la villa se veía abandonada, las puertas abiertas de par en par como grandes ojos sin luz.

Pero esta vez la invasión no se produjo y los habitantes regresaron a los tres días con el corazón agobiado por su incesante calvario y la resolución de no volver a irse. El coronel Villagra llegó con la noticia de que los indios habían sido diezmados en las cercanías de Laguna Brava y que por mucho tiempo no volverían a molestarlos. Las campanas se echaron a vuelo. La calma renació, lentamente.

Tránsito y Federico habitaron una pequeña casa de las afueras. Federico siguió trabajando en las tierras de Mercedes, que administraba desde poco tiempo atrás. Por aquella época comenzaron los rumores de que un ejército de desaparrados, al mando de un tal Victoriano Gutiérrez, se aprestaba a invadir la provincia.

Los tres primeros meses después de la boda fueron muy tranquilos. Tránsito ocupaba todo su tiempo en arreglar la casa con los muebles y adornos que encargaron a la Capital. Parecía no inquietarse, en su felicidad, ante la inminencia de un nuevo peligro.

Elvira y Josefina la visitaban a menudo y la veían moverse en ese espacio, distribuyendo los crisantemos en los floreros de cristal, sacudiendo el polvo que se acumulaba en las superficies, el pelo recogido en una larga trenza y el sencillo vestido floreado, la cara y la sonrisa siempre radiantes. A veces ella iba a acompañarlas, como antes, en las siestas apacibles de la galería. Era verano nuevamente y Casiana les servía granadina cuando el bochorno del calor las agobiaba. Tránsito ponía una nota alegre en la progresiva melancolía de las dos amigas, que parecían no interesarse en nada, ni siquiera en los pretendientes que rondaban la casa.

Josefina evocaba aún la sombra de Miguel ausente. Elvira, que poco tiempo antes rechazara el pedido de mano que Santos hiciera a su padre, arrojaba repentinamente el bordado con una furia desconocida en ella e iba a encerrarse tardes enteras en su pieza. Los paseantes se daban cita frente a la casa para escuchar el sonido del arpa que salía de su ventana y que iba a mezclarse con el polvo depositado en el aire del atardecer de aquel verano sin lluvias.

Una noche, Federico llegó pálido y desencajado a hablar con Pedro. Se encerraron en el despacho y no salieron sino dos horas después. Josefina vio la expresión preocupada de su padre y se acercó a abrazarlo. Pedro le contó entonces lo que Federico le refiriera: desde hacía varias semanas Tránsito no quería dormir con él. Por las noches se acostaba en un colchón que llevó a la habitación destinada al hijo que pensaban tener y que aún no llegaba. Federico, que no podía encontrar la causa de este comportamiento, la acosaba a preguntas pero ella lo miraba sin contestarle y seguía cepillándose el pelo delante del espejo. Una noche la había buscado en el cuarto, llevado por un oscuro presentimiento. Tránsito no estaba. Recorrió sin resultado las demás habitaciones, salió luego al huerto. La vio allí con su camisón blanco, el pelo en desorden sobre los hombros y la mirada perdida. Se dio cuenta en seguida de que estaba sonámbula y la condujo de la mano hasta su cama.

Pedro le prometió hablar con Tránsito, quien por ese tiempo dejó también de ir a su casa. A la noche siguiente, el doctor Herrera fue llamado con urgencia por la mujer que Tránsito y Federico contrataron como cocinera después de la boda. Con palabras entrecortadas, le narró que Tránsito estaba sin conocimiento y que temían por su vida. Había querido montar el tordillo que Federico comprara para regalarle en su cumpleaños y que guardaba en la caballeriza, a la espera de que lo domaran. Apenas subió a su lomo éste se paró en dos patas, derribándola sobre una piedra.

Cuando el doctor Herrera llegó, Tránsito estaba muerta sobre la colcha de brocato blanco. Un hilo de sangre salía de su cabeza y le corría por la mejilla.

Al entierro acudió todo el pueblo, como si quisieran así reivindicar la frialdad con que siempre la acogieron.

Federico abandonó la hacienda. Se lo veía a veces en la pulpería, bebiendo

ginebra tras ginebra. Cerró la casa y volvió a vivir con su padre y Elvira. Esta se preocupaba al ver la expresión demudada de su hermano, esa rebeldía silenciosa.

Pero él rehusaba todo intento de acercamiento. Lentamente fue saliendo de su marasmo. Se encerraba entonces largas horas con su padre en el laboratorio. El doctor Herrera lo fue iniciando paso a paso en los secretos de esa búsqueda en la que estaba empeñado y en la que nadie hasta ahora, ni siquiera Federico, había podido penetrar.

* * *

Ignacio Aguirre Funes era un hombre de unos cuarenta y seis años, de anchas espaldas y perfil aguileño. Su amistad con Pedro databa de algún tiempo atrás, cuando se instaló en el valle y fue a consultarlo por un problema de linderos. Pronto se hicieron íntimos amigos. Había nacido en Córdoba, en donde comenzó estudios de leyes que luego abandonó para dedicarse a su verdadera pasión: el campo. Los primeros tiempos transcurrieron sin tropiezos. Ignacio trabajaba las tierras que su padre le dejara en herencia y las cosechas eran buenas. Por aquella época las tribus indígenas comenzaron a incursionar en la región, cada vez con mayor frecuencia. Los habitantes y hacendados trataron de conquistar su amistad regalándoles corderos, gallinas, alguna que otra vaca. Pero su audacia aumentaba. Poco a poco dejaron de contentarse con esto y entraban a los corrales para llevarse el ganado que pudieran, además de los mejores caballos. El día en que desapareció su overo, Ignacio decidió acabar con el problema, por las buenas o por las malas. Esa tarde, cuando vio que un cuerpo se escurría por el maizal, no dudó en abalanzarse sobre él. Como estaba desarmado, agarró una quijada de caballo que se encontraba a pocos pasos y, antes de que el indio pudiera reaccionar, se la partió en la cabeza. Consideró entonces más seguro poner sierra de por medio. Fue así como se instaló en el valle. Poco después era un vecino más en la villa. En las cercanías fundó "Los Nogales", que abundaba, decían, en pastos y buenas aguadas.

Comenzó a ir a lo de Pedro por las tardes, luego de la muerte de Mercedes, a jugar al ajedrez. A veces llegaba el doctor Herrera y la velada se prolongaba hasta entrada la noche. Josefina penetraba en el despacho de su padre y abrazaba a este hombre, a quien ya quería como a un familiar cercano.

Cuando se convirtió en una adolescente, Ignacio se dio cuenta de que estaba enamorado de ella. Nunca dijo nada, ni siquiera a Pedro. Sabía de su amor por Miguel Fuentes y, aunque éste no hubiera existido, la diferencia de edades era suficiente razón para desanimarlo. Algunas tardes llegaba más temprano que de costumbre y se acercaba a la galería en donde Josefina bordaba, acompañada de Tránsito y Elvira. Se quedaba largo rato a su lado y sonreía indulgentemente cuando ellas le hacían alguna confidencia. Un día, tiempo después de la muerte de Tránsito, Josefina encontró un papel enrollado adentro del dedal. Lo desplegó distraídamente y su asombro no tuvo límites cuando leyó: "Quiero que nos casemos. Ignacio". Esa noche fue ella quien le abrió la puerta. Cuando él se disponía, como de costumbre, a besarla en la frente, ella le dijo: "me caso con usted. Dígaselo a papá". Ignacio no esperó más tiempo y, antes de comenzar la interminable partida, le comunicó a Pedro la noticia. Éste no pudo reprimir un gesto de sorpresa que Ignacio tomó por desagrado. En realidad, a Pedro le costaba aceptar que su hija se casara con un hombre que podía ser su padre. Conocía además el enamoramiento de Josefina por Miguel y eso aumentaba sus temores por la felicidad de su hija. Sin embargo, dio su consentimiento y fijaron la

fecha de la boda para un mes después. Todo ese tiempo Josefina se mostró animada y sonriente. No quiso que le encargaran el traje a la Capital, como sugirió Ignacio; lo confeccionó ella misma. Podía vérsela en la galería, cosiendo desde temprano ayudada por Casiana y, a veces, por Elvira. Casiana presentía que detrás de la charla ligera de Josefina, de sus mejillas siempre pálidas, continuaba presente el fantasma de Miguel. Uno de esos días, hablando con Elvira, Josefina dijo, dejando caer la costura: "cómo será dormir toda una vida con un hombre al que no se quiere". Elvira la miró, espantada: "entonces no te cases", suplicó. Josefina no respondió.

El día establecido se dirigió al patio, en donde aún se veía la jaula con el letrero. La abrió y fue sacando uno a uno los jilgueros, el zorzal, el benteveo. Sólo al final liberó al martín pescador. No miró sus vuelos tímidos alrededor de la magnolia y corrió a encerrarse en su cuarto. Retiró del bargueño el cofre de jacarandá; allí, junto al crucifijo de marfil que perteneciera a Mercedes, estaban las cartas que Miguel le escribiera y que ella leyera y relejera en las tardes tediosas de la villa tratando de imaginarse su vida en ese país extraño que nunca llegaría a conocer. No quiso volver a leer sus juramentos de amor ni la nostalgia con que recordaba las tardes que ambos pasaran junto al río ni aquéllas, más largas, en donde le contaba sus aprendizajes. Se dirigió a la chimenea y, sin preocuparse por quitar la cinta de seda que las aprisionaba, las tiró al fuego.

Pedro hizo poner una alfombra roja desde la iglesia a la casa. En los árboles se colgaron globos de celuloide, guirnaldas y flores de papel. Por allí pasó Josefina después de la ceremonia del brazo de Ignacio, saludando a esas caras que la miraban con admiración. Pedro y Leonor, que vino para el suceso, fueron los padrinos. Los chiquillos que corrían detrás se disputaban las monedas que ellos les arrojaban.

La boda fue recordada durante mucho tiempo. Los fuegos artificiales comenzaron a las doce. Los vecinos miraban asombrados las estrellas rojas que estallaban en el cielo, las luces de Bengala, los globos de fuego que sacudían el aire mientras se elevaban, lanzando chispas azules; pero fue el cohete lo que más los entusiasmó cuando voló tan alto que todos temieron que no volviese a descender, hasta que una lluvia de chispas de oro cubrió, segundos después, sus cabezas admiradas e incrédulas.

* * *

Nadie que la conoció pudo nunca olvidar la belleza de Zelmira Carbajal. Llegó a la villa traída por Ignacio en uno de sus viajes. Por ese tiempo él vivía solo en el casco de la hacienda y cuando apareció aquella mañana acompañado por una mujer de ojos color agua marina y cabellos negros, todos pensaron que se casaría con ella. Sin embargo no fue así. La llevó a vivir a un caserón destartalado enfrente de la plaza, que compró poco tiempo antes de que Zelmira llegara y que una cuadrilla de albañiles arregló rápidamente bajo las órdenes de Ignacio. La gente se acostumbró a verlo pasar en su potro negro por las calles polvorientas, a la hora en que las campanas tocaban el Ángelus. Decían que eran valiosísimos los regalos que él le hacía, que la cama estaba cubierta por un baldaquín de terciopelo y que las joyas que le había dado sumaban una fortuna, aunque nadie pudo comprobarlo pues Zelmira no hablaba jamás con la gente de la villa. En las tardes de verano abría las ventanas y se quedaba sentada en la creciente oscuridad, recibiendo el aire perfumado por los paraísos, atenta a las melodías que la retreta ejecutaba en la plaza.

Josefina la conocía sólo de oídas, aunque recordaba vividamente aquel ocho de diciembre en que, con Elvira, asistieron a la procesión de la Virgen. Al pasar enfrente de la plaza le llamó la atención aquella mujer asomada a la ventana, cuyo atavío era más lujoso que el de la imagen que acompañaban. De su cuello pendía un collar de esmeraldas que relucían a la luz del sol de las cinco de la tarde. Pero en ese tiempo Ignacio no representaba nada en su vida, que se resumía únicamente en la espera de las cartas de Miguel. Sólo cuando decidió que se casaría con él le preguntó por la mujer del collar de las esmeraldas. Ignacio le contestó, con evasivas, que era una amiga de la familia a quien había rescatado de la miseria. En realidad, Ignacio dejó de estar enamorado de Zelmira mucho tiempo atrás, cuando juró que se casaría con Josefina aunque tuviera que esperar toda la vida. Así que en el aturdimiento de los pocos días que le quedaban para preparar el ajuar, Josefina no volvió a pensar en ella.

Poco tiempo después del casamiento, la mulata que estaba al servicio de Zelmira golpeó las aldabas de la casa. Casiana entró en el dormitorio en donde Josefina acababa de despertarse llevando un cofre con incrustaciones de nácar y diciendo que la señorita Zelmira se lo enviaba a Ignacio. Josefina no pudo resistir la tentación y lo abrió, quedando engeguécida por el brillo de los diamantes, esmeraldas y rubíes que formaban los collares, pulseras y solitarios más hermosos que ella hubiera visto jamás. Cuando Ignacio llegó, trató de explicarle que esas joyas pertenecieron a su familia y que Zelmira las había recibido en calidad de préstamo. Josefina aceptó la explicación pero rechazó con firmeza el ofrecimiento de usarlas en adelante. Ni siquiera las tocó mientras las tuvo cerca. A los pocos días las envió con Casiana al padre Eugenio para que dispusiera de ellas como mejor le pareciera. Cuando aquel verano le tocó vestir a la Virgen reconoció con un estremecimiento el collar de esme-

raldas que una de sus amigas colocaba encima del vestido de tul celeste.

Después del episodio de las joyas, la gente de la villa no volvió a saber de Zelmira. Las ventanas de la casa permanecían cerradas día y noche sin que nadie saliera de su interior. Unos decían que se había marchado al amparo de la noche, cuando el pueblo dormía, otros que no había vuelto a salir desde que Ignacio la dejara para casarse con Josefina y que se estaba pudriendo de soledad y amargura. Poco a poco la fueron olvidando.

* * *

En el tedio de la siesta, Elvira miraba los crisantemos acomodados en el jarrón, los visillos de encaje, la araña de cristal de Bohemia. De un manotón tiró la colcha al suelo. Se quitó la falda, la blusa de seda, desató las cintas del corsé y permaneció largo rato contemplándose en el espejo del armario. Miró las mejillas, demasiado pálidas para su gusto, sus caderas estrechas que se prolongaban en unos muslos finos, casi de muchacho. Lentamente llevó las manos a sus pechos, pequeños y redondos, contempló los pezones rosados. Sabía que no le estaba permitida esa delectación consigo misma. El padre Eugenio era terminante en cuanto a esto. Pero no le importó. Era como si alguien que no fuera ella la empujara a un mundo que no conocía pero que presentía agazapado en algún recodo de su ser.

En ese momento la villa se estremeció de relinchos, de cascos de caballo. Por las calles se escuchó un rodar de carretas. Se vistió presurosa para luego asomarse a la ventana. Sólo vio el polvo en el aire, los árboles ajados por la sequía. El calor la expulsó afuera. Permaneció en la galería hasta que las primeras sombras se insinuaron. Los grillos perforaban ese atardecer de enero envuelto en perfumes de tomillo, de algarroba madura. Con los pies desnudos gozaba la frescura de las baldosas. Sintió la chatura de su vida y, una vez más, juró no dejarse atrapar. Pensó en Josefina, aceptando dócilmente un destino impuesto. Desde que se casó la notaba diferente, demasiado ocupada en su reciente embarazo. En ocasiones iba a visitarla y regresaba con el corazón melancólico. Percibía que un abismo se iba abriendo entre las dos.

Una brisa bienhechora llegaba de lo profundo del campo. Los murciélagos revoloteaban en esa oscuridad, seca y vibrante. Recordó que su padre había ido con Federico al pueblo vecino. Era bueno estarse allí, entrecerrar los ojos y dejarse vencer por la modorra.

Los perros ladraron a los golpes que ahora resonaban en el patio. Oyó una voz estentórea, seguida de los débiles murmullos de la criada. Luego el sonido de las espuelas, cerca de su mecedora.

El hombre se inclinó brevemente ante ella y solicitó permiso para pasar la noche en la casa, con algunos de los suyos. Elvira tomó la lámpara de aceite que uno de los criados acababa de colocar en el alféizar de la ventana. "Acompáñeme", le dijo, y penetró en el interior.

Cuando el doctor Herrera llegó, los caballos abarrotaban el patio y la huerta; a esas horas habían devorado ya las flores y las frutas. Hombres harapientos se veían echados por doquier y gruesas risotadas atravesaban la casa. Los criados le contaron que la niña Elvira les había permitido quedarse. Su jefe, de rostro grave y tupida barba negra, se le acercó. A su saludo cortés se mezclaba una dignidad altanera.

-Tiene usted una hija caritativa. Se ha apiadado de mí y de mi gente. Mañana volveremos a marchar.

El comprendió que quien le hablaba no era otro que Victoriano Gutiérrez, el

temido caudillo. Parecía venir sólo de paso. No pudo dejar de estremecerse al pensar en lo que sucedió en San José, el poblado vecino. Deseó que Pedro estuviera aprontando la defensa. Sin hacer preguntas, fue a encerrarse en su laboratorio, luego de esbozar un leve saludo.

Esa noche Victoriano no pudo dormir. Mientras recorría el terreno en que sus soldados descansaban, la montura a modo de almohada, una agitación lo invadía. No se divisaba ninguna luz, no se escuchaba ruido alguno. Hacía rato ya se habían extinguido los últimos resplandores del fogón. Apoyado en el tronco de un manzano, bebió los restos de aguardiente en su cantimplora. Recordó la figura de Elvira, frágil y voluntariosa. Volvió a verla despeinada, los bucles rubios escapando de la peineta de carey mientras sacaba agua del aljibe para servir a la tropa sedienta.

La fugitiva silueta de una mujer se le apareció, de pronto, y no vaciló en seguirla. Una pañoleta cubría sus hombros desnudos: No tardó en reconocer a Elvira. Sin hacer caso de su timidez, que amenazaba con paralizarlo como una estaca, avanzó hacia ella que, al divisarlo, se había quedado inmóvil.

-Parece que sufre del mismo mal que yo -aventuró-. Esta noche somos dos los que tenemos insomnio.

Elvira no respondió. Se limitó a caminar a su lado, entre los árboles bañados por la luna. Sus pasos crujían apenas en la arenisca del suelo.

-Soy hombre de acción, no de palabras. Usted perdonará que no le diga las finezas a que seguramente la han acostumbrado.

Ella sonrió y, para disimular su turbación, comenzó a arrancar las hojas de un naranjo.

Victoriano la enlazó por la cintura, buscando su boca. Elvira no opuso resistencia. En ese momento se dio cuenta de que sus noches serían huecas y sus días estériles si no respondía al exigente llamado que ahora la apremiaba. El comprobó entonces la tibieza de ese cuerpo, que se abría bajo sus manos.

Hablaron toda la noche. Ella de su infancia, de sus correrías de niña y adolescente. Él la escuchaba, aventurando a veces una frase por la que se colaban paisajes de violencia y terquedades que Elvira iba haciendo suyos entre caricias, besos, y su piel esperando nuevamente el abrazo de aquel que la llevaría por los caminos, empujado por una memoria ciega que ella no quiso interrogar.

Por la mañana vio a los hombres pasarse el mate. Caminó entre ellos sin temor a sus risas, a sus modales toscos. Por momentos percibía una mirada furtiva que trataba de ocultarse cuando era sorprendida.

Su padre salió, como de costumbre, a su ronda de enfermos. En el abrazo que Elvira le dio creyó sentir un temblor, un aleteo trágico que ella trató de disimular bajo sus mimos de niña huérfana y única mujer. Federico aún no se había levantado. No pudo enterarse de cuando su hermana montó al potro blanco y se abrazó a la cintura de él, de Victoriano, sacudiéndose en un galope que arrojó a ambos en un torbellino de polvo y de distancias.

TERCERA PARTE

* * *

Luego de la partida de Elvira el doctor Herrera se volvió muy extraño. Ya nose lo veía, como todas las mañanas, recogiendo yuyos en el monte. Continuaba atendiendo a los enfermos que llegaban al consultorio, pero el resto del tiempo lo pasaba con Federico, encerrados ambos en el laboratorio cuyas paredes, se decía, estaban cubiertas de libros escritos en extrañas lenguas y las ventanas, protegidas con pesadas cortinas de color rojo, no dejaban pasar la luz del sol.

Algunos sucesos imprevistos vinieron a alterar, pocos meses después, la relativa calma de los pobladores. Ese verano fue uno de los más secos de los últimos tiempos. Inútiles resultaron las rogativas y novenas que el padre Eugenio organizó, pidiendo lluvia. Los árboles se veían mustios, agobiados por la sed y el calor.

Jesús llegó con la noticia. Habló del lodazal que viera en los alrededores de la "casa", de los baldes repletos que las criadas sacaban del aljibe. Las mujeres de la villa, que tenían los suyos vacíos, se organizaron. Esa noche, aprovechando que el doctor y Federico se habían ausentado del pueblo, Jesús se dirigió a la casa, acompañado por sus amigos. Una pequeña multitud los seguía de lejos. Se acercaron al pozo con el mayor sigilo y comprobaron que no tenía casi agua. El olor penetrante los hizo retroceder. Jesús se empeñó en descender hasta el fondo, la soga alrededor de la cintura y una antorcha encendida. A los pocos minutos, sus compañeros debieron sacarlo, asustados por los gritos que estremecieron la noche y despertaron a los criados. Entonces Jesús narró, el gesto crispado de espanto, su encuentro con un animal enorme y desconocido, mezcla de gallo, sapo y serpiente y con una pequeña corona en la cabeza, para caer después en un pesado sopor del que nada ni nadie pudo sacarlo. Murió al día siguiente, entre los comentarios azorados de sus familiares y amigos. Pronto se corrió la voz de que aquello que Jesús había visto no era otra cosa que el basilisco.

Los enfermos dejaron de acudir a la casa del doctor Herrera. Alguna vez se lo vio en la calle, el paso vacilante y la mirada perdida, pero la gente rehuía de cualquier modo todo posible contacto con él. Por esos días Pedro había salido en una misión al interior de la provincia. Volvió un mes después y, al enterarse de lo sucedido, se dirigió a visitarlo. Lo atendió Federico, quien le refirió la muerte de su padre, acaecida dos días antes. Le dijo también que, dadas las circunstancias, lo enterró en el fondo de la casa y en el mayor secreto.

Federico continuó durante algún tiempo la vida solitaria que llevara hasta entonces. Poco después desapareció de la villa. Se murmuraba que había partido a Europa, casándose con una princesa rusa. Sin embargo, nadie supo a ciencia cierta su verdadero destino. Alguien afirmó haberlo visto poco antes de su desaparición, arrojando el contenido de unos frascos al río, que por esos días creció considerablemente y sus aguas tomaron un tinte amarillento. Esto hizo afirmar a algunos, en charlas de pulpería, que era oro lo que Federico vertiera en aquéllas.

Muchos fueron hasta la orilla con cedazos y coladeras, pero nunca encontraron nada. Sólo el color amarillo, que poco a poco fue recuperando su primitiva claridad.

* * *

Dos meses hace que van retrocediendo. El arenal reverbera por el calor. Ni árbol ni barranca; sólo el polvo que irrita los ojos, los enceguece, casi. Los caballos avanzan a duras penas, arrastrándose por la tierra floja.

Encima de ellos el batallón de harapientos, descalzos, muertos de hambre. Victoriano continúa erguido en su potro blanco, como si el cansancio no existiera, los ojos con esa fiebre de resistir, sin tregua, hasta el final. Elvira busca su mirada, la sonrisa en donde encuentra la fuerza para seguir. No extraña ya las sábanas de lino, los cristales y gobelinos de la casa paterna. Comenzó a comprenderlo allá, por Linares, cuando entraron después del combate y las campanas repicaban y los cañones estremecían el aire con sus salvas. La gente se apiñaba en la plaza para verlos pasar. Victoriano llamó a Demetrio: "que se dejen de joder con las campanas". Luego fueron a la casa. Elvira se quedó admirada ante tanto lujo. Él ordenó nuevamente y la gente comenzó a amontonarse en la vereda para mirar las alfombras, las colgaduras, los espejos con marco de oro, las sillas forradas en terciopelo que Victoriano mandó sacar. Las paredes desnudas; una cama y una mesa, sólo para que ella estuviera cómoda. Lo demás eran mariconadas, así dijo. Y luego sus noches, esas noches de amor por las que ella ha abandonado todo, para quedarse tan sólo con el calor de ese cuerpo tenso.

La travesía continúa. Elvira siente que la sed reseca hasta sus pensamientos más recónditos, aquellos que le hablan de sus días en el polvo, sus aprendizajes del amor y la violencia. Vuelve a ver las cabezas en las picas. Dos días estuvo vomitando.

El mareo persiste, amenaza con derrumbarla del caballo. Victoriano le alcanza su cantimplora y ella termina de apurar las últimas gotas.

Nicasio Luna es el primero en caer, retorciéndose, la sangre brotándole de la nariz. Él ve entonces los cuerpos desbaratados, los labios partidos, los ojos en donde brilla la fiebre: "nos volvemos, aunque tengamos que enfrentarnos al mismo diablo".

Después de tres días descubren la laguna. Los caballos inclinan la cabeza, rozan la superficie con sus belfos sedientos. Allí habrá qué comer: los patos abundan. Algunos hombres salen a peludear. Elvira se tira de espaldas en el suelo húmedo, experimenta el roce familiar y placentero de la arena. Contempla las bandadas de loros, el cabecear de los árboles en la frescura. Ella, la enamorada del agua, la que se quedaba horas enteras en la cascada sin que la alterara la posibilidad de ser cautiva de algún salvaje, como decían ellos, de que chismearan las viejas del vecindario.

Esa noche sueña con un corredor muy largo, flanqueado de geranios. Su padre se acerca por él hasta la mecedora y le entrega un abanico de carey.

* * *

Ignacio no ha venido esta noche. En la estancia silenciosa sólo se escucha el chisporroteo de los leños en la chimenea. Josefina corre el visillo de gasa para mirar afuera, en donde la escarcha da al campo el aspecto de una superficie plateada. Los árboles del huerto mecen sus ramas desnudas envueltas en la sombra. Se arrebujaba en su chal y deja caer el visillo para sentarse, acurrucada, al lado del fuego. Desde pequeña trae esa costumbre. El fuego es para ella un regazo tibio, el calor que la ayuda a soportar ese frío que a veces la invade. Un quejido la sobresalta y entonces se acerca lentamente a la cuna del niño que ahora parece sonreír, la frente ceñida por una pelusa rubia. Lo mira con ternura, arropándolo un poco más con la colcha que ella misma le tejiera al crochet, en las largas tardes de ese invierno. La palabra madre le viene a la mente y no puede dejar de recordar la fugaz visión de aquel lejano día de su infancia.

La muerte. ¿Llegará alguna vez a aceptarla? A veces, en sus divagaciones, se imagina tesa, igual que como ha visto a su madre.

Unos golpes en la puerta interrumpen sus pensamientos. Es Pedro. Ha llegado a desearle buenas noches, como de costumbre. Josefina no puede dejar de estremecerse al comprobar que ya no es el mismo, a pesar de que trate de disimularlo.

Se sienta con dificultad frente a Josefina, en el sillón tapizado de azul. Permanece largo rato en silencio, contemplando a ella y luego al niño que duerme en la cuna, a su lado.

-No traes buen semblante -aventura Josefina.

Pedro le responde que las noticias no son muy alentadoras y le relata lo que acaba de leer en *La Gaceta*, las nuevas sombras que se avecinan para la patria. Josefina no puede dejar de pensar en el susto de esa misma mañana, cuando el encuentro con aquella partida que pasó a su lado revoleando el talero y gritando mueras a los salvajes unitarios. La gente se encerró en sus casas, el terror pintado en los rostros. No tardó en darse cuenta de que eran los mismos del domingo anterior, los que estuvieron controlando a las mujeres a la salida de la Misa. Todas, menos ella, llevaban la cinta roja. Casiana le había rogado que se la pusiera, pero Josefina no quiso escucharla. Al pasar junto a ellos levantó hasta la sien el abanico de nácar de donde colgaban dos borlas rojas, que le cayeron sobre la cara. Desde ese día sus salidas se hicieron más espaciadas. Pensaba a menudo en Elvira, preguntándose que sería de su vida al lado de aquel hombre. En su interior admiraba su valentía, el arrojo que la llevó en pos de él, desafiando todos los prejuicios. Se apenaba, sí, por el doctor Herrera. Casi no lo había visto desde la partida de Elvira, aunque estaba enterada de lo que de él se decía en la villa. Pensaba, sin embargo, que eran habladurías de comadres. Una tarde lo encontró por la Alameda. Se acercó con la intención de hablarle, pero él siguió caminando sin verla, como conversando con alguien ausente. No se animó a ir a la casa. Tampoco vio más a Federico. Cuando comprobaba el derrumbe de su pasado, tan cercano y sin embargo destruido, Josefina sentía una opresión en el pecho.

Pedro la abrazó al despedirse, rogándole que se cuidase. "Cuidate tú más bien",

le dijo ella, al acordarse de las protestas de Casiana porque Pedro llegaba muy tarde a dormir. Decía que se pasaba las noches jugando larguísimas partidas en la casa del coronel Chacón, un desconocido que acababa de llegar a la Villa. Pedro no contestó. Josefina escuchó luego el resonar de las espuelas contra las baldosas del patio, el galope del caballo perdiéndose en la noche. Automáticamente casi se puso a mecer la cuna de Ramiro, ese pequeño ser que ahora abría los ojos y estiraba la boca en una mueca que terminó por ser un llanto agudo, casi desesperado. Se desabotonó la blusa de encaje y puso al niño en su falda. Suavemente, mientras él se prendía del pezón, Josefina comenzó a cantarle: "Señora Santa Ana, porque llora el niño"...

Después de su casamiento con Josefina, Ignacio y Pedro continuaron amigos. Jugaban todas las tardes al ajedrez, como lo hacían desde que se conocieran. A veces Pedro llegaba más temprano que de costumbre y Josefina lo invitaba a dar un paseo. Caminaban del brazo, envueltos en la calma crepuscular que venía de las sierras. Josefina le contaba de su embarazo, le preguntaba noticias. Él le contestaba que pronto se retiraría, que sólo seguía en la guerra para mantener a raya a sus fantasmas. El reuma avanzaba y le costaba ya un triunfo mantenerse erguido en el caballo.

Desde los primeros tiempos después del casamiento, Pedro comprendió que Josefina no era feliz. Percibía entre ella e Ignacio súbitas distancias, silencios reveladores. Nunca dijo nada, sin embargo. A veces no iba a Los Nogales y se quedaba en la galería de la vieja casa, mirando sin ver la silueta parda de los cerros de los que bajaban, sin prisa, las primeras sombras. Pensaba entonces que la guerra estaba acabando con los indios pero que eso no los había ayudado, ni a él ni a nadie, a ser más grandes. Casiana se acercaba en ocasiones y lo arropaba con el quillango, le llevaba té de peperina para que entrara en calor.

En realidad, Ignacio no se preocupó por desmentir la leyenda que sobre él corría entre las comadres de la villa. No trató nunca de disimular sus aventuras, que comenzaron cuando comprendió que Josefina no correspondía a su amor. Una noche en que ésta se veía más pálida y ausente que de costumbre, se encaminó al cuarto de la Deolinda, una de las criadas de la hacienda. Deolinda tenía veinte años y unas caderas generosas que movía al caminar. Pero Ignacio no se fijó en ello, ni en la tersura de su piel ni en lo negro de sus trenzas que ella desataba, en una ansiosa espera. Vivía desamparado de la piel de Josefina, de su pelo del color de la miel silvestre. Era su ternura imposible lo que buscaba, naufragando en los cuerpos de las demás mujeres. Las madres lo veían pasar por las calles polvorientas en su potro negro y cerraban los postigos, rezando temblorosas por la honra amenazada de sus hijas. Se sabía que tumbaba a las muchachas en cualquier descampado. Pero a ninguna conservaba. Tuvo quince hijos con su mirada oscura y sus mismos rasgos aindiados que correteaban descalzos por las calles de la villa.

Josefina no se enteró, o no quiso hacerlo. Una mañana en que salía de la iglesia, oyó que unas mujeres decían a su paso: "debería rezar menos y cuidar más de su hombre, para que no ande por ahí sembrando bastardos". Se aferró al brazo de Casiana y tomó apresuradamente por el callejón de los paraísos. Esa noche, cuando Ignacio llegó, se sorprendió de ver a Josefina sentada todavía ante la mesa, a la luz dorada de los candelabros. Se acercó para besarla en la frente y entonces ella lo abrazó, largo rato.

* * *

Cada vez que tenía un rato libre, Casiana se acercaba al telar. Pedro se lo trajo una tarde y desde entonces ella hilaba, tejía, fabricaba los tintes. Cuando pequeña había visto a su madre sacar el amarillo de la hoja del terebinto, el rosado de la raíz del piquillín, el rojo de la achira. Recordaba ahora cómo trabajaba la lana, lavándola después de la esquila, poniéndola luego en un cacharro de lejía con ceniza. Todo el proceso estaba vivo y presente ante sus ojos, como si fuera ayer cuando ella la ayudaba a hilar, a formar la madeja que luego teñirían entre las dos.

Esa tarde el aire traía olor a rosas, a jazmines del Cabo. La lanzadera volaba entre sus dedos. Quería terminar el poncho para Álvaro, antes de que los primeros fríos comenzaran a apretar. No podía evitar que un sentimiento de ansiedad la embargase cuando pensaba en él. Recordaba su infancia solitaria, los grandes ojos tímidos persiguiéndola en sus ajeteos por la casa. Al principio no se le despegaba de la falda. Poco a poco fue aventurándose solo. Entonces le traía palomas o vizcachas para que ella guisara. Después del casamiento de Josefina entró a servir en Los Nogales. Al principio ayudaba a los peones en el ordeño y, cuando fue más grande, los acompañaba a pastorear. Por las tardes iba al viejo galpón y los escuchaba tocar la guitarra y cantar. Le gustaba bautizar a las ovejas y a las vacas. Casiana lo escuchaba por las noches hablarle del Lucerito, del Clavel, del Boyerito. Una tarde, cuando tejía, lo miró mientras arreglaba un apero. Vio el despuntar de la barba, se dio cuenta de que su voz era más gruesa; entonces comprendió que ya no era un niño y que quizá muy pronto alguien se lo llevaría de su lado.

Fue aquella la época en que Álvaro comenzó a noviar con la María Salomé. Casiana lo supo desde la tarde en que fueron a la cosecha de la algarroba. De pronto los vio internarse en el monte. Esa noche Álvaro tomó pensativo la mazamorra que ella le preparó. Más tarde lo escuchó dar vueltas en el catre, una y otra vez; comprendió que no podía dormir. Desde ese día anduvo raro, callado, como hablando para adentro. Salía por las mañanas y cuando llegaba, tarde a la noche, se limitaba a darle un beso en la frente para luego sentarse al lado del ennegrecido fogón sin pronunciar una sola palabra.

Ahora Casiana temía por él, desde que alguien le dijo que necesitaban gente, que pronto comenzarían la campaña. No quería que su hijo se fuera allá, al fortín; que lo usaran para seguir matando a su gente. Pedro era blanco, pero Álvaro no. Era hijo suyo solamente. Por sus venas corría la sangre de su raza, la fiereza de su padre, el cacique amado de la tribu, a pesar de que sus ojos fueran claros como los de Pedro y su barba del mismo color rojizo. No dejaría que se lo llevaran, aunque para ello debiera enfrentarse con Pedro, aunque ella también tuviera que irse. Y sentía que el corazón le sangraba, por primera vez, desgarrado entre esos dos amores.

La sombra había caído ya completamente sobre las plantas del patio. Casiana se levantó para ordenar la cena. Sobre la morera se oyó, nítido, el canto del crespín.

* * *

Volvieron a marchar, los chifles cargados de agua, el mediodía quemante como una brasa. Elvira va al lado de Victoriano. Atrás camina la tropa. No puede dejar de reírse cada vez que mira a Lindor. Se acuerda de la última batalla, cuando lo vio sable en mano, cubierto por aquella cabeza de burro coronada por un chimango. Los soldados enemigos huían, aterrados. A su lado camina Mariano, el contrabandista. A veces, sentado junto al fuego, cuenta las aventuras que corrió cuando comerciaba con los indios; entre ellos encontró a su china. Y dice esto los ojos brillándole en el recuerdo de la hija del cacique, a quien ha dejado allá, Tierra Adentro. Elvira lo mira, ya sin asco, comer la carne cruda, beber la sangre en la degolladura de los caballos. Al que más admira es a Gregorio Paredes. Fue unas tardes atrás cuando Victoriano notó que le faltaban las espuelas de plata y el poncho de vicuña. Entonces lo mandó llamar. Le mostró la huella del ladrón, todavía fresca, en el suelo. El pampero que en ese momento se levantaba acabó por borrar el rastro. Victoriano formó la tropa, a pedido de Paredes. Él miró el pie de cada uno y se paró ante un hombre fornido, de camisa desgarrada y mirada huidiza. "Éste es", dijo. Los objetos fueron encontrados en su alforja. Victoriano ordenó cincuenta azotes como castigo que le fueron aplicados debajo de un chañar, en presencia de todos y sin que valieran los ruegos de Elvira para que dejara la sentencia en suspenso, tal vez se corregiría.

Volvieron a marchar. Elvira ve pasar los matorrales de espinillo amargo, alguno que otro algarrobo en esa tierra enferma de pobreza, de sed, de cansancio continuo a través de los años. Sólo se oye el resoplar de los caballos, el ritmo costoso de sus pisadas. Dice un adiós callado a las sierras que se alejan, oye el canto de la cigarra en el silencio de fuego. Caminan con los ojos aturridos de sol, el poncho arrollado a la cintura. En su recuerdo brilla el agua al fondo de un aljibe en donde, de pequeña, solía asomarse para mirar la luna, cortada en mil pedazos.

El caballo de Victoriano dobló las rodillas y cayó a tierra. Elvira venía detrás. No aceptó quedarse al amparo del monte de chañares, como le indicara Victoriano. Quería estar en el fragor de la batalla, ser un soldado más. Desde allí se oían los gritos, el trueno de los cascos. El viento caliente contribuía a acentuar el polvo y la confusión. Elvira fue por agua al río que, por fortuna, corría cerca. Venía cristalino y verdeante. Cuando se acercó a Victoriano, vio que yacía sin conocimiento. La sangre manaba abundante de la pierna izquierda. Con infinito cuidado desprendió los botones de cobre de la casaca, se esforzó en quitarle las botas, tratando de moverlo lo menos posible. El facón que siempre llevaba en el cinto le sirvió para cortar el paño del pantalón. Lavó la herida y la cubrió con lienzos húmedos, que arrancó de las mangas de su blusa. Luego vendó. Victoriano seguía inconsciente, los ojos cerrados, la frente contraída en un gesto de dolor. "Habrà que llevarlo a alguna parte", pensó, recorriendo con los ojos el terreno. Montes de algarrobos y chañares, espinillos escaúalidos. Sólo una casa de adobe, a unos cuantos metros. Allí lo trasladaron, en una

camilla improvisada.

En la mente de Elvira estaba fresco el galope inicial, cuando salieron al encuentro de los otros. Sentía aún el sudor en la piel de su lobuno, veía las caras crispadas y endurecidas que desafiaban la muerte. Seis horas sufrieron la embestida. Seis horas, bajo el sol canicular del mediodía. Muchos caían. Los restantes volvían a la carga, cada vez con mayor ferocidad. Torres perdía sangre por las heridas que le había abierto un trabucazo. Ciríaco Funes, la cabellera revuelta y la chaqueta hecha jirones, daba golpes a diestra y a siniestra con el sable. En lo más recio de la lucha se internó Victoriano, acompañado a corta distancia por Elvira. El empuje de las fuerzas contrarias se iba agotando. Fue el capitán Méndez, con sorpresiva puntería, quien abatió a Victoriano. Becerra había quedado a cargo de los caballos. Cuando llegaron a su lado lo encontraron gorra en mano, rezando a gritos Padrenuestros y Avemarias.

Pero Victoriano estaba inconsciente y no pudo ver los cuerpos diseminados por el campo ni saber de la derrota ni ver tampoco la bandera, arrojada a tierra como un despojo, que ahora Elvira recogía y llevaba hacia el rancho, en cuyo techo lo pondría, para que todo el mundo lo supiera: Federación o Muerte.

* * *

Josefina se internó por la Alameda. Montaba el zaino que Ignacio le regaló para su cumpleaños. Aspiró con placer el aire fresco y transparente de esa mañana de octubre en que la bulla de los pájaros y el rumor del río invitaban a la libertad. Con su atuendo de amazona, falda azul de terciopelo y botas marrones, constituía un aspecto exótico de la villa, a la que apenas había recorrido en los últimos meses. Era agradable sentir el viento en las mejillas, el cuerpo en tensión de movimiento. Dejó atrás el pueblo con sus quintas divididas por sauces y tápiales, sus perros héticos, las cabras triscando entre las piedras. Era feliz en su cabalgata solitaria, mirando el azulear de las flores de la alfalfa, el amarillo del trigo, el verdor incipiente del maíz. La excitaba el olor a estiércol fresco, el perfume de las retamas que se mecían al borde de la barranca. Dejó a propósito la rienda suelta, como si quisiera dar un margen a la aventura, a ese azar que parecía abolido en la ordenada sucesión de sus días.

A los lejos la sierra espinosa y seca, las cruces del cementerio en donde descansaba su madre. No iría hoy allí. No quería tratos con la muerte ahora que todo a su alrededor le hablaba de vida. Se dejaba llevar por la serenidad del instante, en ese reposo solidificado. Atravesó una represa oculta entre totoras, cruzó un vado sin que la inmutara el que su caballo bebiera largo y sin prisa. Ella tampoco la tenía. Deseaba por una vez ser ella, no Josefina Albornoz de Aguirre Funes. Toda la mañana anduvo así, al albur de sus pensamientos, engañando el hambre con alguna vaina de algarrobo, con piquillines arrancados al acaso. Contemplaba los campos sembrados hasta una extensión que escapaba a la mirada y pensó en Ignacio, en lo que le costaba mantener todo ello. Recordó sus noches inquietas, cuando la helada constituía una amenaza para la cosecha, a la vez que uno de sus temas más recurrentes.

Arrancó una varilla de sauce y la despojó bruscamente de sus hojas. Pegó un breve fustazo a las ancas del caballo, que partió al galope. Atravesó varios campos con vacas, paisajes de pencas y tunales en ese mediodía caliente y sordo. Parecía que la tierra resquebrajada y sedienta cediera a su impulso. Algo nuevo, una fiereza que era a la vez un desafío, la obligaba a trasponer los límites de todo lo hasta ahora conocido. Quiso encontrar algo distinto, tal vez encontrarse bajo ese cielo indiferente y familiar.

Por la noche estuvo callada, lejana. Una presencia muda, impalpable, la alejaba de Ignacio. A pesar del fresco, natural en esa época temprana de la primavera, no resistió al deseo de llevar a la ventana la mecedora de mimbre. Un hombre vestido de negro se acercaba por la vereda de piedra, anunciándose por el golpeteo del bastón. "Miguel", murmuró casi automáticamente, sin notar que el extraño la había oído y levantaba ya la vista a esa silueta que crispaba las manos sobre la falda de tafeta.

Le dijeron que venía roído por la enfermedad, que su aspecto era lamentable. Le dijeron que cojeaba, pues el reumatismo avanzaba poco a poco y sus noches de

dolor eran terribles. Le dijeron que allá, en París, tuvo mujeres, hermosas mujeres que le enseñaron todos los secretos del amor. Que por la noche la llama de su vela no se apagaba y que se quedaba dormido, la cabeza caída entre los papeles garrapateados por su mano.

Todo eso le contaban sus amigas, las visitas que llegaban a la casa. Entre dos besos le largaban esas frases que para ella eran como lava ardiendo. Las escuchaba callada, sin dejar traslucir sus pensamientos, la cabeza fija en el bastidor en donde bordaba su interminable tela. Ella supo entonces que el encuentro era inevitable y trató por todos los medios de que no ocurriera. Los árboles del huerto eran, por las tardes, testigos de su hastío. Todas las noches escuchaba bajo su ventana el taconeo del bastón sobre los adoquines; a veces no resistía a la tentación y apartaba imperceptiblemente los visillos.

El Viernes Santo la iglesia había quedado solitaria después de la ceremonia. Josefina pasaba lentamente las cuentas de su rosario de filigrana, la vista fija en el tabernáculo que guardaba el Santísimo. Alguien se sentó a su lado, pero ella siguió abstraída en sus rezos. "Josefina", murmuró, débil, la voz. Entonces se volvió. Le costó contener un grito: el rostro que la miraba con intensidad parecía el de un cadáver; su palidez resaltaba aun más entre las ropas de un negro raído. Quiso huir, pero las rodillas se le quedaron clavadas en el reclinatorio en donde permaneció con las manos apretadas, sin atreverse a pronunciar palabra. "Te necesito", siguió diciendo él mientras ella lloraba en silencio, culpable y emocionada por escuchar aquello. "Quería verte, saber si todavía me recuerdas".

Allí, en esa penumbra fresca, Josefina comprendió que Miguel Fuentes era su amor, el único, el verdadero, y que nada le importaban respetos humanos o divinos. Se levantó, poniendo su mano en la de él, quien se apresuró a retenerla, suplicando: "ven a mi casa, por favor". Josefina se irguió, tensa, alejándose apresuradamente. No se dio cuenta, en el apuro, de que olvidaba su rosario que Miguel con rápido movimiento, escondió en uno de los bolsillos de su saco.

Esa noche Ignacio se quedaba en la capital. Josefina se paseaba al atardecer en la galería, estrujando el pañuelo de puntillas. Entró a la pieza de Ramiro y lo vio dormido, la cara serena iluminada por una sonrisa. Lo arropó, besándolo. Se miró largamente en el espejo de la cómoda y tomó el chai con el que cubrió su cabeza y los hombros. Se arrodilló luego ante la imagen del Señor del Espino. Largo rato estuvo con los ojos cerrados y la cabeza baja. Cuando salió, las calles de la villa habían quedado desiertas. Sólo el sereno la vio cruzar la plaza en sombras y llamar tímidamente a la puerta de Miguel.

* * *

En el bochorno de la siesta el padre Eugenio dormitaba en su reposera. Se escuchaba el monótono zumbido de las abejas. Las moscas se posaban a veces en su cara y él las expulsaba con un gesto mecánico. A pesar de su delgadez transpiraba bajo el cuello blanco, que se había desprendido para mayor comodidad. En la calva rosada, matizada por unas pocas canas, brillaban gotas de sudor. Escuchaba el rumor del río, a lo lejos, al borde del barranco. Ese año las lluvias habían sido, si no abundantes, al menos suficientes. El calor volvía aún más penetrante el perfume de las glicinas que se enredaban en los postes de la galería. Benita, la sobrina que vivía con él desde hacía un año, había salido; también Juan, el monaguillo, partió esa mañana rumbo al pueblo vecino en donde su padre agonizaba. Ahora el padre Eugenio no tenía quién le leyera el Breviario y se quedó en la reposera, murmurando las letanías. Cuando llegó a la Rosa Mística ora pro nobis, un nombre se abrió paso en los recovecos de su memoria: Rosa. Así se llamaba aquella niña de largas trenzas rubias enrolladas a la cabeza. La quiso siempre, desde el día en que su padre lo llevó a vivir a la villa. Era comerciante en paños y a veces ella entraba a la tienda acompañando a su madre. Sentado detrás del mostrador él la miraba a hurtadillas, extasiado. Los botines negros parecían encerrar unos pies de un tamaño irreal. Un gran moño azul le sujetaba las trenzas.

Rosa era hija de un rico hacendado que tenía sus tierras a unas leguas de la villa. Una mañana, ella bajó del coche. Había llegado sola, conducida por el viejo cochero de la hacienda. Se dirigió decidida al rincón en donde él leía aquellos libracos que sacaba de la biblioteca de la escuela y, parándose a su lado, le dio un beso en la mejilla. "Mañana nos vamos", le dijo: "papá ha vendido la hacienda para instalarse en Buenos Aires".

Nunca más supo de ella. Un día abandonó la tienda. Subió a la diligencia de las cuatro de la tarde sin otro equipaje que la ropa que llevaba puesta y se fue rumbo al seminario de Córdoba. En vano su padre fue a buscarlo, rogándole que volviese, en el patio del seminario por donde los otros internos paseaban. Cuando regresó, ya sacerdote, la villa había crecido y era urgente la necesidad de alguien que bendijera los matrimonios, bautizara a los niños, ayudara a bien morir a los enfermos. Se dedicó a los fieles con todas sus fuerzas, ya que su corazón había renunciado para siempre a los placeres del amor terrenal. Cuando lo malones asolaban la villa, él trataba de ayudar a unos y otros, sobre todo en aquella época en que debieron abandonar sus casas y refugiarse en la sierra. Era querido por todos y no pedía más, a pesar de que Dios lo había probado duramente. A los cuarenta y cinco años se le declaró una diabetes que lo llevó, progresivamente, a la ceguera. Sin embargo, en su interior aún brillaban los árboles bajo la lluvia, sentía la bondad refrescante de la sombra en las tardes en que, como ahora, la brisa se detenía en un reposo de fuego. Mater amabilis, murmuró, casi en el mismo momento en que una mano se posaba suavemente en su hombro. Supo en seguida que era Josefina.

-Quiero confesarme, padre. Vi el portón abierto y entré.

-Espérame en la iglesia. En unos segundos estoy allí.

La había seguido en su crecimiento, luego de la muerte de Mercedes. Sentía predilección por esa niña cuya última visión, adolescente aún, le hacía rememorar aquella otra que yacía sepultada en la vieja tumba de sus recuerdos. Se levantó, apoyándose en el bastón de eucalipto y avanzó tanteando las lajas de la pared de la galería. Al entrar en la iglesia, el fresco lo golpeó en la cara.

-Ave María Purísima, dime, hija- comenzó, abriendo la ventanilla del confesionario.

-Bendígame padre, porque he pecado.

-Te noto triste, pequeña- dijo el padre Eugenio, dulcificando la voz.

-No soy digna del amor de Dios, de acariciar a mi hijo. Mi vida es una tortura, padre-. Y Josefina rompió a llorar.

El padre Eugenio se quedó unos segundos en silencio. No necesitaba que Josefina le relatara lo sucedido. La conocía demasiado bien. No pudo dejar de compadecer a esa mujer que sufría por haber amado tanto, como la pecadora del Evangelio.

-No puedo condenarte, hija. Como hombre te comprendo, también como sacerdote. Sé lo que estás pasando. Pero tampoco puedo absolverte. Los caminos de Dios son misteriosos; sólo estoy en condiciones de rezar por ti, de confiarte a su misericordia.

Josefina se levantó aliviada, casi en paz. Al salir, recordó aquellas palabras que un día leyerá en su devocionario: "Fuerte como la muerte es el amor. Son sus dardos saetas encendidas. No pueden aguas copiosas extinguirlo, ni arrastrarlo los ríos".

El último año de vida del padre Eugenio fue muy agitado para él y sus feligreses. Estaba muy enfermo y ya casi no tenía fuerzas para tenerse en pie durante la misa. Sus sermones, que fueron famosos por su severidad, eran ahora breves y llenos de benevolencia. Las mujeres ya no formaban corrillos a la salida de la iglesia para comentar las palabras que él pronunciara, la voz estentórea y los ojos brillantes.

Un jueves durante el almuerzo, Benita le contó lo que ya era la comidilla del pueblo: dos días antes la diligencia había parado más tiempo que de costumbre. De ella bajó un grupo de mujeres cubiertas de extraños sombreros adornados con flores y vestidos chillones de grandes volados que cruzaron la plaza caldeada por el sol del verano. Las precedía un hombre maduro de aspecto solemne que agitaba al caminar los faldones negros de su frac.

Al poco tiempo las polvosas calles de la villa se vieron invadidas por hombres que caminaban borrachos del brazo de las forasteras, cantando a voz en cuello canciones olvidadas. Las puertas de las casas se cerraron herméticamente y las mujeres no se animaban a asomar la cabeza. La retreta dejaba oír su música en una plaza abandonada por sus habituales paseantes.

Las forasteras se instalaron en una casa vieja de las afueras de la villa, en el sitio que llamaban "del condenado". Hacía mucho tiempo que nadie pasaba por allí desde que caía la tarde. Decían que el alma de un antiguo vecino, muerto años atrás,

espantaba a los que se atrevían a molestarlo. Pero las recién llegadas hicieron caso omiso de esa creencia y convirtieron la calle en un alboroto de música y de bailes. Por las ventanas abiertas se colaban las risas de las parejas entrelazadas. Las mujeres de la villa ya no tuvieron paz, pensando en que sus hombres podrían aventurarse en ese antro de pecado y perdición.

Ese domingo el padre Eugenio subió al púlpito con una firmeza desacostumbrada y lanzó anatemas contra las mujeres y hombres desconocidos que habían llegado a perturbar la quietud del pueblo.

Una tarde en que Santos pasó por la Alameda, vio a una muchacha rubia enfundada en un vestido de un verde brillante. Se acercó a ella e intentó hablarle, pero sólo comprendió que se llamaba Jeannine y que tiritaba de frío; era francesa. La llevó a su casa en donde vivía solo desde la muerte de su madre. Poco tiempo después se casaba con ella en una ceremonia a la que concurrieron unos pocos allegados. Josefina no se atrevió a asistir, sabiendo que se encontraría con Miguel. Temía despertar las sospechas de Ignacio.

Fue por esa época que Santos y Miguel comenzaron a reunirse con Pedro en la casa del Coronel Chacón. Nadie sabía lo que se trataba en esas veladas tan largas en las que, decían, jugaban a las cartas o al ajedrez.

Josefina había cambiado mucho desde la llegada de Miguel. La primera en advertirlo fue Casiana. Una tarde en que Josefina miraba pensativa las llamas de la chimenea, se acercó lentamente y le acarició la cabeza. "El corazón es un árbol que tiene muchas ramas", le dijo "no debes estar triste". Josefina se levantó y la abrazó en silencio.

* * *

Cuando Victoriano fue hecho prisionero aquella tarde de agosto, supo que su fin estaba próximo. Había tomado la diligencia que lo llevaría a su pueblo, luego de que un chasque le entregara la carta en donde se le avisaba de la enfermedad de su madre.

Se detenía apenas en las postas para cambiar caballos. No escuchó al partir las súplicas de Elvira y Demetrio, sus advertencias de que los enemigos podían esperarlo en cualquier recodo del camino, dispuestos a atraparlo con las mismas contemplaciones que se tendría cazando a un tigre. Se sabía que el gobierno miraba con recelo su creciente popularidad, su arrastre ante esos hombres que preferían la muerte más atroz antes que abandonar a su jefe.

Victoriano iba solo en el coche, pensando en la última vez que viera a su madre una ardiente siesta de febrero, escardando lana bajo el parral. El camino parecía solitario y desolado. Algunos salían a las puertas de sus casas para ver pasar a ese extraño carruaje que avanzaba devorando polvaredas.

Todo sucedió al llegar a La Dormida. Unos hombres armados detuvieron la diligencia e hicieron bajar a Victoriano, que iba desarmado y vestido de civil. Lo condujeron ante un oficial lampiño de mirada desamparada y charreteras bordadas en hilo de oro, quien lo hizo engrillar después de haber ordenado que lo llevaran al calabozo. Allí, decía, debería estar hasta que llegaran las instrucciones.

En ese cuarto hediondo y oscuro, bajo el peso de los grillos que le sacaban llagas supurantes, pasó Victoriano los dos últimos días de su vida. El 25 de agosto lo fusilaron, preguntándole antes su último deseo. "Mandar a la mierda a esos cabrones", contestó. No escuchó al cura, que caminaba a su lado rezando el Breviario; al llegar al paredón se abrió el poncho, ofreciendo su pecho a la descarga.

Esa misma mañana lo decapitaron y su cabeza fue clavada en una pica. Las mujeres que asistían a la Misa Mayor se desmayaban al verla. La noticia no tardó en desparramarse por todas partes.

La noche anterior Elvira no pudo dormir. A eso de la una sintió cómo el caballo de Victoriano, atado a un eucalipto a pocos metros de la tienda, pegaba un largo y lastimero relincho al mismo tiempo que alzaba las patas delanteras en un intento desesperado por cortar la atadura del arnés. Los hombres que bebían en la pulpería pudieron oír a un potro que corría desorbitado, como una aparición fantasmagórica.

* * *

El Coronel Lucio Chacón llegó a la villa una mañana de octubre. Había nacido en ella y su madre vivía en una pequeña casa de paredes pintadas de blanco. Nadie lo conocía excepto Pedro, con quien luchó en las Invasiones Inglesas. Los vecinos se preguntaban quién sería ese hombre magro de carnes y de baja estatura que paseaba solitario al atardecer, un poco tieso dentro de su uniforme. A veces se lo veía en un banco de la Alameda, conversando con Miguel. Era la única amistad que se le conocía, pues el resto del tiempo lo pasaba en casa de su madre, recostado en una silla tijera debajo del pimiento de los fondos. Un día se lo vio tocar las pesadas aldabas de lo de Albornoz. Salió de allí muy tarde, envuelto en una capa negra, cuando el sereno cantaba las dos han dado y nublado viva la Santa Federación.

Josefina se encontraba a veces con este hombre de hablar pausado que revelaba un fondo de lecturas precipitadas e intensas y contaba divertidas historias. Pero le preocupaba que Pedro jugara hasta tarde al ajedrez en su casa, ya que Casiana refunfuñaba que su salud se había quebrantado desde la llegada de ese intruso. Le contó a Josefina que por las madrugadas lo veía regresar con el semblante preocupado y la mirada enigmática.

Aquella mañana a la salida de Misa, Josefina se extrañó de encontrar al mujerío más agitado que de costumbre. Las comadres hablaban en secreto y, cuando ella pasó a su lado, se dieron vuelta aparatosamente. Poco después sonaron las campanas y un soldado leyó el bando en donde se anunciaba el levantamiento del cuartel y la caída del Gobernador.

Pedro llegó a la casa y se encerró en su despacho. Poco después cayeron Ignacio y Josefina. Ignacio conversó a solas unos instantes con Pedro, ante la impaciencia de Casiana y Josefina a quienes aquellos minutos parecieron horas. Cuando la puerta del despacho se abrió, Pedro contestó con evasivas a las preguntas de las dos mujeres. Las abrazó fuertemente y luego partió. En la villa silenciosa sólo se oyó el retumbar de los cascos del caballo.

Ignacio refirió luego a Josefina que una revolución había estallado y que su padre junto con otros, a los cuales prefería no mencionar, estaba comprometido.

Los chasquis llegaban a matacaballo anunciando la derrota y dispersión de los vencidos. Josefina corrió a la plaza pese a la prohibición de Ignacio, el cabello alborotado y los hombros desnudos. Los hombres comentaban los sucesos a la luz mortecina de los faroles. Casi no había mujeres en ese ámbito en el que poco después reinaba un silencio de muerte. Una fila de soldados conducía a un hombre que vacilaba bajo el peso de los grillos. "Es uno de los presos", dijo alguien a su lado. No tardó en reconocer a Miguel en aquella figura de pechera blanca que avanzaba pálida y desencajada.

Josefina sabía que Miguel conspiraba. Al principio él trató de ocultárselo, pero luego se lo dijo, una noche en que la felicidad de tenerla consigo fue tan intensa que

sintió la necesidad de que ella participara en algo que para él se había convertido en una de las razones de su existencia.

Era asombrosa la mejoría de Miguel en los últimos tiempos. Ya no necesitaba drogarse para mitigar sus dolores. El clima seco y el amor de Josefina lograron alejar la enfermedad ante la cual los médicos se declararan impotentes.

Miguel le contó que junto con otros hombres se habían propuesto derrocar al gobierno. Se guardo muy bien, sin embargo, de nombrar a Pedro y sus veladas en la casa del Coronel Chacón. Josefina le rogó que se cuidase, lo abrazó, temblando por su vida.

Cuando Miguel pasó a su lado, le dirigió una sonrisa. Josefina se desmayó. Volvió en sí en su cama, mientras Casiana le ponía compresas en la frente. Ignacio, sentado en la butaca celeste, la contemplaba en silencio.

-Nunca lo olvidaste- le dijo y agregó, como temiendo la respuesta-: tu padre también está implicado. Pero no te inquietes, pudo escapar. Solo que pasará un buen tiempo antes de que vuelvas a verlo. Se negó a agregar una palabra más. Fue Casiana quien le aclaró como fueron las cosas. Esas partidas de ajedrez que Pedro jugaba en la casa del Coronel no eran sino un pretexto para conspirar. Al amparo de las sombras, llegaban también Miguel y Santos. Pedro encabezó la sublevación del fuerte que obligó al Gobernador a renunciar. Este, sin embargo, tuvo tiempo de pedir refuerzos a las provincias. La batalla fue sangrienta. Santos y Miguel fueron sacados de sus casas y hechos prisioneros. Pero sólo a Miguel trajeron a la villa y se decía que aún no había ninguna disposición sobre su suerte. En cuanto al Coronel, se había refugiado en las tolдерías. Más tarde comenzó a correr el rumor de que Santos había logrado huir antes de que llegaran a buscarlo.

-¿Y papá?- musitó, pálida, Josefina.

Casiana vacilaba en contestarle. Ella también tenía un nudo en la garganta. Al fin dijo:

-Huyó a Mendoza. En pocas horas pasará la cordillera y estará a salvo.

Josefina tardo meses en reponerse. Miguel seguía en la cárcel y no era posible verlo. No lo intentó tampoco, temiendo que Ignacio sospechara. Por las tardes salía a la galería y dejaba vagar la mirada por los limoneros, los manzanos en flor, el parral en donde la uva comenzaba a madurar. Casiana le traía a veces a Ramiro y ella lo abrazaba con un sentimiento que era a la vez amor y desazón. Por esa época Ignacio llegaba por las noches, exhausto y malhumorado.

Un jueves a las cinco de la tarde, Josefina disfrutaba la frescura que se levantaba de la tierra recién regada. Se iba reponiendo lentamente, pero aún la preocupación por la suerte de Miguel ponía en sus mejillas una intensa palidez. Entonces vio a aquella mujer que avanzaba por el sendero de ladrillo. Reconoció sin esfuerzo a la criada de Zelmira Carbajal, a pesar de que sólo la viera en contadas ocasiones. Cuando llegó a su mecedora, la mujer le entregó un pequeño paquete para luego volverse, sin pronunciar una sola palabra. Josefina lo abrió, estremeciéndose al tocar la gasa del crespón, el vestido de seda negra que parecía cortado a su medida.

* * *

La noticia de la fuga de Santos y del próximo fusilamiento de Miguel Fuentes corría de boca en boca. Las mujeres se lo contaban unas a otras en las tertulias, entre sorbetes y licores, hablando en voz baja detrás de sus abanicos de carey.

Cuando Josefina recibió el envío de Zelmira ya no tuvo dudas. Encerrada en su habitación, se pasaba las horas tirada en la cama, mirando las cortinas oscuras permanentemente corridas para que no entrara ni un rayo de la luz de ese sol que pronto Miguel dejaría de ver. A los requerimientos de Ignacio contestaba que tenía jaqueca y se dejaba ir en una somnolencia que la llevaba al recuerdo de su cuerpo entrelazado al de Miguel, de ese asombro inacabable ante aquello que había experimentado a su lado por vez primera: el estremecimiento de todas y cada una de las partes de su ser que dejó de lado las ideas de culpa y pecado para entregarse al júbilo de lo que ahora se le ofrecía. Y en esas noches que ella sabía breves, nada en su vida había durado demasiado, perdió toda noción del tiempo. Miguel le contaba, cuando tendidos uno junto al otro sabían próxima el alba y por lo tanto la separación, sus aprendizajes en aquel París lejano en donde sólo el recuerdo de ella lo guiaba, en aquel lugar en donde se le habían ofrecido todos los refinamientos del amor sin que nada de eso lo llenara. Por el contrario, lo habían arrojado con más urgencia a esa playa, a esa tibieza que ahora se acurrucaba a su lado. Y las cosas y el mundo adquirían una dimensión distinta, navegaban con ellos a regiones de sueño en donde se daban una cita para la eternidad.

Esa noche Ignacio llegaría tarde. Sin hacer caso de las recomendaciones de Casiana, quien no pudo menos de asustarse al verla con la mirada brillante y las mejillas encendidas, Josefina se puso el vestido de piqué y la sombrilla con flores malvas para salir luego a la calle sin dar más explicaciones.

Los carceleros se conmovieron ante la visita de esa mujer joven que pidió, en un tono que no admitía réplica, hablar con Miguel Fuentes. La llevaron ante el oficial a cuyo cargo estaba la prisión. "Está incomunicado", le dijo. Josefina contestó que ya lo sabía pero que no se movería de allí hasta que le concedieran la autorización para verlo. Ante la pregunta de si era familiar recordó que el padre de Miguel había muerto durante su ausencia y que la madre partió poco después a Buenos Aires en donde vivía confinada a causa de una progresiva parálisis. "Soy la hermana", mintió. El capitán no pudo resistir la expresión de tristeza que le dirigió Josefina y accedió al pedido.

Miguel, tirado en el catre, se incorporó con violencia al distinguir detrás de las rejas la silueta de Josefina. El carcelero, que los observaba a distancia, consintió en abrir. Josefina entró en silencio y se detuvo a unos pasos. Se abrazaron. Miguel sintió el temblor de esa carne amada a la que ahora perdía por un sueño de humo y no tuvo miedo a morir, sólo una rabia ciega y silenciosa. "Sé feliz", fue lo último que pudo decirle.

La mañana del fusilamiento Josefina no salió de su cuarto. Casiana, que entró a dejarle la bandeja con el almuerzo, trató de acercarse, de decirle alguna palabra de consuelo. Josefina la despidió con un gesto.

Los disparos sonaron a las doce. Nadie supo lo que pasaba en el cuarto cerrado de Josefina. Casiana volvió a la oración y vio la bandeja intacta y a ella, que miraba fijamente la imagen del Señor del Espino. Esa noche Ignacio entró a verla y, sin decirle nada, le acarició la cabeza. Esto hizo caer el chal con que Josefina se había cubierto. Ignacio lloró ante la cabellera, ahora completamente blanca que cayó sobre la espalda agobiada.

* * *

Cuando Elvira supo el fusilamiento de Victoriano y que su cabeza era exhibida en una pica en la Plaza Mayor de San José de la Dormida, decidió partir. Inútiles fueron los ruegos de Demetrio. Tampoco permitió que le prepararan el coche. "Iré en mi lobuno", dijo, "no me gustan los carruajes. Además, eso llamaría demasiado la atención".

Demetrio no quiso apartarse de su lado. Esperaron juntos a que oscureciera, para no correr el riesgo de ser vistos.

La travesía fue larga. Elvira iba abstraída, los ojos fijos hacia adelante, como queriendo adivinar a través de las sombras ese paisaje agónico en donde tantas veces durmiera junto al cuerpo, ahora perdido, de Victoriano. No derramó una lágrima. Demetrio miraba preocupado el gesto duro, la boca contraída en un rictus de fiera. Elvira no le comunicó sus planes. El tampoco preguntó. La seguía, simplemente, como antes había seguido a Victoriano, dispuesto a dar su vida si alguien se atrevía a enfrentarlos.

A la madrugada llegaron al pueblo. Nada se movía. Los árboles de la plaza parecían garras contra el cielo plomizo.

Elvira desmontó y caminó hacia el lugar en donde se erguía la pica. Demetrio iba detrás, en silencio. No se detuvieron a mirar las facciones hinchadas ya por la descomposición ni esbozaron el menor gesto ante el penetrante olor que de ella emanaba. Entre los dos desenterraron el largo palo y sacaron la cabeza, que Elvira envolvió cuidadosamente en su chal. Después se alejaron. Nadie, salvo Demetrio y Elvira, sabría nunca en dónde la enterraron. Todo el día siguiente lo pasaron escondidos en un rancho de los alrededores. Comprendían que andarían buscándolos. Preferían marchar de noche, al amparo de las sombras.

Algún tiempo después, Elvira llegó a la villa. Su regreso pasó, al principio, desapercibido. Por esa época la gente vivía temerosa a causa de un malón que, decían, se acercaba nuevamente. Los soldados fueron acantonados en el fortín y nadie salía de sus casas, por orden de las autoridades.

Era una noche de verano. Elvira sabía de la muerte de su padre. Se enteró también de la ausencia de Federico, quien no volvió nunca más. Los vecinos lo habían, ya, olvidado. Se detuvo ante la verja, un poco temerosa. Luego la empujó y entró. La enredadera de jazmines perfumaba la noche con una fragancia penetrante. En el huerto, la maleza crecía despreocupadamente. Todo transmitía una sensación opriente de abandono: las ventanas de la casa estaban rajadas y las vigas del corredor se veían peligrosamente podridas.

Elvira se encerró en ese ámbito en donde podría vivir a gusto con sus fantasmas. La gente del vecindario se alborotó al notar que la casa estaba nuevamente ocupada. Cuando vieron que nadie salía de ella hicieron mil conjeturas sobre cómo conseguiría el alimento su extraña moradora. Contaban también que, cuando las au-

toridades se enteraron de su llegada, decidieron apresarla. Fue el gobernador quien se opuso. Nadie sabía que él estuvo enamorado de Elvira y que aún no olvidaba aquella cabellera rubia ni el talle frágil que todas las tardes veía pasar por la Alameda.

Josefina hubiera querido ir a ver a su amiga. Pero un vago resquemor se lo impedía. Una vez al año, siempre para la misma época, los pobladores veían pasar un jinete que se detenía ante la verja pintada de gris. Salía por la noche y, hasta el año siguiente, todo seguía igual.

Una mañana, Josefina se encaminó al cementerio después de cortar en el jardín las calas y hortensias que pensaba depositar en la tumba de Mercedes. Habían pasado algunos años desde que Elvira volviera. Un imprevisto chaparrón, excepcional en ese año de sequía, la obligó a refugiarse en la galería de una casa abandonada. Cuando la lluvia paró, siguió su camino. Por el lado del cementerio se acercaba una figura delgada, la cara totalmente cubierta por un velo negro que caía del sombrero pasado de moda. Algo familiar había en ese modo de caminar apresurado. Fatalmente tenían que cruzarse y ella no apartaba los ojos de esa silueta que avanzaba con paso seguro y rápido. Cuando quedaron frente a frente, la mujer se levantó el velo y Josefina lanzó una breve exclamación al reconocer a Elvira. Entonces cayó en sus brazos. Elvira también la abrazó. Largo rato estuvieron en silencio, sollozando y mirándose. Casi no hablaron. Se separaron conmovidas, sabiendo que el destino les había trazado senderos diferentes y que nada tenían que decirse, salvo aquel abrazo, último tributo a un tiempo definitivamente perdido.

Fue Casiana la única que, desde un principio, se atrevió a cruzar la reja de los Herrera. Se la veía diariamente, poco después de que los gallos cantaran y las comadres se dirigieran a la iglesia, llevando un cesto con provisiones que dejaba en la galería de los geranios.

CUARTA PARTE

* * *

Tirado en el pasto, Álvaro mordisqueaba un tallo de trébol. Nadie lo vio caminar hacia el río, a esa hora de la siesta en que los demás buscaban la sombra acogedora del galpón. Esta vez no quiso estar con los otros peones. Aceptó un pedazo de asado y, cuando comenzó el partido de truco aprovechó para escabullirse. Miraba distraídamente el desperezo del agua entre los sauces, escuchaba el monótono zumbido de las abejas, el llamado amoroso de las torcazas. No pudo dejar de recordar la piel morena de la María Salomé esa misma mañana, lavando la ropa de la hacienda.

La conoció en el camino viejo, aquella vez que iba en el moro de Ignacio a dejar un recado en el pueblo vecino. Se paró a unos pocos metros y trató de hablarle, pero ella le sonrió y siguió de largo, erguida en el apero de su mula.

Fueron varias las semanas en que la María Salomé le mostraba una amabilidad distante, algo como un temor en el que Álvaro entreveía una escondida ternura.

Aquel lunes por la mañana se apostó junto al recodo en donde acostumbraban a saludarse.

-Buen día, María Salomé -le dijo, haciendo ademán de acercarse.

-Buenos días.

Álvaro puso su caballo al lado de la mula y caminaron un trecho juntos. El mediodía desplegaba su claridad vertical. La María Salomé llevaba una blusa blanca, sin mangas. El vio sus senos redondos, los brazos torneados de mujer fuerte y sintió que se le descompasaba el corazón.

-T'hei dicho que no me sigás. En casa me esperan. Sólo voy a entregar este atado de ropa en la casa grande.

-Quiero mostrarte algo -aventuró Álvaro.

Ella lo miró, los ojos súbitamente encendidos de curiosidad.

En el secreto de sus noches pensaba en el cuerpo viril de Álvaro, en esa cara de pómulos altos, tostados por el sol. Pero no quería que la tomaran como a tantas otras para quedar luego con la barriga hinchada, la mirada perdida en el horizonte, tratando de descubrir a alguien que jamás volvería.

Álvaro la condujo a un rancho abandonado. Ella miró las paredes de adobe, la boca del horno ennegrecida por el humo, el mortero. Dejó que él la llevara hacia los fondos, allí donde el nogal derramaba su copa de frescura. Se sentaron juntos.

-Quiero que seas la patrona de esta casa. Con mis manos l'hei de arreglar. Sembraré el maíz para que lo vendamos en el pueblo. Entonces la dejó ir. Ella se levantó en silencio, dirigiéndose a la mula. Siguió por el camino que conducía al río y se dio vuelta, con una sonrisa que era a la vez una invitación y una ofrenda.

El agua parecía haberse detenido, adormilada por el calor. La María Salomé cerró los ojos y el cuerpo del hombre le supo dulce, con una dulzura de desgarramiento. "Tengo miedo", musitó. Un lamento jadeante la fue invadiendo hasta hacerse uno con el rumor del río, con el canto insistente de las cigarras.

Un pájaro pasó. Álvaro reconoció al Ñenmi, aquel que Casiana decía que indicaba buen agüero. Una pluma se desprendió del ave y fue a posarse sobre su cara. Entonces ésta se ensombreció. Ya no pensó más en los pechos como limones de la María Salomé, en la casa que poco a poco iba arreglando para que pronto la habitaran, ahora que ella esperaba un hijo. Se lo había dicho tomando su mano y llevándosela al vientre, que comenzaba a abultarle debajo de la falda. No pensó tampoco en los ojos grandes y tristes de Casiana, mirando la lejanía como si algo o alguien se le hubiera perdido por detrás de las sierras, ni en ese hijo al que llamarían Álvaro si nacía varón, Natividad si era mujer. Todo se borró de su mente para dar paso a un sentimiento sordo, de rabia y de impotencia.

Sólo la noche anterior se había atrevido a preguntárselo a Casiana. Siempre le pesó el saber que no tenía padre. Creyó que había muerto y por eso no indagó nada al ver el mutismo obstinado de ella. Pero aquella noche no pudo resistir más la incertidumbre:

-Quiero que me diga quién es mi padre -le dijo, mientras despedazaba un pan. Casiana cortaba las cebollas para la cena y levantó la vista, sin decidirse a hablar. Álvaro insistió:

-Mire, mama, quiero saber la verdad.

Fue así como se enteró de todo. Las palabras de Casiana le iban atando un nudo en las visceras, ese cuchillo que lo penetraba, de una manera lenta y segura.

Arrojó lejos el tallo que mordisqueaba y se levantó de un salto. Caminó hacia la caballeriza luego de cerciorarse de que nadie lo observaba. El lugar se veía abarrotado de arneses y monturas. Colocó una sobre el caballo y partió. Al principio fue despacio, pues quería pasar desapercibido. Cuando hubo abandonado las últimas tapias intentó un corto galope, esquivando las ramas de los espinillos. Vio cómo se perdían, a lo lejos, las lomadas violáceas. No le pesó lo del caballo de Ignacio. Él podría agenciarse otro. No le faltaban para ello sus buenos patacones. En cambio el suyo, maturrango y enflaquecido, había muerto la primavera pasada.

Por la tarde entró a un arenal pesado, cruzado por algunos médanos; atravesó un salitral, leguas y leguas de arbustos chamuscados por la quemazón. Durmió al tranco, al trote, al galope.

Alaridos como de guerra se escuchaban ahora por todas partes. Una nube de polvo venía detrás de la manada de guanacos, que disparaba embravecida. Después pasaron ellos, revoleando con furia las boleadoras.

* * *

Casiana no pudo resistir la partida de Álvaro. Su cuerpo se fue desmigajando lentamente, como roído por una incurable tristeza. Había soportado con un estoicismo silencioso la ausencia de Pedro. Se quedó en la vieja casona de los Albornoz, como si la vida en ella continuara, afanándose igual que siempre en mantener limpios los cuartos, en lavar y planchar los visillos de gasa, en encender el fuego durante las frías tardes del invierno. No escuchaba los ruegos de Josefina de que se trasladase a la casa hacienda. Allí se quedaría, había dicho, hasta que Pedro volviera o los ojos se le cerraran en el sueño de la muerte.

A veces Josefina sacaba del manguito de armiño una carta de Pedro que llegara con el último correo y, luego de escucharla, Casiana se quedaba mirando a lo lejos, como queriendo traspasar la mole de aquellas sierras detrás de las cuales se lo imaginaba. Pero la partida de Álvaro terminó por derrumbarla, a pesar de que en lo profundo de su corazón ella había rogado que sucediese algo para que no lo engancharan, para que no tuviera que ir al fortín. Andaba por la casa como un alma en pena. Ya no tenía fuerzas, como antes, para baldear el piso de baldosas de la galería, ni de limpiar las telarañas que iban invadiendo los cielorrasos, ni de regar las plantas del huerto como acostumbraba a hacerlo en las noches calurosas. Una de esas tardes llegó la María Salomé. Se quedó con ella y, poco después, nació la niña. Casiana la asistió en el parto, pues para ese entonces recobró un poco de sus fuerzas. Le pusieron Natividad, como habían proyectado con Álvaro. La María Salomé se hizo cargo de la casa y otra vez los cuartos brillaron bajo su furia limpiadora. Por las tardes, los faroles encendidos daban una impresión de vida, a pesar de las paredes cuarteadas y la pintura descascarada de la casa. Casiana y ella se turnaban en el telar, haciendo ponchos que luego vendían en la feria.

Por esa época murió Ignacio. Un jueves en que Josefina preparaba buñuelos para el té, sintió el galope del caballo que avanzaba desbocado por el callejón de los paraísos. El alazán se detuvo a unos metros de la galería. Josefina, que había corrido hasta allí presintiendo que algo sucedía, pegó un grito al ver el cuerpo sin vida de Ignacio atravesado en la montura. En realidad sus últimos tiempos de matrimonio fueron los únicos felices. Era como si después de la muerte de Miguel y la partida de Pedro, Josefina se hubiera refugiado en los últimos afectos que le quedaban.

Ramiro crecía y ella reconocía en sus facciones los ojos de Pedro, el pelo negro que un día viera cepillando a su madre en el cuarto del fondo. La fama de Ignacio pareció aquietarse en los últimos tiempos. Las mujeres ya no cuchicheaban cuando Josefina pasaba a su lado en dirección a misa, ni él pasaba las noches, como acostumbraba, fuera de la casa. Sin embargo, un día Josefina escuchó que una mujer de los alrededores acababa de morir al dar a luz. Cuando preguntó por el padre, vio cierta reserva en los ojos de su interlocutora. Entonces comprendió. Casiana la vio llegar, casi entrada la noche, con la niña envuelta en una pañoleta de lana; la depositó en la

cuna que perteneciera a Ramiro y se puso a cuidarla con un ardor que desconcertó a Ignacio. La llamaron Candelaria. Ramiro, que tenía cinco años, se encariñó con ella.

Nadie supo nunca quién había sido el autor de la muerte de Ignacio. Josefina entró el cuerpo a la casa con la ayuda de dos peones y lo colocó sobre la cama. Le lavó la herida como si estuviera vivo y temiera hacerlo sufrir, lo vistió con una camisa de seda y las bombachas de montar, le puso las botas y se sentó a su lado. Pasó toda la noche velándolo. Lloró junto a su cuerpo rígido las palabras de amor que casi no se habían dicho, la reconciliación de la que no tuvieron tiempo de disfrutar.

Unos meses después llegó Pedro. Casiana lo vio aparecer frente al nogal bajo el que tejía la manta para la cama de Natividad. Después del abrazo primero comprendió que había envejecido y que sólo volvía a morir.

Por las tardes, cuando no iba de visita a lo de Josefina, Pedro llevaba la mecedora a la galería y se hamacaba plácidamente, sintiendo que la decrepitud no había triunfado sobre la memoria. Se veía de nuevo joven, cuando la carrera de las armas se presentaba como la oportunidad de inimaginables aventuras. Todo se reducía ahora a una epopeya de sombras, que volvían a pasar ante él en el paisaje polvoriento. Pensaba también en Mercedes, otro fantasma diluido en los recovecos del tiempo.

Desde la sombra subía, incesante, el llamado de las ranas.

* * *

Los días de Lemunao ya se han roto. No subirá la montaña florecida con la mirada centelleante por la miel del kaichán, ni sus oídos escucharán el clamor de los atabales. Los días de Lemunao ya se han roto, a pesar de que los hombres aún esperan que el brazo de su jefe los conduzca por la marejada de chuzas, que su voz levante una vez más el árbol de la victoria. Pero Lemunao tiene el cuerpo frío y la mirada lejana. Quizá el espejo de su memoria refleje todavía la cabellera dulce de una mujer y sus manos desanuden la trenza de su risa. Quizá todavía lo estremezca un antiguo clamor, una polvareda de delirios. El son de los cultrunes acompaña ahora la salmodia triste de las mujeres que no quieren mirar esas manos aferradas a la muerte, su raíz cortada por el filo del dolor. Vanas lanzas tiemblan en la noche. Un venado corre, atravesando el viento.

El canto de la Machi sube, pausado y melancólico, chau, kusche ngéime, mileum mi wenumapú meu, el demonio alzó su torbellinos a tu paso, el demonio te ha derribado. Entonces Lemunao se incorpora y su mirada recorre la penumbra del toldo. Se detiene ante el nuevo, ante aquel que un día llegó y fue su hijo. "Te llamarás Huaquinpán", le dice, "mi lucha hasta el final llevando. Desde el principio estando escrito, Huaquinpán defendiendo la tierra, hasta el final luchando. La destrucción llegando. La tierra siendo nuestra, nosotros creciendo en ella como quien planta un árbol, los intrusos siendo ellos, más allá del mar viniendo. Otras razas llegando, triste siendo".

El cuerpo es colocado en la huaca. Descansará en la ladera de un médano, a la sombra del piquillín. El fūrūfū-hué vendrá todas las tardes a entonar en su tumba la canción de la brisa.

El mensajero entregó su quipu y explicó: "Ésta es nuestra señal; hay que deshacer un nudo cada día. Cuando quede uno solo se hará la junta". Huaquinpán esperó, paciente, la respuesta. Sentado en un tronco de caldén escuchó: "dicen que habrá guerra, pues; acabaremos con los huincas".

Fueron llegando, de todos los rumbos. Pasaron delante de Huaquinpán, la mirada de fuego, la frente de piedra. Larga fila lo rodea. Huaquinpán hace un signo con la cabeza y todos bajan de las cabalgaduras, despojándose de sus mantas. Sólo él permanece erguido en el caballo, auscultando el horizonte. De pronto exclama: "¡Ya!" y comienza a oírse el clamor. La tierra parece retumbar. Sólo se entiende el grito agudo; avanzan corriendo en fila cerrada cimbreando las lanzas, haciendo maniobra de combate. El grito estremece el aire, se eleva por encima del polvo, se reparte a todos lados. Uno de ellos se acerca y saluda al Gran Jefe. Detrás, las manos atadas con sogas, viene el blanco. Fue la noche anterior, al amparo de las sombras, cuando lo capturaron. Huaquinpán se dirige a los suyos después de estudiarlo largamente: "ya hemos capturado el toro, hoy celebraremos el nguillatún".

El prisionero es atado al algarrobo. Los gritos no han cesado. Una extraña danza, agónica, ebria de venganza, va rodeando su cuerpo, que ya no se resiste. Sabía a lo que se arriesgaba cuando trató de convencer a los indios de que pactaran con el enemigo.

La machi permanece inmóvil, los brazos extendidos. Su ayudante va hacia el blanco y le arranca el corazón. El fuego lo recibe, después de que los hombres untan las lanzas con su sangre. La machi traza un círculo en el suelo, clavando en el centro la varilla. Dibuja el caballo, dibuja la perdiz, dibuja el toro, dibuja la pluma, dibuja el buitre. Luego desata su danza. Cuando le presentan el corazón clavado en la punta de las chuzas, Huaquinpán piensa: "ya nada podrá detener el malón". El sabe de los proyectos de los huincas. La paz con ellos ya no es posible desde que sus mensajeros le avisaron de la última invasión. Hoy es el día en que un solo nudo queda en el quipu. Cuando la noche se arrodille ante el gran sol, cuando la luz abra un camino en su sueño y en el de los suyos, irán por el rumbo que la machi señale, soplando el humo de su pipa. Demostrarán que no es fácil vencerlos, quitarles esa tierra donde una vez los arrinconaron.

El día de la guerra ha comenzado. Huaquinpán es el primero en montar. Los demás lo siguen y en su galope hay una decisión inquebrantable. No tiene tiempo ya de pensar en el rostro manso de Casiana enseñándole los nombres de los pájaros mientras despliega la ropa sobre las piedras del río, ni en el cuerpo moreno de la María Salomé habiéndole el lenguaje de la ternura. No tiene tiempo de pensar en nada pues allí, más allá de los médanos, detrás de la mole rocosa, está el enemigo. Volverá cansado, los ojos brillantes de victoria. Y sentirá en su cintura el calor de unas manos de niña, que se le tendieron en medio del griterío y del fuego pidiéndole ayuda.

* * *

Josefina se dio cuenta de que el tiempo había pasado aquella tarde en que Ramiro le pidió unas monedas para llevar al circo a Candelaria. Los equilibristas y el hombre que se tragaba el puñal para sacarlo sin una gota de sangre y la enana Lucinda habían llegado la noche anterior. Josefina los escuchó desde el crepúsculo de la galería, envuelta en los perfumes de las rosas y los jazmines de esa tarde de noviembre. Cuando oyó la música que le venía de tantos años atrás sintió que algo se le quebraba en su interior. Hacía tiempo ya que Ignacio había muerto. Después fue Pedro. Casiana lo encontró un día con los ojos sin vida fijos en las sierras. Se quedó así, como si la muerte lo hubiera sorprendido en alguna visión del pasado, las manos aferradas a su mecedora de mimbre podrido.

La María Salomé partió con pocos meses de diferencia. Una mañana, Casiana se levantó más temprano que de costumbre y ya no lo encontró. Se había marchado con la niña, llevando apenas unas pocas ropas. Nunca más supieron de ella. Casiana no pudo sustraerse entonces a las súplicas de Josefina y Candelaria que esa misma tarde la llevaron a Los Nogales casi a rastras.

Josefina casi no tuvo tiempo de sentirse sola pues la compañía de Casiana y la atención de los dos niños ocupaban casi todas sus horas. Pero esa tarde de verano en que el circo se presentó con todo el aparato de años atrás, se contuvo para no llorar delante de Ramiro y de Candelaria pues sintió una aguda compasión por sí misma. Sin embargo este sentimiento se mitigó enseguida para dar paso al asombro cuando vio aparecer a Candelaria con el traje de rayón color malva que ella misma acababa de terminarse. No podía creer que esa mujer de pechos redondos y pequeños y labios insinuantes fuera la misma chiquilla a la que tantas veces oyera cantar el arroz con leche o la farolera tropezó en las tardes en que las niñas de la vecindad venían a jugar con ella. Entonces se espantó. Esa misma noche hizo llamar a Santos, último vestigio de los días perdidos y consultó con él la posibilidad de mandar a Ramiro a Córdoba para que estudiara leyes. Santos estuvo de acuerdo y quedó convenido de inmediato que partiría a comienzos del otoño. Una noche de marzo la villa sintió el chirriar de la diligencia que atravesó las calles oscuras como una exhalación.

Candelaria comenzó a entristecerse. Se encerró en su cuarto y no salía sino cuando llamaban a la mesa. Fue Casiana la primera en advertir la causa de su mal.

Ramiro llegó para las vacaciones pero tampoco era el mismo. Todas las tardes daba largas cabalgatas solitarias en su tordillo. Uno de esos días, Candelaria lo esperó en la caballeriza. Vestía el traje de montar que fuera de Josefina y que encontró en el fondo de un baúl, envuelto entre bolitas de alcanfor. Al mediodía llegaron a un rancho abandonado. Se sentaron juntos debajo de la higuera que presidía el patio de tierra apisonada. Ramiro alargó la mano y la puso en la mejilla de Candelaria. Ella lo miró y no hubo miedo en su voz al decirle que lo quería. Caía la noche cuando regresaron a la villa. Durante la cena anunciaron su decisión de casarse. "Pero son

hermanos", dijo Josefina hundida en la desesperación.

Al día siguiente Candelaria partía a un convento de la capital. En la mirada de Ramiro comenzó a formarse una sombra que acongojaba a Josefina. No se perdonaba el haber aplazado tanto tiempo la revelación del origen de Candelaria.

Casiana también había envejecido. Ya sus manos se veían deformadas por la artritis. Una tarde en que se encontraba en la cocina preparando mazamorra, sintió que alguien abría suavemente la puerta a sus espaldas. Cuando se dio vuelta, se quedó suspensa ante un hombre de larga cabellera, sujeta por una vincha roja. Era Álvaro. Casiana pegó un grito, abalanzándose sobre él. Se abrazaron. Álvaro partió inmediatamente y nadie, ni siquiera Josefina, se enteró nunca de lo sucedido. El andar de Casiana se volvió más pausado y en sus ojos había como un presagio triste. Un mes después ocurrió el eclipse. Fueron tres días en que los gallos se olvidaron de cantar y los gatos maullaban a toda hora, confundidos por esa noche perenne. "Mala señal", pensaba Casiana al mismo tiempo que se santiguaba.

* * *

Ese año el maíz se perdió. Los animales enflaquecidos vagabundeaban por el campo sin tener qué comer. En vano fueron las rogativas y las procesiones pidiendo lluvia. Las calles de la villa se habían convertido en blandos polvaderales en donde los niños apedreaban a los perros hambrientos y a las cabras que buscaban en vano-yuyos entre las piedras. El pueblo yacía adormilado en el calor de ese nuevo verano. Las sierras semejaban espectros y la tierra resquebrajada sólo esperaba el alivio de la sombra. Ya las mujeres no lavaban su ropa a la orilla del río, que no era más que un hilo exhausto a cuyo flanco se pudrían las osamentas.

El niño vio aquella tarde la raya plumiza de la chuña perdiéndose en el jarillal y corrió a avisar a su madre: "va a llover".

Las nubes se arremolinaron en las crestas de los cerros. En el cielo gris se escuchó el rodar de un trueno. La lluvia empezó a caer, cantarina, alegre, bienvenida.

Elvira la contemplaba, sentada en el corredor de los geranios. Otras lluvias había visto, cuando no era, como ahora, una mujer acorralada por la soledad. Y había transitado los campos heridos de coyuyos, madurando las vainas de algarroba con su estridencia monótona. En su vida sólo había nombres, que ahora se perdían en el viento del recuerdo. Casa aérea del abuelo algarrobo con los primeros estremecimientos de una sed que, lo sabía ya, nunca podría ser saciada.

Llovió diez días con sus noches. Los aljibes volvieron a llenarse. Las mujeres ponían los baldes en los patios, las carretas y diligencias se quedaban atascadas en los lodazales de las calles. Por una rendija del postigo Elvira pudo ver el lomo marrón del río, como un inmenso animal rugiente. Desde el corredor escuchaba su trueno, sordo y continuo. Se lo imaginaba como en otras mañanas de la villa cuando corrían con Josefina a mirar los troncos arrancados por esa fuerza ciega, las vacas con la mirada fija en la muerte llegada de improviso.

Esa noche la lluvia se detuvo. El aire traía aromas de tomillo, las luciérnagas parpadeaban abriéndole caminos al espacio.

Elvira sacó de la petaquita con incrustaciones de nácar el sartal de perlas que le regalara Victoriano el día en que llegaron a la Rinconada del Pocito. Los vecinos salieron a recibirlos con regalos. El los rechazó a todos. Sólo tomó el collar que le tendió esa niña de doce años y se lo colocó a Elvira en presencia de todos, encima de la casaca roja del uniforme. Había ya perdido la cuenta de los años. Esta vez no era el uniforme sino la bayeta descolorida del vestido. Encima de éste se puso el chal blanco, el mismo con que se cubriera la noche en que Victoriano le pidió asilo para él y los suyos y ella sintió que un volcán se despertaba en sus entrañas.

Salió de la ancha habitación en dirección a la puerta. En su camino tropezó con el arpa enmohecida, vio el arcón que guardaba, intacta, su ropa, las goteras por donde la lluvia dibujaba una complicada filigrana, aspiró el aroma a moras podridas que se desprendía de las baldosas del patio. En ese momento supo que algo la lla-

maba desde la puerta del laboratorio. La madera cedió a su empuje sin dificultad. Al entrar, un penetrante olor a humedad la envolvió. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, distinguió la lámpara de cobre encima de la mesa. Conservaba un poco de aceite y la encendió. Se sintió bien en un principio, rodeada por esos libros de nombres exóticos con los que alguna vez entretuviera sus ocios de niña solitaria, al recorrer uno por uno los dibujos cuyo significado nunca comprendió pero que ejercían sobre ella una sugestión extraña. Se sentó en el sillón de terciopelo rojo mientras la invadía una pesada somnolencia. Poco a poco la luz de la lámpara iba tornándose más acogedora y no pudo dejar de mirar el rectángulo de claridad que proyectaba sobre una de las bibliotecas. Entonces se vio nuevamente al lado de Victoriano. Los caballos, presintiendo el agua, enderezaban las orejas, se juntaban, como hablándose. Contempló la montura enchapada en plata, el sombrero de felpa marrón con el ala levantada, dejando ver apenas esos ojos oscuros que tan bien conoció. Pero la imagen se disipó enseguida para dar lugar a un paisaje blanco en donde ella y Federico jugaban con la nieve. Luego fue un prado, cubierto de flores. Una mujer muy alta y muy rubia avanzaba hacia ella. La mujer se acercaba sonriendo, le tendía los brazos. Elvira sintió que no podía resistir ese llamado y caminó a su encuentro. Afuera, los grillos taladraban la noche pero ella no los oyó, ni tampoco el lamento monocorde de los sapos.

Al día siguiente Demetrio se extrañó de no verla, como siempre para esa época, sentada en el corredor. Penetró en la casa, extrañamente vacía y silenciosa. Allí, en el suelo, junto a la biblioteca en donde se estrellaba la luz rojiza de la vieja lámpara, yacía el cuerpo de Elvira.

* * *

Un jueves por la mañana Josefina recibió la carta en donde Ramiro le anunciaba que no sería abogado sino militar, como el abuelo, y que acababa de incorporarse al ejército. Josefina no pudo acostumbrarse nunca a la ausencia de Ramiro y de Candelaria. Aquella mañana Casiana la vio arrastrando un baúl, que sacó de uno de los cuartos del fondo:

-¿Para qué quieres eso? le preguntó.

-Menos averigua Dios y perdona -contestó ella, mientras acomodaba de prisa su ropa de luto. Luego de ponerse el sombrero ante el espejo y de abrazar a Casiana, partió en la diligencia de las dos de la tarde. Era la primera vez que emprendía un viaje tan largo, sin más compañía que la del cochero y la de ese joven oficial que la miraba entre sorprendido y curioso. Al contrario de lo que temiera, una dulce serenidad la invadía. Cruzó campos desiertos en donde divisaba fugaces sombras que el oficial, adivinando su curiosidad, le dijo que eran los fortines de vanguardia, la asombró la inmensidad de la pampa. Cuando la diligencia se detenía en las postas para cambiar caballos entraba a la pulpería y pedía un plato de sopa que acompañaba con vino. Los hombres se volvían para mirar a esta mujer sola que desafiaba los peligros de asaltos y malones. Durante los días que demoró el trayecto recordó su vida, la amistad con Elvira, tan lejana ahora, la imagen de los dos hombres que compartieron los secretos de su corazón.

La diligencia se detuvo frente a la iglesia. Josefina camino hasta una casa de ventanas enrejadas y postigos pintados de verde. Una mujer regordeta la condujo hacia el convento de las carmelitas en donde Candelaria servía a Dios bajo el nombre de Sor Inmaculada. Al principio no reconoció a aquella profesora de hábito claro y largo rosario que caminaba sonriente a su encuentro.

La entrevista fue breve. Candelaria no pudo ocultar su sorpresa al ver a la mujer frágil e indómita que la había criado y a quien creía borrada para siempre de su vida, que la abrazaba pidiéndole perdón.

-No tengo nada que perdonar- le decía-, soy yo la que elijo-.Y se dio vuelta para señalar el crucifijo de ónix que presidía la sala de paredes enjabelgadas.

Josefina volvió reconfortada. En adelante se dedicó a arreglar la casa pues tenía el pálpito de que Ramiro volvería de un momento a otro. Llamó a una cuadrilla de albañiles que blanquearon las paredes, restauraron la hornacina de la Virgen y ella se ocupó personalmente del jardín, descuidado desde la muerte de Ignacio. Con el dinero que sobró hizo construir un nuevo cuarto que adornó con visillos de encaje para que Casiana tuviera un lugar en donde refugiarse a solas con sus recuerdos. Cuando el último albañil dio el último toque a las paredes y el jardín volvió a lucir sus hortensias, pensamientos, calas y tulipanes, Josefina se sentó en su vieja mecedora y esperó.

Desde que Ramiro partiera sus cartas fueron escasas. Ella interpretó su silencio como un resentimiento, una forma de intentar el olvido de las viejas heridas. Esa tarde el postillón del correo le entregó la carta en donde le comunicaba que se había casado y cuando sus ocupaciones lo dejaran libre correría a verla.

Un lunes por la mañana en que Josefina, tijera en mano, cortaba los crisantemos que luego acomodaría en el jarrón de cristal encima del piano, sintió que una mano le apretaba el hombro. Se dio vuelta y abrazó a ese hombre alto, de barba tupida, que sostenía en su brazo libre a una joven morena cubierta con una pañoleta. Se llamaba Matilde y Josefina vislumbró en sus ojos un intenso amor hacia Ramiro. Esa noche cenaron en la mesa familiar, arreglada con esmero por Casiana y el alba los sorprendió conversando todavía. Cuando se retiraban a dormir, Ramiro dijo, señalando a Matilde: "se la he traído para que la cuide hasta mi regreso. Debo partir antes de una hora". Poco rato después Ramiro atravesó el pueblo al galope, sin que Josefina ni Matilde ni tampoco Casiana supieran el destino de su viaje.

El breve paso de Ramiro por la villa consiguió sacar a Josefina del marasmo en que la soledad la había empujado. Parecía últimamente que de golpe se hubiera precipitado en la vejez. Se la veía en las madrugadas caminando a la iglesia, arrastrando levemente la pierna derecha en donde el reumatismo comenzaba a manifestarse. Matilde conquistó pronto su cariño, así como el de Casiana. Por las tardes se quedaban cerca del fuego, hablando de la guerra, del niño que Matilde esperaba.

Por esos días un hombre desconocido se presentó en la casa. Traía un mensaje de Ramiro. En él contaba que lo habían apresado en Mendoza. Les rogaba que no se afigieran pues estaba seguro de que pronto saldría para darles un abrazo y conocer al futuro hijo.

Josefina trató de consolar a Matilde, pero no podía dejar de sentir en su interior que las cosas se repetían. Primero Pedro, luego Miguel, ahora Ramiro. Entonces se dijo que el destino de la mujer era una espera irremediable y que estaban condenadas desde siempre al desamparo y a la soledad.

La niña se llamó Mercedes, en honor a la bisabuela que no conoció. Poco tiempo después llegaron los chasquis anunciando la sublevación de los presos, dirigidos por Ramiro. La rebelión se propagaba por las demás provincias y se decía que un contingente marchaba desde Buenos Aires con el propósito de reducirlos.

Una tarde en que Matilde ayudaba a Casiana en la cocina, sintieron un rechinar de espuelas en el corredor. Empujada por una súbita intuición, Matilde corrió para toparse con Ramiro, que le abría los brazos. Josefina, al verlo, puso el grito en el cielo por lo que le parecía una imprudencia. No se tranquilizó ni cuando Ramiro le describió los acontecimientos, explicándole que el Gobernador era adicto a ellos y que pronto saldrían vencedores. Aquella noche durante la cena Casiana avisó que un hombre con apariencia de mendigo pedía hablar con Ramiro. Era el coronel Lucio Chacón, envejecido y casi irreconocible, que había abandonado su refugio en las tolderías para unirse a los rebeldes. Le dieron albergue y ambos partieron a la mañana siguiente.

Las nuevas de la derrota no se hicieron esperar. Trataron de ocultárselas a Matilde, pero ésta las adivinó en la mirada huidiza de Casiana y en el temblor de

las manos de Josefina. Esa tarde la encontraron sentada en el umbral de la galería, estrujando un papel en sus manos convulsas. Era una carta de Ramiro que nadie supo cómo apareció en la maceta de geranios. En ella le decía que se iba a Chile y que, esta vez, la ausencia sería larga.

Fue Casiana quien se ocupó verdaderamente de Mercedes. Pese a su vejez irreversible y a la ceguera que la iba invadiendo progresivamente, se la veía cargándola, poniéndole pañales limpios, preparándole los biberones, mientras Matilde se perdía en la nostalgia del marido ausente y Josefina conversaba en silencio con sus fantasmas.

Una mañana de enero Matilde distinguió desde la ventana de su dormitorio una nube que avanzaba lentamente en dirección al pueblo. Por la tarde la nube se detuvo encima de la villa y los vecinos pudieron ver que una infinidad de mariposas blancas se posaban en los árboles y las flores, chocaban contra los postigos cerrados y al menor descuido se metían en los cuartos. Cuando Matilde fue a sacudir la colcha que cubría la cama de Josefina, descubrió posadas en ella a una veintena de mariposas que volaron asustadas.

Esa noche Josefina cayó con fiebre y vómitos y sintió que el fin había llegado. Los médicos diagnosticaron cólera morbus y dispusieron inmediatamente su aislamiento. Pero esta preocupación resultó inútil porque la villa entera sucumbía a la epidemia. De las casas salían cortejos llorosos que acompañaban a los suyos al cementerio.

Josefina murió dos días después. Horas antes llamó a Casiana y le pidió que le cantara aquella canción con que la adormecía cuando era niña. Matilde y Casiana cerraron sus ojos en tanto que las mariposas seguían entrando por las ventanas, oscureciendo el sol, doblando bajo su peso las flores de aquel enero siniestro.

Casiana, que había sobrellevado sin doblegarse los embates del tiempo y de las pérdidas, no pudo resistir el golpe final. Luego de la muerte de Josefina se acostó por primera vez en la cama de bronce que aquella le regalara y que jamás usó. "Es hora de que yo también parta", dijo.

No quiso sacerdote. Sus ojos definitivamente ciegos parecían mirar hacia adentro, hacia recuerdos y rostros que la cercanía de la muerte le hacía ver con nueva nitidez. Se quedó como dormida, aferrada al escapulario de la Virgen que Mercedes le diera cuando llegó a la casa.

Matilde se marchó al día siguiente. Cuando la diligencia atravesó las calles polvorientas no se volvió para mirar las puertas cerradas ni los perros que gemían su desamparo a la sombra de los pimientos ni oyó las campanas que doblaban por la muerte de los moradores de ese pueblo castigado. Abrazó a la niña que llevaba en las rodillas y siguió con la vista fija hacia adelante, como indagando un futuro que allí se les negaba. A través de las cortinas del coche, divisó la nube de mariposas blancas, que volaban en dirección al Sur.

Coyoacán, mayo de 1981



Este libro se terminó de imprimir en el
mes de abril de 2012
en los Talleres Gráficos de Payné S. A.
Av. Lafinur 924, D5700MFO San Luis.
Tel. 0266 - 4422037 y líneas rotativas